

Metodología

de capacitación

en género y masculinidad



Instituto Nacional de las Mujeres
INMUJERES

Primera edición: diciembre de 2005

ISBN: 968-5552-64-9

Alfonso Esparza Oteo 119
Col. Guadalupe Inn
C.P. 01020, México, D.F.
www.inmujeres.gob.mx

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Í N D I C E

Presentación	5
Justificación	7
Introducción	9
Diseño de un taller básico de capacitación y sensibilización en género y masculinidad	11
Guía para las o los instructores o multiplicadores	15
Dinámica: Las pasitas y los sentidos	18
Dinámica: La entrega del Oscar	18
Dinámica: Lo mejor de mí	19
Tema 1: Género: Conceptos básicos (sexo, género, roles y estereotipos)	19
“Ni la vida es rosa ni los príncipes azules”	
Tema 2: Estereotipos de género	21
Corresponsabilidad familiar, paternidad y masculinidad hegemónica	
Tema 3: Construcción de la identidad masculina, estereotipos de género	23
Tema 4: Masculinidad	23
Tema 5: Responsabilidades compartidas en los diferentes ámbitos:	24
familiar, laboral, económico (público) y trabajo doméstico (privado)	
Tema 6: Masculinidad y paternidad “vienen dos en cada bolsita”	26
Tema 7: Masculinidad y salud	27
Tema 8: Masculinidad y violencia	29
Bibliografía sugerida	31
Carta descriptiva	33
Taller básico de sensibilización en género y masculinidad	35
Técnica y procedimiento	36
Lista de verificación	43
Diapositivas	45
Anexos	77

Anexo 1	79
Anexo 2	80
Anexo 3	83
Antología	87
Lectura 1. El síndrome de “no hago nada”, un mal que alcanza no sólo a las mujeres	89
Lectura 2. Día del Padre, tercer domingo de junio	91
Lectura 3. “Hombres. Placer, poder y cambio”	99
Lectura 4. “La Dimensión Social del Género: Posibilidades de vida para mujeres y hombres en el Patriarcado”	117
Lectura 5. Resignificar lo masculino: guía de supervivencia para varones del siglo XXI	122
Lectura 6. Desconstruyendo la homofobia. Una lectura política del erotismo”	125
Lectura 7. “A la salud de ellos, por salud física y mental de ellas, Guillermo Núñez Noriega	139
Lectura 8. La pornografía y su incidencia en las relaciones coitales, a partir del imaginario masculino. Algunas propuestas de investigación	149
Lectura 9. “Reflexiones en torno a la paternidad responsable y la crianza de los hijos”*	157
Lectura 10. Entrevista a Michael Kimmel	174
Carpeta del o la participante	177

Presentación

Desde el momento del nacimiento, cada sociedad impone a las personas una serie de características y atributos que conforman su identidad de género de acuerdo con el sexo al que pertenecen. Entonces, se aprende así a actuar, pensar, comportarse, relacionarse y sentir como mujer o como hombre.

Si aceptamos que mujeres y hombres no son sólo el reflejo de una realidad natural o biológica, sino resultado de una construcción histórico-cultural, y que los procesos educativos han contribuido a la configuración de dos modos de formar y de actuar que establecen las diferencias de género, una pregunta que surge es qué impacto ha tenido en ello el campo de los estudios de género.

Con el surgimiento de conceptos tales como género, equidad de género, perspectiva de género e igualdad de oportunidades para mujeres y hombres, se puede comprender mejor tanto la condición como la situación de las mujeres, y ofrecer soluciones a los problemas derivados de éstas mediante el diseño de políticas públicas. En el proceso de instrumentación de dichas políticas, un paso necesario es acercarse a la manera en que los hombres construyen y expresan su masculinidad y cómo influye en el tipo de relaciones y convivencia que los hombres establecen con las mujeres; y sobre todo, si esto frena la construcción de una convivencia más justa, equitativa e igualitaria, o si existen otras formas de hacer, pensar, sentir y actuar tanto de hombres como de mujeres.

Por eso, el Instituto Nacional de las Mujeres ha elaborado esta *Metodología de capacitación en género y masculinidad*, a fin de contar con un instrumento base, capaz de proporcionar conceptos, definiciones y técnicas de trabajo para facilitar la sensibilización y la capacitación en género hacia los hombres y fomentar su participación activa en la creación de una sociedad con mayor equidad e igualdad de trato entre mujeres y hombres.

Con la convicción de que los contenidos de este material serán de utilidad para sensibilizar a nuestra sociedad sobre la importancia de incluir en la perspectiva de género el enfoque sobre masculinidad, confiamos que esta iniciativa tendrá una buena recepción entre quienes dedican sus esfuerzos a lograr la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres.

Lic. Patricia Espinosa Torres
Presidenta del Instituto Nacional de las Mujeres

Justificación

¿Para qué una metodología de capacitación en género y masculinidad?

El Instituto Nacional de las Mujeres, a través de la Dirección de Capacitación, ha elaborado esta metodología como un instrumento de sensibilización y capacitación para fomentar la participación de los hombres en el desarrollo de una sociedad con equidad e igualdad de trato entre mujeres y hombres.

¿A quién está dirigida esta metodología?

A las y los instructores, capacitadores y multiplicadores en género que buscan apoyar la formación de una cultura equitativa entre mujeres y hombres, ya que proporciona herramientas metodológicas para abordar de manera sencilla y clara el tema de masculinidad. Es importante aclarar que al hacer referencia a género, aún se piensa sólo en mujeres, pues los hombres –hasta apenas hace unos años– no habían comenzado a reflexionar en torno a las condiciones culturales y sociales con las que se nos socializa y educa y que suponen mayores privilegios para hombres en comparación con las mujeres.

¿Por qué una metodología de capacitación en género y masculinidad?

Es fundamental –mediante un proceso de sensibilización de género– que los hombres se involucren en la revisión de las formas en que mujeres y hombres se relacionan en los diversos campos de la vida: familiar, económico, social, cultural y político. Las transformaciones sociales han impactado en ambos géneros, obligando a modificar hábitos y conductas tradicionalmente designados para hombres y mujeres, sin embargo, la distribución de las tareas y responsabilidades continúa siendo desigual. Las mujeres siguen siendo vistas como las encargadas exclusivas del cuidado, crianza y educación de sus hijas e hijos y del trabajo doméstico, además de ser proveedoras de recursos económicos para el sostén de los hogares. Por su parte, los hombres no han incursionado de manera proporcional en las labores del ámbito doméstico.

Los esfuerzos que, desde diferentes sectores, se han hecho por avanzar en la equidad y la igualdad de trato y de oportunidades para mujeres y hombres, se han dirigido principalmente a la condición de las mujeres, por ser ellas quienes han padecido mayores índices de desigualdad en áreas como participación política, acceso a la toma de decisiones, ejercicio del poder, recepción de la violencia, entre otros.

Hablar de género es hablar de mujeres, pero también de hombres, porque la sociedad está conformada por mujeres y hombres en constante interacción y porque muchos de los problemas que enfrentan las mujeres (violencia al interior de la familia, dificultad de compatibilizar la crianza y cuidado de hijas e hijos con las responsabilidades económico-laborales, menores oportunidades de capacitación, promoción y contratación laboral, etc.) tienen que ver con esa interacción y con las conductas y hábitos socialmente aprendidos.

Al abordar el tema de la masculinidad, se revisa este conjunto de ideas, creencias, representaciones y atribuciones socioculturales que definen lo que deben ser y hacer los hombres. Se busca que los hombres reflexionen sobre las posibles limitaciones que conlleva la masculinidad, como la represión de sentimientos, emociones y el ejercicio de la paternidad.

Se plantea que existen diferentes formas de ejercer la masculinidad, sin que se cuestione el ser hombre. Se analizan alternativas para desarrollar mejores espacios de comunicación, entendimiento y apoyo entre mujeres y hombres.

Conforme se avance en la inserción de la perspectiva de género –considerando la masculinidad¹ tanto en leyes, programas y políticas públicas, la vida política, laboral, educativa, cultural, familiar y personal se verá beneficiada y se podrá hacer frente a los retos que se plantean para las mujeres y los hombres de este siglo.

¿Qué contiene esta metodología?

- *Diseño de un taller básico para trabajar el tema de masculinidad.* Propuesta didáctica de trabajo.
- *Guía para las y los instructores o multiplicadores.* Orientaciones y propuestas teórico-metodológicas para impartir y conducir las actividades estipuladas en un taller de sensibilización en género y masculinidad que puede ir de ocho a 16 horas de duración (una o dos sesiones).
- *Carta descriptiva o informe.* Ruta crítica o cronograma del taller.
- *Antología.* Bibliografía básica y propuesta de bibliografía complementaria en torno a diversos temas relacionados con el de masculinidad.
- *Carpeta del o la participante.* Presentación sobre los contenidos del taller, conceptos básicos de género y masculinidad, formatos para ejercicios específicos y hojas blancas para apuntes individuales.
- *Formato de evaluación del taller.*

¹ Nueva categoría académica que se refiere al “conjunto de ideas, creencias, representaciones y atribuciones sociales construidas en cada cultura, tomando como base la diferencia sexual y que impacta directamente en la construcción de la identidad, en este caso, la identidad masculina”. En este sentido, es importante entender que las relaciones entre mujeres y hombres tienen una enorme influencia de este conjunto de atribuciones, efectos que van desde el ámbito de pareja, familiar y social, pasando por el económico, laboral y político.

Introducción

En los años recientes, en diversas partes del mundo han proliferado en el ámbito académico los estudios sobre masculinidad y México no ha sido la excepción. Por otra parte, se han conformado grupos de hombres para reflexionar sobre la manera en que se llega a ser hombre y cuáles son las características que social y culturalmente definen a los hombres para ser considerados como masculinos.

La identidad masculina es construida social y culturalmente, de acuerdo con la pertenencia a un sexo; se asignan atributos, características, actividades y expectativas que los miembros de ese sexo deben hacer para ser considerados como hombres o mujeres.

Los estudios sobre masculinidad se han realizado desde diversas perspectivas, las cuales constituyen ya una amplia bibliografía. A continuación se enuncian las principales:

1. **Perspectiva profeminista:** integrada por los hombres que se identifican con el discurso feminista de los años setenta. Esta perspectiva se puede dividir en dos enfoques: el liberal y el radical, que asumen posturas similares a las de las feministas.
2. **Perspectiva gay:** defiende los derechos de la comunidad homosexual en contra de la homofobia, además de incorporar temas de poca aceptación en otros grupos, como el travestismo, la transexualidad, el sadomasoquismo y la pornografía.
3. **Perspectiva mitopoética:** establece paralelos y oposición a las corrientes del feminismo cultural con el que se identifica. Esta perspectiva sustenta la diferencia sexual como base para la construcción de los géneros.
4. **Perspectiva socialista:** basada en las discusiones sobre las estructuras de poder en la sociedad y sus efectos en la misma, apoya las corrientes del feminismo que identificaron al movimiento de mujeres con la burguesía y su papel divisor para la clase obrera.
5. **Perspectiva de los hombres afrodescendientes:** analiza los problemas que vinculan a los diferentes grupos étnicos y raciales de hombres, y aunque la bibliografía más abundante es sobre las comunidades afroamericanas, ya existen debates sobre latinos, judíos y de otras comunidades.
6. **Perspectiva evangélico-cristiana:** opuesta a las ideas del feminismo, rescata los dogmas de religiones evangélico-cristianas donde el papel protagónico social lo tiene el hombre por los designios de Dios.
7. **Perspectiva conservadora:** en oposición a las ideas del feminismo, sustenta a través de la biología los roles (públicos) asignados a los hombres y (privados) a las mujeres.

8. **Perspectiva de los derechos del hombre:** plantea con un discurso ambiguo su simpatía hacia el feminismo, pero a la vez refuta su nocividad a la hora de analizar los privilegios masculinos, los cuales critica pero no ayuda a crear una nueva perspectiva.²

Como puede observarse, las orientaciones abarcadas van desde la sociológica, hasta la de inspiración psicoanalítica, pasando por la antropológica, en tanto que algunas de sus consideraciones buscan definir la masculinidad a partir de “una construcción social, otras lo hacen desde posturas esencialistas y biologicistas”.³

La evidencia biológica, física y sexual dice que un hombre “nace”, pero es a través del proceso de socialización y educación que aprende a desempeñar roles en relación con las personas que lo rodean; uno de los problemas es que el ser “macho” ha formado parte del aprendizaje. Machismo y masculinidad son conceptos estrechamente vinculados que también deben revisarse y separarse para evitar el riesgo de estigmatizar a todo hombre como “machista”, entendiendo como machismo aquella ideología que supone una superioridad de lo masculino sobre lo femenino.

El pensamiento machista, muy generalizado en nuestra cultura, justifica no sólo las acciones, sino las omisiones de los hombres, en cuestiones relativas al poder y al establecimiento de relaciones jerárquicas piramidales, en las cuales los hombres (machistas) se instalan en la cúspide, dejando a las mujeres y a los homosexuales (por considerarlos femeninos) en los sitios más cercanos a la base; mientras que otros niveles de la pirámide son ocupados por otros hombres que se consideran de categorías diferentes, como los ancianos, los indígenas y los analfabetos, entre otros.

Por masculinidad o masculinidades (como también se encontrará citada esta categoría) puede entenderse:

- a) categoría sociocultural que pretende definir lo que debe ser y hacer un hombre (masculinidad-machista)
- b) movimiento de toma de conciencia por parte de algunos hombres y/o grupos de hombres en relación con las limitaciones que la sociedad sexista y machista han impuesto (masculinidades)
- c) la masculinidad no es una cualidad esencial y estática, sino una manifestación histórica, una construcción social y una creación cultural que cambia de acuerdo con el espacio, el tiempo y la sociedad.⁴

Por la complejidad que reviste la construcción de la masculinidad, es necesario crear espacios de reflexión y de intercambio de criterios y opiniones entre los propios hombres sobre cómo se ha ido conformando social y culturalmente la identidad masculina y, sobre todo, la manera en que esa identidad –que comprende acciones, conductas, hábitos, actividades, ideas, creencias, pensamientos y palabras– se construyó mediante roles y estereotipos que una sociedad y una cultura determinada transmitieron, educando conforme a una realidad que ha cambiado significativamente en los últimos tiempos.

⁴ *Manual de trabajo para el Taller de sensibilización en torno a masculinidad y acciones afirmativas*, Proyecto Generosidad, Instituto Nacional de las Mujeres, México, 2005.

² Julio César González Pagés, *Género y masculinidad en Cuba: ¿el otro lado de una historia?. Teorizando: macho, varón, masculino y algo más*, Cuba literaria, Publicaciones cubanas en la Red, 2005. Referencia electrónica: http://www.cubaliteraria.com/estudios_genero/genero_masc_cuba.asp.

³ Mauricio Menjívar Ochoa, “De ritos, fugas, corazas y otros artilugios: Teoría sobre el origen del hombre o de cómo se explica la génesis de la masculinidad”, en *Cuadernos de Historia* (25), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica. Referencia electrónica: <http://historia.fcs.ucr.ac.cr/cuadernos/c-25his.htm>, p. 2 de 20.

Ante esta realidad surge la inquietud del INMUJERES por crear un taller de sensibilización en género y masculinidad que genere la reflexión sobre el tema, proporcione información suficiente y amplíe el espectro de miradas sobre la participación de los hombres y las mujeres en la consecución de la igualdad de trato y de oportunidades entre mujeres y hombres en el ámbito institucional. Un taller que permita a los y las multiplicadoras, instructoras interesadas en el tema, difundirlo en sus propias dependencias de trabajo.

Diseño de un taller básico de capacitación y sensibilización en género y masculinidad

1. Propuesta didáctica de trabajo

1.1 Consideraciones preeliminares

La presente metodología fue elaborada para ofrecer a las y los capacitadores, instructores y multiplicadores, información práctica sobre el tema de masculinidad. Será de utilidad, principalmente, para el personal de las unidades de capacitación de las dependencias y entidades de la Administración Pública Federal, estatales y municipales e incluye el diseño del taller básico de capacitación en género y masculinidad.

Contiene distintos temas relacionados con género y masculinidad, así como con equidad entre mujeres y hombres, y cómo se pueden traducir en el diseño e instrumentación de programas y políticas públicas.

A manera de carta descriptiva, se incluyen los temas, el cronograma, las técnicas didácticas, los objetivos y los materiales propuestos; se establecen los tiempos estimados de duración de cada actividad y los resultados a los que se espera llegar.

La amplitud y la profundidad con la que sean revisados los temas en el taller, al igual que el enriquecimiento de los temas, dependerá del perfil y el manejo del tema de género de las y los instructores, así como de sus habilidades, competencias y recursos pedagógicos (manejo de grupos, aplicación de ejercicios, dinámicas y técnicas didácticas).

Dado que el tema de masculinidad es de reciente aparición en las agendas de la gestión, habrá que tomar en cuenta la resistencia de los hombres a participar en un taller denominado “masculinidad” porque no están acostumbrados o porque piensan que no hay nada que aprender sobre ser hombre. Igualmente, es de considerarse el que aún es frecuente la asociación que se hace del tema género con “asuntos de mujeres”, razón por la cual, a este tipo de talleres, asistan mayoritariamente mujeres .

Es necesario tener presente que en México existe una amplia diversidad, es un país extenso, multicultural y pluriétnico, lo que hace necesaria una flexibilización o adaptación de los contenidos y temas del taller, así como los ritmos y los tiempos de trabajo que determinarán los resultados.

La propuesta didáctica está pensada para que el taller sea teórico-vivencial; que cada persona que asista encuentre elementos que pueda aplicar en su vida cotidiana (personal, familiar y profesional).

1.2 OBJETIVOS GENERALES

- Revisar y reflexionar sobre el modelo de masculinidad predominante en nuestro país y sus implicaciones en las desigualdades entre mujeres y hombres en las áreas familiares, laborales, económicas, políticas, culturales y sociales.
- Fomentar transformaciones de los estereotipos culturales y sociales que limitan el desarrollo de la equidad entre mujeres y hombres y la igualdad de oportunidades.
- Contribuir a la solución de los problemas relacionados con la falta de equidad e igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres.

1.3 OBJETIVOS ESPECÍFICOS

Que las y los participantes:

- Conozcan y se sensibilicen en temas como género, equidad y perspectiva de género, y masculinidad.
- Identifiquen y sean conscientes de que los estereotipos de género tienen un origen cultural e impactan de manera directa e indirecta en las formas en que se relacionan mujeres y hombres.
- Discutan e identifiquen cómo pueden superarse los modelos estereotipados y tradicionales de conducta, roles, papeles y actividades con los que mujeres y hombres interactúan, y cómo pueden sustituirlos por otras formas de interacción más equitativas.
- Reconozcan que algunas conductas asociadas a los hombres, como la violencia, la no participación en la crianza y cuidado de hijas e hijos, el ejercicio del poder para someter a otras personas (principalmente a las mujeres), no son necesariamente inherentes a su naturaleza masculina y, por lo tanto, pueden prevenirse y transformarse.

1.4 CARACTERÍSTICAS

El taller es de carácter presencial y vivencial, los temas pueden ser abordados de manera independiente y secuencial (género, masculinidad y género, masculinidad y temas afines: paternidad, violencia, etc.), aun cuando la secuencia podría adaptarse en función de las características y necesidades de cada grupo. Incluye actividades a realizar tanto de manera grupal (en pequeños equipos, lo cual propicia el intercambio de experiencias y enriquece el cúmulo de ideas y opiniones) como individual, dando oportunidad a que cada persona vea reflejada parte de su experiencia en relación con los temas tratados. También prevé sesiones plenarias donde se analizan lecturas, ejercicios de análisis y discusión. Para algunos casos, aplica el formato de exposición tradicional a cargo del o la responsable de impartir el taller, con el apoyo de una presentación con láminas o diapositivas (PowerPoint), sobre todo para conceptos, gráficas o datos estadísticos.

La duración del taller puede ir, en promedio, de ocho a 16 horas –incluso más, si las condiciones del grupo lo permiten–, organizado, en el primer caso, en 2 tiempos de 5 y 3 horas con un intermedio para comer. Y en el segundo caso, con formato similar aplicable al primero y segundo día de trabajo. Esto dependerá del tiempo, disposición, conformación e interés del grupo con el que se trabaje.

1.5 CONTENIDO

Tema 1. Género: conceptos básicos (sexo, género, roles y estereotipos).

“Ni la vida es rosa ni los príncipes azules”

Tema 2. Estereotipos de género, corresponsabilidad familiar, paternidad y masculinidad hegemónica

Tema 3. Construcción de la identidad masculina, estereotipos de género

Tema 4. Masculinidad

Tema 5. Responsabilidades compartidas en los diferentes ámbitos: familiar, laboral, económico (público) y trabajo doméstico (privado)

Tema 6. Masculinidad y paternidad “vienen dos en cada bolsita”

Tema 7. Masculinidad y salud

Tema 8. Masculinidad y violencia

1.6 EVALUACIÓN DEL TALLER

Al final de esta metodología se anexa una propuesta de formato de evaluación, para que las personas asistentes al taller evalúen los objetivos del taller, el desempeño del o la capacitadora, el contenido temático, las dinámicas y la forma de trabajo, así como la actitud del grupo; y recoge elementos para enriquecer, retroalimentar y dar seguimiento al taller.

1.7 BIBLIOGRAFÍA

Se enuncia una bibliografía básica y una bibliografía complementaria, susceptibles de ser enriquecidas por cada capacitador o capacitadora en función de su interés personal de profundizar en los temas propuestos o incluir otros temas relacionados.

The background of the page is a light gray color with a pattern of overlapping, semi-transparent white rectangles of various sizes and orientations, creating a geometric, abstract design.

Guía para las o los

instructores o multiplicadores

Orientaciones y propuestas teórico-metodológicas para impartir y conducir las actividades en un taller de sensibilización en género y masculinidad, que puede ir de ocho a 16 horas de duración (una o dos sesiones).

Cada capacitador o capacitadora podrá adaptar estas dinámicas en función del tamaño del grupo, del tiempo destinado al taller (seis, ocho horas o más, una, dos sesiones o más, etc.). Las lecturas en colectivo, su análisis, discusión y reflexión, también estarán sujetas a ello. De igual manera, las personas con mayor experiencia en manejo de grupo y con una amplitud de competencias en técnicas grupales podrán instrumentar sus propias dinámicas, ésta es sólo una propuesta para capacitadores o capacitadoras con relativa experiencia en este tipo de trabajo.

Los temas, tiempos y ritmo del taller dependerán, evidentemente, de las necesidades de la institución que los imparta y de la población a la que se dirija. Es importante mencionar que la temática en torno a la masculinidad es amplia, que se puede estudiar con distintos y diferentes enfoques y, por su puesto, extenderse o profundizar en cada uno de los temas. Dependerá de la preparación, la formación, el conocimiento, el interés y el énfasis que la o el capacitador dé a los temas propuestos.

En este apartado presentamos el esquema de seis temas principales en torno a la masculinidad, de los cuales se establecen como prioritarios e indispensables el de género y el de construcción de la masculinidad. Los temas como masculinidad y sexualidad, violencia, machismo y homofobia, paternidad, etc., son temas importantes, pero su análisis, trabajo y desarrollo pueden variar en función de los objetivos del diseño de distintos talleres temáticos o específicos que versen sobre cualquiera de ellos.

Cabe destacar que las técnicas presentadas son propuestas de trabajo, pueden o no aplicarse en función de los ritmos, tiempos, perfiles de grupo y, sobre todo, la intencionalidad que se le dé a los talleres. En la Carta descriptiva que acompaña esta propuesta se esboza la presentación de un taller de hasta ocho horas de trabajo, en una sesión, sin embargo, por la amplitud de los temas, ese mismo diseño puede dividirse en dos sesiones (primer día y segundo día), ambas de ocho horas. En el Anexo se encontrarán los formatos de ejercicios y lecturas propuestas en este apartado como herramientas de trabajo. Se sugiere, de cualquier manera, que el o la capacitadora profundice en el tema para contar con mayores elementos cognitivos y de discusión.

Se sugiere iniciar el taller con alguna dinámica para romper el hielo que tenga los siguientes propósitos:

- Ayudar a que las y los asistentes al taller “atterricen” en él, dándose cuenta de su actitud personal, las motivaciones que les llevan a participar en un taller como éste y las herramientas con las que cuentan para recibir conocimientos o aportaciones durante el desarrollo de los trabajos.
- Crear un ambiente seguro y de confianza para la participación activa de las y los participantes. Para lo cual se sugieren las siguientes dinámicas:

Dinámica: Las pasitas y los sentidos

Objetivo: Favorecer el desarrollo de la concentración y la sensibilización.

Es importante preguntar al grupo ¿de qué se dieron cuenta con esta dinámica?, y encauzar las conclusiones al terreno de la atención que ponemos en lo que cotidianamente hacemos, qué tanto estamos sensibilizados, es decir, con la disposición de nuestros sentidos hacia la adquisición de conocimientos y aprendizaje.

A partir de ello se invita al grupo a que abra sus sentidos y mantenga su atención en el taller.

Materiales: Tres pasas por participante

Desarrollo: A cada participante se le entregan tres pasas, se les pide que tomen primero una con el dedo índice y el pulgar de su mano (no importa cuál de las manos). Se indica que miren la pasa entre sus dedos, vean la forma, las arrugas, etc. Posteriormente se pide que cierren los ojos y, lentamente, sosteniendo la pasa entre las yemas de sus dedos, sientan la textura y consistencia... luego de unos momentos se les instruye a que acerquen la pasa hasta su oído y que escuchen el ruido que ésta genera al ser tocada por sus dedos. Se pide que ahora lleven la pasa hacia su nariz y perciban el aroma de la pasa y, finalmente, que se echen la pasa a la boca y muy lentamente perciban su sabor, textura, consistencia, etc., mientras la degustan.

Dinámica: La entrega del Oscar

Objetivo: Sensibilizar a las y los participantes en relación con las cualidades que cada persona tiene y a confiar en que el grupo aprecia esas cualidades a la hora de hablar, hacer una pregunta o compartir una experiencia sobre los temas a tratar en el taller.

Es importante enfatizar lo valioso que es la participación activa de cada integrante del grupo. No se trata de competir o demostrar quién sabe más, sino de estar abiertos y abiertas a la posibilidad de aprender alguna cosa nueva de las experiencias de las demás personas.

Se contextualiza el taller en aspectos como la confianza, el respeto y el valor y la importancia que cada quien merece dentro de un grupo diverso y homogéneo.

Desarrollo: Se divide al grupo por parejas. Se pide que en un pedazo de papel cada persona anote tres cualidades de su compañero/a (simpatía, confianza, etc.). Luego intercambian las hojas. De una a una, cada persona pasa al frente del grupo, dice su nombre y sus tres cualidades. El grupo le entrega un Oscar que consiste en un aplauso. Si alguien llega tarde o no trabaja en pareja, se le pide que de todas formas pase al frente y diga tres cualidades propias y se le entrega su Oscar.

Dinámica: Lo mejor de mí

Objetivo: Destacar que cada persona, independientemente de su nivel profesional, desarrollo educativo, etc., tiene atributos valiosos, los cuales son bienvenidos en el taller, pues con estos elementos se nutre el grupo y se crea un buen ambiente de trabajo y compañerismo.

Desarrollo: Cada persona se presenta en voz alta, poniéndose de pie desde su lugar o pasando al frente del grupo, dice su nombre y cuál considera su mejor atributo o virtud.

Un aspecto básico a destacar al inicio del taller es el que todas las personas saben algo (unas más otras menos) en relación con género, dado que son mujeres u hombres e interactúan con otras mujeres y otros hombres. Por tanto, es importante reconocer que tenemos cosas que decir a partir de esa interacción. También se sugiere aclarar que la intención del taller es hacer una revisión crítica de las formas tradicionales y estereotipadas de ser hombre, no de criticar directamente a los hombres, pues el problema es el modelo de masculinidad, no el “ser hombre”. Esto puede ayudar a reducir la resistencia de las y los asistentes al taller a participar en lo que podría parecer una crítica a su identidad.

Para trabajar justamente con dichas resistencias, se sugiere hacer un listado inicial de las cualidades de los hombres en tanto personas y acercarse a la conclusión de que hay muchas cosas positivas en la interacción entre mujeres y hombres.

Tema 1. Género: Conceptos básicos (sexo, género, roles y estereotipos).

“Ni la vida es rosa ni los príncipes azules”

Objetivos:

- Detectar cómo construimos los roles de género.
- Posicionar el tema de la masculinidad como parte fundamental de la temática de género.
- Mostrar a las y los participantes que la asignación de roles y estereotipos se comienza desde muy temprano en nuestras vidas y que va desde el simple uso de los colores, hasta la forma en que nos desempeñamos en el trabajo, en el hogar y en la pareja y la familia.

Técnica 1: Siluetas

Tiempo estimado: 35 a 60 minutos.

- Materiales:**
- Marcadores
 - Cinta adhesiva
 - Hojas de rotafolio

- Tarjetas media carta de colores. (Tarjetas rotuladas y previamente plastificadas que contengan palabras, cualidades, características y atributos asignados culturalmente a mujeres y hombres.) Dos siluetas dibujadas en hojas de rotafolio, una de mujer y otra de hombre, así como cuatro hojas que contengan las palabras sexo, género, rol y estereotipo.

Desarrollo: La o el capacitador reparte equitativamente al grupo tarjetas (previamente hechas y plastificadas) con características o atributos escritos, asignados a hombres y mujeres (dulzura, ternura, seguridad, inseguridad, productividad, frivolidad, producción de espermatozoides, pene, vagina, ovular, depresión, fuerza, debilidad, belleza, etc.). Cada participante lee y analiza el atributo o los atributos que le tocaron y los coloca en la silueta hombre o mujer, según corresponda.

Se analiza la forma en que se distribuyeron las tarjetas y si habría otra posibilidad de ordenarlas. Se discute de manera grupal y se reagrupan las tarjetas, quedando en las siluetas de hombre y de mujer sólo los elementos físicos, biológicos o sexuales que son exclusivos de cada grupo. En medio de ambas siluetas quedan las demás cualidades, atributos, actividades y demás que pueden ser atribuidas tanto a hombres como a mujeres.

Se definen los cuatro conceptos básicos del sistema sexo-género:

Sexo: diferencias biológicas entre la mujer y el hombre, determinadas genéticamente, tratándose de características naturales e inmodificables.

Género: se refiere a los valores, atributos, roles y representaciones que la sociedad asigna a hombres y mujeres.

Rol de género: tareas o actividades que se espera que desempeñe una persona de acuerdo con el sexo al que pertenece.

Estereotipos: concepciones preconcebidas sobre cómo es y cómo deben comportarse los hombres y las mujeres.

Técnica 2: En el cunero (puede utilizarse en lugar de Siluetas).

Tiempo estimado: 25 a 35 minutos.

- Materiales:**
- Un muñeco y una muñeca
 - Un pliego de papel crepé azul, simulando una cobija de bebé
 - Un pliego de papel crepé rosa, simulando una cobija de bebé
 - Música de cuna en CD o casete
 - Plumones, pizarrón o rotafolio.

Desarrollo: De entre las y los participantes se elige a una mujer y a un hombre para que pasen al frente. Se pide al grupo que imaginen que estamos en el cunero de un hospital y que estas dos personas son un papá y una mamá que vienen a recoger a su hija o hijo. Se aclara que no son pareja, que sólo coincidieron en el cunero.

Ahora se pide que de lo que captan a simple vista, digan características o atributos sobre esa mamá y luego sobre ese papá. Se anotan en el pizarrón todos los adjetivos que se mencionen, haciendo una columna para ella: maternal, experta, dulce, tierna, etc. Y una para él: inseguro, poco cariñoso, inexperto, etc. Más tarde se pregunta al grupo lo que pueda decir del bebé envuelto en la cobijita rosa: cómo imagina que es y qué será de más grande, a qué se va a dedicar, qué profesión tendrá, etc. Lo mismo se hace con el bebé envuelto en azul. Al final se descubre a los bebés y se muestran al grupo. El muñeco tenía la cobija rosa y la muñeca la azul.

Se analiza y discute el hecho de que la sociedad y la cultura asignan atributos, papeles y expectativas a cada persona en función del sexo al que pertenece, y el proceso se inicia desde el momento en que se nos viste de un color u otro. Sin embargo, la cualidad que nos hace diferentes es básicamente el aspecto biológico, sexual o físico, mientras los demás elementos son adjudicados social y culturalmente.

Se concluye con la presentación y lectura y breve explicación de las definiciones de los conceptos básicos de género, el sistema sexo-género, los antecedentes y consecuencias de esta distinción, así como perspectiva de género.

Cada capacitador o capacitadora podrá modificar o sustituir estas dos propuestas con otra que le sea de mayor utilidad.

Tema 2. Estereotipos de género.

Corresponsabilidad familiar, paternidad y masculinidad hegemónica.

Técnica 3: Sí o no, para mí...

Objetivo: Propiciar un coloquio ágil, evitando polémicas, donde puedan escucharse las diversas opiniones sobre puntos claves de las construcciones de la masculinidad y los estereotipos de género.

Material: • Cuestionario prediseñado para este ejercicio (se encuentra en el Anexo 1)
• Salón con un espacio amplio (se pueden colocar las sillas en las orillas).

Tiempo estimado: 45 minutos.

Desarrollo: Todas las personas del grupo son invitadas a moverse al azar por el salón, en el espacio central, viendo las caras de las demás (mientras lo anterior ocurre se ponen dos letreros grandes a los extremos del salón o en esquinas opuestas, uno dice SÍ y el otro dice NO); una vez colocados, se les pide escuchar la instrucción siguiente:

Veán los dos letreros, al escuchar la frase van a irse a un extremo del salón: al que dice SÍ quienes estén de acuerdo y al que dice NO quienes estén en desacuerdo.

Se lee la primera frase de cuestionario y el grupo queda dividido en dos, frente a frente.

Vamos a escuchar las razones que tienen esas personas para estar en desacuerdo con quienes estamos de este lado.

Los dos extremos participan por turnos, con tres personas por turno; inicia el extremo con menos personas. Si un lado está vacío: no inventamos sus opiniones pero sí expresamos las nuestras, en función de que en la sociedad sí hay quienes opinan diferente, aunque en el salón no.

Dos turnos (o sea seis personas) por lado (a menos que sensiblemente falten puntos de expresarse...) Regresan al centro: deben tocar, abrazar, saludar, al menos ver de cerca y sonreír frente a todas las personas que estaban en el otro equipo y después a las que estaban en el propio. Mientras ocurre esa reintegración, se lee en voz alta la siguiente frase.

Se repite la secuencia hasta haber revisado lo más relevante. No es necesario terminar la lista de frases del Anexo 1 y deben incorporarse frases relacionadas con puntos específicos que hayan sido polémicos en cada grupo en particular.

(Una variante de este ejercicio, donde el objetivo es la empatía, incluye el cambio de letreros en alguna frase que divida al grupo equitativamente, para forzarlos a que reflexionen sobre lo que los otros piensan, en este caso no es el objetivo.)

La última reintegración será un poco más larga y relajenta, y el grupo se reúne a dialogar.

Ronda: ¿cómo nos sentimos?

Ronda: ¿qué nos deja este ejercicio, para qué sirve?

Elaborar un documento personal y secreto con la lista de asuntos relacionados con los estereotipos de género que merecen reflexión.

Opiniones sobre el ejercicio: llenar la hoja de evaluación de esta sesión.

- Reglas para el ejercicio:** • Sólo intervenciones en positivo y primera persona: yo estoy de este lado porque...
- No interrumpir a quien está hablando.
 - No rebatir directamente lo expresado por alguien.
 - El ejercicio no es para debatir, es para expresar y escuchar.
 - Recomendación: en la sesión se anotan los comentarios y bromas machistas para usarlos como frases en este ejercicio; de esta forma, el grupo ubica y critica lo que surgió del mismo grupo.

Tema 3. Construcción de la identidad masculina, estereotipos de género

Técnica 4: Lectura grupal de Jacinto Aguayo

Objetivo: Propiciar la reflexión sobre los estereotipos de género

Material: • Relato de Jacinto Aguayo (Anexo 2)

Tiempo estimado: 15 a 35 minutos. (Recomendaciones: ensayar la lectura del relato antes del ejercicio para conocerlo y poder dramatizar un poco frente al grupo.)

Desarrollo: El o la capacitadora leerá para todo el grupo el relato Jacinto Aguayo.

Ronda: ¿qué tiene de extraño el relato de Jacinto Aguayo?

Elaborar, como si fuera tarea, un ensayo o cuento sin diferencias de género, donde las personas no sean “ni hombre ni mujer” (el ensayo será un ejercicio personal, no es para recogerlo.)

Opiniones sobre el ejercicio: la intención es hacer una reflexión profunda en relación con las vivencias de las mujeres al pasar por situaciones tales como las relatadas en la narración. Sensibilizar a los hombres en torno a prácticas que aun se dan hoy, como el hostigamiento sexual en el trabajo.

Tema 4. Masculinidad

Técnica 5: Taller de lectura por equipos y presentación de conclusiones en plenaria.

Objetivos: • Propiciar la reflexión y el debate sobre la masculinidad y las diversas formas que puede revestir.

- Detectar cómo, a partir de los roles de género, mujeres y hombres nos distribuimos tareas aun de manera desigual. Posicionar el tema de la desigualdad en el trato y en las oportunidades como parte fundamental de la temática de género.
- Mostrar a las y los participantes que la asignación de roles y estereotipos se manifiesta en la distribución de tareas y actividades, lo que repercute en una mínima posibilidad de compartir responsabilidades en ámbitos tales como cuidado y crianza de hijos e hijas, así como en el trabajo doméstico, quedando estas responsabilidades a cargo de las mujeres, principalmente, lo que reduce sus oportunidades para participar en mayor medida en espacios del ámbito público.

Material: • Lectura 4: La dimensión social del género: posibilidades de vida para mujeres y hombres en el patriarcado (se encuentra en la Antología)

Tiempo estimado: 30 a 60 minutos.

Desarrollo: Se divide al grupo en tres o cuatro equipos, en función del número de participantes, se les reparten copias de la lectura y se da tiempo suficiente para que lean, discutan y luego saquen conclusiones por grupo, a fin de que cada equipo haga una presentación de sus conclusiones ante la plenaria.⁵

Tema 5. Responsabilidades compartidas en los diferentes ámbitos: familiar, laboral, económico (público) y trabajo doméstico (privado)

Técnica 6: ¿Quién soy y qué hago?

Tiempo estimado: 40 a 60 minutos.

Objetivo: Reflexionar y discutir acerca de las transformaciones de los roles de mujeres y hombres, así como la forma en que aún nos dividimos sexualmente las tareas en los espacios privado y público.

Materiales: • Formulario prediseñado (Anexo 3), es necesario que cada participante tenga una copia del mismo y cuente con 20 minutos para llenarlo.

- Marcadores
- Pizarrón o rotafolio.

⁵ Para este mismo tema también se puede trabajar con la lectura 5: *Resignificar lo masculino: guía para varones del siglo XXI* o la lectura 10: *Entrevista a Michael Kimmel* (contenidas en la Antología anexa).

Desarrollo: Se entrega a cada participante un formulario prediseñado (el Anexo 3 se puede modificar en función del perfil del grupo). Se dan entre 20 y 30 minutos para llenarlo. En el rotafolio o pizarrón se dibujará una tabla para anotar los resultados que arroje el formulario en cuanto a lo que las mujeres y los hombres hacen. Los datos serán: número total de asistentes, hombres, mujeres, número de pregunta (no hay tiempo para revisar todo el listado de preguntas), cuántas mujeres aplican en esa pregunta y a qué porcentaje corresponde del total de mujeres, cuántos hombres aplican y qué porcentaje del total de hombres.

El o la capacitadora leerá en voz alta algunas de las preguntas, escogidas un tanto al azar, para ver cómo nos seguimos especializando los hombres en el ámbito público y las mujeres en el privado. Cómo, mientras las mujeres han incursionado de manera importante en actividades tradicionalmente destinadas a hombres como trabajar y aportar dinero a casa, los hombres aún no participan en labores de cuidado y crianza de hijas e hijos ni en trabajo doméstico. Las respuestas se anotan en el rotafolio y al final se analiza, discute y concluye que, aunque las cosas han cambiado, aun para las mujeres está determinado, casi de manera exclusiva, la reproducción biológica, la crianza y cuidado de hijas e hijos, el trabajo doméstico, etc. En un momento dado, esto puede limitar sus aspiraciones a mejores puestos laborales, políticos, sindicales, etc., pues tiene que enfrentarse a la disyuntiva de dejar de cumplir algunas de sus responsabilidades familiares por cumplir sus responsabilidades laborales, profesionales y económicas.

Es importante no llevar ni dejar que el debate caiga en terrenos de culpabilizar ni a hombres ni a mujeres por lo que se hace, sino más bien, de ver que ambos géneros somos corresponsables de la manera en que nos relacionamos y de encontrar los posibles cambios o transformaciones para mejorar dichas relaciones.

Técnica 7: Lectura grupal y discusión de la lectura 1: *El síndrome del no hago nada...* (contenido en la Antología).

Objetivo: Reflexionar y discutir acerca de las transformaciones de los papeles de mujeres y hombres, así como el valor que se le da o no al trabajo doméstico, y propiciar el intercambio de experiencias sobre este tema.

Desarrollo: Se lee en voz alta (o en equipos de trabajo) y cada equipo discute y saca sus conclusiones, que posteriormente se presentan ante el grupo.

Tema 6. Masculinidad y paternidad “vienen dos en cada bolsita”

Técnica 8: Dinámica de sensibilización: música de Piero “Mi viejo” (se puede utilizar alguna otra canción que haga referencia a la figura paterna).

Objetivo: Colocar el tema de la paternidad en conexión directa con la masculinidad. Enfatizar la manera en que socialmente se exige a los hombres que tengan hijos, como condición necesaria para demostrar su hombría. Hacer notar también que la figura del padre es tan importante como la de la madre para las mujeres y para los hombres. Hablar de los diferentes tipos de paternidad: ausente, violenta, afectiva, etc.

Tiempo estimado: 25 a 35 minutos.

Desarrollo: Se pide a las y los integrantes de grupo que cierren un momento sus ojos mientras escuchan la música... Al término de la canción se pide que anoten en una hoja la imagen principal que se les vino a la mente. Un secretario colecta las hojas con las respuestas y las lee en voz alta, mientras otra secretaria hace un cuadro en el rotafolio con las reflexiones.

Seguramente la reflexión más frecuente será “imágenes de la figura paterna”... Se sugiere hablar entonces de la necesidad de impulsar un ejercicio más responsable de la paternidad y las distintas medidas como políticas públicas, programas y leyes para fomentar ese ejercicio (por ejemplo, la licencia por paternidad, derecho de los hombres a inscribir a sus hijas e hijos a la guardería, entre otros).

Proyectar la información de la presentación relacionada con los diferentes tipos de la paternidad.

Materiales:⁶

- Proyector de acetatos o cañón
- Reproductor de CD o casete
- CD de música
- Hojas tamaño carta
- Hojas de rotafolio
- Marcadores.

⁶ Se sugiere complementar el tema con algunos datos tomados de la lectura 2: *3er domingo de junio: Día del Padre* (incluido en la Antología).

Tema 7. Masculinidad y salud

Técnica 9: Perfiles

Objetivo: Dar a conocer a las y los participantes las dificultades inherentes al ser hombre en un sistema social donde los rígidos estereotipos de género producen malestar, dolor, enfermedades y acortan la vida de muchos hombres. Reconocer que la violencia no es innata y se puede evitar.

Material:

- Papel kraft (dos metros por equipo, calculando de cuatro a cinco personas por equipo)
- Gis blanco o amarillo o crayón grueso (uno por equipo)
- Notas autoadheribles cuadradas de colores
- Marcadores de punto fino.

Tiempo estimado: 45 minutos. (Recomendaciones: propiciar que el ejercicio se realice ágilmente para evitar que se tome más tiempo del establecido).

Desarrollo: Van a formar un círculo tomados de las manos (hasta que todos estén de las manos).

Levantar las manos al frente para mostrar que estamos unidos en este taller.

Numerarse para formar grupos (cuatro o cinco personas) para desarrollar la actividad.

Cada grupo recibe un rollo con dos metros de papel kraft, un gis grueso (o crayón) y plumones.

Al terminar la instrucción y aclarar dudas, cada equipo se dirigirá a un lugar apartado dentro del salón (o afuera, según el espacio) para realizar la actividad. El o la capacitadora se acercará a cada equipo para estimular el trabajo, centrar la actividad en el objetivo, aclarar dudas y apresurar al equipo más lento. Una persona de cada equipo se acuesta sobre el papel kraft en una posición semilateral, con algunas articulaciones dobladas, cómodamente (no como momia egipcia).

Las demás personas dibujan la silueta sobre el papel kraft con el gis. La silueta debe mostrar con claridad la cabeza, el tronco y las extremidades.

Se pide que cierren sus ojos y reflexionen sobre “el ser hombre...”, sobre lo bueno de ser hombre (20 a 30 segundos) y después sobre lo malo de ser hombre (un minuto) .

Pensar en “los males” de los hombres; de qué se quejan los hombres... y asignar, arbitrariamente, cada “mal” a una parte del cuerpo humano (30 segundos). Ejemplo: ¿dónde pondrías la tristeza? (Dos o tres responden y se indica que cada quien puede ponerla donde quiera.)

Con los marcadores de colores, escriben o dibujan en sus notas autoadheribles cada mal y lo pegan sobre la silueta.

Las siluetas (cubiertas de papelitos) se colocan en el centro del salón y cada grupo cerca de su silueta, preparado para exponer.

Exposición del trabajo: todos los equipos leen o describen (quien lo puso) los papelitos, posiblemente en otros equipos los males queden en diferente lugar. El lugar en que se colocó cada mal es irrelevante para este ejercicio, lo importante es la lista de males.

De manera simultánea a la revisión se van retirando los papeles y poniéndolos, agrupados, en las listas de la pared:

- Problemas de convivencia con otros hombres
- Problemas de convivencia con la pareja y la familia
- Problemas de convivencia con su propio cuerpo: salud (queda abierto para el siguiente ejercicio)
- Otros.

Se piden comentarios breves y pasamos a “los hombres mueren” para completar la lista “salud y autocuidado”.

Recoger opiniones sobre el ejercicio.

Técnica 10: Los hombres también mueren. (Este ejercicio puede ser continuación y complemento de la técnica 9: Perfiles)

Materiales: • Veladoras

- Lista de males o problemas del ejercicio anterior.
- Tablas comparativas de causas de muerte del INEGI (Anexo 4).

Tiempo estimado: 15 minutos.

Objetivo: Completar la lista de autocuidado.

Desarrollo: El o la capacitadora coloca unas veladoras sobre los papelitos del piso para crear un escenario de muerte.

¿De qué mueren los hombres? Recordemos a algunos conocidos que ya murieron: parientes, amigos, vecinos, parejas... ¿De qué murieron? (Se piden uno o dos ejemplos por persona, que pueden anotarse o no. Después de una ronda o cuando hayan salido varias enfermedades que se pudieron evitar, se les pide responder a la siguiente pregunta.)

¿Cuáles de esas muertes tienen que ver con los estereotipos de masculinidad?

Se llama la atención sobre los datos de las causas de muerte en hombres y mujeres.

Recoger opiniones sobre el ejercicio.

Tema 8. Masculinidad y violencia

Técnica 11: Tipos de violencia

Objetivos: Reflexionar acerca del vínculo que existe entre la masculinidad y la violencia en las relaciones cotidianas y cómo éstas se ven dañadas a causa de esta masculinidad con violencia; las relaciones interpersonales se ven dañadas.

Reflexionar sobre los tipos de violencia que existen: física, sexual, emocional/psicológica, económica y verbal, y que a partir de esta reflexión se pueda cambiar significativamente en la conducta.

Materiales: • Hojas de rotafolio
• Marcadores.

Desarrollo: Con el fin de reflexionar sobre los tipos de violencia familiar que existen, se indica a las y los asistentes que se organicen en equipos –puede variar el número de integrantes en cada uno, dependiendo de la cantidad de asistentes al taller–.

A cada equipo se le asigna un tipo de violencia. Se les solicita que escriban en las hojas de rotafolio a partir de sus experiencias, o de lo que conozcan acerca de las formas, actitudes, modos en los que se presentan las distintas formas de violencia.

Una vez realizado el ejercicio por equipo, se invita a que uno o dos integrantes de equipo presenten su trabajo frente al grupo para reflexionar sobre los tipos de violencia.

Técnica 12: Violencia masculina contra la pareja. (Puede sustituir a la técnica 11: Tipos de violencia, o bien complementarla si se desea profundizar en el tema de masculinidad y violencia).

Objetivos: Reflexionar acerca del vínculo que existe entre la masculinidad y la violencia en las relaciones cotidianas y cómo éstas se ven dañadas a causa de esta masculinidad con violencia; las relaciones interpersonales se ven dañadas.

Reflexionar sobre la violencia masculina en la relación de pareja y generar cambios significativos en la conducta de los hombres.

Materiales: • Hojas blancas
• Lápices.

Desarrollo: Con el fin de reflexionar sobre la violencia masculina en la relación de pareja se pide a los y las integrantes del grupo que contesten tres preguntas que regirán la dinámica:

¿Qué cosas me dice mi pareja que me molestan?

¿Cómo reacciono cuando el o ella me dice qué hacer?

¿Cómo me siento cuando reacciono así?

Después de que hayan contestado dichas preguntas, se divide el grupo en dos, de tal manera que cada participante tenga un compañero con quien llevar a cabo dicha actividad.

Se les pide que se coloquen uno frente a otro en dos filas y una fila de asistentes asume el rol de pareja.

El compañero que le tocó ser la figura de hombre le dice a la o el compañero que tiene enfrente todas aquellas cosas que le molestan de ella –no necesariamente las que escribió anteriormente–, el que escucha debe de estar totalmente callado, sin intervenir con ningún comentario.

Cuando termine de decir al que le tocó hablar, el que escucha le dice: “yo respeto lo que tú me has dicho”.

Se repite la misma dinámica con la otra fila.

Una vez terminada la dinámica, se pide las y los asistentes que se sienten en círculo, de tal manera que al invitarlos a expresar sus experiencias y reflexionar sobre el tema lo hagan de pie, en su lugar.

Bibliografía sugerida

Como parte importante del taller, está el recomendar bibliografía relacionada con los temas del curso.

Connell, R. W., *Masculinidades*, PUEG/UNAM, México, 2003, 355 pp.

Ghiglieri, Michael P., *El lado oscuro del hombre. Los orígenes de la violencia masculina*, Metatemas, Barcelona, 2005, 377 pp.

Horrocks, Roger, *Masculinity in crisis*, St. Martins Press, New York, 1994, 210 pp.

Lomas, Carlos, *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales*, Paidós Contextos, Barcelona, 2002, 228 pp.

Nolasco, Sócrates, *O mito da Masculinidade*, 2a ed., Rocco, Río de Janeiro, 1995, 188 pp.

Núñez Noriega, Guillermo, *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, PUEG-UNAM, México, 2000, 309 pp.

Seidler, Victor J., *Recreating Sexual Politics. Men, feminism and politics*, Routledge, London and New York, 311 pp.

_____, *La sin razón masculina (masculinidad y teoría social)*, PUEG-UNAM, México, 2000, 333 pp.

Stoltenberg, John, *The end of Manhood. A book for men of conscience*, A Plume book, USA, 1993, 311 pp.

Sykes, Bryan, *La maldición de Adán. El futuro de la humanidad masculina*, DEBATE, Barcelona, 2005, 316 pp.

Whaley Sánchez, Jesús Alfredo, *Violencia intrafamiliar. Causas biológicas, psicológicas, comunicacionales e interaccionales*, Plaza y Valdés, México, 2003, 125 pp.

Carta

descriptiva



Taller básico de sensibilización en género y masculinidad	
Evento	Diversas instituciones.
Institución solicitante	Multiplicadoras/es, capacitadoras/es, instructoras/es.
Dirigido a	Sensibilizar y conformar un espacio de análisis y reflexión para que los hombres revisen la forma en que su identidad masculina fue construida.
Objetivo del evento	Propiciar la búsqueda de nuevas formas de expresión de la masculinidad alejadas de las imágenes estereotipadas de hombre violento, no responsable de sus hijas/os, del ejercicio de su sexualidad, etc. Contribuir a solucionar la problemática específica de la falta de equidad e igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres.
Fecha	
Número de participantes	Mujeres_____ Hombres_____ Total_____
Horario	De 000 a 000 hrs.
Lugar	

Facilitador(a)

Observaciones:

Elaboró:

Revisó:

		II			
Horario	Tema	Objetivos	Técnica y Procedimiento	Material	Tiempo (Minutos)
8:30 hrs.	Registro de participantes	Conformar una lista de participantes		Formato de lista de asistencia	30
09:00hrs.	Arranque del taller	Presentación: contexto y objetivos del taller (específicos y generales). Temática del taller: Presentación del facilitador y declaratoria inaugural de los trabajos del taller.	Dinámica: La entrega del Oscar para romper el hielo e integración del grupo. Las y los participantes, por parejas, al lado de las mesas de trabajo, toman una hoja de papel y una pluma o lápiz y observan a la persona con la que están trabajando. Cada persona anota en el papel tres cualidades positivas que ve en su compañera/o. Luego se intercambian las hojas, de manera que cada uno reciba las cualidades que proyecta hacia los demás... Van a pasar al frente a leer sus cualidades y el resto del grupo les va a dar un Oscar, es decir, un premio, consistente en un aplauso por esas cualidades.	Etiquetas para que cada persona anote su nombre y se la pegue en el lado izquierdo de su pecho.	30-40 (dependiendo del tamaño del grupo).
9:30-10:00 hrs.	Presentación de las expectativas de las y los participantes sobre el taller. Encuadre del taller.	Contar con elementos que nos ayuden a evaluar lo aprendido en el taller y el grado de cumplimiento de su objetivo.	Presentación individual de las expectativas del taller. Ponerse de pie y en voz alta decir qué esperan del taller. Es importante anotar las expectativas en una hoja grande y dejarlas a la vista durante todo el taller para que al final se haga un balance de qué tanto fueron, o no, cubiertas. En el encuadre, especificar que si alguien se tiene que ir antes de la hora establecida, lo avise de entrada para no afectar el trabajo del grupo. Lo mismo con los teléfonos celulares o radiocalizadores, pedirles a las y los participantes que contesten sus llamadas fuera de la sala de trabajo para no afectar el desarrollo del taller. Durante las exposiciones temáticas, si alguien quiere hacer preguntas, las anotan en un papel y al final de cada exposición se responderán las preguntas. Durante los ejercicios y dinámicas grupales o individuales se pueden utilizar las mesas alternas para mejor concentración y menor interferencia en las tareas a realizar. Habrá partes teóricas y prácticas intercaladas.	Rotafolios Hoja de rotafolios Marcadores	30 Depende del tamaño del grupo. Si éste fuera muy grande, se aclara que por cuestiones de tiempo unas seis personas digan su expectativa Por lo general hay comunes denominadores.

Horario	Tema	Objetivos	Técnica y Procedimiento	Material	Tiempo (Minutos)
10:30-11:30hrs.	Tema 1. Género: conceptos básicos (sexo, género, roles y estereotipos). "Ni la vida es rosa ni los príncipes azules"	<p>Detectar cómo construimos los roles de género.</p> <p>Posicionar el tema de la masculinidad como parte fundamental de la temática de género.</p> <p>Mostrar a las y los participantes que la asignación de roles y estereotipos se comienza desde muy temprano en nuestras vidas y que va desde el simple uso de los colores, hasta la forma en que nos desempeñamos en el trabajo, en el hogar y en la pareja y la familia.</p>	<p>Técnica 2: En el cunero</p> <p>De entre las y los participantes se elige a una mujer y a un hombre para que pasen al frente. Se pide al grupo que imaginen que estamos en el cunero de un hospital y que estas dos personas son un papá y una mamá que vienen a recoger a su hija o hijo. Se aclara que no son pareja, que sólo coincidieron en el cunero.</p> <p>Ahora se pide que de lo que captan a simple vista, digan características o atributos sobre esa mamá y luego sobre ese papá. Se anotan en el pizarrón todos los adjetivos que se mencionen, haciendo una columna para ella: maternal, experta, dulce, tierna, etc. Y una para él: inseguro, poco cariñoso, inexperto, etc. Más tarde se pregunta al grupo lo que pueda decir del bebé envuelto en la cobijita rosa: cómo imagina que es y qué será de más grande, a qué se va a dedicar, qué profesión tendrá, etc. Lo mismo se hace con el bebé envuelto en azul. Al final se descubre a los bebés y se muestran al grupo. El muñeco tenía la cobijita rosa y la muñeca la azul.</p> <p>Se analiza y discute el hecho de que la sociedad y la cultura asignan atributos, papeles y expectativas a cada persona, en función del sexo al que pertenece, y el proceso se inicia desde el momento en que se nos viste de un color u otro. Sin embargo, la cualidad que nos hace diferentes es básicamente el aspecto biológico, sexual o físico, mientras los demás elementos son adjudicados social y culturalmente. Se concluye con la presentación y lectura y breve explicación de las definiciones de los conceptos básicos de género, el sistema sexo-género, los antecedentes y consecuencias de esta distinción, así como perspectiva de género.</p> <p>Cada capacitador o capacitadora podrá modificar o sustituir estas dos propuestas con otra que le sea de mayor utilidad.</p>	<p>Un muñeco y una muñeca</p> <p>Un pliego de papel crepé azul, simulando una cobijita de bebé</p> <p>Un pliego de papel crepé rosa, simulando una cobijita de bebé</p> <p>Música de cuna en CD o casete.</p> <p>Plumones, pizarrón o rotafolios.</p> <p>Presentación PowerPoint con conceptos básicos de sexo, género, estereotipo y rol.</p> <p>Cañón y computadora.</p>	60 a 90 en función del grupo.

					II	
Horario	Tema	Objetivos	Técnica y Procedimiento	Material	Tiempo (Minutos)	
11:30-12:00hrs.	Tema 3. Construcción de la identidad masculina, estereotipos de género	Propiciar la reflexión sobre los estereotipos de género. Sensibilizar a los hombres en torno a prácticas que se dan aun hoy en día como el hostigamiento sexual en el trabajo.	Técnica 4: Lectura grupal de Jacinto Aguayo. El o la capacitadora leerá para todo el grupo el relato Jacinto Aguayo. Ronda: ¿qué tiene de extraño el relato de Jacinto Aguayo? Elaborar, como si fuera tarea, un ensayo o cuento sin diferencias de género: donde las personas no sean "ni hombre ni mujer" (el ensayo será un ejercicio personal, no es para recogerlo.)	Anexo 2: Jacinto Aguayo	30	
12:00			RECESO		15 a 20	
12:20hrs. 12:20 13:00hrs.	Tema 4: Masculinidad.	Propiciar la reflexión y el debate sobre la masculinidad y las diversas formas que puede revestir.	Técnica 5: Taller de lectura por equipos y presentación de conclusiones en plenaria Se divide al grupo en tres o cuatro equipos en función del número de participantes, se les reparten copias de la lectura y se da tiempo suficiente para que lean, discutan y luego saquen conclusiones por grupo, a fin de que cada equipo haga una presentación de sus conclusiones ante la plenaria.	Lectura 4: <i>La dimensión social del género: posibilidades de vida para mujeres y hombres en el patriarcado</i> (se encuentra en la Antología) Nota: para este mismo tema también se puede trabajar con la lectura 5: <i>Resignificar lo masculino: guía para varones del siglo XXI</i> o la lectura 10: <i>Entre-vista a Michael Kimmel</i> (contenidas en la antología anexa).	40	

		II			Tiempo (Minutos)
Horario	Tema	Objetivos	Técnica y Procedimiento	Material	
13:00 13:40hrs.	Tema 5. Responsabilidades compartidas en los diferentes ámbitos: familiar, laboral, económico (público) y trabajo doméstico (privado)	Reflexionar y discutir acerca de las transformaciones de los roles de mujeres y hombres, así como de la forma en que aún nos dividimos sexualmente las tareas en los espacios privado y público.	Técnica 6: ¿Quién soy y qué hago? Se entrega a cada participante un formulario prediseñado (el Anexo 3 se puede modificar en función del perfil del grupo). Se dan entre 20 y 30 minutos para llenarlo. En el rotafolios o pizarrón se dibujará una tabla para anotar los resultados que arroje el formulario en cuanto a lo que las mujeres y los hombres hacen. Los datos serán: número total de asistentes, hombres, mujeres, número de pregunta (no hay tiempo para revisar todo el listado de preguntas), cuántas mujeres aplican en esa pregunta y a qué porcentaje corresponde del total de mujeres, cuántos hombres aplican y qué porcentaje del total de hombres. El o la capacitadora leerá en voz alta algunas de las preguntas, escogidas un tanto al azar, para ver cómo nos seguimos especializando los hombres en el ámbito público y las mujeres en el privado. Las respuestas se anotan en el rotafolios y al final se analiza, discute y se anotan las conclusiones.	Formulario prediseñado (anexo 3), es necesario que cada participante tenga una copia del mismo y cuente con 20 minutos para llenarlo. Marcadores Pizarrón o rotafolios.	40
13:40 14:00hrs.	Conclusión	Hacer un repaso de lo visto hasta este momento y reafirmar conceptos básicos del tema.	Conceptos del taller: género, equidad de género, masculinidad. Discusión plenaria y cierre de la primera parte del taller. Preguntas, respuestas, comentarios y exposición de las primeras conclusiones.	Presentación de PowerPoint que abarque estos temas.	20
1400 15:00hrs.			Comida		60

		II		Tiempo (Minutos)
Horario	Tema	Objetivos	Técnica y Procedimiento	Material
15:00 15:30hrs.	Tema 6. Masculinidad y paternidad: "vienen dos en cada bolsita"	Colocar el tema de la paternidad en conexión directa con la masculinidad. Enfatizar la manera en que socialmente se exige a los hombres que tengan hijos, como condición necesaria para demostrar su hombría. Hacer notar también que la figura del padre es tan importante como la de la madre para las mujeres y para los hombres. Hablar de los diferentes tipos de paternidad: ausente, violenta, afectiva, etc.	Técnica 8: Dinámica de sensibilización: música de Piero "Mi viejo" (se puede utilizar alguna otra canción que haga referencia a la figura paterna). Se pide a las y los integrantes de grupo que cierren un momento sus ojos mientras escuchan la música... Al término de la canción se pide que anoten en una hoja la imagen principal que se les vino a la mente. Un secretario colecta las hojas con las respuestas y las lee en voz alta, mientras otra secretaria hace un cuadro en el rotafolios con las reflexiones. Seguramente la reflexión más frecuente será "imágenes de la figura paterna" ... Se sugiere hablar entonces de la necesidad de impulsar un ejercicio más responsable de la paternidad y las distintas mediadas como políticas públicas, programas y leyes para fomentar ese ejercicio (por ejemplo, la licencia por paternidad, derecho de los hombres a inscribir a sus hijas e hijos a la guardería, entre otros).	30 Proyector de acetatos o cañón Reproductor de CD o casete CD de música Hojas tamaño carta Hojas de rotafolio Marcadores Se sugiere complementar el tema con algunos datos de la lectura 2: 3er <i>domingo de junio, Día del Padre.</i>
16:00 16:45hrs.	Tema 7. Masculinidad y salud	Dar a conocer a las y los participantes las dificultades inherentes al ser hombre en un sistema social donde los rígidos estereotipos de género producen malestar, dolor, enfermedades, y acortan la vida de muchos hombres. Reconocer que la violencia no es innata y se puede evitar.	Técnica 9: Perfiles Van a formar un círculo tomados de las manos (hasta que todos estén de las manos). Levantar las manos al frente para mostrar que estamos unidos en este taller. Numerarse para formar grupos (cuatro o cinco personas) para desarrollar la actividad. Cada grupo recibe un rollo con dos metros de papel kraft, un gis grueso (o crayón) y unos plumones. Al terminar la instrucción y aclarar dudas, cada equipo se dirigirá a un lugar apartado dentro del salón (o afuera, según el espacio) para realizar la actividad. El o la capacitadora se acercará a cada equipo para estimular el trabajo, centrar la actividad en el objetivo, aclarar dudas, y apresurar al equipo más lento.	45 Papel kraft (dos metros por equipo, calculando de cuatro a cinco personas por equipo) Gis blanco o amarillo o crayón grueso (uno por equipo) Notas autoadheribles cuadradas de colores Marcadores de punto fino.

Horario	Tema	Objetivos	Técnica y Procedimiento	Material	Tiempo (Minutos)
			<p>Una persona de cada equipo se acuesta sobre el papel kraft en una posición semilateral, con algunas articulaciones dobladas, cómodamente (no como momia egipcia). Las demás personas dibujan la silueta sobre el papel kraft con el gis. La silueta debe mostrar con claridad la cabeza, el tronco y las extremidades. Se pide que cierren sus ojos y reflexionen sobre "el ser hombre..." sobre lo bueno de ser hombre (20 a 30 segundos) y después sobre lo malo de ser hombre (un minuto). Pensar en "los males" de los hombres; de qué se quejan los hombres... y asignar, arbitrariamente, cada "mal" a una parte del cuerpo humano (30 segundos). Ejemplo: ¿dónde pondrías la tristeza? (Dos o tres responden y se indica que cada quien puede ponerla donde quiera.) Con los los marcadores de colores, escriben o dibujan en sus notas autoadheribles cada mal y lo pegan sobre la silueta. Las siluetas (cubiertas de papelitos) se colocan en el centro del salón y cada grupo cerca de su silueta, preparado para exponer.</p> <p>Exposición del trabajo: todos los equipos leen o describen (quien lo puso) los papelitos, posiblemente en otros equipos los males queden en diferente lugar. El lugar en donde se colocó cada mal es irrelevante para este ejercicio, lo importante es la lista de males.</p> <p>De manera simultánea a la revisión se van retirando los papeles y poniéndolos, agrupados, en las listas de la pared:</p> <p>Problemas de convivencia con otros hombres</p> <p>Problemas de convivencia con la pareja y la familia</p> <p>Problemas de convivencia con su propio cuerpo: salud (queda abierto para el siguiente ejercicio) Otros</p> <p>Se piden comentarios breves y pasamos a "los hombres mueren" para completar la lista "salud y autocuidado"</p> <p>Recoger opiniones sobre el ejercicio.</p>		

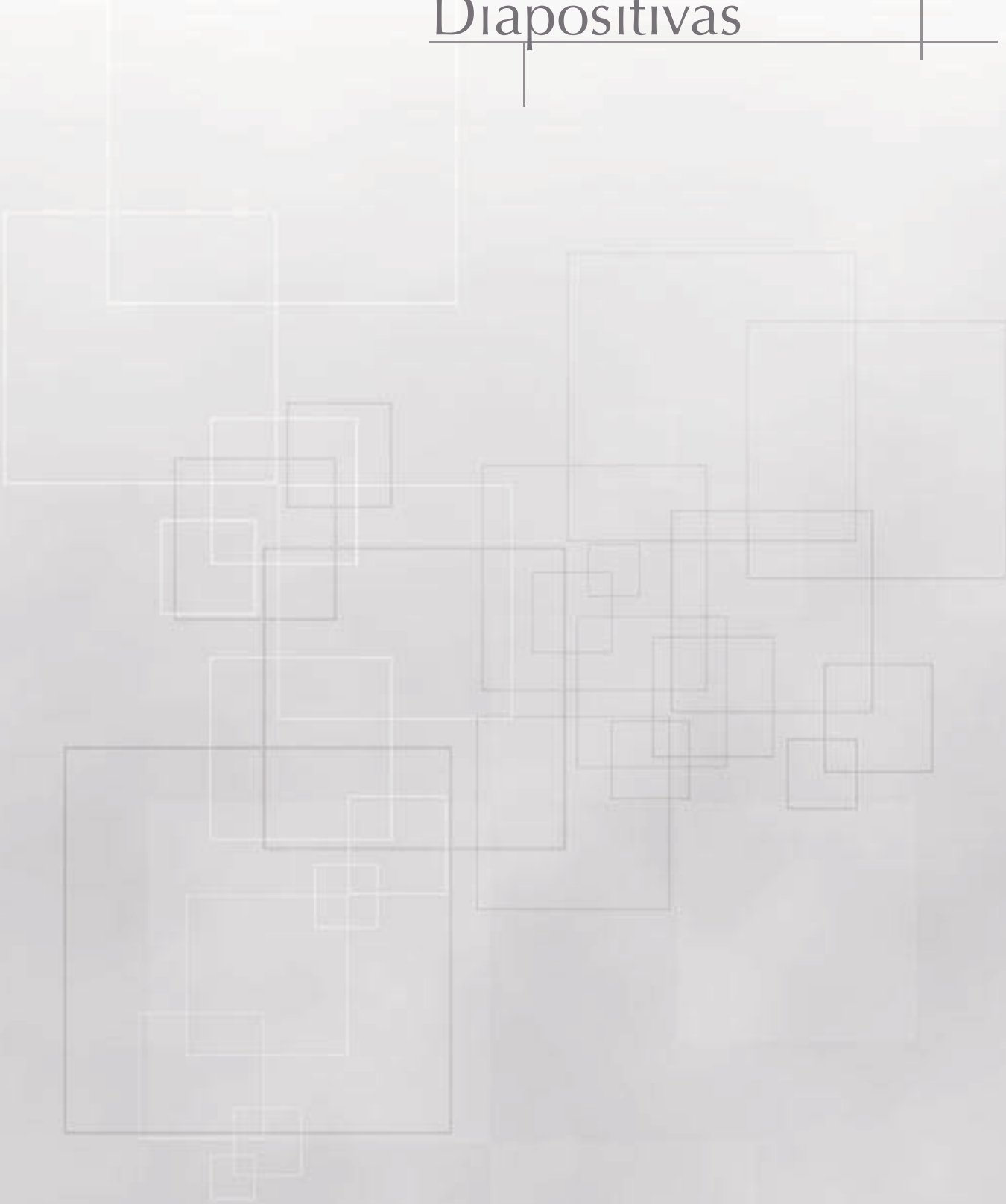
		II		Tiempo (Minutos)
Horario	Tema	Objetivos	Técnica y Procedimiento	Material
16:45 17:50 hrs.	Tema 8. Masculinidad y violencia.	Reflexionar acerca del vínculo que existe entre la masculinidad y la violencia en las relaciones cotidianas y cómo éstas se ven dañadas a causa de esta masculinidad con violencia; las relaciones interpersonales se ven dañadas. Reflexionar sobre los tipos de violencia que existen: física, sexual, emocional/psicológica, económica y verbal, y que a partir de esta reflexión se pueda cambiar significativamente en la conducta.	Técnica 11: Tipos de violencia Con el fin de reflexionar sobre los tipos de violencia familiar que existen, se indica a las y los asistentes que se organicen en equipos –puede variar el número de integrantes en cada uno, dependiendo de la cantidad de asistentes al taller–. A cada equipo se le asigna un tipo de violencia. Se les solicita que escriban en las hojas de rotafolios a partir de sus experiencias, o de lo que conozcan acerca de las formas, actitudes, modos; en los que se presentan las distintas formas de violencia. Una vez realizado el ejercicio por equipo, se invita a que uno o dos integrantes de equipo presenten su trabajo frente al grupo para reflexionar sobre los tipos de violencia.	Hojas de rotafolios Marcadores
17:50 18:00 hrs.	Valorar el taller de sensibilización en género y masculinidad.	Evaluación y cierre del taller. Retomar las expectativas iniciales, así como el objetivo del taller y el temario, a fin de determinar lo aportado y el aprendizaje teórico-práctico obtenido.	Evaluar los resultados del taller en relación con las expectativas; los objetivos del mismo. Aplicar el cuestionario de evaluación de reacción.	Formulario prediseñado para el efecto (se encuentra en el Anexo).
18:00 hrs.	Cierre del taller			

3. Lista de verificación.

III	Elemento	Condición	Insumos proporcionados por proveedor	Calificación	Observaciones
Instalaciones	Iluminación				
	Ventilación				
	Dimensión de la sala				
	Mesas de trabajo				
Mobiliario	Distribución				
	Sillas individuales				
	Mesas auxiliares				
	Presidium				
	Rotafolios				
	Proyector de acetatos				
	Pantalla				
	Equipo de sonido (micrófonos)				
	Grabadora o reproductor de CD				
	Pizarrón				
Equipo	Cañón proyector				
	Televisor y video				
	Computadora				
	Otros:				
	Hojas de rotafolios				
	Acetatos				
	Presentaciones (última versión)				
	Memorias de las presentaciones				
	Lápices o plumas				
	Masking-tape, cinta adhesiva				
Materiales	Hojas blancas				
	Marcadores y plumones				
	Otros:				

III				
Elemento	Condición	Insumos proporcionados por proveedor	Calificación	Observaciones
Servicio de cafetería				
Cámara fotográfica				
Documentos del facilitador	Lista de asistencia			
	Hojas de registro (si aplica)			
	Evaluaciones			
	Carta descriptiva			
<p>Recibí satisfactoriamente los insumos proporcionados/contratados por el proveedor</p> <p style="text-align: center;">Entregué satisfactoriamente los insumos proporcionados/contratados al proveedor</p>				
<p>Nombre y firma del o la coordinadora / responsable de realizar el evento</p> <p style="text-align: center;">Nombre y firma del o la coordinadora / responsable de realizar el evento</p>				
<p>Calificación <i>Excelente</i> <i>Muy bueno</i> <i>Bueno</i> <i>Regular</i> <i>Malo</i></p>				
Breve descripción del proceso:				
Reporte del impacto:				
Síntesis de evaluaciones				
Comentarios del o la facilitadora				
Control de cambios				
Servicio no conforme				
<p>Elaboró Validación</p>				

Diapositivas



Taller básico de capacitación y sensibilización en género y masculinidad

Propuesta didáctica
2005

Presentación

- ¿Para qué hablar de masculinidad?
- Para revisar el conjunto de ideas, creencias, representaciones y atribuciones socioculturales que pretenden definir lo que un hombre debe ser y hacer.
- Para reflexionar sobre las limitaciones del modelo hegemónico de masculinidad: imposibilidad de externar emociones como tristeza, ternura, dolor, miedo y suavidad.
- Para buscar otras formas de masculinidad. No cuestionar el ser hombre. Analizar cómo encontrar mejores espacios de comunicación, entendimiento y apoyo entre mujeres y hombres.



Objetivos

- Sensibilizar y conformar un espacio de análisis y reflexión para revisar la forma en que fue construida la identidad masculina.
- Buscar nuevas formas de expresión de la masculinidad alejadas de prácticas violentas, excluyentes o discriminatorias.
- Contribuir a solucionar los problemas de falta de equidad e igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres.

Temario

- Conceptos básicos de género: sexo, género, rol y estereotipo.
- Masculinidad y género: construcción de la identidad masculina, estereotipos, poder, control y subordinación como parte de los roles mujeres/hombres.
- Salud sexual y salud reproductiva en relación con la masculinidad (ejercicio responsable de la sexualidad, hacerse responsable de las enfermedades que nos pueden aquejar y en la reproducción/gestación).

Temario

- Compartir responsabilidades familiares: trabajo doméstico, cuidado, crianza y educación de hijos/as.
- Paternidad afectiva vs. otros tipos de paternidad/es (ausente, violenta, etc.).
- Violencia y masculinidad

Género

Conceptos básicos

Sexo

Diferencias biológicas entre la mujer y el hombre, determinadas genéticamente, tratándose de características naturales e inmodificables.

Género

Concepto que se refiere a los valores, atributos, roles y representaciones que la sociedad asigna a hombres y mujeres.

Ejemplos

Sexo

*Sólo los hombres tienen la capacidad de producir espermatozoides.

*Sólo las mujeres tienen ovarios.

Género

*Los hombres deben proveer el gasto familiar.

masculino

*Las mujeres son las responsables de las tareas domésticas.

femenino

Ejemplos

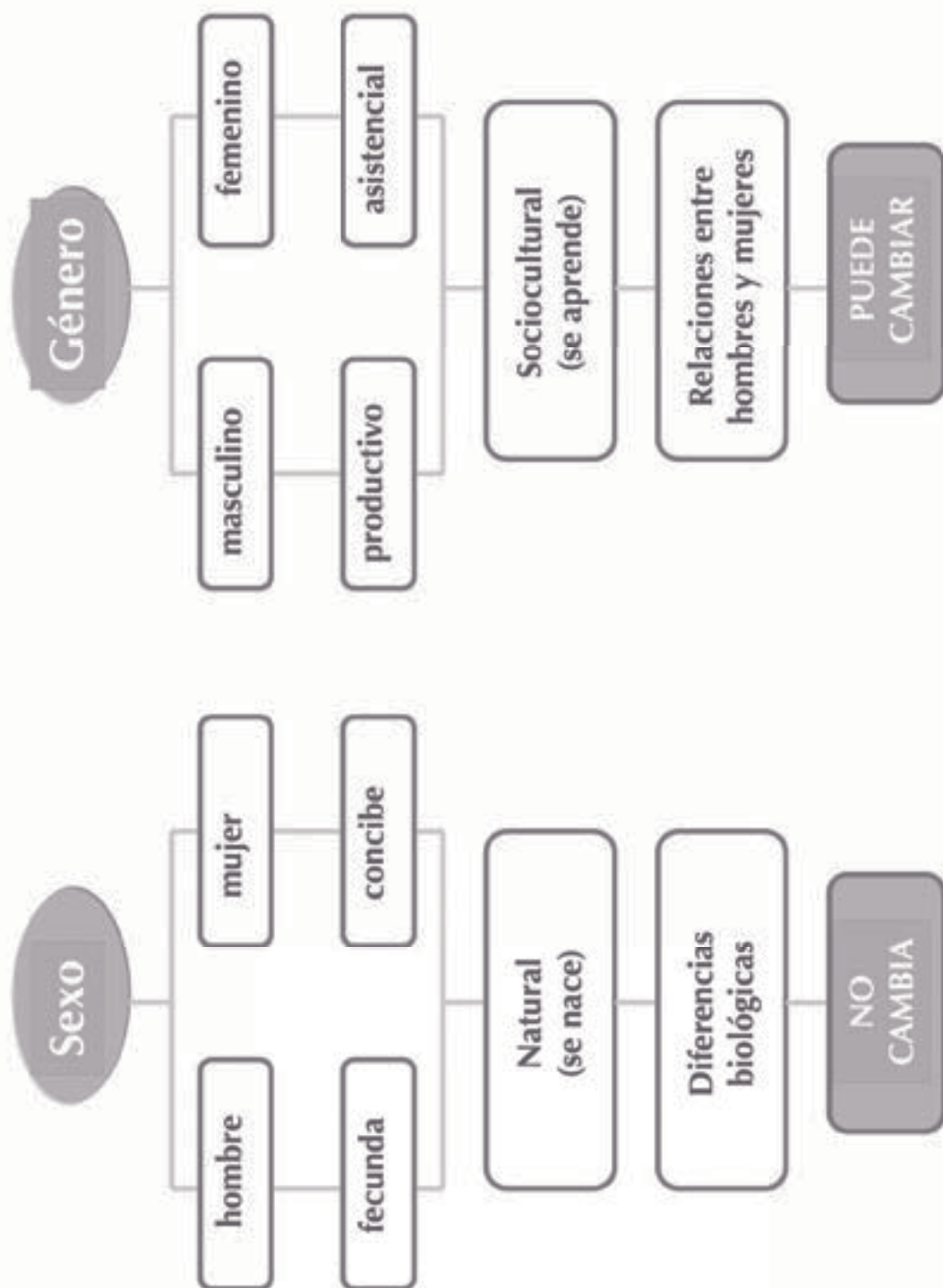
Masculino

Fuerte, trabajador, responsable, inteligente, guía, violento, audaz, proveedor.

Femenino

Amorosa, débil, sentimental, abnegada, maternal, tierna, bella, dócil.

Sistema



Rol de género

Tareas o actividades que se espera que desempeñe una persona según el sexo al que pertenece.

Hombre

Político, mecánico, jefe.

Mujer

Ama de casa, maestra, enfermera.

Los roles de género

Pueden agruparse en:

Rol productivo: actividades que generan ingresos económicos. Las que producen bienes o servicios para la venta o el autoconsumo.

Rol reproductivo: está relacionado con la reproducción biológica y las actividades necesarias para garantizar el bienestar y la sobrevivencia de la familia.

Rol de gestión comunitaria: actividades que se realizan para aportar al desarrollo o la organización pública de la comunidad a la que pertenecen.

Estereotipos de género

Concepciones preconcebidas sobre cómo es y cómo debe comportarse el hombre y la mujer

- Los hombres deben tener la iniciativa para conquistar a una mujer.
- Las mujeres deben tener un rol pasivo en las relaciones con los hombres.
- Los hombres son más racionales.
- Las mujeres son más sensibles.



Antecedentes

Consecuencias

• **División sexual del trabajo**

• **Ámbito público y ámbito privado**

• **Valor del trabajo**

• **Relaciones de poder**



• **Discriminación**

• **Subordinación**

• **Violencia**

• **Inequidad**

Perspectiva de género

Herramienta que se utiliza para investigar, comprender y abordar problemas que están determinados económicamente, política y culturalmente, y que tienen que ver con la manera cómo las mujeres y los hombres interactúan en esos terrenos.

Fuente: DIF, *La perspectiva de género: una herramienta para construir equidad entre mujeres y hombres*, México, 1997.



Masculinidad

La masculinidad no es una cualidad esencial y estática, sino una manifestación histórica, una construcción social y una creación cultural que cambia de acuerdo con el espacio, tiempo y una sociedad determinada. Por ejemplo, en Inglaterra, el uso del paraguas hace parte de la identidad masculina, pues es un accesorio más del atuendo de los ingleses cuyo clima es constantemente lluvioso. En Uruguay, por el contrario, aunque llueve la mayor parte del año, está mal visto que un hombre lleve paraguas, pues es muestra de vulnerabilidad y feminidad usar esa prenda.



Perspectiva de género y masculinidad

- **Perspectiva de género:** Concepto relativo a los mecanismos para identificar, cuestionar y valorar la discriminación, desigualdad y exclusión de las mujeres que pretenden justificarse con base en las diferencias biológicas. Fuente: Ley del Instituto Nacional de las Mujeres. México.
- **Masculinidad:** Categoría sociocultural que pretende definir lo que debe ser y hacer un hombre. (masculinidad-machista).
- Movimiento social de toma de conciencia por parte de algunos hombres, sobre las limitaciones que la sociedad sexista y machista impone. (Masculinidades).

Masculinidad y sexualidad

Desde la masculinidad machista (supuesta superioridad de lo masculino sobre lo femenino) es difícil pensar en el concepto de sexo seguro porque:

Para los hombres el sexo es apasionado, explosivo, impulsivo, espontáneo, mientras que lo seguro es suave, tibio, acariciable, predecible, etc.

La desigualdad de género implica una desvinculación del papel masculino en el proceso de gestación y reproducción de la especie.

En una sociedad machista, las mujeres casi no hablan de sexo con los hombres ya que “estaría” mal visto y la frecuencia y el tipo de sexo es determinada por los hombres.



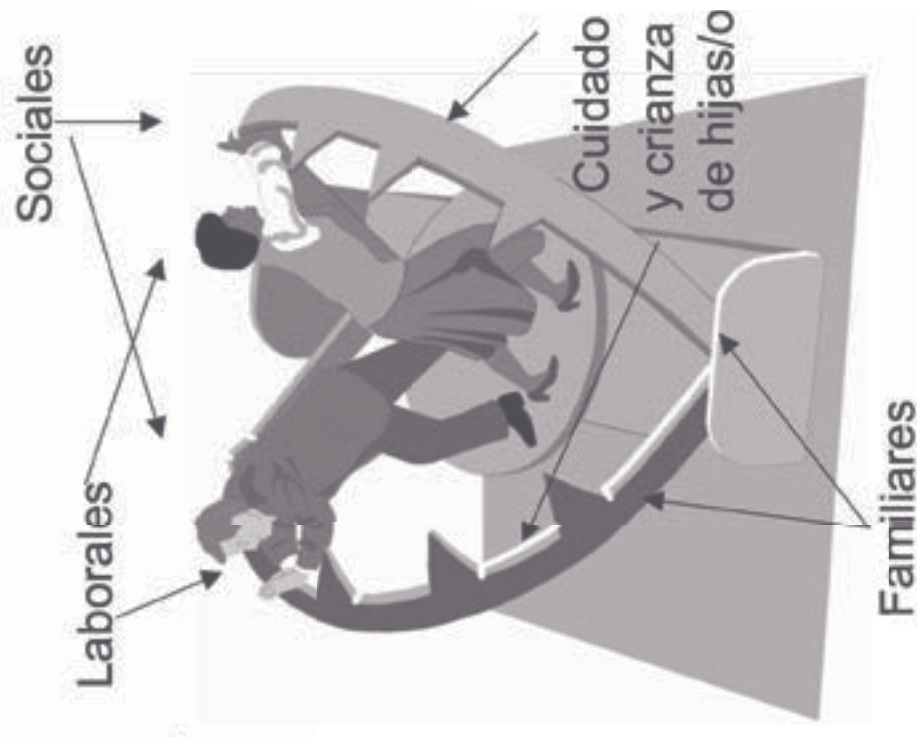
Sexualidad machista

- Argumentación exacerbada del incontenible impulso y deseo instintivo masculino.
- La erotofobia o sexonegativismo, es decir, la creencia de que la práctica sexual y lo relacionado con el sexo es malo, sucio, etc.
- Desigualdad de género-homofobia (supuesta superioridad heterosexual como regla natural y normal); la creencia de que el VIH-SIDA es asunto de homosexuales (posicionamiento ideológico).
- Relativo silencio y la falta de información entre quienes tienen prácticas heterosexuales porque creen que el sexo seguro sólo va dirigido a las comunidades lésbicas-gay.



Responsabilidades ¿compartidas?

- Uno de cada tres mexicanos desconoce cuántos hijos/as tiene (Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática y Consejo Nacional de Población).
- Uno de cada cinco padres nunca se preocupa por sus hijos/as.
- Una tercera parte de los padres casados nunca cocina y 60 por ciento no lava ni plancha.
- En México, sólo 25 por ciento del total de hombres de 12 o más años dedica nueve horas de la semana al trabajo doméstico en su propia casa.
- En promedio, un papá dedica a su bebé siete minutos al día durante los primeros meses.
- 40 por ciento de 300 padres entrevistados mencionó que dedica de 2 a 4 horas diarias a la convivencia con sus hijos(as); 28.5 por ciento entre 4 y 7 hrs. y sólo 4.8 por ciento señaló que convive con sus hijos(as) el fin de semana. (CORIAC)



Fuente: Comunicación e Información de la mujer, martes 12 de junio del 2001. Referencia electrónica: <http://www.cimac.org.mx/noticias/01jun01061201.html>

Propuestas

- Incrementar la presencia femenina en el mercado laboral, modificar horarios escolares, modificar estereotipos.
- Sensibilizar a los hombres para que junto con las mujeres compartan responsabilidades laborales, familiares y sociales.



Paternidades

- **Tradicional.** Proveedor, dispensador de dinero y autorizaciones, no establece otros vínculos relacionales.
- **Ausente.** No está físicamente. Hay un padre pero no se involucra en el cuidado y crianza, ni en el disfrute de relaciones cálidas con su familia.
- **Violenta.** Golpea, hierre, lastima (física, emocional y psicológicamente). Humilla, descalifica ya sea con sus acciones o con sus omisiones (no reconoce, anula, desalienta a sus hijas/os).
- **Afectiva.** Se involucra física, emocional y psicológicamente desde el momento de la gestación. Acompaña, guía, cuida y cría, educa y asume la responsabilidad (corresponsabilidad) del desarrollo integral de sus hijas/os. Ve este proceso con responsabilidad pero con posibilidad del disfrute.



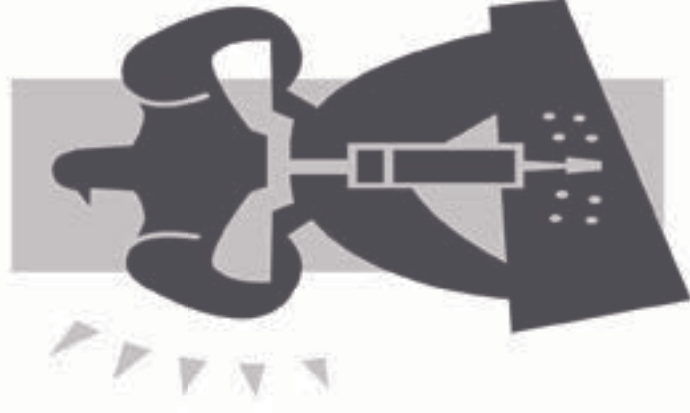
Masculinidad y violencia

Violencia. Conductas de individuos que amenazan o infligen daño físico a otros intencionalmente. *Comisión para la comprensión y control de la conducta violenta (E.U.).*

Violencia. Todo atentado a la integridad física y psíquica del individuo, acompañado por un sentimiento de daño psicológico o moral. *Asamblea de Representantes del Distrito Federal (México).*

Violencia. Todos aquellos actos u omisiones que atentan contra la integridad física, psicológica o sexual y moral de cualquiera de los integrantes de una familia. (Violencia familiar) *Centro de Atención a Víctimas de Violencia Intrafamiliar (CAVI), Procuraduría de Justicia del Distrito Federal, (México).*

La **violencia** implica siempre el uso (y abuso) de la fuerza para producir daño; puede hablarse de violencia política, económica o social en un sentido amplio. En todos los casos el uso de la fuerza remite al **uso del poder**.



Masculinidad y violencia

La forma en que se atienden los problemas de las mujeres y los hombres no son equitativas y uno de los problemas de esto es pensar que son iguales.

Por ejemplo, parte de la violencia masculina es cometida hacia otros hombres, por lo cual muchos hombres y mujeres se resisten a aceptar críticas a la masculinidad tradicional machista, argumentando además que las mujeres son igualmente violentas. Pero hay que hablar de las diferencias de la violencia.



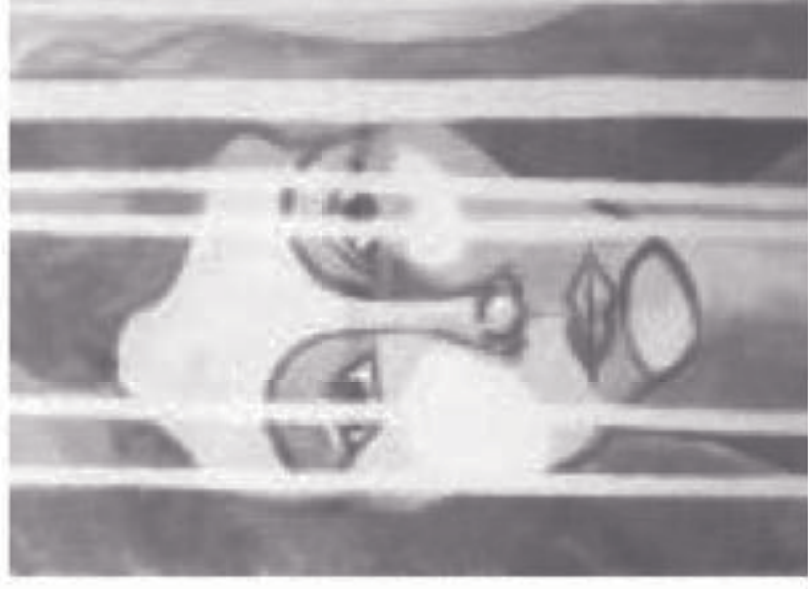
Masculinidad y violencia

- ❖ Las diferencias físicas entre hombres y mujeres hacen que la violencia sea distinta.
- ❖ Los hombres pelean y matan más que las mujeres.
- ❖ Los hombres recurren a la violencia cuando su poder se ve amenazado o en peligro.
- ❖ Normalmente cuando una mujer mata a un hombre es cuando éste ha abusado de ella sistemáticamente.
- ❖ Las mujeres no necesariamente recurren al daño físico, ni al abuso sexual o a la violación cuando ejercen violencia hacia los hombres.
- ❖ Los daños de la violencia masculina suelen ser mayores y comúnmente sus ataques son repetitivos.



Masculinidad y violencia

- ❖ Una mujer maltratada físicamente, abofeteada y golpeada por un hombre físicamente más fuerte, más corpulento y más ágil, sufre consecuencias físicas y psicológicas distintas que un hombre golpeado, jalado de los cabellos y arañado por una mujer.
- ❖ La situación económica de los hombres y su no vinculación en el cuidado y crianza de los hijos, les permite más fácilmente abandonar una relación violenta.



Tipos de violencia



- ✓ **Física.** Se refiere a las acciones violentas que perjudican la integridad corporal, que van desde una bofetada hasta lesiones que causan la muerte de la víctima.



- ✓ **Psicológica.** Abarca desde lo no punible legalmente, como burlas y humillaciones, hasta el acoso, asedio o negación de los sentimientos de la pareja, dañando la estabilidad emocional de quien la recibe.



- ✓ **Sexual.** Incluye burla, acoso, negligencia o bien infligir dolor a la víctima durante el acto sexual.
- ✓ **Financiera o económica.** Puede tratarse de apropiación o extracción del patrimonio del otro, control de ingresos, apoderarse de bienes inmuebles o muebles y despojo.

Algunas cifras sobre violencia

- 60.4 por ciento de las mujeres ha sufrido violencia alguna vez, 34.5% violencia de su pareja y 21.5 padece el problema en la actualidad.
- En función del tipo de maltrato, 42.2% fueron golpeadas, 21.4% insultadas y 16.5% humilladas por sus padres o familiares. Las víctimas de las agresiones presentan mayor dificultad para incorporarse a la vida social y económica y la violencia es costosa por la atención por parte de los servicios de salud física y mental.
- En el D.F., de los 5 266 casos de violencia conyugal atendidos por el CAVI, 85.9% de los agresores fueron hombres y 14.1% mujeres.
- En 70% de los casos, hubo violencia de tipo físico, 25% física y sexual y 10% psicológica.
- 54% de los agresores fueron hombres que consumen alcohol de forma habitual, 10% son consumidores de drogas y 36% son no consumidores.
- Los malos tratos efectuados por agresores (hombres) entre 18 y 39 años de edad destacan los siguientes datos: maltrato físico-psicológico 53.3%, maltrato psicológico 14.8%, maltrato sexual 1.6% y maltrato físico-psicológico y sexual 30.3%.

Fuentes: Encuesta Nacional sobre Violencia contra las Mujeres, ENVIM, 2003; Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares, ENDIREH, 2003.

Obstáculos para detener la violencia masculina

- Amenaza de ya no “ser hombre”
- Temor a compartir el poder con la pareja y descalificarla a ella y a los/as hijos/as
- Dificultad para pedir ayuda a otras personas para cambiar actitudes.
- Dificultad de expresar sus sentimientos ante otras personas.
- Dificultad para aceptar algún tratamiento psicológico, como una forma de cambio.
- Deserción del proceso terapéutico, sobre todo cuando hubo una reconciliación con la pareja.



Fuente: Tomado de Jesús Alfredo Whaley Sánchez, pág. 99. De acuerdo con datos aportados por CAVI, 1977.

Bibliografía sugerida

- Connell, R. W., *Masculinidades*, PUEG/UNAM, México, 2003, 355 pp.
- Ghiglieri, Michael P., *El lado oscuro del hombre. Los orígenes de la violencia masculina*, Metatemas, Barcelona, 2005, 377 pp.
- Horrocks, Roger, *Masculinity in crisis*, St. Martins Press, New York, 1994, 210 pp.
- Lomas, Carlos, *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales*, Paidós Contextos, Barcelona, 2002. 228 pp.
- Nolasco, Socrates, *O mito da Masculinidade*, Rocco, 2a ed., Río de Janeiro, 1995, 188 pp.
- Seidler, Victor J., *Recreating Sexual Politics. Men, feminism and politics*, Routledge, London and New York, 311 pp.
- Seidler, Victor J., *La sin razón masculina (masculinidad y teoría social)*, PUEG/UNAM, México, 2000, 333 pp.
- Stoltenberg, John, *The end of Manhood. A book for men of conscience*, A Plume book, USA, 1993, 311 pp.
- Sykes, Bryan, *La maldición de Adán. El futuro de la humanidad masculina*, DEBATE, Barcelona, 2005, 316 pp.
- Whaley Sánchez, Jesús Alfredo, *Violencia intrafamiliar. Causas biológicas, psicológicas, comunicacionales e interaccionales*, Plaza y Valdés, México, 2003, 125 pp.



Anexos



Anexo 1

Cuestionario para la técnica 3: Sí o no, para mí...*

Autor: Óscar Chávez Lanz

Un hombre se ve ridículo cargando a su hija por la calle.
Un hombre debe ser violento para ser reconocido.
Todas las mujeres quieren tener hijos.
Si les platico lo que siento, se pueden burlar de mí.
Si un niño juega con las niñas se vuelve afeminado.
Si le digo lo que siento me va a regañar.
Los niños son malos.
Los niños no lloran.
Los niños no deben besar a su papá, ni a su abuelo, ni a sus hermanos.
Los niños deben practicar deportes rudos y las niñas no.
Los niños deben jugar con niños y las niñas con niñas.
Las niñas no deben jugar con los niños porque se vuelven putas.
Los niños no deben jugar con las niñas porque se vuelven putos.
Los hombres de verdad se emborrachan.
Las niñas quieren ser princesas.
Las niñas no entienden, los niños son distraídos.
Las mujeres lloran de todo.
Las mujeres siempre quieren tener relaciones sexuales, pero no lo dicen.
Las mujeres deben hacerse cargo de los hijos e hijas.
La violencia produce respeto.
Hijo mío: si alguien te pega, ¡rómpele el hocico!
Hay que educar diferente a las hijas que a los hijos.
Ella es gruñona porque no coge.
Ellos siempre son más fuertes.
Ellos sí pueden tener varias parejas sexuales.
Ellas se deben de cuidar de no embarazarse.
El llanto es muestra de debilidad.
La violencia es muestra de fuerza.
Decir mentiras es necesario para tener pareja.
Aunque me duela, me aguanto.
A todas las mujeres les gusta ser tiernas.
A los niños les gusta estar sucios.
A las hijas hay que cuidarlas más que a los hijos.

* Los comentarios y el lenguaje vertido son responsabilidad del autor.

Jacinto Aguayo*

Autor: Óscar Chávez Lanz

Algo nervioso, está sentado en la sala de espera. Se pregunta si los otros hombres que esperan vienen al mismo asunto que él. Teme que el empleo se lo den a otro por ser más joven y guapo.

Esta sensación se acentúa cuando una mujer, autoritaria (seguramente la jefa de personal), sale de la oficina con el pretexto de pedirle un cafecito a su secretario y aprovecha para pasar su mirada con descaro y rapidez a los solicitantes (como un poderoso óvulo eligiendo a su víctima, entre un montón de débiles espermatozoides..., piensa Jacinto).

Algunos, disimuladamente, se sacuden el pelo. Echan atrás los hombros o se acomodan en la silla para resaltar sus traseros, le coquetean. Jacinto siente que ahí el único decente es él y se imagina a todos esos otros hombres dejándose coquetear o, aún algo más, para obtener el trabajo. Pero él no es de esos. A él sí le enseñaron a darse a respetar.

La licenciada detiene por un instante (que parece eterno) su mirada en la bragueta de Jacinto. El rubor casi llega a su rostro pero logra controlarlo, sin embargo, está a punto de retirarse. Le desagradan mucho esas actitudes de las mujeres, bueno, de algunas mujeres...

Inevitablemente, evoca la sensación que tuvo apenas hace unos 40 minutos en el metro.

Una mujer le acercó tanto el pubis al hombro derecho (masturbándose, evidentemente) que sentía el calor de esos genitales, pero sobre todo, una sensación de suciedad. La mujer estaba limpia, incluso olía a loción; él también estaba recién bañado, la suciedad estaba en otro nivel: en la cabeza de esa mujer que aprovechaba la multitud para abusar y (tal vez) también en él, por no reaccionar con energía. Ni siquiera volteó a verla, pero no pudo soportar más y salió del tren sólo para tomar el siguiente. El andén estaba lleno de mujeres más o menos agresivas, más o menos dispuestas a tocarlo sin permiso; no alcanzaría a llegar a los primeros vagones, exclusivos para hombres y personas con discapacidad. Una mujerona le abrió paso y así pudo entrar al vagón.

Temió llegar tarde a la cita, pero eso no ocurrió, llegó puntual. Hasta le dio tiempo de pasar al baño a revisar su aspecto, que debía ser no muy coqueto pues quería ser respetado como hombre, pero sabía muy bien que conseguir el trabajo dependía en gran parte de que se le asomaran algunos vellitos del pecho entre el botón y el ojal de la camisa y de que sus nalgas se vieran redondas (se había puesto aquel calzoncillo bóxer que abultaba un poco para verse mejor). Sacó un frasquito de perfume y, cuidando de no exagerar, puso dos gotas en su nuca.

En la sala de espera cumplió el ritual de avisar al recepcionista, entregar la solicitud llena y decirle su nombre de soltero. Después se sentó. Percibió envidia en algunas miradas, lo cual confirmó que el bóxer funcionaba. Los otros hombres tenían un aspecto muy similar: entre la coquetería y la seriedad.

Todos sabían (pues así lo decía el anuncio del periódico) que la capacidad para desempeñar el trabajo era algo secundario. Todos, por lo mismo, estaban casi seguros de que el candidato de la camisa roja les ganaría el puesto, pero aún así esperaron.

* Los comentarios y el lenguaje vertido son responsabilidad del autor.

Cuando llegó su turno, el recepcionista lo llamó:

–Señorito Jacinto Aguado...

–Aguayo, dijo él.

–¡Es igual!, dijo el recepcionista, que parecía estar haciéndoles el favor de llamarlos y todavía se atrevía ese insolente, nalgón, a corregirlo...

Jacinto volvió a desear irse, pero necesitaba el trabajo y soportó.

El recepcionista lo condujo por un pasillo feo a una salita estrecha, a una silla incómoda, a esperar al psicólogo.

Su esposa ya no le enviaba el cheque mensual, aunque nunca le había dado todo su sueldo, desde que él se negó a tener relaciones sexuales... así, ¡nomás faltaba ...!

En realidad no estaba seguro de que él la estuviera rechazando: ”¿yo me he negado o ella ya no me quiere, no le gusto?” ...

A él sí le gustaba estar con su esposa, a pesar de maltratos e infidelidades...

Tantas veces quiso abandonarla..., irse a casa de su papá, que al menos por ser hombre lo entendería...

Pero no, su papá no lo aceptaría, ¡claro que no!, era de otra época: para su papá, el tener problemas con su esposa representaba un fracaso: un fracaso de Jacinto y también un fracaso de él que no lo supo educar...

El papá de Jacinto nunca trabajó y soportó años de malos tratos, ¡pero eso era antes! Un hombre de esta época ya no debía aguantar esas cosas. Por eso estaba ahí, soportando otras...

Quien había pospuesto la separación en realidad era... la niña, su hija...

Él sabía que la niña necesitaba una figura materna para su sano desarrollo psicosexual:

En la escuela de su hija le habían dicho varias veces que era mejor hacer todo lo posible para conservar a su esposa (aprender a guisar como el papá de ella, hacer las camas como él, en fin...). Ahora le preocupaba sólo la niña. Desde el maestro hasta el director del kinder le decían que si su esposa lo abandonaba, la niña iba a ser lesbiana, ratera o drogadicta, y eso sí le rompería el corazón...

Pero para eso están los papás, para sufrir en silencio, en su casa, mientras las mamás se la pasan lindamente, en la calle...

Jacinto sabía que él, y nadie más, era culpable de que su esposa lo abandonara, desde que se casaron ya no se cuidaba, estaba medio panzón, sus uñas quebradas de tanto lavar ropa y hacer quehacer, “es natural que una mujer quiera algo mejorcito, pero ¿por qué los maltratos?...”

Él estaba dispuesto a no preguntarle cuando llegara tarde, a soportar incluso ausencias ocasionales, pero el maltrato no. El maltrato lo veía la niña. Y eso no, eso sí que no, esa niña iba a ser una buena persona aunque él tuviera que huir con ella y mantenerla..., lavando ropa ajena o trabajando en una casa...

Lo peor comenzó cuando ella empezó a tomar entre semana. Jacinto vivía asustado ¡Manejaba tan borracha!, y además era muy peleonera...

Ahh... (recordó Jacinto) al principio eso le gustaba. Le parecía valiente, como de película. “Es bueno tener una mujer así en la casa”, pensaba. Con tantas mujeres malas que rondan por el barrio era muy necesario, a veces, echar unos balazos o pelearse a golpes...

Pero en lugar de defenderlo se volvió igual que ellas. Ni un mes tenía de que se cambiaron cuando ya la invitaban al fútbol, o que unas chelas..., o que ir a la casa unos señores que vivían solos..., chismes..., pueros chismes...

El psicólogo lo sacó de sus cavilaciones.

–Por favor llenas este cuestionario, y cuando acabes tocas esa campanita, no te apresures mucho, pero te estoy tomando el tiempo. Cuando acabes eso, te paso con la licenciada...

Jacinto sintió que la palabra li-cen-cia-da fue pronunciada muy lentamente, y que con cada sílaba el psicólogo revisaba críticamente su aspecto.

La licenciada, por fin, recibió a Jacinto.

–¿Señor o señorito?, le preguntó mientras clavaba la mirada en un dedo de la mano izquierda de Jacinto.

¡La licenciada observaba insistentemente el anillo de casado!, pensó en quitárselo en ese momento, pero hubiera sido como aceptar la insinuación de la licenciada. Jacinto casi se ruboriza otra vez. Sintió como si la licenciada lo revisara para saber si era virgen y qué posibilidades tendría con él. Jacinto se sintió como un perrito o un ajolote, en la vitrina de una tienda de animales.

–Estoy separado, ¿sabe?... dijo.

–Muy bien, muy bien... Te queda muy bien ese pantaloncito.

La licenciada se acariciaba la vulva mientras le decía eso del pantaloncito y Jacinto pensó en el boxer.

–¿Quieres un refresquito Joaquín?

–Jacinto, dijo él.

–Ah, perdóname. Es que con tantos que pasan por aquí... (y se volvió a acariciar)

–¿Quieres? (insistió)

–No, gracias.

–Ay, ¡qué calladito...! Aquí la chamba requiere que platiques, siquiera conmigo y con la jefa.

“Así que esta licenciadita, ni jefa era”, pensó.

–No, no soy tan callado, es que no sé qué decir.

“Ahh, tontito”, pensó la licenciada, “en tres días me lo cojo, mmm”.

–Pues bueno..., no digas nada.

“¡Ya la regué!...”, pensó Jacinto.

–Bueno, gracias, con permiso...

–No, espérate, apenas te voy a entrevistar.

La licenciada se sentó en el escritorio subiendo una pierna, demasiado cerca de Jacinto, que seriamente pensaba en salir corriendo.

–Entonces, ¿eres casado o no?

–Sí. ... bueno, en realidad, ya no... por eso necesito el trabajo, es que mi hija está chica y...

–Ah, ¡tienes hija!, interrumpió la licenciada.

–Una sola, yo quería más, pero mi esposa...

–Mira, ya anoté tus datos, interrumpió otra vez, aunque en la compañía preferimos hombres solteros, sin problemas, me caíste bien y quiero ayudarte... ¿Puedo invitarte un café o salir un día de estos no?

Jacinto no respondió. Solo trató de no ser grosero al despedirse, pero salió de ahí con la certeza de que no conseguiría empleo, a menos que...

Anexo 3

¿Quién soy y qué hago?

Autor: Óscar Chávez Lanz

Formulario correspondiente a la técnica 6.

Responda el siguiente formulario desde su propia realidad cotidiana. Trate de ser lo más honesto u honesta posible. No todas las preguntas se aplican a su caso. Tiempo: 20 minutos.

¿Quién soy? Hombre (h) Mujer (m)	¿Qué hago?	X	¿Cuántas veces a la semana hago esta actividad?	¿Cuánto tiempo (horas/semana) dedico a esta actividad?	Veo esta actividad como: a) responsabilidad b) una “ayuda”
1	Conduzco coche				
2	Uso pantalones				
3	Cambio pañales				
4	Escribo a máquina				
5	Fumo puro				
6	Preparo el desayuno para mí				
7	Preparo el desayuno para otras personas de mi familia				
8	Trabajo ocho horas diarias				
9	Traigo el dinero a la casa				
10	Soy el jefe de la familia				
11	Hago la despensa de la casa				
12	No trabajo, me dedico al hogar				
13	Llevo la ropa a la tintorería				
14	Plancho mi ropa				
15	Plancho la ropa del resto de mi familia				
16	Contesto los teléfonos de la oficina				
17	Sirvo el café en la oficina.				
18	Manejo la computadora en casa				
19	Manejo la computadora en la oficina				
20	Duermo a las y los niños				
21	Pago las cuentas de los restaurantes a otras personas de mi familia				
22	Voy a la estética para arreglarme el cabello				

¿Quién soy? Hombre (h) Mujer (m)	¿Qué hago?	X	¿Cuántas veces a la semana hago esta actividad?	¿Cuánto tiempo (horas/semana) dedico a esta actividad?	Veo esta actividad como: a) responsabilidad b) una “ayuda”
23	Me encargo de comprar los condones				
24	Reviso cotidianamente los alimentos que hay en el refrigerador				
25	Reviso que las tareas de mis hijas e hijos estén hechas				
26	Reparo las llantas cuando se ponchan				
27	Llevo el coche al mecánico, la verificación, etc.				
28	Consumo pornografía				
29	Tiendo/quito la ropa del tendedero				
30	Superviso a la persona que hace la limpieza en casa				
31	Me doy manicure				
32	Baño a las y los niños				
33	Hago los pagos de la casa en el banco				
34	Asisto a las reuniones de ejecutivos				
35	Veó el fútbol				
36	Doblo y guardo la ropa				
37	Hago informes y documentos				
38	Saco fotocopias				
39	Analizo información				
40	Ordeno los armarios				
41	Asisto a las juntas escolares				
42	Llevo a mis hijas e hijos al médico				
43	Reparo las averías de casa				
44	Tomo la iniciativa en la relación sexual				
45	Cargo cosas pesadas				
46	Me encargo de dar las medicinas a otras personas de mi familia				
47	Me responsabilizo de que mi pareja y yo no nos embaracemos				

¿Quién soy? Hombre (h) Mujer (m)	¿Qué hago?	X	¿Cuántas veces a la semana hago esta actividad?	¿Cuánto tiempo (horas/semana) dedico a esta actividad?	Veo esta actividad como: a) responsabilidad b) una “ayuda”
48	Soy la autoridad en la: pareja				
49	Soy la autoridad en la: familia				
50	Elaboro oficios				
51	Archivo documentos				
52	Recibo mensajes				
53	Atiendo al público				
54	Hago llamadas telefónicas por cuestiones de trabajo				
55	Ordeno la elaboración de documentos				
56	Superviso a mis subalternos y subalternas				
57	Asisto a festivales y demás actividades escolares de mis hijas e hijos				
58	Boleo los zapatos de mis hijas e hijos				
59	Lloro cuando veo una película				
60	Acompaño a mi pareja a su chequeo médico				
61	Atiendo a los invitados cuando hay una reunión o fiesta en mi casa (les sirvo de comer, caliento la comida, preparo aperitivos, bocadillos, etc.)				
62	Escojo los regalos que hay que llevar cuando vamos a alguna fiesta o reunión				
63	Le compro flores a mi pareja				
64	Le expreso mi reconocimiento a mi pareja por lo que hace				
65	Soy quien más se queda con las niñas y niños cuando no pueden ir a la escuela por enfermedad, suspensión de clases y demás				
66	Me llevo a mis hijas e hijos a la oficina cuando no encontré quién los cuidara				

¿Quién soy? Hombre (h) Mujer (m)	¿Qué hago?	X	¿Cuántas veces a la semana hago esta actividad?	¿Cuánto tiempo (horas/semana) dedico a esta actividad?	Veo esta actividad como: a) responsabilidad b) una “ayuda”
67	Cuido el estado de los alimentos del refrigerador				
68	Gano más que mi pareja				
69	Voy a terapia o acepto que necesito terapia, o a veces me gustaría recibir apoyo terapéutico				
70	Salgo de viaje de trabajo/negocios confiando en que mi pareja se encargará de las y los hijos				
71	Cuando mi pareja me pide quedarme con las y los hijos porque él o ella tiene un compromiso, me gusta apoyarle				
72	Soy la parte más tolerante de la pareja				
73	Sé cuanto pesan mis hijos, cuánto pesaron y midieron al nacer y su tipo de sangre				

Antología



Lectura 1. El síndrome de “no hago nada”, un mal que alcanza no sólo a las mujeres

Autor: Héctor Frías.¹

Constantemente escucho el debate de la desvalorización del trabajo doméstico, aquel que no tiene horario, que nadie ve, que nadie reconoce –ni siquiera quien lo realiza–, y que en un 90 por ciento según reza un cartel del INMUJERES, siempre está cargo de una sola persona en la familia y, principal o exclusivamente la mujer, la ama de casa o la profesionista-ama de casa.

Pero curiosamente, ahora que los papeles socioculturales están cambiando –más por necesidad que por voluntad, en muchos casos– y que cada vez es mayor el número de mujeres que salen al espacio público a trabajar (en un empleo poco o mal, pero finalmente remunerado) y algunos hombres se quedan en casa –quizá como resultado del creciente desempleo– a realizar el trabajo doméstico, he escuchado también algunos relatos como el que describo a continuación.

Pepe es un paciente de 35 años que asiste a psicoterapia desde hace dos años. En una de sus sesiones se propuso trabajar sobre ciertos obstáculos que veía para terminar su tesis de licenciatura, pospuesta una y otra vez durante un buen tiempo.

Al comenzar a describir su problema, Pepe mencionó que no veía cuál o cuáles podrían ser esos obstáculos, pero lo que sí sabía, era que en cuanto se sentaba frente a la computadora con la “firme” intención de avanzar en su tesis, su respiración se tornaba superficial, su mente empezaba a divagar por aquí y por allá y, finalmente, acababa jugando solitario o metiéndose a Internet, cual barco a la deriva navegando sin rumbo fijo.

Para no hacer el cuento largo, Pepe acababa por apagar la máquina, sintiéndose frustrado y sumamente culpable de “no haber hecho nada”, e inmediatamente después se ponía a limpiar su casa esmeradamente. Esta escena se repetía con frecuencia en el caso de Pepe y es importante mencionarlo porque su afán de limpiar la casa, desde la sensación de Pepe, tenía que ver con la cuestión de que su pareja (María Luisa), de un tiempo a la fecha, era la que aportaba la mayor parte del dinero para pagar no sólo la renta, sino también la comida, el gas, el teléfono, entre otras cosas, y para él resulta fundamental que cuando ella regresara a casa, luego de una agotadora jornada de trabajo, encontrara por lo menos la casa limpia, es decir, la cama tendida, el piso barrido y trapeado, los trastes lavados, los cestos de basura sin basura, las toallas, la ropa interior y todo lo que ella no pudo ordenar por las prisas de irse a su trabajo y no llegar tarde.

Mientras Pepe, sentado en el sillón del consultorio, narraba todo esto, sus manos poco a poco fueron colocándose debajo de sus glúteos y sus brazos detrás de su espalda, como en una actitud de esconderse. Cuando se dio cuenta de ello, mencionó que en sus manos experimentaba una sensación de “culpa”, al imaginar que su pareja pudiera llegar a la casa y viera que él “no había hecho nada” en todo el día. Y nótese que “nada” se refiere no a los nulos avances de la tesis, sino a la posible omisión de alguna tarea doméstica, a pesar

¹ Psicoterapeuta corporal, exasesor de la Comisión de Equidad y Género de la Cámara de Diputados, facilitador del Taller de Sensibilización en Masculinidades y Acciones Afirmativas del Proyecto Generosidad del Banco Mundial y el INMUJERES.

de haber preparado el desayuno para él y para ella, haberla llevado al trabajo, regresado a casa, haber preparado la comida, lavado trastes y todo lo que ya se mencionó.

Simplemente, Pepe se sentía en falta frente a María Luisa porque mientras ella había hecho seguramente cosas muy interesantes, valiosas y útiles, que por otra parte generaban dinero, él no había hecho absolutamente nada. Para compensar esta falta, en cuanto la pareja de Pepe llegó a casa y dejó su portafolios sobre la silla de costumbre, él, apresuradamente le preguntó: ¿quieres comer?... Pero dándose cuenta de que su pregunta, más que tener la intención de que ella saciará su apetito, llevaba el interés de evitar que ella tuviera tiempo de supervisar los rincones de la casa y pudiera encontrar algo que no estuviera en su lugar y en orden, como Dios manda.

Al finalizar su relato, Pepe respiró profundamente y recordó que esa sensación de tener que estar haciendo algo –sobre todo, algo relacionado con la limpieza–, no era nueva, venía de atrás, de cuando su abuela le reñía al verlo jugar en lugar de estar ordenando, sacudiendo o ayudando a mantener la casa bajo los estrictos estándares de limpieza familiares. Reflexionó en silencio todavía por unos momentos y pudo percatarse de que finalmente María Luisa no era la que le exigía mantener el departamento “rechinando de limpio” y que tampoco era ella la responsable de que él no avanzara en la elaboración de la tesis (y que tampoco lo era su abuela, quien además había muerto ya hacía varios años), sino que era su misma voz interna quien le decía: “no estás haciendo nada que valga la pena”.

En suma, el trabajo doméstico y el síndrome del “no hago nada” no es un asunto exclusivo de mujeres. Es necesario, por otra parte, dar una nueva dimensión a este conjunto de actividades realizadas en casa. Ayudar a mujeres y hombres a valorar y visibilizar sus saberes y sus haberes. Una buena medida sería anotar en una libreta las actividades realizadas, el tiempo dedicado a la misma y el impacto favorable para la familia. Por ejemplo, preparar la comida, dos horas y media, comida caliente, sana y económica.

Lectura 2. Día del Padre, tercer domingo de junio

“Los hombres pueden optar por ser padres participativos, cariñosos, afectivos y con posibilidad de disfrutar la crianza y el desarrollo de los hijos que decidan tener”.
Ma. Alejandra Salguero y Héctor Frías, *“Reflexiones en torno a la paternidad responsable y la crianza de los hijos”*

La idea de celebrar el “Día del Padre” surgió en 1910, por parte de la estadounidense Smart Dood, en la ciudad de Washington. Smart pretendía que con esta celebración, cada 5 de junio, se destacara el papel que juegan los padres en la sociedad, especialmente aquellos que, como su progenitor, cumplían el doble rol de padre y madre en la educación de sus hijos.

Sin embargo, la propuesta de Smart no tuvo muchos adeptos en los primeros años y permaneció en el olvido.

En 1915, Harris C. Meek, presidente del Club de Leones de Chicago, retomó la idea. En esta ocasión, el proyecto contó con mejores auspicios, aunque en un principio la sugerencia fue que cada familia eligiera celebrar o no el día 5 de junio como “Día del Padre”.

En 1924, el presidente de los Estados Unidos de América, Calvin Coolidge, apoyó esta iniciativa y convirtió el “Día del Padre” en una celebración nacional. Finalmente, en 1966, el presidente Lyndon B. Johnson firmó una proclamación presidencial que declaraba el tercer domingo de junio como “Día del Padre”.

En México, esta celebración comenzó a generalizarse en los centros escolares hacia la década de 1950, aunque en los años posteriores se fue convirtiendo en una fiesta de consumo patrocinada por las grandes cadenas comerciales. Sin embargo, en muchos hogares de nuestro país, la fiesta es una ocasión para la reunión familiar y para el reconocimiento a los papás.

El modelo de la paternidad

La paternidad es concebida tradicionalmente como un ejercicio de autoridad y provisión en el hogar. Asimismo, se considera un requisito para la filiación que da nombre y apellidos a cada persona.

Debido a estereotipos y roles de género –según los cuales a los hombres les corresponde el papel de proveedores de recursos generados fuera del hogar, mientras que a las mujeres les toca ser administradoras de los mismos y servidoras de diferentes tipos de cuidados en el hogar–, se ha establecido un patrón de paternidad donde el padre, generalmente ausente por cuestiones de trabajo, es visto por hijos e hijas como un dispensador de dinero y autorizaciones.

Este patrón excluye a los hombres tanto de las tareas relacionadas con el cuidado de sus hijos y del hogar, como de las posibilidades de disfrutar de relaciones más íntimas y cálidas con su familia.

De acuerdo con diversas investigaciones:²

- Las percepciones acerca del padre están divididas en dos grandes conjuntos: la imagen del padre bondadoso, trabajador, respetuoso y cariñoso con los hijos, y la concepción del padre ausente e irresponsable, asociado a palabras como abandono, ausencia, maltrato y castigo.
- Las palabras relacionadas con el padre se refieren a la esfera pública; tienen connotación positiva, pero en menor grado que las relacionadas con la madre.
- La figura del padre evoca en los varones, en primer lugar, autoridad; y en segundo lugar, enseñanza y disciplina.
- Las mujeres enfatizan en la figura del padre cualidades morales y emotivas: amor, comprensión y ternura.
- Ambos la identifican como “cabeza de familia”.
- El padre se define más a partir de su función social, que de su función biológica.

Masculinidad, paternidad y comportamiento reproductivo

De Keijzer (1995) considera que en México existe un modelo hegemónico de masculinidad, que es también la base de sus relaciones con las mujeres. Además, norma buena parte de los comportamientos reproductivos, así como las modalidades en que es ejercida la paternidad.

Los rasgos de ese modelo de masculinidad con el cual se miden y autorreferencian todos los hombres son:

- Capacidad natural para ejercer el mando
- Autoridad y dominio
- Sujeto productivo y verbalmente articulado
- Poseedor de fuerza y destreza física
- Rol sexo-erótico activo
- Virilidad ligada a su rol de procreador y padre de una descendencia numerosa
- Rol de jefe de hogar y proveedor principal
- Propietario de bienes y personas
- Poligámico o poligínico (infidel)
- Competitivo
- Violento
- Homofóbico.

² GIMTRAP/Fundación Mc. Arthur, *Observatorio sobre la condición de la Mujer*, 1999; y también de Keijzer, 1995.

En cambio, el estereotipo de mujer se liga a cuestiones como:

- Bondad
- Honestidad
- Fidelidad
- Obediencia
- Sumisión
- Abnegación
- Papeles asignados a las esferas de lo corporal y lo familiar
- Actividades relacionadas con la maternidad y lo doméstico
- Sexualidad pasiva y en función del placer de los otros.

De acuerdo con lo anterior, la participación del hombre en la reproducción y en la paternidad se establece en íntima relación con sus roles a cumplir, tanto en lo que hace a su sexualidad como en lo que se refiere a la toma de decisiones sobre el proceso reproductivo. Sin embargo, la paradoja de las actitudes masculinas mexicanas ante la reproducción, apuntada en diversas investigaciones (De Keijzer en 1995; Szasz en 1995; Castro y Miranda en 1996), es que mientras los hombres se autoperciben como dominantes en el campo de la sexualidad, ejerciendo dominación y control de la sexualidad femenina –sea a través de la propia fecundidad o mediante el uso de la violencia–, por lo general se consideran ajenos, desobligados o, cuando menos, no concernidos, en lo que hace a la reproducción y su regulación, que es entendida o vista por ellos como algo que debe ser responsabilidad de la mujer.

Cambios en las percepciones sobre la paternidad

La visión tradicional de la paternidad ha ido cambiando; la práctica de una mayor responsabilidad masculina en la procreación parece establecerse, sobre todo entre las generaciones de hombres nacidos a partir de los años cincuenta.

Actualmente, muchos hombres buscan participar de manera más activa e integral en el desarrollo de sus hijos, dejando de ser únicamente proveedores. Sin embargo, todavía existen muchos padres que siguen manteniéndose al margen del crecimiento de sus hijos.

De acuerdo con la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER, 1998), las generaciones de hombres nacidos en México entre 1966 y 1968, tanto en el medio rural como en el urbano, han reducido su fecundidad a 2.7 hijos a la edad de 35 años. Esto contrasta con los hombres de esa misma edad, pero nacidos entre 1936 y 1938, que tenían 4.3 hijos en promedio. Este dato es más impactante entre los hombres que viven en el medio urbano, en donde se advierte 15 por ciento de reducción en la fecundidad de las generaciones de hombres nacidos entre 1951-1953, con respecto a los nacidos entre 1936-1938, y del 21 por ciento en las generaciones de hombres nacidos entre 1966-1968.

Otro de los cambios ligados a lo anterior, es la mayor participación y responsabilidad de los hombres respecto a su fecundidad y al número de hijos que quieren tener. Según la Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar (CONAPO, 1996), la mayoría de los jóvenes (de 18 a 24 años de edad) conoce y valora la planificación familiar, y si bien para la mayoría de ellos este concepto significa decidir cuántos hijos tener y cuándo, para nueve por ciento significa buscar el bienestar de los hijos.

Según datos de la EDER, 1998, es notable entre los jóvenes mexicanos una mayor participación en las decisiones respecto a la descendencia en la pareja. Así, mientras sólo 3.7 por ciento de los hombres nacidos entre 1936-1938 hizo algo para evitar tener descendencia antes de los 30 años, en las generaciones nacidas entre 1951-1953 y 1966-1968 este porcentaje se elevó de 26 hasta 46 por ciento, respectivamente.

Con base en estimaciones de CONAPO, en 1996, nueve de cada 10 jóvenes varones consideraban posible planear diversos acontecimientos relacionados con su paternidad: el momento de tener hijos, el de dejar de tenerlos, el número de hijos y la educación de los mismos.

El cambio en los papeles y funciones que cubren los hombres en el hogar también es notable. De acuerdo con las percepciones que se tienen de los roles a desempeñar por hombres y mujeres, casi cuatro de cada 10 hombres consideran que la crianza de los hijos debe ser compartida por el padre y la madre.

El tiempo que los hombres, de todas las edades, dedican a esas actividades, es en promedio 10 horas o menos a la semana.

Por su parte, las mujeres dedican entre 35 y 45 horas a la semana al trabajo doméstico y al cuidado de los niños, dependiendo del grupo de edad al que pertenezcan.

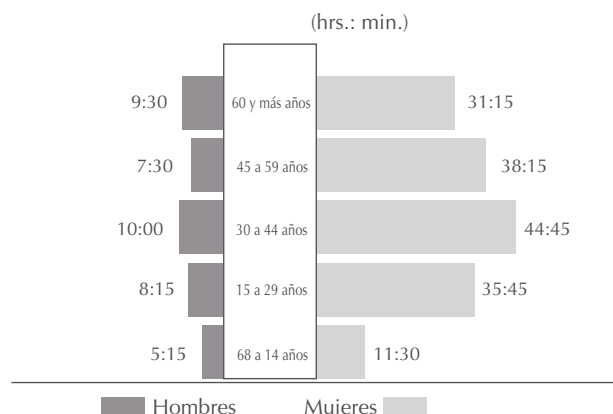
Distribución porcentual de los entrevistados, según su percepción de los roles de género en la unidad doméstica, de acuerdo con características seleccionadas, 1996*

Características	Percepción de los roles de género			Total
	Tradicional	En transición	Avanzada	
Sexo				
Mujer	8.9	50.2	40.9	100.0
Hombre	6.4	57.4	36.2	100.0
Estado civil				
Unido(a)	8.6	55.6	35.8	100.0
Soltero(a)	6.4	50.0	43.6	100.0
Grupo de edad				
15-19	9.0	50.7	40.3	100.0
20-24	4.2	53.9	41.9	100.0
25-29	8.1	55.5	36.4	100.0
30-34	7.1	60.2	32.7	100.0
35-39	4.8	58.7	36.5	100.0
40-44	11.7	49.8	38.5	100.0
45-49	11.7	48.1	40.2	100.0
50 o más	13.9	47.8	38.3	100.0
Escolaridad				
Sin escolaridad	21.6	57.0	21.4	100.0
Primaria incompleta	12.9	57.8	29.3	100.0
Primaria completa	10.6	56.2	33.2	100.0
Secundaria o más	2.3	49.4	48.3	100.0
Total	7.8	53.5	38.7	100.00

*/Hombres y mujeres solteras de 15 a 24 años de edad y mujeres unidas en edad fértil y sus parejas, en los estados de: Chiapas, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, México, Michoacán, Oaxaca, Puebla y Veracruz.

Fuente: CONAPO, *Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar, 1996*.

Promedio de horas a la semana dedicadas al trabajo doméstico y al cuidado de los niños por edad



Fuente: INEGI, *Encuesta Nacional sobre Trabajo, Aportaciones y Uso del Tiempo, 1996*

Distribución porcentual de los entrevistados, según su percepción de los roles de género en la unidad doméstica, de acuerdo con características seleccionadas, 1996*

Si se considera como pareja tradicional (cuando sólo el hombre trabaja fuera del hogar) y como pareja moderna (cuando ambos trabajan fuera del hogar), en ambos casos la tasa de participación en el cuidado de los niños es menor entre los esposos en relación con las esposas. La tasa de participación de las mujeres de parejas modernas disminuye al tener ellas otro tipo de actividad fuera del hogar, sin embargo, la participación de ellos no difiere de manera notable si sus esposas trabajan o no lo hacen.

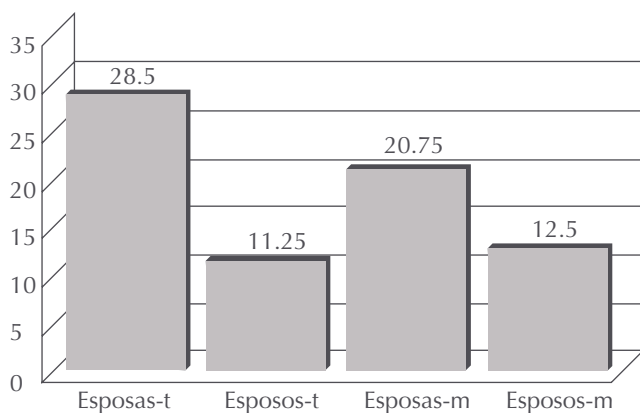
Tasa de participación en el cuidado de los niños en parejas tradicionales o modernas por sexo, 1996

Tipo de parejas	Esposas	Esposos
Parejas tradicionales	62.9	27.7
Parejas modernas	55.0	26.9

Fuente: INEGI, '4-:/89+(+054+285, 7/) 7+, +15! &6579+054/8; * 85 ./2) 0 3 65!

Con relación al promedio de horas dedicado al cuidado de los niños, llama la atención que en el caso de los varones esta cifra no varía de manera importante entre las parejas tradicionales y las modernas. En cuanto a las mujeres, las que pertenecen a parejas modernas muestran una reducción en el tiempo dedicado a los niños, en comparación con las mujeres de parejas tradicionales.

Horas promedio dedicadas al cuidado de los niños en parejas modernas y tradicionales por sexo, 1996



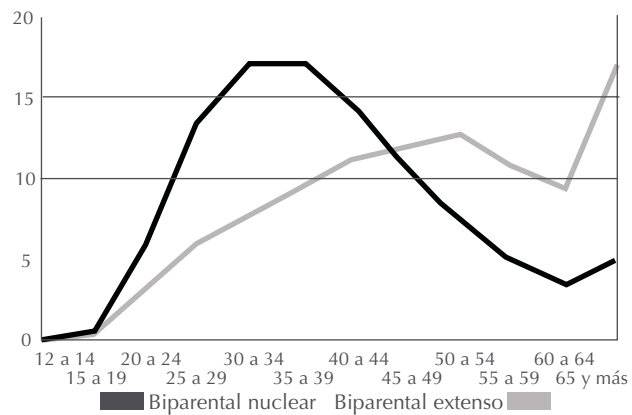
Fuente: INEGI, Encuesta Nacional sobre Trabajo, Aportaciones y Uso del Tiempo, 1996.

Los padres en cifras

Existen 14.8 millones de padres en México. De ellos, 95 por ciento tiene una pareja y el resto, que equivale a 78 mil 300 varones, debe cuidar a sus hijos, sin la presencia de la madre en el hogar.

Si consideramos la edad de los padres, sólo uno de cada 200 es adolescente (menor de 20 años). Los padres

Jefes de hogar de 12 años y más con al menos un hijo vivo por grupos de edad según tipo de hogar, 2000



de hogares nucleares se concentran entre los 20 y 40 años de edad. Y por el contrario, cuando se trata de hogares extensos, la edad de los padres se incrementa, concentrándose en edades arriba de los 50, probablemente porque acogen en su hogar a familias formadas por sus hijos.

Un componente importante de la participación de los padres en el cuidado de sus hijos es el sustento económico, por lo que se supone que a mejores condiciones laborales, mejores condiciones de vida tendrán sus familias. La paternidad es uno de los factores del desarrollo humano, cuya deficiencia supone una serie de costos sociales derivados del incumplimiento de las funciones socialmente atribuidas al “rol de padre”. La CEPAL considera que la falta de un padre, o la existencia de aquel que no asume sus responsabilidades, tanto de manutención como de cuidados en el desarrollo de sus hijos, está ligada al abandono escolar, medido tanto en índices de deserción escolar como en bajo rendimiento o en inasistencia durante primaria y secundaria, lo que provoca una baja formación de capital humano.

El incumplimiento de responsabilidades económicas y la falta de reconocimiento legal de los hijos también afectan las condiciones de desarrollo humano de los niños y niñas en esa situación.

Comentarios finales

Se han observado cambios importantes en los roles de hombres y mujeres en la sociedad. Uno de ellos es el relacionado con la paternidad. Cada vez más, los hombres asumen con mayor participación y responsabilidad su papel de padres dentro de las familias.

El Instituto Nacional de las Mujeres considera que para lograr la plena igualdad entre el hombre y la mujer es necesario modificar los papeles tradicionales que, tanto hombres como mujeres, tienen asignados en la

sociedad y en la familia. Lograr la equidad hará posible que las tareas y las responsabilidades en la crianza de los hijos se distribuyan de manera más equitativa, y brindará a los varones la posibilidad de disfrutar y enriquecerse, compartiendo con las mujeres la crianza y el desarrollo de sus hijos.

Bibliografía

CONAPO, *La situación demográfica de México*, 1996, México, 1997.

CONACYT-CNRS, *Encuesta Demográfica Retrospectiva Nacional*, México, 1998.

INEGI, *XII Censo General de Población y Vivienda, 2000*, Muestra censal.

_____, *Encuesta Nacional de Empleo, 2000*.

INMUJERES, *Programa Nacional para la Igualdad de Oportunidades y No Discriminación contra las Mujeres*, 2000-2006.

INMUJERES-INEGI, *Uso del tiempo y aportaciones en los hogares mexicanos*, 2002.

Lectura 3. “Hombres. Placer, poder y cambio”

Michael Kaufman, Santo Domingo: CIPAF

Hasta principios de la década de 1980, la opresión sexual y la degradación de las mujeres por los hombres constituían la corriente principal del enfoque feminista sobre el sexo y la sexualidad. Se trataba de violencia, incesto, violación, pornografía o relaciones heterosexuales “normales”, la sexualidad masculina se definía en términos de agresión, cosificación, dominación y opresión. La conclusión ineludible de tal análisis era que, de alguna manera, la sexualidad masculina debía ser moderada, controlada y contenida.

El recurso de este análisis lo constituía un enfoque de la sexualidad de la mujer que tendía a presentar a las mujeres como víctimas y como objetos o presentaba su sexualidad como delicada, tierna y libre de conflictos. Pero en los últimos años ha surgido una nueva controversia en torno a la sexualidad de la mujer. Un torrente de libros procura analizar las tensiones inherentes a la sexualidad femenina y a la expresión sexual en las sociedades patriarcales e industrializadas.¹ Carol Vance, editora de uno de estos libros, resume claramente esta tensión:

La tensión entre el peligro sexual y el placer sexual es muy poderosa en la vida de las mujeres. La sexualidad es un campo de restricción, represión y peligro, y al mismo tiempo de exploración, placer y albedrío. Centrarse sólo en el placer y la gratificación sería ignorar la estructura patriarcal dentro de la cual actúan las mujeres. Sin embargo, hablar sólo de violencia y opresión sexual sería ignorar las experiencias de albedrío y elección sexuales de las mujeres; sería aumentar, inadvertidamente, el terror y la desesperanza sexuales en que viven las mujeres.²

A pesar de que el debate feminista sobre sexualidad ha avanzado considerablemente, la comprensión de la sexualidad masculina por parte de hombres y mujeres permanece lamentablemente rechazada. Aun los homosexuales, que han afirmado constantemente la sexualidad masculina, han escrito mucho más sobre la historia, la identidad y la cultura homosexual que sobre la sexualidad en sí.

La mayoría de los hombres, independientemente de su orientación sexual, abrigan sentimientos confusos en cuanto a su sexualidad. Los hombres heterosexuales y bisexuales que han adquirido conciencia del sexismo y de la opresión de las mujeres a menudo se sienten atrapados entre el deseo sexual y la inquietante confusión respecto a formas de conducta o fantasía sexual que parecen ser, o de hecho son, opresivas para las mujeres. A muchos hombres homosexuales y bisexuales los desconcierta el conflicto (determinado por nuestra sociedad) entre sus deseos sexuales hacia otros hombres y sus propias identidades de género.

Como es el caso con muchos otros temas sobre los hombres, podemos beneficiarnos de las recientes investigaciones realizadas por las feministas sobre la sexualidad femenina. Es decir, la concepción de la sexualidad como un sistema socialmente construido de conflicto y tensión interna puede servirnos como punto de partida.

¹ Véase, por ejemplo, Ann Snitow, Christine Stansell y Sharon Thompson, eds., *Powers of Desire* (New York: Monthly Review Press, 1983); Carol S. Vance, ed., *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality* (Boston: Routledge and Kegan Paul, 1984). Sure Cartledge y Joanna Ryan, eds., *Sex and Love: New Thoughts and Old Contradictions* (London: The Women's Press, 1983); y Mariana Valverde, *Sex, Power and Pleasure* (Toronto: Women's Press, 1985).

² Carol S. Vance, “Pleasure and Danger: Toward a Politics of Sexuality”, en Vance, *op. cit.*, 1.

La sexualidad masculina no es simplemente algo bueno o malo. Encierra tensión, conflicto y lucha. Del desafío feminista al patriarcado surge una serie de conflictos internos, además de una nueva forma de conflicto sociopolítico. La interacción de estos conflictos tiende a producir ansiedad, acompañada de culpabilidad y confusión en un extremo de agresión exacerbada en el otro. Esta ansiedad se manifiesta, por un lado, en los sentimientos de culpabilidad de muchos hombres simpatizantes del feminismo y, por otro, en el incremento de las representaciones gráficas de violencia contra las mujeres y, quizás, de violencia en sí.³ Pero la mera represión o supresión de la sexualidad masculina o la prohibición de la venta de pornografía no reducirá el conflicto y la tensión; la solución será, más bien, la liberación sexual dentro de sociedades organizadas para satisfacer la gama más amplia posible de necesidades humanas.

En términos abstractos, la tensión interna de la sexualidad masculina radica entre el placer y el poder. El poder se deriva de tocar, sentir, fantasear e intimar; se deriva, en definitiva, del cuerpo. El poder es de dos clases. La primera es el puro poder del placer. Que el placer sea conflictivo o no depende de los sentimientos de culpabilidad de cada quien. Pero el poder de la sexualidad masculina también se deriva de las relaciones sociales de poder; el poder social sobre las mujeres, el poder de las restricciones sociales y las formas socialmente impuestas de represión sexual; el poder social de la heterosexualidad sobre la homosexualidad; la interiorización de dominación social y sexual en la forma de las estructuras de la masculinidad y de un sentido de culpabilidad.

Pero, por supuesto, no se trata de un simple dualismo de placeres corporales y poder socialmente construido. La sexualidad no se puede divorciar de los placeres derivados de las relaciones de poder o, inversamente, las inhibiciones sensoriales a menudo tienen que ver con las relaciones de poder existentes. Más aún, la forma misma en que nuestros cuerpos experimentan placer resulta de la interacción entre el cuerpo y el mundo real.

Por lo tanto, es más preciso hablar de una serie de conflictos. Nuestra sexualidad y nuestra vida sexual muestran conflictos entre el placer sexual en sí, las restricciones de la masculinidad, la opresión de las mujeres, la represión de una polisexualidad innata (es decir, la represión de una sexualidad amplia y fluida) y un fetichismo generalizado de los objetos de deseo.

Este capítulo trata en un número de áreas en las cuales estos conflictos se manifiestan. La primera parte examina la división entre actividad y pasividad y la represión de la polisexualidad innata de los hombres. El propósito es investigar cómo está estructurada la sexualidad masculina a nivel psicológico y obtener algunos conceptos básicos con los cuales examinar sus conflictos. Esta primera parte concluye con el esbozo de una teoría de la liberación de la sexualidad masculina. La segunda parte trata sobre dos temas interrelacionados, la cosificación sexual y la pornografía, para determinar si el marco de la primera parte no es útil en el análisis de algunos de los dilemas y conflictos que enfrentan los hombres y las mujeres en sus intentos por entender y cambiar su mundo sexual y social.

³ Resulta muy difícil analizar el incremento estadístico de la violación y el maltrato físico de la esposa, registrado en varios países durante la última década, debido a que las estadísticas no necesariamente reflejan un aumento real. Este incremento bien podría explicarse por un aumento en la disposición de las mujeres a denunciar estos crímenes.

Nuestro enfoque general es psicoanalítico. Una de las grandes contribuciones del psicoanálisis es el concepto de que no existe una forma natural de sexualidad. La sexualidad es simplemente la capacidad que tienen los humanos de derivar placer del cuerpo. La forma que tome la sexualidad del niño y del adulto es producto de la madurez biológica y de la evolución histórica dentro del medio social y el medio natural. En nuestra interpretación psicoanalítica, el análisis no parte del individuo abstraído de la sociedad. Nuestro punto de partida es la sociedad y el cuerpo; un cuerpo que forma parte de la sociedad. La creación de un ser humano es en sí una actividad profundamente social, al igual que lo son las experiencias de ese cuerpo a partir de ese momento.

Tampoco partimos de la sociedad abstraída del cuerpo; la sociedad no existe como un conjunto de estructuras ajenas al ser humano sino que se encuentra fijada en el cuerpo. La sociedad es personificada; con sólo mirar la postura de un soldado o la pose de un modelo nos basta para entenderlo.

El uso del modelo psicoanalítico presenta tres problemas. El primero es un largo historial de interpretaciones objetables, superficiales, sexistas, conservadoras. Este bagaje ideológico ofensivo se remonta al propio Freud y constituye una tradición de la cual tratamos de disociarnos. El segundo es el hecho de que el psicoanálisis utiliza un vocabulario complejo y especializado que hay que manejar para poder entender el enfoque en su totalidad. El hecho de que este vocabulario en sí se haya interpretado de manera superficial, sexista y conservadora empeora aún más las cosas. Trataremos pues de limitar en lo posible el uso de terminología especializada y, cuando sea necesario, explicaremos los términos utilizados con cuidado de no atascarnos en debates sobre este punto.

El tercer problema es que el psicoanálisis es más que nada una teoría del inconsciente. Muchas de las cuestiones que discutiremos son cosas que todos nosotros hemos olvidado o sobre las cuales nunca tuvimos conciencia; cosas que se descubren sólo en el transcurso del análisis psicológico y que aún entonces están sujetas a interpretación. Opinamos que la mejor manera de comprobar la validez del material expuesto sería aplicar la cosificación a la primera parte de éste y la pornografía a la segunda. Una vez que el deseo inconsciente se manifiesta en imágenes o en actividades conscientes, podemos empezar a evaluar la utilidad de los conceptos empleados para entender el inconsciente.

Actividad, pasividad y polisexualidad

Cuerpo y cultura

En la actualidad, no es muy popular reconocer que la sexualidad humana no es simplemente innata y natural, sino más bien una construcción social.⁴ El deseo y la conducta sexuales varían grandemente de sociedad a sociedad, de época a época y de persona a persona. Por otra parte, la sexualidad tiene que ver con el cuerpo, con el placer corporal y con reacciones fisiológicas. La sexualidad masculina puede ser experimentada

⁴ Éste es uno de los temas de muchos de los artículos en las colecciones mencionadas más arriba, al igual que en Michel Foucault, *The History of Sexuality* (New York: Panteón, 1978), vol. 1, *An Introduction*.

en la esfera de la fantasía y su esencia puede ser inconsciente y profundamente reprimida, pero no surge de la nada. A fin de cuentas, son reales el cuerpo, un estremecimiento de la boca, una erección del pene, el rubor en la piel, la visión de un objeto de deseo, el placer del gusto y el sonido o una presión en la próstata que puede quitar el aliento. La cultura no escribe en una página en blanco.

A fin de satisfacer nuestras necesidades mundanas, nuestros deseos deben ser controlados y organizados y estar relacionados con la realidad externa. Las capacidades innatas del ego, es decir, la habilidad de percibir, recordar y actuar con propósito, son el medio a través del cual las energías del niño se dirigen hacia el mundo. Y es este mundo el que moldea los atributos biológicos del niño. Este proceso de modelo es el desarrollo del ego del niño, de su personalidad.

Este desarrollo es un proceso de organización, restricción y represión de la energía altamente maleable del deseo humano. Mientras los instintos animales se adaptan estrechamente a la realidad en los humanos el ego desempeña la función de un “órgano” de adaptación a la misma.⁵ Los deseos humanos no pueden ser satisfechos sin la intervención del ego. Según Marjorie Grene, “estamos biológicamente formados para ser animales culturales”.⁶ Nuestros deseos no toman forma final hasta no haber sido moldeados por la cultura, convirtiéndose los impulsos biológicos en deseos y placer.⁷

Este proceso de transformación es lo que Freud describe como represión. El grado y la calidad de la represión no son un hecho biológico o una constante social, sino que varía a medida que cambian y evolucionan las sociedades. Más específicamente, según Freud, el desarrollo de la civilización ha precisado de una renuncia cada vez mayor al placer. Marcuse añade a la formulación de Freud la distinción entre la represión básica y la excedente. La represión básica es la renunciación o sublimación del placer necesaria a los humanos para sobrevivir y desarrollarse como tales. Existe, además, la represión excedente, las formas de represión que aumentan a medida que se desarrolla la civilización.⁸ Esta renunciación, cada vez mayor, al deseo, se experimenta nuevamente en el desarrollo de cada ser humano. Al madurar incorporamos en nuestros egos en desarrollo las estructuras y exigencias de nuestra sociedad.

Dos asuntos cruciales nos conciernen aquí. Uno es la división entre actividad y pasividad y la superposición de la “masculinidad” y la “feminidad” a esta polaridad. El otro es la reducción de la amplia expresión de deseo sexual al placer genital, lo que Freud define como la represión de la bisexualidad poliforme.

Actividad, pasividad y bisexualidad

Según Freud, la actividad y la pasividad coexisten en el bebé. En el regazo de la madre, el recién nacido es el recipiente pasivo de las acciones y los cuidados de ésta. Mas el bebé rápidamente desarrolla el deseo y la ha-

⁵ Heinz Hartmann, “Comments on the Psychoanalytic Theory of the Ego”, en *Essays on Ego Psychology* (New York: International Universities Press, 1964), 120.

⁶ Marjorie Grene, *Approaches to a Philosophical Biology* (New York: Basic Books, 1968), 44. Para el análisis de Freud de los instintos véase su “Instincts and their Vicissitudes”, en *Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud* (London: Hogarth Press), 14: 121-2.

⁷ Véase Sigmund Freud, *Civilization and Its Discontents* (1930) trad. James Strachey (New York: W.W. Norton, 1961).

⁸ Véase Herbert Marcuse, *Eros and Civilization* (New York: Vintage Books, 1962).

bilidad de ser un iniciador activo, aunque esta habilidad para emprender actividades todavía depende de los adultos que lo cuidan. El continuo desarrollo del ego, es decir, la capacidad creciente para dominar el mundo, es el desarrollo de la propia actividad.

A medida que se desarrolla el ego, las formas de gratificación activa y pasiva se extienden a las orientaciones generales del ego, lo que podría llamarse los tipos de personalidades. Por lo general, la actividad se asocia con una orientación agresiva, extrovertida, ambiciosa o práctica; la pasividad con una orientación más pacífica, receptiva, existencial. La teoría psicoanalítica hace hincapié en el hecho de que en los primeros años de vida las niñas y los niños son tanto activos como pasivos.⁹

También, de acuerdo con Freud, en el “lenguaje” del inconciente, la actividad y la pasividad se relacionan con zonas específicas del cuerpo. La boca, el ano y la vagina, aun pudiendo ser vehículos de actividad, tienen un carácter mayormente pasivo, ya que son orificios receptores que pueden ser estimulados placenteramente por otro órgano (como pezón, dedo, lengua, pene, heces).

A pesar de que Freud atribuye a ciertos órganos una naturaleza esencialmente activa o pasiva, distingue entre sus características fisiológicas y las características psicológicas que posteriormente se asocian con ellas. Por ejemplo, tomando el seno un bebé parece estar en un estado de éxtasis pasivo, pero este estado resulta de succionar activamente. No es posible describir los deseos del bebé como activos o pasivos. La boca puede ser un órgano receptivo, pero esto no necesariamente implica pasividad exclusiva.

Es posible que los niños pequeños no entiendan conscientemente el mundo, sin embargo, como sabe toda persona que se ocupe de ellos, son, inconscientemente, excelentes jueces de las relaciones sociales y psicológicas. De modo que desde temprana edad proyectamos a nuestros cuerpos todo un conjunto de experiencias y significados sociales. En otras palabras, aunque la vagina es físicamente un órgano de recepción y el pene uno de inserción, es sólo por determinación cultural que devienen pasivo y activo. ¿Qué combinación de acontecimientos biológicos y sociales producen estas ecuaciones?

Los niños y las niñas de uno a tres años no parecen experimentar deseo y satisfacción sexual de manera notablemente diferente. Ambos pueden experimentar tanto la actividad como la pasividad y pueden tener un interés erótico en seres humanos de ambos sexos. Los niños pequeños son esencialmente bisexuales; manifiestan curiosidad por el cuerpo humano, pero no parecen darle ninguna importancia a las diferencias de sexo.¹⁰

Durante el proceso de maduración, esta perspectiva cambia. Este cambio se manifiesta de manera particular en un creciente interés de los genitales que ya a los cuatro o cinco años están imbuidos de significado so-

⁹ Para una discusión detallada de los problemas en el uso psicoanalítico de los términos activo y pasivo véase David Rapaport, “Some Metapsychological Considerations Concerning Activity and Passivity” (1953), en *The Collected Papers of David Rapaport* (New York: Basic Books, 1967), 530-568.

¹⁰ En esta parte se hace referencia a procesos, asociaciones y conocimiento inconscientes (tal como la ansiedad de “castración”). Se trata de procesos mentales de los cuales no se tiene conciencia. El dominio del inconsciente sobre la vida de la persona es mucho mayor en los niños que en los adultos. El lenguaje de este artículo no se refiere a las experiencias conscientes de los niños. Más bien, éstos tienen imágenes vagas involuntarias, poderosas y emocionales de cosas que les suceden a sus cuerpos.

cial. En una sociedad de dominación masculina, el niño inconscientemente percibe el pene como símbolo de actividad. El pene se convierte en un símbolo fálico. El resultado es un intenso temor de “castración” inconsciente debido a que nuestra sociedad patriarcal y heterosexista impone la posesión del pene como norma para ser poderoso, activo y amante de mujeres.¹¹ Se establece una antítesis entre fálico y castrado.

El temor a la castración no se experimenta de manera literal o consciente, es más bien una imagen corporal asociada a la pérdida de actividad y poder. Más aún, en sociedades de dominación masculina donde la homosexualidad es reprimida, la mayoría de los niños no puede evitar esta ansiedad de castración sin renunciar a la pasividad y a la homosexualidad. La homosexualidad se equipara con la pasividad y, por ende, con la castración, debido a que en una sociedad patriarcal los hombres son, por definición, dominantes; de esta manera, el amor hacia otros hombres viene a equipararse con la pasividad. La pasividad conduce a la ansiedad acerca de la propia masculinidad, de modo que en la sociedad patriarcal la renuncia inconsciente de su bisexualidad se convierte en una necesidad emocional para el niño.

Las normas aquí definidas, por supuesto, no existen en la realidad. Este proceso de represión nunca es completo y siempre conlleva conflictos y tensiones internos. Los sentimientos que se reprimen perduran; unas veces en forma de homosexualidad o bisexualidad activa en el adulto, otras en forma de fantasías y sueños y aun otras en forma de homofobia. Lo que sí parece ser una norma para los hombres es la imposibilidad de abrigar simultáneamente deseos activos y pasivos, sin que esto genere conflicto y temor.

Por consiguiente, al dualismo actividad/pasividad se sobrepone a la polaridad fálico/castrado. Es esta superposición lo que da lugar a la “masculinidad” y la “feminidad” que, según Freud, hasta entonces “carecían de significado psicológico”¹² Es esta lógica inconsciente del patriarcado de acuerdo a como la percibe Freud.

Aunque sus figuras paternas no se ajusten a la norma patriarcal, el niño experimenta esta superposición debido al peso de instituciones, la estructura patriarcal de la familia y una cultura entera que enseña que ser hombre equivale a ser activo.

A menudo los niños expresan sus temores a través de juegos. Un juego muy popular entre niños (y aun entre adolescentes) es ocultar sus genitales entre las piernas y exhibirse frente a los demás o frente a un espejo pretendiendo ser una mujer. En un grupo, los niños reaccionan con regocijo; un niño solo, experimenta diversión, fascinación y terror.

La bisexualidad según Freud versus la polisexualidad

En Represión, Horowitz acepta sin reservas la presuposición de Freud de que todos los seres humanos experimentan la sexualidad, ante todo, en términos de polaridad o antítesis de actividad y pasividad. Por consiguiente, parecía evidente que la supresión de la represión excedente de la bisexualidad resultaría en una

¹¹ Para un análisis detallado de los temas expuestos en esta parte véase Gad Horowitz, *Repression: Basic and Surplus Repression in Psychoanalytic Theory* (Toronto: University of Toronto Press, 1977), 81-125. Para los conceptos de Freud sobre la sexualidad infantil véase, por ejemplo, su “Three Essays on the Theory of Sexuality” (1905) en *Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud* (London: Hogarth Press), vol. 7.

¹² Sigmund Freud, *Instincts and their Vicissitudes* (1915) en Freud, op.cit., 14, 134.

especie de androginia; hombres y mujeres capaces, al igual que el bebé, tanto de actividad y pasividad como de lección homosexual y heterosexual de los objetos de deseo. Ahora somos de la opinión de que la promiscuidad de la cuestión actividad/pasividad en el bebé es en sí producto de la represión excedente.

Investigaciones antropológicas realizadas años atrás en las islas de Trobriand, al este de Nueva Guinea, mostraron un pueblo sin concepto de causa y efecto lineal –es decir, sujeto activo y objeto pasivo– en relaciones y cronología. Los habitantes de Trobriand no describen eventos como una serie lineal de causa y efecto, ni los caminos como senderos que conducen a algún sitio o que van de un punto a otro, sino como caminos que se encuentran simplemente ahí. Contrario a nosotros, los habitantes de Trobriand no relacionan automáticamente eventos y formas con líneas para indicar correspondencia y continuidad. Por ejemplo, mientras que a nosotros una de sus aldeas nos parecería un círculo de chozas, ellos la describirían como un conglomerado de protuberancias. Para los habitantes de Trobriand, los hechos naturales y humanos están establecidos por la tradición; mas estas tradiciones no se perciben como determinantes de la conducta, sino como la fórmula que indica de qué se trata el hecho. Para ellos, por ejemplo, el trabajo no tiene retribución fuera o más allá de sí mismo. Escribe Dorothy Lee: “nuestras actividades son planeadas con un objetivo futuro en mente. Ninguna actividad de los habitantes de Trobriand está concebida de manera que culmine en algo más que la propia actividad. No hay tarea, labor o faena que tenga otra retribución que la actividad misma. Todo trabajo encierra su propia satisfacción”. No existe el individuo que obra sobre objetos como actor independiente en tiempo lineal; individuo que pueda ser comparado ofensivamente con otros en cuanto a capacidad de rendimiento. Una actividad puede fracasar, pero no una persona. El “resultado” de toda actividad estaba pre-determinado en el diseño general de la existencia y la tradición.¹³

La lengua de los habitantes de Trobriand, al igual que muchas otras lenguas tribales, corresponde a una descripción y a una percepción de la realidad diferentes a la nuestra. Las lenguas y las sociedades modernas están muy imbuidas de nociones de causa y efecto y de dualismos tales como sujeto/objeto y actividad/pasividad. Esto se puede observar en la estructura básica de la oración de las lenguas indoeuropeas, la cual consta de un sujeto, un verbo y un objeto. Siempre que algo sucede, alguien o algo le está haciendo generalmente algo a alguien o algo.

La división entre actividad y pasividad, tan fundamental a nuestra apreciación de la masculinidad y la femineidad, es una creación de la cultura y de la sociedad a partir de la unidad que constituye el ser humano. Nuestras lenguas y nuestras realidades históricamente evolucionadas realzan y acentúan una división entre sujeto y objeto y entre activo y pasivo.

Freud postula una “perversidad polimorfa” original del bebé; es decir, una capacidad multiforme y difusa de estimulación y satisfacción sexual de todo el cuerpo y sus sentidos. De manera similar, los habitantes de Trobriand conceptúan la sexualidad como “un agregado de experiencias placenteras” y no como una serie de eventos que van de la anticipación del placer a la estimulación genital y al clímax, ni como una persona ac-

¹³ Dorothy Lee, *Freedom and Cultura* (New York: Prentice-Hall, 1959), esp. 89-120. Estos estudios de Lee están basados en las transcripciones de Bronislaw Malinowski. Aunque la actual investigación antropológica feminista cuestiona la validez de varias de las conclusiones y técnicas de Malinowski, estas críticas no parecen afectar su trabajo sobre el lenguaje hablado, particularmente en lo que se refiere a los asuntos discutidos en este artículo. *Ibid*, 119.

tiva haciéndole algo a una pasiva, ni tampoco como dos personas haciéndose cosas la una a la otra de manera alternada o simultánea.

Al crecer, nuestra sexualidad sufre un proceso de maduración biológica y se concentra eventualmente en los genitales. Pero son la cultura y factores culturales los que exigen que atravesemos un proceso de represión excedente de objeto y deseos sexuales.

Aunque Freud habla de una perversidad polimorfa original, prácticamente desecha la noción a favor de una bisexualidad natural estructurada alrededor del dualismo actividad/pasividad. Creemos que es más conveniente concebir el potencial sexual humano como una polisexualidad; una capacidad fluida de excitación y descarga sexual a través de cualquier parte del cuerpo, incluido el cerebro con su capacidad de fantasear, y a través del tacto, el gusto, el oído, la vista y el olfato. Como capacidad, antes que elemento establecido, la sexualidad es originalmente amorfa y caótica. El proceso de maduración biológica en cierto modo reduce esta polisexualidad original a una sexualidad genital. Esta concentración en el placer genital parece formar parte del proceso natural biológico que tiene mucho que ver con la reproducción de la especie. Es parte de lo que Marcuse llama el proceso de represión básica.

Sin embargo, la maduración es también un proceso de interiorización de normas culturales. Lo que no es natural es la represión excedente de formas extragenitales de excitación y expresión sexual y de una amplia gama de placeres físicos que ni siquiera consideramos como sexuales. La noción de una construcción social de la sexualidad adquiere relevancia en la esfera de la represión excedente, debido a que la represión y la supresión de una amplia gama de placeres sexuales no son necesarias ni para el proceso de maduración biológica ni para la existencia de una cultura humana en sí.

Durante el proceso de maduración y de creación de género, en las sociedades de represión excedente se reprime no simplemente la bisexualidad, sino nuestra polisexualidad constitutiva. El niño en desarrollo interioriza las divisiones de la sociedad: masculino versus femenino, activo versus pasivo, sujeto versus objeto, normal versus anormal, clase versus clase, raza versus raza, humano versus naturaleza y así sucesivamente. Varias cosas suceden simultáneamente con nuestra sexualidad:

1. La polisexualidad se reduce a la bisexualidad, que a su vez se reduce a la heterosexualidad u homosexualidad (con una norma heterosexual).
2. La polisexualidad se reduce a la sexualidad genital, acompañada de una represión excedente de otras formas potenciales de deseo y expresión sexual.
3. Mediante el proceso arriba descrito, la masculinidad y la femineidad (agresión excedente y pasividad excedente) se superponen a la división natural de los sexos.

Éstas son todas normas. Cuando todo sale “bien”, la estructuración de nuestra sexualidad es una selección de ciertos rasgos y deseos a través de los cuales podemos satisfacer nuestros deseos y necesidades. Nuestro ego tiene que funcionar en sincronización con el medio ambiente social y natural para que se satisfagan nues-

tras necesidades. El proceso de desarrollo del ego se realiza según las normas, las categorías y los requerimientos de una sociedad dada. NO obstante, ninguno de nosotros representa la norma porque cada uno tiene una experiencia de desarrollo y una constitución únicas. Algunos diferimos mucho de la norma, otros sólo un poco. De los tres procesos mencionados arriba se originan un sinnúmero de combinaciones y permutaciones. Al fin y al cabo, puede existir una norma ideológica, pero no una normalidad o anormalidad “real”; existe más bien una gama de seres sexuales que intenta funcionar y realizarse en una sociedad de represión excedente.

Podemos revertir todo este proceso y empezar a concebir una sexualidad liberada, es decir, una sexualidad en una sociedad que no sea de represión excedente. El ser humano sexualmente libre no experimentará la sexualidad de manera activa o pasiva, o de ambas maneras a la vez, sino como “un agregado de experiencias placenteras”. Es probable que diferencias genéticas y experimentales entre los seres humanos den lugar al desarrollo de idiosincrasias, hábitos y preferencias, quizás aun a exclusiones de un tipo u otro, o hasta a opciones de celibato. Pero éstas serán expresiones individuales de un eros polivalente más que reacciones compulsivas al temor y la ansiedad. Habrá muchos tipos diferentes de expresión sexual, muchas comunidades y subculturas diferentes con costumbres sexuales diferentes y libertad para que las personas cambien de estilo de vida en el transcurso de sus vidas.

En la opinión de Freud, el “progreso de la civilización” precisa represión excedente. La escuela de Francfort (Adorno, Hofheimer, Marcuse) al sintetizar las obras de Hegel, Marx, Freud y Weber, explica el “progreso de la civilización” como la dominación de la naturaleza. A fin de conquistar la naturaleza, los humanos tienen que dominar su propia naturaleza; es decir, reprimirse a sí mismos, transformarse en instrumentos de guerra y trabajo y dividir la actividad y la pasividad. La pasividad se equipara con la naturaleza y se le asigna a la mujer. La dominación de la naturaleza externa, la naturaleza interna (o sea, la sexualidad), las mujeres y la pasividad en los hombres, son todos aspectos de un proceso integral de represión excedente.

La naturaleza está ahora más que conquistada; está devastada. Ha llegado la hora de lo que Marcuse llama la “reconciliación con la naturaleza”. Esto implica el fin de la represión excedente y el reclamo de la polisexualidad de hombres y mujeres. Implica también relaciones de organización económica, política y social completamente nuevas. Algo que ni las mujeres ni los hombres pueden lograr aislados. Sólo la lucha conjunta de hombres y mujeres logrará desarrollar nuevas formas de asociación humana que abarquen a ambos sexos y a todas las orientaciones sexuales. En su forma patriarcal actual, la sexualidad masculina tiende a ser el resultado de contención y reformatión moral (antisexual). Formas nuevas de asociación sexual humana han de implicar no la contención o reformatión de la sexualidad masculina, sino su liberación.

Áreas de conflicto sexual

El desarrollo de la masculinidad es el desarrollo de un tipo de carácter de actividad excedente que conlleva la represión de la pasividad. Mas la tensión entre actividad y pasividad es una constante en nuestras vidas, aun cuando esta tensión sea encubierta y su forma muy variada. Un ejemplo sencillo demuestra cuán profundamente arraigada se encuentra dicha tensión. Tomemos al hombre que se preocupa por la necesidad de

actuar automáticamente de manera directa y activa en relación con las mujeres. Nada de lo que hace parece reducir la tensión que provoca esta necesidad. Si atraviesa una puerta o camina por un sendero estrecho delante de una mujer siente que la está guiando; si va detrás, está consciente de actuar “como un caballero”, siente que la está dejando ir delante. El dualismo activo/pasivo constituye la estructura de nuestra realidad psíquica y define las categorías a través de las cuales percibimos el mundo y nuestras actividades dentro de él. Si es tanta la tensión que encierra el simple atravesar una puerta, ¿qué será de la tensión en juego en la atracción y las relaciones sexuales?

Podemos extender el análisis sobre la represión de la polisexualidad y el dualismo activo/pasivo en la primera parte de este artículo para abordar ciertas áreas de contradicción y conflicto sexual para los hombres en nuestra sociedad. A continuación comentaremos sobre dos áreas de conflicto: la cosificación sexual de las mujeres y la pornografía heterosexual.

La cosificación sexual

El deseo sexual tiene siempre un objeto. Este objeto puede ser uno mismo, otro, una parte de otro o una cosa. Pero a medida que nos desarrollamos y nuestros egos adquieren la capacidad de satisfacer nuestras necesidades en el mundo que nos rodea, el deseo se orienta hacia objetos específicos cuya visión, contacto, sabor, sonido u olor resultan placenteros.

Cuando otra persona es el objeto sexual sucede, hasta cierto punto, que se abstraen de ella atributos particulares. Para el recién nacido el pecho y la voz de la madre representan el todo. Posteriormente, sea hetero u homosexual, el objeto de nuestra elección, la presencia o ausencia de ciertas características físicas determina nuestra atracción sexual hacia otra persona. La presencia de la vagina o el pene es el límite que nadie, excepción de los bisexuales, osa sobrepasar. En otras palabras, una parte pasa a representar el todo. Esta tendencia también se manifiesta en las sociedades patriarcales, las cuales invierten una extraordinaria cantidad de energía psicológica y cultural en el pedacito de carne sensible que cargan entre las piernas de los hombres.

No sólo los genitales o los senos, sino cualquier parte del cuerpo, puede llegar a representar el todo. Ciertas características sexuales secundarias establecen límites adicionales a la atracción sexual. El contacto de una piel relativamente lampiña excita a un hombre, mientras que la sensación de una áspera barba excita a otro. Y dado que no andamos sin ropa, aun cuando sería más cómodo prescindir de ella, por lo general son estas características secundarias las que en la interacción cotidiana vienen a representar el todo. La función de la moda, el maquillaje, el lenguaje corporal y los matices vocales, es acentuar selectivamente o mitigar algunas de estas características secundarias.

El amor hacia un objeto es la forma básica de expresión de nuestra sexualidad; es inherente al funcionamiento del ego humano. Nuestra capacidad de experimentar una parte del cuerpo como representativa del todo se debe a la naturaleza intrínseca del inconciente; mas, la forma que toma este amor hacia un objeto varía según las culturas y las experiencias personales particulares.

La represión de la polisexualidad es una de las razones por las cuales partes del cuerpo llegan a representar el todo. Con la maduración física, diferentes partes del cuerpo se convierten sucesivamente en zonas de excitación física y psicológica, particularmente intensa. Como resultado de la represión básica, el placer de una parte (del propio cuerpo o del otro) encierra el placer del todo. Esto, siempre y cuando no desaparezca la persona en el proceso, no es perjudicial en sí; no debe menospreciarse la emoción y la excitación incomparables asociadas a partes específicas de nuestros cuerpos o de las de otros. Sea un hombre o mujer, tocar el pezón, el pene, el pubis o con la lengua y el percibir por un breve momento, mediante el contacto con aquella protuberancia, la magnitud de nuestro deseo y del de nuestro amante es, ciertamente, una gran conquista de la sexualidad humana. Esto es parte de la grandeza de la sexualidad humana, contrario a los simples instintos reproductivos de los demás animales.

Sobrepuesto a esto, existe la represión excedente de formas extragenitales de deseo sexual. La represión excedente aumenta a medida que la civilización “progresas” y se recapitula en el desarrollo del individuo. La primacía de la sexualidad genital devalúa otras formas de deseo sexual hasta el punto en que sólo existen como elementos de “estimulación preliminar”, se convierten en tabú o no son consideradas como sexuales. El resultado es la fragmentación de la persona en partes y procesos componentes, algunos de los cuales llegan a encerrar toda la energía y todo el deseo sexual de la persona.

Las consecuencias de todo eso pueden ser perniciosas, como puede observarse en la forma que ha tomado la atracción masculina heterosexual hacia las mujeres. Aun al margen de esta fragmentación, en una sociedad dominada por los hombres, las mujeres se definen socialmente en términos de su capacidad reproductiva y sexual: las mujeres no son ni el cerebro ni los músculos de la sociedad; son sus reproductoras, sus criadoras, su celebrada carne. Junto a la tendencia del inconsciente de representar al todo con una parte, ciertos atributos físicos no sólo son objeto de deseo sexual individual, sino que se les atribuye la definición social de las mujeres.

La mejor forma de analizar la naturaleza de este proceso y sus efectos sobre la sexualidad masculina es mediante el concepto analítico de “fijación” y el concepto psicoanalítico y marxista de fetichismo. La fijación—una intensa preocupación por y concentración en ciertas actividades o partes del cuerpo— resulta de un proceso de desarrollo en el cual el interés y la atención han pasado de una a otra cosa y en el cual placeres anteriores se reprimen de manera incompleta. Algunas fijaciones tienen que ver con experiencias particularmente placenteras o aterradoras de la niñez. Sin embargo, más a menudo se fijan experiencias u objetos que proporcionan, simultáneamente, alguna forma de satisfacción sexual y seguridad frente a la ansiedad y el miedo.¹⁴

El fetichismo es un ejemplo de fijación. En la teoría psicoanalítica, el fetichismo consiste en dar significación sexual a objetos inanimados o a partes del cuerpo que normalmente no se consideran zonas erógenas. Cuando esto alcanza proporciones neuróticas, la persona no experimenta excitación sexual a no ser concentrado en o en presencia de ese objeto. Este tipo de fetichismo es un fenómeno que se observa casi exclu-

¹⁴ Véase Otto Fenichel, *The Psychoanalytic Theory of Neurosis* (New York. W.W. Norton, 1945), 65-66, 327.

sivamente en los hombres. La investigación psicoanalítica sugiere que el fetiche usualmente tiene la misma significación inconsciente que el pene. El símbolo que generalmente se desarrolla a partir de experiencias de la niñez, es una respuesta a ansiedades de castración, en particular la percepción de que las mujeres carecen de pene. Una parte del cuerpo o vestimenta de la mujer (clásicamente, los pies, el pelo, los zapatos o una pieza de vestir) asume la significación del pene “ausente”. El “descubrimiento” inconsciente de la falta de pene (es decir, del objeto tan altamente valorado en la sociedad patriarcal) reduce la ansiedad de “castración”, o sea, el temor a perder actividad y poder.

A pesar de que Freud trata el fetichismo y la fijación como síntomas neuróticos, los conceptos pueden ser utilizados (particularmente en conjunción a la discusión anterior) para analizar la sexualidad masculina “normal”. Aunque esta discusión, con sólo unas pocas modificaciones, podría aplicarse a la sexualidad masculina homosexual, nos limitaremos aquí a la atracción heterosexual.

La fascinación de los hombres heterosexuales con el cuerpo de la mujer significa varias cosas. Los hombres anhelamos volver a experimentar nuestro primer objeto de amor y contacto físico. De hecho, nuestro modelo original de amor hacia un objeto fue con una madre de la cual éramos inseparables. La fascinación es insaciable. Es como si no nos pudiéramos saciar del objeto de deseo. En el lenguaje del inconsciente, este deseo de incorporarse, de saciarse, finalmente, está basado en la experiencia en el pecho materno. (El proceso es parcialmente diferente para la mujer porque ella es ese objeto de deseo original tanto en su ego desarrollado como en su ser físico).

La fascinación con el cuerpo de la mujer también se relaciona con la ansiedad de castración. La visión de una mujer confirma que uno es hombre. Si el temor fundamental en el desarrollo psicológico masculino es la castración, es lógico que como adultos tengamos una fijación con el objeto de temor, esos seres que carecen de pene. En una sociedad de dominación masculina, el objeto común (el cuerpo de la mujer) del temor común (castración) del grupo dominante (los hombres) se convierte en un fetiche generalizado. Como se señaló anteriormente, ser objeto sexual no es en sí objetable, pero aquí el objeto sexual se convierte en fetiche sexual.

Esta fijación tiene otros dos aspectos. Uno de ellos es la fascinación con lo que el hombre ha reprimido para lograr la masculinidad. La represión excedente de la pasividad conlleva la represión de la ternura y la receptividad. Parte de la fascinación fetichista por el cuerpo de la mujer es una fascinación por lo que hemos perdido.

En una sociedad de norma heterosexual, la fascinación por el objeto de deseo sexual se convierte para la mayoría de los hombres en una atracción intensa, erótica y permanente hacia las mujeres. El desarrollo de la sexualidad masculina, con su prerrogativa de orientación sexual activa, hace que esta atracción sea socialmente aceptada, de hecho, socialmente celebrada, excepto en las culturas y subculturas más represivas sexualmente. La norma social es que los hombres sean actores sexuales, lo cual no es censurable en sí; el problema tiene que ver con la represión de una correspondiente actividad sexual en las mujeres, la pérdida de la pasividad del hombre y la distorsión que sufren la atracción y la actividad sexual en una sociedad patriarcal de represión excedente. Pero a pesar de todo esto, un componente de lo que comúnmente se llama la cosificación de la mujer es la celebración de la sexualidad y de la atracción sexual.

La fijación y el fetichismo con el cuerpo de la mujer es una conducta psicológica construida socialmente. Como norma social, la cosificación del cuerpo de la mujer significa un distanciamiento de la personalidad de la misma. La tendencia del patriarcado a reducir a la mujer a funciones reproductivas y sexuales se refleja a nivel psicológico en la estructura de la masculinidad. La tendencia del inconciente de representar el todo con una parte se estanca y las partes se convierten en el todo. La apreciación de la mujer se estanca en la apreciación de su figura. Primero, se reduce la mujer a su función reproductiva y sexual, luego se reduce a una u otra función. Éste es el familiar dualismo madre/puta. En medio, la categoría de virgen es tan exaltada en parte porque es el único punto en que se supera el dualismo, o mejor dicho, es el punto que simboliza ambos potenciales.

Finalmente, como fijación socialmente mediada, abstraída de las verdaderas mujeres, la fascinación es por un ser mitológico, una colección de partes, una ficción, una parte mítica que representa un todo mítico.

En resumen, lo que vagamente se llama cosificación masculina de la mujer es en realidad la combinación de una serie de factores en contradicción aparente. Los componentes hasta ahora identificados son:

- El amor de los hombres hacia la mujer cosificada y la capacidad humana de representar el todo con una parte;
- Fascinación por lo que hemos reprimido (pasividad, ternura, receptividad);
- La constante (y no siempre deseada) intrusión de estimulación erótica en nuestra vida cotidiana;
- Confirmación de nuestra propia masculinidad;
- La degradación de la mujer a través de la fijación y el fetichismo con su cuerpo y la reducción del todo a algunas de sus partes componentes.

Voyerismo y pornografía

En una sociedad capitalista, una sociedad de producción y adquisición de bienes, los objetos de deseo se convierten en productos. Donde quiera que pueda, el capitalismo produce objetos para consumo sexual y cosifica los sujetos de la sexualidad a fin de vender otros productos.

Marx se refiere al fetichismo con productos. El capitalismo le confiere vida ilusoria a los objetos. Los productos –los bienes de producción social– “son provistos de vida propia (y éstos), se relacionan entre sí y con la humanidad”. Las relaciones sociales entre humanos que producen bienes no parecen ser una “relación entre personas en su trabajo, sino más bien relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre objetos”.¹⁵ El fetichismo con productos es en parte un proceso de mistificación; mas, como señala Norman Geras, es también un proceso de dominación.¹⁶ En una sociedad organizada no sólo con base en, sino también

¹⁵ Karl Marx, *Capital*, trad. Ben Fowkes (New York: Vintage, 1977), 1: 165-166.

¹⁶ Norman Geras, “Marx and the Critique of Political Economy”, en Robin Blackburn, ed., *Ideology in Social Science* (London: Fontana/Collins, 1972), 287.

para la producción de bienes, los productos del trabajo humano controlan la vida del productor. “Las relaciones sociales mismas entre hombres... aquí, adoptan para ellos todas las características de las relaciones entre objetos.”¹⁷ El fetichismo con productos es una mistificación, pero también refleja la dominación real que los productos ejercen sobre los seres humanos.

Esta combinación de mistificación y dominación se advierte en la pornografía. La pornografía es una mercancía común mediante la cual se expresa la cosificación sexual. Como toda mercancía, la pornografía muestra elementos salientes de la mistificación y dominación. La pornografía es una forma de representación sexual que, por su naturaleza misma y como resultado de la fijación y el fetichismo arriba descritos, representa formas distorsionadas y mistificadas de los objetos que describe, mas también retrata con exactitud la dominación real que ejercen los hombres sobre las mujeres.

Como mecanismo de una sociedad capitalista y patriarcal, la pornografía encierra una serie de conflictos y contradicciones de esa sociedad. De manera exagerada y estilizada, la función y la forma de la pornografía describen y retratan los conflictos en torno a la cosificación sexual aludida.¹⁸ Nos ocuparemos aquí de una de las muchas interrogantes relacionadas con la pornografía: el por qué la pornografía heterosexual les resulta tan atractiva a tantos hombres.

En la discusión del tema pondremos énfasis en las formas de representación visual.

La pornografía es una manifestación insolente del poder masculino, de la disponibilidad sexual de toda mujer para cualquier hombre, de la vulnerabilidad de la mujer, de la mujer reducida a partes sexuales, de la mujer envilecida y aun desmembrada. Como manifestación de fetichismo, mistificación y dominación, la pornografía refleja y refuerza las imágenes negativas de la mujer.

Éste es el contenido de la gran mayoría de las imágenes pornográficas, y cuando no, el contexto inmediato (la revista, el cine pornográfico) y el contexto social, contextos de colusión masculina (en público o en privado) en la opresión de la mujer, inducen a la degradación sexual de la misma.

Esta degradación y su contexto parecen ser una razón por la cual los hombres se sienten atraídos por la pornografía. Pero esto, en cierto sentido, no responde nuestra interrogante. ¿Por qué, después de todo, habría de atraer esta degradación a los hombres?

Como vimos anteriormente, la estructura de la masculinidad es inseparable de la represión de la bisexualidad y la pasividad. La masculinidad es inseparable de una femineidad proyectada, adorada, despreciada y temida que existe como su opuesto. Como plantea Kaufman en otro artículo de este libro,¹⁹ la masculinidad es ficticia en el sentido de que no es una realidad biológica como pretende ser. Es la ideología de la sociedad

¹⁷ Max, *op.cit.*, 165.

¹⁸ Varias observaciones de estos párrafos se deben a contribuciones de la colección *Women Against Censorship*, editada por Varda Burstyn (Toronto: Douglas and McIntyre, 1985). De particular importancia para los temas tratados en este artículo fueron los ensayos de Sara Diamond, “Pornography: Image and Reality” (40-57); Myma Costas, “Second Thoughts” (32-39); Ann Snitow, “Retrenchment Versus Transformation: The Politics of the Antipornography Movement” (107-120), y Varda Burstyn, “Political Precedents and Moral Crusades: Women, Sex and the State” (4-31).

¹⁹ Michael Kaufman, “La estructura de la masculinidad y la tríada de la violencia masculina”, en este volumen.

patriarcal y de represión excedente contenida en la personalidad del individuo. Debido a su distanciamiento de la realidad biológica (es decir, la hombría), la masculinidad es un objetivo escurridizo e inalcanzable. Todo hombre, desde muy temprana edad, abriga serias dudas sobre sus credenciales masculinas. Debido a que una de las facetas de la masculinidad es la represión excedente de la pasividad, la manera más efectiva de confirmarla es en pruebas de virilidad (como guerras, peleas y otras formas más sofisticadas de competencia) y en referencia a su reflejo opuesto, la femineidad. La descripción de la femineidad, es decir de la mujer en posición pasiva y dominada respecto a los hombres, confirma, de manera relativamente fácil la propia masculinidad. Una razón por la cual las imágenes pornográficas son tan atractivas para los hombres es porque confirman su masculinidad, lo cual, en una sociedad basada en el género, confirma su hombría.

Todo esto no es más que otra manera de decir que la fascinación con la pornografía resulta de la fijación, no sólo con el objeto de deseo sexual, sino también con el objeto de temor, y que esta fijación tiene que ver con la ansiedad de castración. Está de más decir que el consumidor de pornografía no es consciente de esta ansiedad.

Aunque toda pornografía (en sí o en su contexto) tiene esta forma y esta función, también contiene elementos de contradicción con la represión sexual; contradicción tanto en cuanto a las normas sociales como a la represión de la pasividad y la polisexualidad.

En términos de represión sexual en el sentido social inmediato, la pornografía contiene elementos de celebración de la sexualidad. Ann Snitow y otros han señalado que la pornografía, además de sus características opresivas, contiene elementos de juego de “peligro emocionante (a diferencia de amenazante)”, de desafío, de libertad infantil. Para muchos, en particular los jóvenes, la pornografía es una de las pocas fuentes de información sexual.²⁰ Decir que Penthouse está empezando a parecerse a un texto de ginecología se ha convertido en un chiste rancio, pero ¿dónde más puede la mayoría de los muchachos y jóvenes adultos ver cómo es la vulva? Por supuesto, se trata de información sexual distorsionada (particularmente la información sobre la sexualidad a diferencia de la anatomía, aunque aún esta diferencia está parcialmente distorsionada), pero no referimos aquí precisamente a los aspectos contradictorios de la pornografía.

Otra razón por la cual la pornografía es sugestiva es la atracción hacia lo que es socialmente tabú. Por supuesto, el material tabú se expresa en el lenguaje de lo que no es tabú: la dominación masculina y la subordinación femenina. Pero, de nuevo, aquí tratamos con imágenes contradictorias.

La pornografía, entendida en términos de la represión excedente de la pasividad y la bisexualidad, tiene ciertas características atractivas para los hombres. Señalamos anteriormente que uno de los aspectos de la cosificación masculina de la mujer es la fascinación por lo que hemos perdido en el proceso del desarrollo masculino; es decir, la pasividad y la receptividad y todas las características asociadas a ellas, como la ternura, la sensación de ser amado y adorado y así sucesivamente. La pornografía representa el anhelo de y la fascinación por estas cualidades perdidas. Esto se aplica tanto a las imágenes pornográficas representadas como a la observación de las mismas.

²⁰ Snitow, *op.cit.*, 114-116

El placer sexual de mirar es una de las actividades sexuales pasiva-receptivas más elementales. Freud, observador de adultos más que de niños, interpretó la sexualidad infantil a partir de los recuerdos reprimidos de adultos y niños. Pero si observamos a un bebé notaremos que pasa largo rato mirando el mundo a su alrededor, absorto en el placer de la sensación visual. Justamente en las actividades bucales, mirar es una de las formas primordiales en las que el bebé aprehende el mundo.

Mirar pornografía es, al igual que el voyerismo, una regresión a un aspecto de nuestra disposición polisexual que ha sufrido represión excedente. Según Fenichel, “el niño atraviesa una fase prolongada de dependencia (la cual) se substituye gradualmente por actividad; su recuerdo, sin embargo, siempre da lugar a la reaparición de un anhelo regresivo de sustituir la anterior receptividad por actividad”.²¹

En las sociedades de dominación masculina, es el hombre quien sufre una represión excedente de los deseos pasivos. Esta represión no elimina los deseos pasivos (estos son intrínsecos al organismo), sino que los obliga a manifestarse de manera encubierta, distorsionada y derivativa. La pornografía no sólo ofrece un objeto de admiración pasivo y receptivo, sino también una forma de placer sexual en la cual los hombres pueden ser pasivos y receptivos (a la imagen, al objeto de deseo). En el verdadero contacto con una mujer real –subjetiva, directiva y activa– la pasividad provocaría toda clase de ansiedades. El hecho de que el objeto a menudo se muestra como pasivo e inofensivo, es precisamente lo que permite el placer pasivo de mirar pornografía. En cuanto a la represión de la bisexualidad, el foco de atención pasiva es inofensivo porque carece de pene. En cuanto al poder social, el observador también conserva su predominio.

La imagen pornográfica, por supuesto, varía grandemente. Por una parte, la pornografía muestra a la mujer activa sexualmente agresiva, vampiresca. Por otra, muestra al hombre subyugado bajo el tacón puntiagudo de la mujer. Ambas imágenes proporcionan una representación inofensiva de la actividad femenina en el contexto de la pasividad masculina, sea el hombre observador u objeto en una imagen. Mas, como señala Mariana Valverde, en este caso, la representación de actividad femenina y pasividad masculina es sólo una apariencia superficial. “De hecho, lo que sucede es que los hombres en la pornografía crean una versión del deseo femenino activo (como una forma de deseo perversa, vampiresca) y luego proceden a apropiarse esa representación del deseo femenino. Esto se observa claramente en la llamada pornografía lesbiana, la cual es ininteligible a no ser que entendamos que el deseo masculino está empeñado en apropiarse no sólo del cuerpo de la mujer, sino también de su deseo activo”.²²

Algunos hombres están tan inseguros de su masculinidad que sostienen un forcejeo inconsciente tan intenso con la pasividad y la homosexualidad reprimidas o con ambas y poseen una agresividad excedente tan grande que aún la pasividad frente a una película pornográfica les puede resultar amenazante. En este caso, la pornografía resulta placentera sólo si representa la dominación activa y explícita de la mujer a través de imágenes de subyugación, tortura y aun de asesinato. En el lenguaje del inconsciente, el desmembramiento de la mujer (el objeto desmembrado, es decir, “castrado”) es lo único que puede colmar la ansiedad y aumentar la autoestima.

²¹ Fenichel, *op.cit.*, 468

²² Comunicación personal con Mariana Valverde. Quisiéramos también agradecerle sus comentarios sobre un borrador de este artículo.

La actual proliferación de la pornografía obedece a diversos factores económicos y sociales. Pero ¿cuál es la base psicológica de esta tendencia? Los deseos que se expresan al mirar pornografía son insaciables, no sólo porque el deseo sexual en sí es insaciable, sino porque la pornografía en sí no permite una expresión integrada de deseos sexuales pasivos y activos. La pornografía prolifera porque cuenta con un mercado insaciable. Mientras más pornografía se consume, más se estimulan los impulsos pasivos y receptivos, más se intensifica el consumo y más insaciable se vuelven los deseos. Mirar pornografía es una actividad que a la larga resulta insatisfactoria; que lleva a una mayor frustración y a una mayor tensión entre actividad y pasividad. Todo esto aumenta la tendencia de la pornografía a representar sadismo.

La pornografía se vuelve sadista porque mirar proporciona un dominio insuficiente del objeto de deseo. Parte del placer de mirar es una regresión a la omnipotencia de la niñez. La aprehensión visual del objeto no sólo es pasiva; es el dominio del objeto porque mirando se adquiere conocimiento, y para el inconciente el conocimiento es poder. Como se señaló anteriormente, el consumidor de pornografía busca algo más que un objeto de deseo placentero, busca confirmar su masculinidad y confirmar que su temor, es decir, la castración, no puede ser verdad. Estos son deseos muy contradictorios que a su vez estimulan el deseo insaciable. Mientras el objeto de observación permanezca parcialmente desconocido, los infantiles temores de castración masculinos no se confirman mientras más ropa se elimine y más visible aparezca el objeto, más hay que ver para descubrir que lo que se teme (la castración) no existe realmente. Llega un momento en que las piernas de la mujer se han abierto en ángulos ridículos y han enseñado “todo”, en que no hay nada más que enseñar. Sólo resta, por lo tanto, aumentar la propia agresividad excedente (como defensa a la muy temida ecuación de pasividad con castración) y destrozarse a la mujer, figurativamente, en representaciones de dominación explícita o literalmente en películas *snuff*.²³

La proliferación de la pornografía es también lo que Marcuse llama una “resublimación represiva”. En los últimos quince años ha habido, particularmente en los países capitalistas desarrollados, una cierta liberación de energías instintivas ocasionada por la difusión de métodos efectivos de control de la natalidad, por el surgimiento del feminismo, por el desarrollo de una cierta liberación de energías instintivas ocasionada por la difusión de métodos efectivos de control de la natalidad, por el surgimiento del feminismo, por el desarrollo del orgullo homosexual y lesbiano, por el rechazo a la monogamia de por vida y a la virginidad premarital y por el repudio de las formas sociales más flagrantes de represión sexual. Pero en nuestras sociedades que, no obstante, siguen siendo autoritarias y de represión excedente, estas energías desatadas se canalizan de manera distorsionada e insatisfactoria a fin de perpetuar el régimen de represión excedente en su totalidad.

Dado que la función de la pornografía es satisfacer una serie de necesidades y demandas contradictorias que surgen de una sociedad de represión sexual excedente y de la comercialización, la simple censura de la pornografía no logrará reducir la miríada de formas de degradación de la mujer. El consumo de pornografía no origina el problema de la degradación de la mujer ni de la represión excedente de una amplia gama de deseos, actividades y anhelos sexuales; sólo lo representa y, en cierto sentido, contribuye a perpetuarlo. El pro-

²³ Las películas *snuff* son películas pornográficas que se filman de actos verídicos de violencia contra la mujer que van desde el maltrato físico y la violación hasta el asesinato y el descuartizamiento. (N.de la T.)

blema radica en una sociedad patriarcal, capitalista y de excedente represivo que reprime la polisexualidad y sobrepone la masculinidad y la femineidad al dualismo actividad/pasividad. Esta es la fuente primordial de la degradación sexual de la mujer y de la represión excedente de toda la humanidad.

Este grave problema puede combatirse de diversas maneras. Una de ellas, es la lucha contra la representación y el espectáculo sexista, los cuales codifican, simbolizan, hacen tangible y contribuyen a propagar el problema. Las estrategias para demostrar oposición e indignación son muy diferentes a la censura estatal. Esta oposición debe combinarse con una educación sexual antisexista y a favor del sexo (por supuesto, sin imponer socialmente la actividad sexual como norma). La oposición activa y la educación, a su vez, deben combinarse con el apoyo de alternativas en el terreno visual y personal.²⁴

La pornografía representa el problema; pero, de manera muy distorsionada, también presenta la solución. De manera distorsionada y opresiva demuestra que los deseos pasivos y los impulsos polisexuales de los hombres no desaparecen, que en éstos perdura un profundo anhelo de expresar y celebrar libre y plenamente el deseo sexual. La pornografía, indudablemente, no constituye esta expresión y celebración plenas. Pero, ¿qué se puede esperar de una sociedad patriarcal de producción ilimitada de mercancías?

Esto nos conduce nuevamente al problema fundamental. La solución a los problemas expuestos en la discusión sobre cosificación y pornografía radica en la lucha abierta contra la sociedad patriarcal, de represión excedente y clasista. La base prehistórica de estas estructuras son la escasez y la lucha por dominar la naturaleza. Por primera vez en la historia, los seres humanos tienen la capacidad de superar las sociedades de carencia. Esto, ciertamente, no significa un futuro tecnológico alocado en el cual es el saqueo de la naturaleza prosiga su peligroso curso. Será, necesariamente, una lucha integral contra todas las formas de opresión sexual, de clase, de género y humana, animada de una intensa sensibilidad ecológica. El objetivo es la liberación y la integración social, política, económica y sexual.

²⁴ Véase Varda Bustyn, "Beyond Despair: Positive Strategies", en Bustyn *op.cit.*, 152-80, para una discusión de algunos aspectos de la lucha contra formas de representación sexista y la explotación sexual de la mujer.

Lectura 4. “La Dimensión Social del Género: Posibilidades de vida para mujeres y hombres en el Patriarcado”

Daniel Cazés, CONAPO, 1994, *Antología de la sexualidad humana*, Porrúa, México, 335 pp.

Formas de ser varón (especialmente en relación con las mujeres)

Marques (1991:36ss y 203ss) afirma que los problemas que plantea el patriarcado hacen que todos los hombres sean “parecidamente diferentes o diferentemente parecidos”, y tiendan a agruparse “en torno a unos pocos tipos que resultan de la adaptación que impone la sociedad”. En un elenco básico que abarca más bien características comunes adoptadas, aunque no exclusivamente por la mayoría de los hombres según el personaje que actúen, este autor enumera y define los siguientes arquetipos cuya realización concreta se origina en la historia particular de la producción de cada hombre, grande o pequeño:

Paternalistas. Son los hombres convencidos de su superioridad sobre las mujeres, a quienes consideran incompletas, débiles y encantadoras, y también de que están facultados para ejercer su tutela sobre ellas y obligados a hacerlo. Los paternalistas perfectos no pueden o no quieren enterarse de que las mujeres son inteligentes, fuertes y autónomas. Creen que pueden aprovecharse de ellas o bien protegerlas y regular su vida, y escogen la segunda opción: se sienten machos poderosos que consagran su poder a la protección del débil, llenos de confianza en su fuerza y de fe en su misión. El paternalista es un hombre caballeroso, paternal, redentor, maestro, que sólo enseña y nunca aprende de sus pupilas, dispuesto a casarse olvidando el pasado de la pretendida.

Obviamente, los paternalistas suelen esperar a cambio de la protección, que es lo único que están dispuestos a dar, recompensas sexuales, servicios domésticos, obediencia y exclusividad total en la relación de amistad, noviazgo o conyugalidad.

Las carencias, las inseguridades y los miedos que ocultan los paternalistas podrían explicar tanto su conducta, como el hecho de que a menudo sus protegidas se burlen de ellos o les saquen más de lo que están dispuestos a dar.

Machistas. Son los varones mejor socializados, aciertos del sistema, pues de todas las normas aprendidas persisten con mayor fuerza en ellos las que más los favorecen. También están convencidos de ser superiores a las mujeres, pero no piensan que ellas necesiten de su protección: las perciben como utilísimas enemigas a vencer para aprovecharlas, pues saben que están hechas para otorgar innumerables prestaciones que esperan recibir de ellas o exigirselas. Por ello están permanentemente dispuestos a la conquista, de la que siempre piensan salir vencedores.

Suelen considerar el calificativo machista como un elogio deseable. Su actitud imaginariamente dominante y a veces depredadora, y el control real o imaginario que ejercen sobre una o más mujeres, son en muchos casos compensatorios de un sentimiento de inferioridad frente a hombres de mayor jerarquía.

La expresión máxima del machismo es la violencia contra las mujeres. Los violadores expresan, a su vez, el más alto grado de la sexualidad violenta que incluye la convicción de que las mujeres gozan al ser violadas y que necesitan la violación.

Misóginos. Temen y odian a las mujeres, y asumen todo lo que de ellas se murmura en las aulas, los púlpitos, las tabernas y los lugares de frecuentación exclusivamente masculina, así como lo que de ellas se oculta en el vasto discurso patriarcal. Para los misóginos, aunque sólo digan que nada más los hombres pueden ser seres plenos y normales, las mujeres son incompletas, extrañas, anormales, dementes, portadoras del peligro de las diferencias. Los misóginos no se complacen en la protección o en la conquista de esos seres inferiores, ni en la obtención de sus servicios: más bien les rehuyen.

Tal vez muchos misóginos tuvieron relaciones desastrosas con sus madres, o sus primeros contactos con mujeres les parecieron corruptos. Muchos aprendieron normas morales demasiado rígidas, por lo que prevén el infierno al imaginar cualquier relación con mujeres. Pero lo básico en los misóginos es que se toman en serio todos los defectos atribuidos a las mujeres, o todas las virtudes de que se las hace poseedoras, hasta que sus temores y sus odios se desencadenan al confirmar la verdad de alguno de los primeros o comprobar la imposibilidad de alguna de las segundas.

Hay misóginos que desean castigar la maldad y la hipocresía que adscriben a las mujeres, pero aún así lo que más les interesa es estar lo más lejos posible de ellas. Incluso (o sobre todo) si su misoginia los lleva a golpearlas y violarlas.

Buscamadres. Actúan siempre como niños; traviosos, torpes, desvalidos y, sobre todo, abusivos, que buscan en cada mujer a una madre parcial o total, disponible para ocuparse de ellos, alabarles sus gracias, pasar por alto sus estupideces, disculpar sus transgresiones, resolver sus necesidades y problemas.

Aunque los buscamadres difieren del machista y se parecen al paternalista porque son amables con las mujeres y no las tratan como enemigas, comparten con el primero la seguridad de que ellas se lo deben todo y todo les han de dar. Como los otros dos mencionados, los buscamadres están muy bien adaptados al orden genérico patriarcal.

Cumplidores angustiados. Se concentran en las obligaciones de manera que las hacen todas dificultosas y nada divertidas. No sólo deben ganar el pan propio y el de la familia sin ayuda de ninguna clase, sino que además tienen que quedar como auténticos hombres frente a los demás hombres, a las mujeres en general y ante la esposa en particular. Tienen que cumplirle sexualmente a la cónyuge y/o a la amante, no permitir que nadie se les meta en ninguna de las múltiples filas en que deben formarse para tomar la combi o pagar los impuestos, las tarjetas de crédito y las multas.

Pero además, tienen que preguntarse a cada instante si no han olvidado hacer algo más y no quedar como incumplidos. Los cumplidores angustiados, siempre ansiosos, intentan ser buenos trabajadores, buenos padres, buenos maridos, y viven con la sensación permanente de que no son tan listos, fuertes y competentes como debieran serlo los hombres de verdad. Además sospechan que los demás hacen trampas que ellos no

osan hacer y que terminarán intentándolo algún día, sin que les salgan bien y para frustrar el poco aprecio que se tienen a sí mismos.

Muchos cumplidores descubren que las mujeres se han puesto a hacer lo que sólo hacían los hombres, y que lo hacen bastante bien, a veces mejor que muchos hombres. Entonces los cumplidores plantean que los hombres deben superarse, y se angustian aún más.

Aunque no pocos cumplidores emplean expresiones propias de los machistas, en rigor (salvo si son golpeadores y violadores) se diferencian de éstos porque no eluden sus responsabilidades y no dan por sentado que son superiores a las mujeres ni que son hombres de verdad, sino que todos los días luchan por merecer ese título que consideran honroso.

Además, los cumplidores son bastante solitarios, pues están en competencia con los demás hombres y con las mujeres, y tienden a no aceptar ayuda, pues eso les haría reconocer su debilidad. También suelen adoptar actitudes paternalistas, pero no lo son porque no están convencidos de que sean superiores o más fuertes que las mujeres. Pueden parecer misóginos por los múltiples resentimientos que les tienen a las mujeres, y por los incontables reproches que pueden hacerles porque ellas les exijan cosas que ellos muchas veces se exigen más cruelmente a sí mismos.

Fugitivos. Saben que las mujeres han cambiado y que las relaciones siguen el mismo camino, se dan cuenta de que hay conflicto entre los hábitos masculinos y los planteamientos actuales de las mujeres, perciben que no pueden cumplir con el desideratum porque ya no hay posibilidades reales de lograrlo pero tampoco se atreven a buscar nuevas alternativas: tratan de escapar a los conflictos y hasta de planteárselos.

Muchos fugitivos son jóvenes que no entienden el paternalismo ni el machismo, que no les agradan, y que, sin embargo, tienen ciertos temores por la forma en que las mujeres están abriéndose paso en el orden patriarcal. Aceptan lo que les conviene de las nuevas situaciones y escapan de lo demás, sin comprometerse afectivamente. En eso pueden confundirse con los buscamadres.

Variantes, otros tipos de varones descritos secundariamente por Marques:

Los románticos, atormentados, espirituales o apasionados, que ejercen como tales cuando quieren ligar o porque alguna mujer les ha dicho no. El resto del tiempo desconocen el romanticismo.

Los androtrópicos, que prefieren las relaciones entre hombres porque de veras conciben que sólo los hombres son importantes, o porque las mujeres los incomodan, quizá porque imaginan que hay que tratarlas en alguna forma que desconocen. No son misóginos necesariamente, pero todos los misóginos son androtrópicos.

Los canallas, que constantemente contrarían y disgustan a quienes dicen amar o a quienes los aman: ligan con las amigas de sus cónyuges, se juegan los ahorros de ellas, se emborrachan en ocasiones poco adecuadas, no les pagan la pensión alimenticia...

Los tahúres (como el personaje de los westerns): cortejan a las mujeres sin intentar apropiárselas, no dan lecciones de moral, son capaces de perderse un acostón para no meter en líos a una mujer o no traicionar a un amigo, sólo hacen las trampas necesarias y cuando termina un episodio de sus vidas siguen adelante.

Los tímidos, que no intentan avasallar porque su sensibilidad les impide comportarse como machistas, o porque odian los riesgos y sólo actúan si están seguros de que todos les darán la razón.

Los laboradictos: fugitivos, misóginos y paternalistas a la vez, que se administran día a día sobredosis de trabajo para eliminar cualquier posibilidad de pensar en su propia vida. Hay los que prolongan esa sobredosis con viajes que les ayudan a no ser encontrados ni por sí mismos.

Los yupis, en realidad simuladores de yupis: jóvenes profesionales urbanos exitosos, sin espontaneidad corporal, que fingen trabajar por diversión, hacer lo que disfrutan por obligación y lo que les disgusta por entretenimiento: viven a la moda y pretenden estar al corriente de todo.

Los mujeriegos, que soportan serlo como obligación masculina de prestigio, y los donjuanes, supuestamente seductores, que sólo precisan un día para conquistar a una mujer, otro para poseerla y uno más para sustituirla: hacen el amor tan mal, que ni a ellos ni a ellas les quedan ganas de volver a verse. En realidad cada donjuán sólo se aguanta a sí mismo y colecciona coitos para demostrar a los otros hombres que es más hombre que ellos.

Los sensibles, que a menudo lo son clandestinamente. Odian la rudeza, el esquematismo, la actitud prepotente y la grosería, y suelen comportarse con inseguridad y como víctimas del terrorismo masculinista. Nunca dirían que a las mujeres les gusta que las violen, o que lo que todas necesitan es ser poseídas. Muchos temen que su sensibilidad pueda ser tomada como falta de virilidad, y por ello se muestran muy celosos de su ubicación en el género masculino, pueden ser sexistas y molestarse por la sensibilidad de las mujeres.

Los aventureros, exploradores osados y conquistadores, casi siempre sólo en potencia o frustrados. A menudo culpan a las mujeres de lo desagradable en sus propias vidas y por no realizar las aventuras que deseaban. En general, sus aventuras reales son relaciones extraconyugales más o menos breves y rutinarias.

Los reposantes son hombres que se consideran a sí mismos guerreros y sólo aspiran a que alguna mujer les sirva de reposo. Suelen actuar como soldados disciplinados: reciben órdenes en sus trabajos, consumen ordenada y sistemáticamente, son fanáticos de algún equipo de fútbol y sólo guerrean con su cónyuge y sus hijos: de hecho, las mujeres no resultan para ellos el reposo de los guerreros, sino la guerra de los reposantes.

Los fantasmas han logrado liberarse de la verdad y sólo cuentan de sí mismos y de su vida mentiras bien adornadas. Quizá porque piensan que si contasen cómo les va en realidad, no serían vistos como los triunfadores que quieren aparentar.

Los perdedores son auténticos antihéroes incapaces de responder a las directivas de éxito. Muchos resultan simples buscamadres.

Los prometedores o mecenoparlantes: sólo se relacionan prometiendo cosas, quizá porque sólo se sopor-tan si fantasean que lo van a conseguir todo.

Los chulos o padrotes que viven, en sentido directo o figurado, de la actividad sexual de sus esposas o aman-tes. Por extensión, los hombres que rechazan a este personaje para encubrir que ellos mismos se apropian el trabajo de sus propias cónyuges. Hacerlo es la secreta aspiración de muchos hombres que no están dispues-tos a reconocerlo, y actúan como patrocinadores de alguna mujer, seguros de que de otra manera ella no se-ría nada: son buscamadres disfrazados de paternalistas.

Los artistas, no necesariamente dedicados a la creación artística pero sí desastrosos como administradores de sus propias vidas y convencidos de que la humanidad agradecida debe dispensarlos de las cosas desagra-dables de que el resto de los mortales no escapan: para ello, se vinculan afectivamente con alguien, preferen-temente mujeres, para que les sirvan de cuidadoras, secretarias y criadas a las que por lo general ni siquiera les dedican alguna de sus obras.

Los anoparlantes o coprolálicos, para quienes todo se explica por el factor sexual, al que conciben como al-go femenino y absolutamente sucio: las mujeres sólo son objetos sexuales, y si tienen éxito seguramente se lo deben a algún amante. Cuando los coprolálicos tienen problemas con ellas, explican que es porque no han querido llevarlas a la cama, y que todo les entra por la vagina. Parecen expertos en erotismo, pero en reali-dad lo temen tanto como temen a las mujeres.

Los hombres que intentan, y a veces consiguen, ser igualitarios. Son hombres que rechazan el orden genéri-co patriarcal y están en pleno proceso de cambio. Son capaces de concebir a las mujeres como seres huma-nos con quienes vale la pena hacer el esfuerzo de compartir la cotidianidad sin paternalismo ni machismo y con respeto y apoyo a las inquietudes, los proyectos y los trabajos de las mujeres que les son cercanas, así como ellas comparten los de ellos.

Además, por más que se descubran actuando como paternalistas y machos y pensando como misóginos, aunque crean que no lo son, se esfuerzan por construir relaciones igualitarias y establecer contratos de con-vivencia sin abusos y con gratificación para todas las partes.

Bibliografía

Marques, Joseph-Vincent (1974), *Masculino, femenino, neutro. El Viejo topo*, núm. 24 (7-15), Madrid.

Marques, Joseph-Vincent (1991). *Curso elemental para varones sensibles y machistas recuperables*, Madrid, Temas de Hoy.

Lectura 5. Resignificar lo masculino: guía de supervivencia para varones del siglo XXI

David Barrios Martínez 2003, Vila Editores, México, 2003, pp. 23-27.

Tipos de hombres

A propósito de los roles de género rígidos y estereotipados que los varones seguimos como consigna implícita de la sociedad patriarcal, Joseph-Vincent Marqués (1991) propone una especie de tipología básica de estilos desplegados por los hombres en sus relaciones con las mujeres, que en seguida muestro con algunas adaptaciones mías.

El protector: Es aquel que está persuadido de la superioridad “natural” de los varones sobre las mujeres. A éstas las percibe fascinantes, pero incompletas y débiles, por lo cual necesitan protección. El varón protector es caballeroso, paternalista y educador de las mujeres. Espera de ellas obediencia, compromiso y erotismo.

El supermacho. No sólo cree fehacientemente en la inferioridad femenina, sino piensa que la relación con las mujeres es una especie de lucha en la que ellas serán derrotadas. Es galán, dominante y competitivo. A menudo es sexualmente violento, parece más preocupado en superar a otros hombres que en conquistar a las mujeres.

El misógino. Para este individuo, inconscientemente, las mujeres son nefastas e implican nocividad o peligro, por eso las evade o las repudia. Dice Marqués que posiblemente el misógino haya tenido una mala relación con su madre y por ello hace extensivo su temor a todo el género femenino.

Este temor se transforma con frecuencia en odio: llega a desear que las mujeres sufran o sean castigadas. Esto último se manifiesta plenamente con la pareja estable.

El edípico. Independientemente de su edad, sigue siendo un niño desvalido que, ya de adulto, busca con afán una mujer que lo proteja; es decir, una madre que lo consienta, por lo tanto, no es agresivo sino gentil con las mujeres, quienes tienen la obligación de concederle todo. El edípico clásico es infantil, caprichoso, dependiente y en esencia irresponsable.

El cumplidor. Es un hombre angustiado por la obligación de cumplir en lo económico, en la hombría y en lo erótico. Se obsesiona en ser perfecto, le preocupa el avance de las mujeres y considera que los hombres no deben quedar a la zaga. Cotidianamente lucha por ser “todo un hombre” y se reprocha a sí mismo su insuficiencia. En su relación con las mujeres, les concede todo para limitarles la libertad. Evidentemente, las prefiere sumisas.

El escapista. Tiene conciencia de que están ocurriendo modificaciones en las relaciones entre los géneros y percibe que esto no conviene a sus privilegios masculinos, por lo que se escapa de reconocer y enfrentar los conflictos en su relación con las mujeres. No encuentra una posición específica, pues está en medio del protector y el supermacho.

A este *dramatis personae* de Marqués, agregaré los siguientes tipos masculinos (D.Barrios, 2001):

El aliviado. Es un hombre informado sobre los avances sociales de las mujeres, que ha descubierto que al vestirse de un disfraz de “buena onda” logra ser aceptado por ellas y puede manipular incluso al sector “duro” de las mujeres. En esencia, es un pseudofeminista cínico que aprovecha su carisma personal para lograr sus propósitos.

El antifeminista. Es un intelectual que aprovecha las propias inconsistencias del discurso de algunas feministas muy elementales, para usarlas en contra de las mujeres en general. Tergiversa el contenido del feminismo avanzado. Su refinamiento racional lo aleja del supermacho, encubriendo hábilmente su ginecofobia. Se complace en caricaturizar a las feministas, a quienes considera fanáticas, hombrunas y torpes. En su relación con las mujeres hace lo posible por “exorcizarlas” de cualquier influencia feminista.

El biologicista. Es un hombre ilustrado: utiliza los reportes científicos y las aportaciones de la biología para hacer el siguiente reduccionismo: “las diferencias sociales entre hombres y mujeres son una correspondencia de las diferencias biológicas” y, por supuesto, la “inferioridad femenina” tiene una base física y fisiológica, lo cual comunica verbal y corporalmente a las mujeres con las que se relaciona.

El paria. Es aquel que se abandona del todo: por lo tanto, sus relaciones con las mujeres y con otros hombres, pierden sentido. Por ejemplo: el limosnero, el teporocho, el ermitaño y el vagabundo. Mantiene nexos sociales por mera supervivencia y si se relaciona con las mujeres, es casi totalmente por fisiología.

El gay en pugna. Es un hombre homosexual muy estereotipado, representante minoritario del mundo gay, que por sus actitudes y manierismos femeninos tan marcados, resulta socialmente muy visible. Ha hecho suya la falsa idea de que las mujeres son rivales potenciales en la conquista de los hombres. La noción es en esencia absurda, pues los hombres heterosexuales no le verían como una posible pareja y, excepcionalmente, las mujeres heterosexuales le considerarían como un verdadero rival. El gay en pugna llega a presentar rasgos misóginos.

Los requisitos de la masculinidad

¿Qué es hoy en día la vieja masculinidad? Es necesario intentar contestar esta pregunta para identificar más adelante algunas formas concretas de resignificarla, a fin de darle otro sentido y rumbo.

El sociólogo Michael Kimmel, al conversar de Estados Unidos de América, explica que si bien es cierto que las construcciones sociales de la masculinidad son variadas, existe una especie de modelo hegemónico o predominante de la masculinidad.

Este modelo ha sido puntualizado por Irving Goffman.

El hombre ideal en Norteamérica es joven, blanco, casado, urbano, norteno, heterosexual, protestante, padre de familia, con estudios superiores y buen empleo. Aquel que no cumpla con este arquetipo, se sentirá inadecuado e inferior.

Volviendo a Kimmel, él plantea las cuatro reglas de oro de la masculinidad que son requisitos básicos para ser “todo un hombre”:

1. No seas maricón. No se es hombre si se adoptan actitudes que pudieran sugerir algo de feminidad. El mandato de no ser “joto” o no manifestar suficiente “virilidad”, parte de la falsa apreciación de que ser masculino implica repudiar lo femenino.
2. Sé importante. Es decir, el tamaño de la hombría es proporcional al de la posición económica, política o social.
3. Sé fuerte como un roble. Hay que resistir los embates de la vida sin quejarse y enfrentarse a los problemas sin mostrar debilidad (entendida ésta como la expresión de emociones, especialmente miedo y tristeza).
4. Chíngatelos. Ser audaz, “ganón” y violento, ya que éstos son rasgos de valentía y decisión.

Si aplicamos las ideas de Goffman y Kimmel a la masculinidad “a la mexicana”, podemos encontrar lo siguiente.

El varón ideal mexicano es casado y con hijos, pero con varias parejas, rural o citadino, católico, heterosexual y con poder, ya sea económico o de otra índole (recordar al respecto la letra de la canción “El rey” de José Alfredo Jiménez: “con dinero y sin dinero, yo hago siempre lo que quiero y mi palabra es la ley. No tengo terno ni reina, ni nadie que me comprenda, pero sigo siendo el rey”).

Un hombre así origina ambivalencia en otros hombres. Se le admira y envidia, al mismo tiempo es héroe y villano.

Para el caso de México, yo agregaría dos reglas de oro de la masculinidad:

1. Persigue y “cógete” a las mujeres, pero desconfía de ellas, excepto de tu madre, tu hermana o tu hija. Esta consigna supone que hay dos tipos de mujeres con quienes los hombres se relacionan: las mujeres buenas, decentes o sublimes, y las malas, indecentes o putas.
2. Si no cumples con ser todo un hombre, miente. El engaño y los alardes no sólo se permiten, sino que son indispensables para mantener la imagen viril y formar parte del estilo de comunicación de muchos hombres. Se trata de ocultar información o mentir explícitamente a su pareja o parejas para poder encubrir sus lances eróticos o sus parrandas. Acostumbran hacer relatos (casi siempre muy fantasiosos) a otros hombres, acerca de sus pretendidas o supuestas hazañas sexuales.

Lectura 6. Desconstruyendo la homofobia. Una lectura política del erotismo*

Guillermo Núñez Noriega*, *Género y violencia*, El Colegio de Sonora.

¿Cómo hablar de homofobia sin reincidir en los lugares comunes del asalto, la pedrada, la cuchillada, el robo, el insulto hiriente, la risa comedora de voluntad, los secretillos de la oficina o la escuela, la conmisericordia, la mirada de lástima, la actitud medicalizante, el chiste ridiculizante, el tenso silencio, la desconfianza disfrazada, el morbo, la burla, el ostracismo, el chantaje emocional, la marginación legal, la tolerancia prepotente, el sentido de superioridad? No obstante, hay algo que me molesta, que me estorba y que me impide iniciar este ensayo con imágenes de sangre o con fríos datos estadísticos sobre las personas agredidas por su manera de vestirse o por sus prácticas eróticas. Al mismo tiempo, no puedo escapar de la imagen de violencia, de esa coartada sobre la dignidad humana.

Examino mis sentimientos, la confusión que siento al escribir. Me convengo de algo: me molesta pensar que los lectores asumirán ante la homofobia esa actitud de rechazo propia del discurso de la tolerancia, esa decencia, esa “propiedad” que reivindica la conmisericordia y la lástima como virtudes humanas y cívicas, o como hoy se dice: “el respeto a la diferencia”. Mi punto se aclara conforme escribo: la actitud que espero hacia la homofobia no es la reivindicación del “respeto a las diferencias” (por más avance político que pueda esto significar en el contexto de un ninguneo social crónico),¹ deseo reclamar que no hay diferencia que dilucidar que no sea una diferencia creada por efectos de poder; deseo reclamar amor en vez de tolerancia, unión y semejanza en vez de diferencia.

La homofobia no es el odio a la “homosexualidad” y los “homosexuales”. La homofobia es el temor, la ansiedad, el miedo al homoerotismo, hacia el deseo y el placer erótico con personas del mismo sexo. La homofobia es la práctica, socialmente regulada y avalada de tener y expresar miedo con violencia; una ansiedad que previamente ha sido creada en un proceso de socialización. La homofobia es una práctica institucionalizada que consiste en violentar la vida de los demás, en violentar nuestras capacidades y potencialidades humanas. Tenemos miedo a amar a nuestros semejantes, esa es la raíz profunda más personal de la homofobia.²

* Investigador del Departamento de Desarrollo Regional del Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, A.C.

¹ Para una reflexión sobre el ninguneo y el homoerotismo ver mi libro *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. En el apartado “Discusiones” el punto principal fue entender el homoerotismo en el contexto de las violencias sociales en México y producidas en relación con narrativas maestras que dominan la cultura. La violencia contra el homoerotismo convive en otras violencias: contra los indios, los desposeídos, las mujeres, etcétera. Por razones más bien estratégicas, se trató de avanzar finalmente un punto; puede haber amor en la diversidad, no es necesario ser iguales para ser solidarios. Aquí deseo enfatizar y reformular este punto; la “solidaridad” (en tanto que manifestación de eros y proyecto subjetivo) como forma de trascender las diferencias de poder y aspirar a relaciones de generosidad. La solidaridad no es algo que doy por sentado (como lo hace la teoría estructural funcionalista de la sociología y la antropología: Durkheim, Radcliffe-Brown, Parsons), sino una actividad que una maquinaria social tiende a impedir. Los ejemplos de solidaridad en estos teóricos (el matrimonio, por ejemplo) son aquí vistos como los ejemplos de un poder actuante y consubstancial al orden social y no como “los más claros ejemplos de solidaridad”.

² El tema de la ansiedad es central en el psicoanálisis. Freud lo entiende más como deseo inconsciente, insatisfecho y tiene que ver con una ansiedad primaria, el miedo a la castración por la irresolución del complejo de Edipo. Es la identificación con el padre que permite aplacarlo. En Lacan, la ansiedad se instala con el sentimiento de carencia durante la fase del espejo. Es un sentimiento de impotencia. El deseo es el deseo del otro, precisamente porque se espera de ello la unicidad anhelada, la imagen del ser completo.

Pero, ¿por qué sentir ansiedad o miedo ante una práctica de deseo placentera? ¿Cómo se ha colado en nuestras vidas la ansiedad, el temor a establecer esa forma única de conocimiento que es el erotismo con la mitad de la humanidad? La razón más inmediata es el miedo a la violencia social y autoinflingida (aunque socialmente inducida) que se deriva de amar y desear eróticamente a nuestros semejantes. Nuestro miedo produce violencia, nuestra violencia produce miedo. La violencia es, pues, consustancial al orden social que vivimos y consideramos normal. La llamada normalidad necesita de la violencia para existir y reproducirse. La violencia no es pues “anormal”, ni siquiera es producto de seres desviados, es el resultado del actuar de la norma, y en el peor de los casos es el extremo siempre posible al que nos puede llevar la socialización en la norma.

La historia personal de nuestro miedo es parte de la historia de nuestro deseo, y ésta no puede entenderse sino en el contexto social, de significación, que la condiciona. Como cultura, hemos heredado una serie de representaciones sobre el cuerpo, el erotismo y el placer que nos construyen, nos marcan, nos censuran, nos disciplinan, nos trazan caminos, posibilidades. Los discursos sociales sobre la existencia sexual (íntimamente conectados con discursos económicos y políticos) plantean escenarios posibles para la conformación de nuestra subjetividad. Pero esos escenarios o campos no son inocuos, son, por el contrario, campos de poder. Los discursos sociales sobre la existencia sexual despliegan regularidades de poder. Asumir determinada posición de subjetividad en el campo es entrar en relaciones de poder. Luego para dar cuenta del miedo y del deseo a nivel personal, hay que dar cuenta de una serie de procesos sociohistóricos, que organizan una estructura de poder sobre la existencia sexual de las personas.³

Para Kardiner, la ansiedad es el producto de la acción de la cultura sobre prácticas infantiles, acciones de castigo, amenazas, etcétera. Esta ansiedad se constituye en el elemento central de la estructura de la personalidad básica, el cual contiene un sistema proyectivo que tiene, a su vez, una regularidad social. Aquí hemos asumido la lectura de la ansiedad del grupo “Changing the subject”. De acuerdo con ellos, la ansiedad debe entenderse en el contexto de relaciones sociales de poder. El manejo de la ansiedad es también un motivo constante para renegociar las relaciones de poder. Existe pues, deseo, amenaza cultural, desempoderamiento, proyección y represión del deseo, negociación del poder. Ver el artículo de Tony Jefferson.

Ése es el otro elemento presente en esa dialéctica de miedo y violencia: las relaciones sociales de poder. El miedo a amar a nuestros semejantes expresa el miedo a perder poder y, más aún, de ser objeto de poder, de que otros reivindiquen un poder sobre nosotros. Es miedo, ansiedad, al castigo social. Esto sucede así, porque desde niños sabemos lo que nos espera si nuestro eros polimorfo y perverso como es, se expande libre y feliz: la censura, el regaño, el castigo, la burla, el ridículo. No es necesario haber pasado por esas situaciones para que el miedo surja; es suficiente con haber visto cómo el poder actúa sobre otros. Nuestro miedo es miedo al poder, pero también es deseo de poder. Si cumplimos con la norma social es no sólo por temor, es también porque esperamos recompensas, premios, halagos, la satisfacción personal que se siente por ser “eso” que se llama en nuestra sociedad “normal”. Es, pues, el deseo de poder sobre los demás y el miedo al poder de los demás sobre la propia dignidad y sentido de valía al que uno aspira, el que entre otras cosas

³ Para una exposición similar que retoma la relación entre regularidad discursiva, deseo, subjetividad y poder, ver: Foucault, Jefferson, Hallway, Henriques *et al.*

(una serie de experiencias personales de deseo) nos lleva a limitar nuestro eros y canalizarlo hacia eso que se llama la “sexualidad normal”.⁴

La represión de nuestro potencial erótico, la organización de nuestro deseo desde nuestra infancia y hasta que morimos, en fin, la organización de nuestra subjetividad es consustancial a las relaciones de poder, es concomitante a la organización de las distinciones sociales (que diferencian y dan estatus distinguido). La relación entre poder y erotismo es en ambos sentidos. En las relaciones sociales de poder hay una economía del deseo: unas subjetividades capaces de simpatizar o menospreciar, de expresar solidaridad o marginar, de privilegiar la unidad y la semejanza o enfatizar las separaciones y las diferencias; asimismo, la organización de nuestro deseo, de nuestro erotismo, responde a efectos y posibilidades de poder social.

La inversión emotiva y cognitiva en la represión y organización de nuestro potencial erótico, como parte de la construcción de una subjetividad que nos confiere poder, es de tal magnitud que solemos olvidar que tenemos miedo. De la misma manera en que solemos olvidar esa época de la infancia o de la adolescencia cuando nuestros afectos y placeres se dirigían al mismo sexo sin mayor alboroto. Sólo de vez en cuando un sueño, un lapsus, una broma, una mirada o una histeria nos traicionan. Mucho queda por explorar sobre las bases eróticas de la angustia cotidiana, del aburrimiento, del enfado, de ese sentimiento profundo de alienación, de *malaise*, de *disease*, de desasosiego y vértigo que agobia nuestra cultura y nuestro momento histórico.⁵

La existencia de ansiedad de poder, así como el temor (por más reprimido) a amar, desear y sentir placer con personas del mismo sexo, nos remiten a una construcción de la subjetividad que dista mucho de los modelos hegemónicos. El ideal hegemónico de masculinidad, cuando se internaliza, produce miedo, ansiedad, porque avisa de la posibilidad de ser objeto de poder al no cumplir con la norma. La ansiedad se incrementa en espiral.⁶

Las subjetividades que se construyen de acuerdo con el ideal social de masculinidad, y me concentro en ella porque es la que más comete crímenes y violencias homofóbicas y misóginas,⁷ son pues, siempre precarias, contradictorias y permeadas por la ansiedad. Sus existencias requieren de una constante reactivación y actuación. Digo actuación a propósito. El rol de género masculino como el femenino, tienen un carácter actuante, necesitan actualizarse en la vida diaria y todos los días para poder existir; sobre todo necesitan actualizarse en las situaciones que ponen en riesgo, en peligro, su supuesta coherencia y unicidad: situaciones que amenazan con reanimar nuestros deseos y afectos que creíamos muertos. Pero que existían activos en nuestro inconciente.⁸

La homofobia es una actualización del rol de género considerado normal. Es la actualización del rol de género (sobre todo masculino, del ideal hegemónico de masculinidad) que siente amenazadas sus fronteras

⁴ Connell lo expresa así: “las relaciones de poder de la sociedad se vuelven un principio constitutivo de las dinámicas de la personalidad al ser adaptadas como proyectos personales, sea reconocido así o no. Lo que se produce a nivel social es...un proyecto colectivo de opresión”. (Connell 1987: 215; citado por Jefferson).

⁵ Ciertamente, este es el tema de muchas investigaciones y ensayos ya clásicos; Reich, Fromm, Marcuse, Lorde.

⁶ La ansiedad en relación con la masculinidad es explorada por Pleck, Seidler, Guiddens, Brittan.

⁷ Sobre la relación entre crimen y masculinidad, ver el libro de Newburn Tim y Elizabeth A. Stanko.

⁸ El texto de Judith Butler “Imitation and Gender Insubordination” explora este punto y es, sin duda, el clásico en el tema.

identitarias. La situación se siente como amenaza precisamente porque tiene miedo a los efectos sociales de poder que trae consigo asumir otra posición subjetiva en el campo sexual.

¿Cuál es la respuesta ante la ansiedad? La represión y la proyección, nos dicen los psicoanalistas. El chiste, la risa, la acusación, el golpe, el menosprecio, la burla, el despido, el silencio, la arrogancia o la simple etiquetación, corresponden a diferentes maneras de suprimir y/o proyectar ansiedades que tiene la psique. Procesos de condensación y metáforas y metonimias. Llamar a alguien “joto” o “marimacha”, “homosexual” o “lesbiana” o “heterosexual”, es metonimizarlo. Es tomar la parte por el todo. Es querer suprimir lo que es fluido. Hay metonimias que tienden a conferir poder, a otras que tienden a situar a las personas en posiciones de opresión.⁹

La práctica cotidiana de crear diferencias: “ellos”, los “homosexuales”, “jotos”, “bisexuales”, “putos”, “puñales”, “leandros”, “maricas”, “marimachas”, “machorras”, “lesbianas”, “tortilleras”, etcétera, y “nosotros” los “heterosexuales”, hombres y mujeres “normales”, es una práctica homofóbica que se inserta en esta ansiedad por actualizar las fronteras de la subjetividad confirniéndole la ilusión de unidad. Las formas más visibles de violencia y más corporales no escapan a esta lógica. Golpear al otro previamente construido como vulnerable e indeseable, es la resultante de una proyección de la amenaza interna, en el otro: el “extranjero”, el “raro”: el golpe pretende suprimirlo, pretende suprimirse antes de ceder y visualizarse vulnerable, incoherente, dependiente, deseante. El asesinato es la objetivación de un terror interno.¹⁰

Habla Iván:

La primera vez (que sufrí agresión física) una persona me golpeó porque no quise estar con él; porque lo rechacé sexualmente. Después lo vi con su novia y, al verme, dijo: “cómo me caen gordos los putos” y me golpeó.

Cuando es un familiar o una persona querida la que es objeto de violencia, procesos similares, aunque más complejos, tienen lugar. No sólo es el “yo individual” el que se ve confrontado al nivel del deseo y al nivel de otras dimensiones cruciales de la subjetividad masculina y femenina; el sentido de honor personal, el sentido de dignidad y de creencia; es también el “yo colectivo”: la pareja, la relación de amistad, la familia, la comunidad, el club, la nación, la región y la religión. El “yo” se alimenta de poder en su afiliación en esas colectividades, a veces “imaginarias”, en términos de Benedict Anderson. El sentimiento de deshonor, de vergüenza, de daño infligido por la revelación homoerótica de un miembro de la colectividad, se deriva de ese sentimiento de amenaza al “yo colectivo”, de quien derivamos nuestro poder y en relación al cual organizamos nuestra subjetividad. Esto es así, porque los “yo colectivos” a los cuales se afilia el “yo individual” para construirse tienen un tremendo sustrato sexual y de género.¹¹

⁹ Esta reflexión debe mucho a las teorizaciones de Silverman sobre la relación entre semiosis, subjetividad y poder en su libro *The Subject of Semiotics*. La metonimia ha sido estudiada en relación con el racismo y las confluencias del sexismo y el racismo en la producción cultural. Para un excelente ensayo con recursos teóricos para el estudio del homoerotismo en Latinoamérica, ver el trabajo de David W. Foster: *Producción cultural e identidades homoeróticas: Teoría y aplicaciones*.

¹⁰ Las referencias bibliográficas sobre la construcción de la otredad y su fijación para la construcción de la “yosidad” moderna son abundantes, pues la crítica a este proceso es, diría, la más importante de nuestro tiempo. Algunos autores destacados son: Foucault, Lacan, Derrida, Fanon, Spivak, Ferguson, Anzaldúa, Butler and Scout, Benhabib and Cornell, Minh-ha.

¹¹ El sustrato de género y sexual de las comunidades imaginarias es explorado brevemente por Anderson, pero fundamentalmente por las llamadas Third World Feminists: Moraga, O'Malley, Alonso, Anzaldúa, Mohanty. Mi tesis de maestría explora la relación entre nacionalismo, modernidad y sexualidad en dos proyectos culturales mexicoestadounidenses.

Habla Alejandro:

Nos habíamos mirado como diciéndonos algo, que había interés. Se metió al baldío a orinar y me miró. Yo me metí también y le saqué plática. Le dije que era casado. Él me habló de las viejas, de que venía caliente, lo que dicen los hombres cuando orinan como para establecer distancia, tú sabes. Pero al rato yo me acerqué más, él como que quería y no. Le digo “¿entonces qué ondas?”, mientras le toco levemente la pierna. “No nada”. Le pregunto: “¿no te gusta cotorrearla con batos?”, y me dice “no, pues solamente si hay feria”. “No, pues no”, le digo. “Yo lo hago por placer”. El bato como que se sacó de onda, y me dijo: “así que eres puto”; yo me molesté y sin calcular las consecuencias le digo: “el prostituto eres tú porque cobras”. El bato se encabronó y se abrió, empezó con una habladora de que él no era prostituto, de que yo era el puto, de que por eso pasaban las cosas que pasaban, que el SIDA, que el mundo, que el país estaba como estaba por gente como yo... Me tiró chingazos, me defendí y como yo estoy más grande me tuvo miedo y empezó a gritarle a la policía.

Habla Mirna:

Anoche que llegué a mi casa me estaba esperando mi papá. Estaba enojado y me dijo un montón de cosas, hasta que me gritó: ¡Ya me tienen hartos tú y... tus cosas! Estaba enojado, le vi angustia en la mirada, en el rostro. No contesté nada, me metí a mi cuarto y me puse a repasar la última frase: Veía la cara de mi papá al momento de decirlo, había angustia, como... desasosiego..., pero también coraje, como diciéndome “ya sé que te gustan las mujeres, ya sé qué pasa contigo, mira cómo me tienes”, pero sin atreverse a decirlo. En otra ocasión, mientras mirábamos el show de Cristina, mi mamá dijo en tono melodramático, como sospechando y en plan de advertencia: “si a mí un hijo me sale homosexual, me mataría de tristeza y vergüenza”.

He querido enfatizar la dimensión intersubjetiva de la homofobia, porque creo que las violencias homofóbicas cotidianas necesitan de esta personalización para entenderse cabalmente, pues, en última instancia, la homofobia institucionalizada, estructural, se reproduce en prácticas efectuadas por personas de carne y hueso.

Ahora bien, esas reactivaciones cotidianas de las identidades de género, de las fronteras de la subjetividad a nivel personal, son apoyadas socialmente a través de una diversidad de instituciones y de instancias sociales: leyes, reglamentos, bandos de policía, programas de televisión, programas de gobierno e instituciones públicas, normas de etiqueta e infinidad de convenciones sociales, propaganda política y comercial, instructivos, formularios, credenciales. Hay una tecnología social que instituye y reactiva las identidades de género y la ansiedad, que apoya directa o indirectamente, activa o pasivamente, la homofobia. Es la misma tecnología que resulta de la subordinación constante de las mujeres y en la posibilidad siempre presente de la violencia contra ellas.

Por tal razón, si bien la homofobia necesita del análisis de la relación interpersonal para entenderse, la homofobia no puede ser desarticulada sino en la transformación de la tecnología social que la reproduce y sostiene.

Entender las causas estructurales de la violencia de género, es entender que la homofobia y la misoginia son producto de una organización de las subjetividades sociales de los roles de género, sobre todo, de un modelo dominante de masculinidad basado en la represión y menosprecio de las dimensiones placenteras y afectivas, amorosas, y en el privilegio de valores como la fuerza, la invulnerabilidad, la autosuficiencia emotiva, la racionalidad, y de una red institucional que la normaliza y apoya. Pero también es entender que mujeres y hombres comprometidos con otras subjetividades, no opresivas y violentas, tienen que unir sus esfuerzos. Por eso, no hay nada más absurdo políticamente que una mujer maltratada homofóbica o que un hombre o mujer homoeróticos que a su vez sean misóginos. Y, sin embargo, los casos abundan.

Hasta aquí, hemos privilegiado la dimensión del miedo y la violencia; pero ¿qué pasa cuando no cedemos al miedo?, ¿qué pasa cuando cedemos al contacto, al placer, al deseo, o por lo menos a la simpatía? Asumir una posición subjetiva de comprensión, solidaridad, empatía o franco deseo hacia personas que tienen prácticas eróticas con personas del mismo sexo, significa haber flexibilizado o diluido las fronteras de la subjetividad. Es por lo tanto un acto de respeto y amor. Es una forma de resistir y transformar la cultura opresiva en la que vivimos, es cuestionar los modelos de género hegemónicos. Es un acto humano generoso, es un acto político.

Pero, ¿cuál es la diferencia entre acto generoso y un acto de tolerancia? Hay una dimensión amorosa que da cuenta de tal diferencia. La tolerancia es el acto del poderoso: te tolero porque tengo la capacidad de hacerlo, porque tengo poder sobre ti. Mi poder se reafirma en el acto mismo de tolerarte. El acto generoso es un acto amoroso: sólo posible entre personas que han descubierto la igualdad de su humanidad. El acto de tolerancia y de respeto a las diferencias pertenece al orden de las limosnas, de la falta de compromiso, del individualismo. El acto generoso pertenece al orden de las semejanzas, de la solidaridad, de la intimidad.

Como ya he explorado el poder y la homofobia, ahora me limitaré a explicar lo que entiendo por acto generoso, la única “vacuna” contra la homofobia y otras formas de discriminación interpersonal.

La generosidad es una práctica amorosa. Por amor entiendo una relación social basada en la capacidad humana de tender lazos de intimidad. La intimidad se refiere a un proceso intersubjetivo de conocimiento que expresa la confluencia de dos lógicas: logos y eros; el conocimiento de la razón, pero sobre todo el conocimiento de eros, del deseo, de la empatía, de los afectos.¹² La intimidad requiere de la vulnerabilidad para construirse. Requiere que las personas se abran o como se dice en México, “se rajen”. Requiere que reconozcamos nuestra dependencia existencial (es por eso un acto de humildad). Requiere que conozcamos también esa misma condición de los otros. Es ese proceso de conocimiento erótico, propiamente humano, el que construye la intimidad, y con ella el amor y esa forma particular de amor que es la amistad.

Si el amor requiere de la intimidad y la intimidad requiere de la vulnerabilidad, podemos entender entonces la dificultad para amar que implica el modelo hegemónico de masculinidad, basado precisamente en la invulnerabilidad, en el “no rajarse”. Si los hombres somos socializados bajo la presión de construir una subjetividad de férreas fronteras, cerrada, coherente, pero sobre todo, una subjetividad basada en la ansiedad a

¹² Estas reflexiones deben mucho al libro de Lewis Hyde, un estudio sobre la generosidad y sus vínculos con eros. Así como a reflexiones sobre el amor desde los estudios de la masculinidad: Seidler, Giddens.

abrirse, a “rajarse”, a darse, bajo el riesgo de perder masculinidad y poder, podemos imaginar las dificultades enormes que existen socialmente para amar y para que existan relaciones de pareja satisfactorias.¹³

La organización social de las subjetividades y de sus dimensiones eróticas tiene efectos más amplios que la violencia, el temor cotidiano y la homofobia. Tiene efectos en nuestras capacidades de solidaridad, de relación humana y de acción comunitaria. Esta sociedad no es sólo homofóbica, diría yo, es profundamente “erotofóbica”, “intimofóbica”, con todo y lo raro que suena el término. Nuestro temor a amar y desear a nuestros semejantes del mismo sexo o a las personas que tienen relaciones sexuales con personas del mismo sexo, tiene que ver con nuestro temor y nuestra incapacidad para amar y desear a cualquier ser humano. En el caso del deseo y amor hacia las personas del sexo opuesto, los temores al castigo social y autoinfligido son, claro está, mucho menores.

Frente a la homofobia, tenemos la homofilia. La capacidad de amar a las personas del mismo sexo, incluyendo a las personas que abiertamente expresan su capacidad amorosa y de desear a personas de su mismo sexo. Por capacidad de amar me refiero a la capacidad de establecer relaciones de intimidad y esta capacidad depende de reos y de una manera socialmente condicionada de organizar nuestro deseo.

La homofilia pertenece al orden de Eros como todos los actos de empatía. Es un proceso de construcción de intimidades con personas del mismo sexo, intimidades que pueden tener diferentes cualidades en términos del involucramiento subjetivo y corporal: desde la capacidad de simpatía, una capacidad basada en el reconocimiento de la humanidad y del otro y la mía, de la legitimidad de su deseo¹⁴ (porque reconozco esa posibilidad de desear en mí mismo, aunque por razones de miedo o historia de deseo no la ejerza), hasta el involucramiento de diferentes esferas de la subjetividad, realización de proyectos conjuntos, contactos corporales duraderos, excitantes, etcétera. Las gradaciones entre ambos extremos son múltiples.

Es importante señalar que uno puede ser “homosexual” (haberse identificado como tal y no ser homófilo). Asimismo, se puede tener preferencia por las prácticas heterosexuales y ser homófilo. Puedo “acostarme” con alguien del mismo sexo y ser homófilo. Puedo “acostarme” con alguien de mi mismo sexo y aun así ser homofóbico. En otras palabras, no es el “acostón” ni la genitalidad la que hace la homofilia. Como tampoco es la falta de “acostón” la que hace la homofobia (muchos actos de homofobia se dan en el contexto del contacto corporal, hombres que se prostituyen pero que no se consideran “homosexuales”, por ejemplo). Uno puede “acostarse” con alguien sin reconocerle su humanidad, sin interesarse en su vida, en su subjetividad.

¹³ Me asombra la falta de estudios sobre el significado de rajarse en México, sobre todo en relación con las metáforas corporales y la dinámica intersubjetiva que implica. Algunos ensayos al respecto son los de Paz, Alonso, Almaguer, Carrier. Actualmente trabajo en un ensayo sobre el tema.

¹⁴ Si bien la homofobia es causada por una ansiedad, la ausencia de prácticas eróticas (en el sentido convencional del término: genitales, orgásmicas) con el mismo sexo (o con el otro sexo) no se pueden entender sólo en términos de temor, sino que hay que reconocer la historia de deseo, la manera particular en que se establece una carga energética en nuestra psiquis sobre lo que se considera masculino o femenino, esto es, la manera en que el deseo se organiza a través de ciertos fetiches (partes del cuerpo, actos u objetos) debido a una historia particular. La preferencia sexual implicaría de acuerdo con lo anterior, una fetichización que depende de nociones de masculinidad y feminidad, sin que necesariamente correspondan al cuerpo biológico (macho-hembra), si bien esa parece ser la tendencia social. La obligatoriedad de la heterosexualidad involucra la conformación fetichizante del cuerpo del otro, no sólo el temor al cuerpo semejante. Seguramente, operan aquí procesos de división-condensación y proyección del deseo en las líneas hombre-mujer, masculino-femenino. El fetiche: el cuerpo, los actos, los objetos, alude a subjetividades imaginarias en relación con las cuales se construye la propia subjetividad. El contacto corporal y las concomitantes experiencias placenteras deben ser exploradas más en este contexto. La ausencia de estudios sobre los procesos emocionales, placenteros, corporales, subjetivos, que acompañan al contacto corporal erótico es sorprendente. Hasta ahora, la refutación de la naturalidad de la “heterosexualidad” y la “homosexualidad” han monopolizado los esfuerzos académicos.

Uno puede establecer relaciones de intimidad, de cariño y ternura, de involucramiento emocional con alguien del mismo sexo o con alguien que tiene prácticas sexuales con personas de su mismo sexo, sin tener relaciones genitales.

La homofilia tiene como sustento una cualidad de relación: la capacidad de construir lazos de intimidad. La homofobia tiene que ver con la incapacidad de intimidad, con el miedo a la intimidad con personas del mismo sexo, con el miedo a la intimidad con personas que tienen relaciones sexuales con individuos de su mismo sexo.

En relación con eso que se llama “violencia contra los homosexuales”, la distinción más apropiada no es pues entre “heterosexuales” y “homosexuales”, sino entre “homofóbicos y hemofílicos”, independientemente de sus particulares preferencias.

Esto nos lleva a un asunto espinoso: ¿Acaso la preferencia sexual no tiene nada que ver con la homofobia? ¿Acaso la heterosexualidad no tiene nada que ver con la violencia? Sí. La heterosexualidad, entendida como identidad socialmente construida y como el corazón del rol de género, es consustancial a la homofobia. La heterosexualidad así entendida tiene que ver con la subjetividad ansiosa y temerosa. Es el producto de eso que se llama en la teoría *queer*: el reforzamiento de la heterosexualidad. Ahora, la respuesta es “no” si entendemos por heterosexualidad no la identidad, sino la práctica sexual, el gusto, la preferencia por tener relaciones sexuales con personas del sexo opuesto, que no necesariamente está relacionado con la heterosexualidad compulsiva.¹⁵ A esto le llamo “heterofilia”. A la capacidad de los hombres y mujeres de desear y amar a personas del sexo opuesto, a la capacidad de establecer con ellos relaciones de intimidad.

Para que la heterofilia exista como tal y no como “heterosexualidad”, no debe estar basada en el temor, la ansiedad y en la organización de férreas fronteras. De ello resulta que la heterofilia sólo puede existir junto con la homofilia. No podemos amar a alguien del otro sexo (al menos no con serias dificultades) si nuestro amor y preferencia se basan en el miedo de amar a alguien del mismo sexo. Creo que queda mucho por investigar en relación con el origen homofóbico de muchos conflictos de pareja entre hombres y mujeres.

La homofilia y la heterofilia son concluyentes, aunque las diferencias son de grado, intensidad de interés e involucramiento, así como de intensidad de intimidad corporal.

¿Cuál es el espacio actual de la heterofilia? En la actualidad, algunas masculinidades y feminidades marginales parecen apuntar en este sentido. Las masculinidades que luchan por sobreponerse a los modelos hegemónicos de roles de género. Un abanico amplio de prácticas culturales nos habla de esas diarias resistencias y subversiones. Muchos jóvenes relajados en sus posiciones de subjetividad. Ellas, aceptando sus propios deseos, más seguras, más libres, menos mojigatas y tradicionales. No están esperando “la visita”, ni un hombre con quien casarse y que las mantenga, sino un compañero con quien compartir su propia vida. Ellos, capaces de ser amigos de ellas, de compartir, de “rajarse”, de abrirse, no esperan impresionar con poses mascu-

¹⁵ Sobre el tema de obligatoriedad de la heterosexualidad, ver el ensayo de Adrienne Rich, “Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence”.

linas ni cautivar su amor con desplantes de virilidad sino confesándose. Se trata de amores “concluyentes” basados en el respeto, la igualdad, la comunicación y no de “amores románticos” en términos de Giddens. La relación amistosa entre hombres y mujeres es un fenómeno masivo reciente en México que promete una verdadera revolución amorosa en los próximos años. A nosotros nos corresponde generar las instituciones, las imágenes, en fin, las representaciones que refuercen esas conductas y radicalicen esos proyectos novedosos de subjetividad.

Es en este tipo de personas (debo admitir que algunos no son tan jóvenes), que a los ojos de los demás son “heterosexuales”, pero que yo llamo heterófilos, en donde he encontrado las posturas menos temerosas, más humanas y más abiertas a aceptar eso que se llama “homosexualidad”. Se trata de seres que son capaces de establecer relaciones íntimas con personas del sexo opuesto y con personas de su mismo sexo, sin excluir a aquellos que tienen relaciones sexuales con personas de su mismo sexo.

Considero necesario hacer dos precisiones más en relación con eso que aquí hemos llamado erotismo, homofilia y heterofilia. En cierta medida, las precisiones son necesarias para responder a dos refutaciones que veo venir: una que alegraría que he confundido amor con erotismo y que por lo tanto uno puede respetar, ser solidario, sin que haya erotismo. Esta postura proviene de los que sienten comprometidos sus deseos eróticos y sus posiciones políticas con la proposición aquí expresada. La otra, alegraría que existe y debe reivindicarse el erotismo, el placer y el deseo sexual sin amor. Que la combinación de ambos es una propuesta patriarcal. Esta postura proviene de ciertos sectores que se dicen “radicales”.

Estoy de acuerdo con Freud en que el eros, impulso sexual o líbido, es un principio detrás de todas las manifestaciones amorosas: hacia los hijos, la pareja, los padres, los hermanos, los amigos, la patria, etcétera. Se trata de un deseo de unión sexual, que es organizado de diferentes maneras según la sociedad y la historia personal. Este deseo polimorfo y perverso de unión, es una fuente de goce y de conocimiento, pero también de poder.

El erotismo es siempre una manera social de organización de eros. La organización social de este deseo a través de una organización de las subjetividades y de un control social de la inversión del deseo en las prácticas culturales puede hacer de eros un elemento consubstancial de la opresión. El amor romántico al que estamos acostumbrados tiene su fuente erótica en la líbido, es cierto, pero sobre todo, es una manera social de organización de eros: una división social de las emociones con efectos de poder y opresión. Hacer de eros una fuente de unión, de igualdad, de comprensión, de placer, de solidaridad, implica imaginar maneras de su organización. Éste es un reto y un quehacer de resonancias políticas.

Separar el sensualismo de las relaciones de intimidad es una propuesta que dice querer romper con el patriarcado y permitir una liberación individual.¹⁶ Se basa en una visión hidráulica de eros: eros está reprimido, hay que liberarlo de los convencionalismos que los atan, incluyendo el amor, la intimidad, etcétera.

¹⁶ Esta propuesta ha sido muy escasamente criticada fuera de la mojigatería religiosa de la extrema derecha o de cierto ascetismo feminista. No obstante, creo que merece un cuidadoso estudio social e histórico. Audré Lorde inicia, en este sentido, una veta muy rica, al lado de ciertos intelectuales como Nichols y Blanco, críticos del consumismo sexual que traen consigo las democracias capitalistas (la “tolerancia del consumo”). Sobre la relación entre identidad gay y capitalismo ver el trabajo de John D’Emilio.

Desde nuestra perspectiva, se trata de una manera socialmente condicionada de organizar eros. Las coordenadas de tal organización son la inversión capitalista en la esfera de los bienes y servicios relacionados con el cuerpo y el placer sexual, una visión patriarcal de la sexualidad que la centra en los genitales y en el orgasmo masculino (el pene o el falo es gran fetiche que dispara el deseo), una actitud compulsiva y alienante reproducida en los espacios de la marginación (y por efecto de la marginación) de las llamadas sexualidades “alternativas”, y una variedad de ideologemas individualistas. El “sensualismo sin sentimientos”, como lo llama Lorde, es una forma alienante y opresiva del erotismo, que impide la reactivación de las dimensiones de conocimiento, solidarias, de posibilidades de intimidad y políticas de eros. El extremo es el sexo anónimo y genital de cierta pornografía y prostitución o de los espacios marginales del sexo compulsivo.¹⁷

A este sensualismo sin sentimientos no hay que tenerle miedo, como la derecha moralista propone, hay que criticarlo y hacer ver sus efectos opresivos sobre uno mismo y su relación con una impersonalidad creciente de la dinámica social. Ciertamente, la alternativa no tiene que ser el sexo en el matrimonio o el amor romántico, pero sí el sexo como forma de comunicación de nuestra humanidad, de mutuo reconocimiento de nuestras dignidades humanas, de nuestra vulnerabilidad y de nuestra mutua necesidad. A todos nos corresponde empezar a imaginar este nuevo erotismo, esta nueva manera de organizar el eros. Hay otros caminos que no pasan ni por la mojigatería del *Opus Dei* ni por el consumismo de negocios como el “Éxtasis”¹⁸ o los *sex shop*: después de todo, ambos niegan a eros su capacidad de comunicación, de intimidad, de construir lazos solidarios.

Ésta ha sido la intención al proponer los términos homofilia y heterofilia. Heterofilia y homofilia son términos que debieran sustituir a los de homosexualidad y heterosexualidad, no como categorías de análisis (por el contrario, creo que los términos anteriores son útiles para describir identidades), sino como realidades culturales. Cuando esto suceda, seguramente serán innecesarios, pues finalmente nos trataremos como personas, como seres humanos capaces de establecer relaciones íntimas entre nosotros. Esto es ciertamente una utopía. Pero yo creo en las utopías que proveen aliento y que orientan prácticas más humanas. Ésa ha sido la razón profunda de este ensayo: que intimen conmigo independientemente de su sexo, que me dejen intimar con ustedes independientemente de mi sexo.

¹⁷ La compulsión sexual, así como el abuso de drogas ilícitas y el alcohol, son temas soslayados por los estudiosos de la sexualidad y los espacios “homosexuales”, en gran medida debido al clima de homofobia imperante. No obstante, una perspectiva integral de la sexualidad, que vaya más allá de los ideologemas de la “libre expresión”, resulta urgente. A menos que reivindicemos a destrucción emotiva, cognitiva y de la vida misma, como formas de “resistencia” y no como fatalidad y efecto de una dinámica opresiva. Pienso que la atmósfera “postmoderna” de la academia nos puede llevar a un nihilismo más destructivo y desesperanzador que la modernidad.

¹⁸ Aludo aquí a la polémica desatada en Hermosillo, Sonora, durante 1994-1995, luego de que un empresario pretendiera abrir un lugar de strip tease de mujeres. La polémica se centró en el carácter “inmoral” alegado por grupos de derecha y en la “madurez” de la ciudad para tener ese tipo de negocios, por parte de sus defensores.

Bibliografía

- Alonso, Ana María (1988), "The Effects of Truth: Re-Presentation of the Past and the Imagining of Community", *Journal of Historical Sociology*, vol. 1 núm. 1, marzo, pp 33-57.
- Alonso, Ana María and María Teresa Koreck (1993), "Silences: 'Hispanics', AIDS, and Sexual Practices", en Henry Abelove, Michele Aina Barale, David M. Halperin (edit.), *The Lesbian and Gay Studies Reader*, New York and London, Routledge, pp.100-126.
- Almaguer, tomas (1993), "Chicano Men: A Cartography of Homosexual Identity and Behavior", en Henry Abelove, Michéle Aina Barale, David M. Halperin (edit.), *The Lesbian and Gay Studies Reader*, New York and London, Routledge, pp. 255-273.
- Anderson, Benedict (1983), *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, Verso/ New Left Books.
- Anzaldúa, Gloria (1990), *Borderland/La Frontera: The New Mestiza*, San Francisco, Aunt Lute Books.
- Benhibib, Seyla and Drucilla Cornell (1987), *Feminism as Critique*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Blanco, José Joaquín (1981), *Función de media noche*, México, Era.
- Butler, Judith and Joan W. Scott (1992), *Feminist theorize the Political*, New York, Routledge.
- Butler, Judith (1993), "Imitation and Gender Insubordination", Henry Abelove, Michele Aina Barale, David M. Halperin (edit.), en *The Lesbian and Gay Studies Reader*, New York and London, Routledge, pp. 307-320.
- Brittan, A (1989), *Masculinity and Power*, Oxford, Blackwell.
- Carrier, Joseph (1995), *De los Otros. Intimacy and Homosexuality among Mexican Men*, New York, Columbia University Press.
- Connell, R.W (1987), *Gender and Power: Society, the Person and Sexual Politics*, Cambridge, Polity Press.
- D'Emilio, John (1993), "Capitalism and Gay Identity", en Henry Abelove, Michéle Aina Barale, David M. Halperin (edit.), *The Lesbian and Gay Studies Reader*, New York and London, Routledge, pp. 467-476.
- Derrida, Jacques (1976), *Of Grammatology*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

- Durkheim Emile, *La división del trabajo social*, México.
- Fanon, Franz (1965), *The Wretched of the Earth*, New York, Grove Press, Inc.
- Ferguson, Katy E. (1993), *The Man Question Berkeley*, University of California Press.
- Foster, David W. (1995), *Producción cultural e identidades homoeróticas: Teoría y aplicaciones*, Arizona State University, Tempe.
- Freud, Sigmund (1962), *Three Essays on the Theory of Sexuality*, New York, Basic Books.
- _____ (1960), *Group Psychology and the Analysis of the Ego*, New York, Bantam Books.
- Fromm, Erich (1956), *The Art of Loving*, New York, Harper.
- _____ (1969), *The Heart of Man, its Genius for Good and Evil*, New York, Harper and Row.
- Foucault, Michel (1980), *Power/Knowledge*, New York, Pantheon.
- _____ (1988), *Historia de la sexualidad*, vol. 1, México, Siglo XXI.
- Giddens, Anthony (1992), *The Transformation of Intimacy: sexuality, Love and Eroticism in Modern Societies*, Cambridge, Polity.
- Halloway, Wendy (1989), *Subjectivity and Method in Psychology: Gender, Meaning and Science*, London, Sage.
- Henriques, Julian (1984), *Changing the Subject. Psychology, Social Regulation and Subjectivity*, London and New York, Methuen.
- Hilde, Lewis (1983), *The Gift: Imagination and the Erotic Life of Property*, New York, Random House.
- Jefferson, Tony (1994), "Theorizing masculine subjectivity" (sic), en Newburn T, Elizabeth A. Stanko, *Just Boys doing Business? Men, Masculinities and Crime*, London and New York, Routledge, pp. 10-31.
- Kardiner, Abram (1945), *The Psychological Frontiers of Society*, New York, Columbia University Press.
- Lacan, Jacques (1977), *Ecrits: a Selection*, New York, W.W. Norton and Co.
- Lorde, Audré (1993), "The Uses of Erotic: Ther Erotic as Power", en Henry Abelove, Michèle Aina Barale, David M. Halperin (edit.), *The Lesbian and Gay Studies Reader*, New York and London, Routledge, pp. 339-343.

- Marcuse, Herbert (1964), *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*, Boston, Beacon Press.
- Minh-ha, Trinh T (1989), *Women, Native, Other: Writing Postcoloniality and feminism*, Bloomington, Indiana, University Press.
- Mohanty, Chandra T., et al. (1991), "Introduction. Cartographies of Struggle", en *Third Women and the Politics of Feminism*, Bloomington, Indiana University Press, pp. 1-47.
- Moraga, Chaerrié and Gloria Anzaldúa (1981), *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, Watertown, MAS, Persephone Press.
- Newburn T., Elizabeth A. Stanko (1978), *Just Boys doing Business? Men, Masculinities and Crime*, London and New York, Routledge.
- Nichols, Jean (1978), *La cuestión homosexual*, México, Fontamara.
- Núñez Noriega, Guillermo (1994), *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, Hermosillo, México, El Colegio de Sonora, Universidad de Sonora.
- _____ (1994), "Nacionalismo, modernidad y sexualidad en dos proyectos culturales mexicoestadounidenses", Tesis de Maestría en Humanidades, Interdisciplinary Humanities Program, Arizona State University, Tempe, Arizona.
- O'Malley, Ilene (1986), *The Myth of the Revolution. Hero Cults and the Institutionalization of the Mexican State, 1930-1980*, West Port, CONN, Greenwood Press.
- Parsons, Talcott (1968), *The Structure of Social Action*, New York, The Free Press.
- Paz, Octavio (1959), *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Pleck, Joseph H (1987), *The Myth of Masculinity*, Cambridge, MA, The MIT Press.
- Radcliffe-Brown, R.A (1952), *Structure and Function in Primitive Society*, New York, The Free Press.
- Reich, Wilhelm (1985), *La revolución sexual*, México, Origen/Planta.
- Rich, Adrienne (1996), "Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existente", en Henry Abelove, Michelle Aina Barale, David M. Halperin (edit.), *The Lesbian and Gay Studies Reader*, New York and London, Routledge, pp. 227-274.

Seidler, Victor (edit.) (1989), *Rediscovering Masculinity: Reason, Language and Sexuality*, London, Routledge, 1989.

Seidler, Victor (1991), *Recreating Sexual Politics*, London, Routledge.

Silverman, Kaja (1993), *The Subject of Semiotics*, New York and Oxford, Oxford University Press.

Spivak, Chakravorty Garatri (1988), "Can the Subaltern Speak?", en Cary Nelson, Lawrence Grossberg (edit.), *Marxism and the Interpretation of Culture*, Urbana, University of Illinois Press, pp. 271-313.

Lectura 7. “A la salud de ellos, por salud física y mental de ellas, Guillermo Núñez Noriega

Héctor Frías

“Vivimos en una sociedad enferma. Basta considerar sólo dos síntomas: la insatisfacción y la incapacidad de vivir en paz. Intranquilidad en lo elemental. Todos los valores predisponen a la negación de los actos. Pero no son las cuestiones políticas las que hacen que no funcione el ser humano, pues tenemos que asumir que es el ser humano el que hace funcionar cualquier política. Estamos en la época del derrocamiento de lo paternal, de la caída de la figura autoritaria y todo el miedo que su ausencia nos produce. Es necesaria la confianza hacia lo femenino”.

Guillermo Borja, *La locura lo cura*.

Ante todo quisiera decir que éste no es un texto acabado, es apenas un intento de reflexión en torno a un tema del que poco se acostumbra a hablar: la relación existente entre perspectiva de género y el binomio enfermedad-salud masculina y su impacto en la salud de las mujeres.

Considero atinada la decisión de tomar la perspectiva de género –hasta ahora utilizada casi exclusivamente para analizar la condición femenina– para ubicar procesos, explicar problemas y proponer formas de desarrollar relaciones distintas a partir de la sensibilización y la reflexión desde el espectro masculino.

El título de este documento, más allá de que pudiera parecer un simple juego de palabras, a mi juicio, representa la hipótesis central que desarrollaré en adelante, en el sentido de que al fijar nuestra atención en la salud de los hombres, necesariamente estaremos abarcando el terreno de la salud de las mujeres.

Con mucha frecuencia se dice o se escucha decir por ahí que las mujeres representan la mitad de la población de este planeta y que además son madres de la otra mitad (la mitad del cielo y madres de la otra mitad). En México, por ejemplo, esta frase sería errónea, en el sentido de que las mujeres representan poco más de 52 por ciento de la población nacional, pero eso sería motivo de otro ensayo.

A todas y a todos nos consta que han sido precisamente las mujeres quienes, hace más de treinta años, tomaron la iniciativa para reflexionar y actuar en torno a la necesidad de llevar a cabo sendas transformaciones en la manera en que mujeres y hombres cohabitábamos en este planeta. De ahí el surgimiento de diversos análisis, estudios, debates encaminados a hacer evidente la desigualdad de trato y de oportunidades en que mujeres y hombres continuamos estableciendo nuestras relaciones tanto en los ámbitos familiar, educativo, laboral, profesional, económico y político.

Hasta hace poco tiempo, el trabajo de género había sido principalmente hecho por y para mujeres, analizando la posición y condición femenina, lo cual es un acierto, pues permite encontrar solución a varios de los problemas que durante años han obstaculizado el mejoramiento de la situación de las mujeres. No obstante, el que la mayor parte de los trabajos de género sean abordados casi exclusivamente desde el punto de vista

femenino, podría resultar un tanto cuanto parcial, en el sentido de que para resolver los problemas que más de la mitad de la población del mundo enfrenta al relacionarse con la otra mitad, es necesario involucrar a esta otra mitad, es decir, a los hombres, para que reflexionen en torno a cuál es su papel en esta historia.

Por eso es importante destacar la utilidad de que en los últimos años hayan surgido algunas aportaciones significativas en la búsqueda de mecanismos que rompan con la antiquísima relación de subordinación del género femenino ante el género masculino, elaborando fuertes críticas hacia el tradicional concepto de masculinidad. En estos recientes estudios, también al hombre comienza a mirársele con una perspectiva de género, para tratar de explicar a partir de ahí las causas del comportamiento masculino hacia otros hombres y hacia las mujeres. (Kimmel, 1992).

Hablar de género es ubicar toda esa amplia gama de atributos y funciones, que van más allá de lo biológico / reproductivo, mediante los cuales hemos sido constituidos las y los representantes de los sexos para justificar diferencias y relaciones de opresión entre los mismos. El género se interioriza a través de todo un trabajo de socialización, entendida como un complejo y detallado proceso cultural de incorporación de formas de representarse, valorar y actuar en el mundo.

Como bien señala Carmen Saez, este proceso no ocurre sólo en la infancia, sino que dura toda la vida (Saez Buenaventura, 1990), por lo que las distintas redes sociales juegan un papel fundamental según el caso, para promover el cambio o para frenarlo o impedirlo en las distintas etapas de la vida.

Existen evidencias de que en los últimos años el modelo de masculinidad dominante está entrando en crisis no sólo con el o los modelos femeninos emergentes entre sectores crecientes de la población, sino también con los nuevos modelos de masculinidad. Por masculinidad puede entenderse *el conjunto de atributos, valores, funciones y conductas que se suponen esenciales al varón en una cultura determinada*. Sin embargo, aunque puede hablarse de un modelo hegemónico de masculinidad, visto como un esquema culturalmente construido en el que se presenta al varón como esencialmente dominante y que sirve para discriminar y subordinar a la mujer y a otros hombres que no se adaptan a este modelo¹ que sirve de referente, incluso, a las formas alternativas de socialización que son asignadas desde pequeños a través de diversas redes e instituciones como la familia y la escuela, entre otras. Ejemplo de esto son: una mayor independencia, la agresividad, la competencia y la incorporación de conductas violentas y temerarias en aspectos tan diversos como la relación con vehículos, adicciones, la violencia, la sexualidad y la salud.

Sin embargo, no se puede hablar de una sola masculinidad, una sola forma de ser hombre, dado que hay distintas formas de vivir y vivirse como hombre: la formación genérica comprende, además de la pertenencia a un sexo, la influencia de clase, la étnica, la vivencia urbana o rural, etcétera. Este hecho nos da la pauta para establecer un vínculo entre la socialización masculina y una serie de problemas de salud, no sólo de los hombres, sino también de las mujeres, pues el trabajo de perspectiva de género a partir de la masculinidad no se contrapone al mismo trabajo con mujeres, por el contrario.

¹ Existen, asimismo, en nuestro país, otras formas de socialización dentro de los grupos étnicos y culturas regionales que no corresponden a este modelo y que no son analizados en el presente trabajo.

La perspectiva de género puede servir como una herramienta para allanar el camino –para ver las dos caras de una misma moneda– hacia la solución de los problemas que aquejan a las mujeres, pero en los cuales los hombres tomamos parte. En este sentido, si se habla, por ejemplo, de violencia intrafamiliar, además de atender a la víctima, debemos reeducar al agresor; si hablamos –como es el caso que nos ocupa– de la salud de las mujeres y particularmente nos refiriéramos a la salud reproductiva (embarazos no deseados, número y espaciamiento de hijas e hijos) o sexual (enfermedades de transmisión sexual y VIH-SIDA) dónde el asunto de la fidelidad es importante, dónde es fundamental revisar los papeles estereotipados del hombre donjuanesco, conquistador y aventurero, que por el hecho de tener muchas mujeres es más hombre, dónde también es de vital importancia la responsabilidad sobre el cuerpo que debe recaer en cada uno de nosotros hombre o mujer por igual.

Aquí abro un paréntesis para aclarar que el concepto ‘salud’ debe ser visto en un sentido mucho más integral, que comprenda no sólo la salud física o corporal, sino también un estado de bienestar intelectual, emocional e incluso espiritual, que se refleje asimismo en el ámbito de la salud individual, familiar, comunitaria y de la sociedad en su conjunto.

Frente a este panorama, insisto, aun son pocos los estudios elaborados relativos al tema de salud masculina; a pesar de ello son muchos los avances y las aportaciones que uno encuentra en dichos estudios, mismos que han sacado a la luz mucho de lo omitido por las concepciones universalizadoras de determinados problemas y más importante aún, esos trabajos nos dan elementos para redefinir la manera de reabordar los problemas citados.

La utilidad de este tipo de trabajos ha permitido ubicar la problemática a partir del siguiente concepto: “el varón como factor de riesgo”. Iniciando con un análisis en torno a la masculinidad y la salud de las mujeres. El varón, su construcción social y la forma en que afecta la salud y la vida de las mujeres, es factor de riesgo en al menos tres sentidos:

- Riesgo hacia mujeres y niños y niñas
- Riesgo hacia otros hombres
- Riesgo para sí mismo

De igual manera, podemos decir que la masculinidad machista podría representar también una barrera para la salud sexual y reproductiva de las mujeres por su impacto directo o indirecto en los siguientes aspectos:

Por la argumentación exacerbada del incontenible impulso y deseo instintivo masculino. El mito tradicional de que los hombres tienen mayor necesidad sexual que las mujeres y un instintivo deseo que tiene que satisfacerse a como dé lugar.

Por la desigualdad de género, en perjuicio de las mujeres, que se genera por la pretendida superioridad de lo masculino sobre lo femenino en esta concepción de la masculinidad-machista, conjuntamente con la des-

vinculación del papel masculino en el proceso de gestación y reproducción de la especie; en una sociedad machista, las mujeres casi no hablan de sexo con los hombres ya que esto es mal visto, al mismo tiempo que la frecuencia y el tipo de sexo es determinada por los hombres.

Por otra parte, conviene decir que las jerarquías y desigualdades no son exclusivas de la relación mujeres y hombres, sino que también tienen que ver con otras jerarquías que se establecen aun entre hombres, verbigracia la desigualdad de género heterosexualidad-homofobia (supuesta superioridad heterosexual como regla natural y normal); y la creencia de que el VIH-SIDA es asunto sólo de homosexuales (posicionamiento ideológico), por lo que los hombres heterosexuales no se cuidan y no cuidan a sus parejas de este tipo de enfermedades de transmisión sexual.

Riesgo hacia mujeres y niños y niñas

Una primera problemática es la de la violencia doméstica, reciente y crecientemente considerada como una problemática de salud pública en un número de países cada vez mayor. Es indudable que en una altísima proporción son los varones los agresores, proporción que aumenta aún más en los casos de lesiones graves. Esto lo refrendan los datos del CAVI del Distrito Federal (*La Jornada*, 6/12/1994) y el 93 a 94 por ciento de agresores masculinos en diversos estudios realizados en Estados Unidos.

Varios autores se han acercado a este fenómeno desde una perspectiva sistemática, trabajando con parejas en situaciones de violencia. Sus análisis no se conforman con ver el lado femenino, sino que también detectan los presupuestos y mecanismos que ocurren del lado masculino al sentir el hombre su masculinidad cuestionada y al recurrir a la violencia como mecanismo para “restablecer” las relaciones de género (poder) “normales”.

Resultados similares ha aportado CORIAC, al trabajar en forma intensiva con hombres violentos (Entrevista a Francisco Cervantes, revista *Fem*, febrero, 1995) y reconocer, con ellos, los principales mecanismos que han llevado a la violencia como recursos en las relaciones.

Por su parte, autores como Michael Vincent Miller hablan abiertamente de esa fuerza oscura que interviene y provoca los desacuerdos en las parejas y donde los hombres se mantienen temerosos de la responsabilidad; mientras las mujeres se muestran temerosas de ser esclavizadas. Esa fuerza oscura podría llamarse poder y no es algo nuevo: entre las personas siempre ha habido una distribución desigual del poder en las relaciones íntimas. Hoy en día, el poder ha adquirido tal importancia que casi ha alcanzado el primer plano. Ahora es casi imposible pensar en el amor, el sexo, la intimidad o el matrimonio sin pensar en el poder.

Así las cosas, vemos también que en el campo de lo sexual el problema no es menos serio. La mayor parte de los hombres hemos sido socializados en una concepción en la que se cosifica a la mujer y en donde la sexualidad se convierte en un campo no de encuentro con la mujer, sino de ejercicio del poder y de afirmación de una masculinidad basada en la potencia y el volumen de los genitales.

Esto, a parte de llevar a relaciones sexuales poco placenteras en muchas parejas, nos abre la problemática del abuso, del hostigamiento sexual y la violación, y al igual que con la violencia doméstica, muchos casos si-

guen quedando no registrados porque se dan dentro del ámbito familiar o el laboral, por el estigma que puede significar para la mujer y para su familia y por la forma en que muchos ministerios públicos y la prensa siguen manejando estos asuntos. Es frecuente encontrar notas periodísticas en donde se dan protestas por la liberación rápida, con y sin fianza, de muchos agresores sexuales.

En algunos de los talleres con hombres se ha hecho la reflexión colectiva de que, desgraciadamente, muchos de ellos no hacen conciencia de estas agresiones ni luchan contra ellas hasta que no “le toca” a alguna de las mujeres en su familia, la esposa o una hija, por ejemplo. Hasta que eso no sucede, la mayoría de los hombres nos refugiamos en el silencio de la complicidad masculina.

El SIDA, por ejemplo, es una problemática que ha puesto en evidencia mucho de lo que pasa dentro del campo de lo sexual y las enormes limitaciones que muchas mujeres tienen para negociar el espacio de lo sexual. Ha sacado a flote las relaciones de poder en el campo de lo sexual, la falta de prevención y autocontrol masculinos y la bisexualidad negada por muchos. El escalofrío puede completarse con el resultado de al menos dos entrevistas a profundidad hechas a hombres seropositivos de la ciudad de México, que aceptan haber contagiado intencionalmente a sus parejas para “no irse solos de este mundo”.

Por otra parte, el embarazo impuesto y la falta de participación masculina en la anticoncepción constituyen otra arista de esta problemática. Ya se cumplieron más de 20 años de los programas masivos de planificación familiar y en la mayoría de ellos ha aparecido el varón/esposo como el principal obstáculo ante mujeres que desean limitar su número de hijos. Esto ha llevado a muchas mujeres hacia embarazos no deseados o hacia el uso de métodos más ocultables, pero con efectos secundarios importantes. No es de extrañar entonces que nos hablen de que por cada 14 esterilizaciones femeninas hay una masculina. La escasa participación masculina se ve objetivada en 1.5 por ciento de hombres que han optado por la vasectomía como método definitivo, versus el 36.3 por ciento de mujeres que lo han hecho por la salpingoclasia, una proporción de 24.2 mujeres por cada hombre (Encuesta Nacional de Fertilidad, 1987).

Ya se sabe que las encuestas sobre natalidad se hacen preguntándole a las mujeres, pues los hombres no se interesan en el asunto: uno de cada tres mexicanos desconoce cuántos hijos o hijas tiene (Instituto Nacional de Estadística, Consejo Nacional de Población).

La participación masculina durante el embarazo (salvo el momento de la concepción) y en la posterior paternidad también es limitada. Nuevamente, estamos generalizando y esta generalización es bastante válida. En México, sólo 25 por ciento del total de hombres de 12 o más años, dedica nueve horas de la semana al trabajo doméstico en su propia casa. En promedio un papá dedica a su bebé siete minutos al día, durante los primeros meses. 40 por ciento de 300 padres entrevistados mencionó que dedican de dos a cuatro horas diarias a la convivencia con sus hijos; el 28.5 por ciento entre cuatro y siete horas y sólo 4.8 por ciento señaló que convive con sus hijos el fin de semana (CORIAC).

Sin embargo, hay sectores crecientes de hombres dispuestos a enfrentar esto de una manera distinta y más equitativa, y aquí nos referimos a los que sí están dispuestos a realizarse la vasectomía a pesar de las críticas y celos de sus redes familiares y de amigos, a los hombres que asumen cuotas mayores en el cuidado de los

hijos y en el ámbito doméstico. Muchos de estos problemas y procesos se dan dentro de un marco de alcoholización masculina: la violencia, la relación sexual, la negación a usar el condón.

Todo esto da cuenta de que la incapacidad (adquirida, no congénita) de muchos hombres de verse críticamente y de cambiar, aceptando cambios en las mujeres, aparece como trasfondo en el creciente aumento de rupturas de pareja con o sin divorcio. Masivamente, es la mujer la que se queda con los hijos (lo que para el hombre no es desventaja), sin que posteriormente él se haga cargo ni en términos económicos ni en términos de paternidad. El abandono de la pareja por iniciativa femenina es un fenómeno más bien urbano, pero se va dando crecientemente en el medio rural. (González, 1993).

Riesgo hacia otros hombres

La masculinidad hegemónica no sólo afecta a las mujeres, como suele notarse. Afecta profundamente las relaciones entre hombres en todas las edades y sectores. De hecho, es una potente fuerza moduladora de nuevos hombres que van interiorizando los patrones socialmente aceptados de lo masculino. Esto apunta a que hay que analizar también la forma en que creamos relaciones de poder y dominación entre hombres. En la familia, en el trabajo, en la escuela y en otras redes sociales, las relaciones de poder entre hombres discurren entre la burla, la amistad, la presión y la violencia. Basta observar la dinámica entre varones en cualquier escuela secundaria.

Una mirada a las causas de muerte masculina puede ilustrarnos sobre esto. Sin que podamos afirmar que todas las muertes sean determinadas por la socialización de género, nuestra hipótesis es que ésta tiene un fuerte poder explicativo en una gran proporción de las mismas. Ejemplo de esto son las llamadas muertes violentas y las lesiones infligidas entre hombres.

En la mortalidad general² llama la atención que, en México, para el año 1986:³

- Aparecen los accidentes como segunda causa de muerte entre hombres, con 35 mil muertes por año casi cuatro veces mayor que las mujeres.
- El homicidio es la cuarta causa en el ámbito nacional y causa 14 500 muertes, 11 veces más que en las mujeres. De sobra está decir que la gran mayoría de las 1 400 mujeres asesinadas en un año en el país lo fueron precisamente por hombres.

Durante la infancia y edad escolar hay una mortalidad similar entre niñas y niños. Es a partir de los 14 años que se dispara la mortalidad masculina, siendo el doble que la femenina, entre los 15 y 24 años. El homicidio, en la mayoría de los estados de la República constituye la segunda causa de muerte a partir del grupo de 15 a 24 años y manteniendo este lugar en el grupo de 25 a 34 años.

Los accidentes aparecen como primera causa de muerte en estos dos grupos etareos y no es difícil de entender en la medida en que la temeridad (desarrollada, probada y demostrada colectivamente entre hombres)

² Los siguientes datos, a menos que se cite otra fuente, provienen de "Las condiciones de salud de las Américas", tomo 1, OMS-OPS, 1990.

³ Es importante señalar que estamos trabajando con estadísticas oficiales que suelen tener problemas de subregistro o de registro deficiente en cuanto a las causas de muerte. Esto ocurre especialmente en el terreno de las muertes violentas, como los accidentes y, en particular, en casos de homicidios y suicidios, donde pueden existir fuertes presiones para una declaración falsa o dudas sobre el origen de la defunción.

empieza a constituirse como una característica de lo masculino desde antes de la adolescencia. Entre otras cosas, lo anterior puede bien explicarse desde la variable de género que introyecta la temeridad (al volante o con armas y equipos de trabajo), la competencia y el alcohol.

Nuevamente, el papel del alcohol es central en estos problemas y relaciones al estar presente en 60 por ciento de los accidentes de tránsito y en 57 por ciento de las detenciones policíacas. Hay quienes plantean que si juntásemos las muertes por accidentes, homicidio y cirrosis, tendríamos al proceso de alcoholización como primera causa de muerte entre los hombres (Menéndez y di Pardo, 1981).

Riesgo para sí mismo

Si consideramos lo sostenido a lo largo de este trabajo, en el sentido de que la manera en que somos socializados, vivimos y nos vivimos como hombres tiene un impacto determinante en nuestra salud, podremos observar que no es “accidental” que los accidentes tengan entre los varones tan enorme aumento a partir de los 10 años de edad. Al respecto, contamos con cifras generales, pero no hay muchos estudios que nos informen sobre las circunstancias concretas en las que mueren hombres y mujeres.

La incorporación de las adicciones es otra de las formas del desafío a sí mismo. Esto ocurre en especial con el alcohol: aparte de la forma en que interviene en las muertes violentas es notable su efecto a través de las muertes por cirrosis hepática, que se hacen más evidentes a partir de la tercera década de la vida. Es llamativa la gran cobertura periodística que se dio a la reciente intoxicación en Morelos con mezcal adulterado que llevó a cerca de 50 personas (todos hombres) a la muerte, sin contar los que quedaron vivos y con lesiones serias como la ceguera. Esta visibilidad pública contrasta marcadamente con los 14 900 muertos de cirrosis en 1992 entre la población masculina (SSA).

El tabaquismo, aunque viene en aumento entre las mujeres, ha sido también una adicción masculina y explica porque el cáncer, que más vidas toma entre la población masculina, sea el broncopulmonar.

Cuando se habla de suicidio, éste generalmente se ve más como un problema femenino. Esto es cierto en cuanto al intento, en el que por cada hombre que lo intenta hay tres o más mujeres que lo hacen. En cuanto al suicidio consumado, esta proporción se invierte: tres muertos masculinos por cada femenino en el ámbito nacional.⁴ Esto puede tener una estrecha relación con la dificultad masculina de enfrentar situaciones de derrota, de dolor, tristeza y soledad y, aunado a esto, la incapacidad de pedir ayuda, petición que supone debilidad y una situación de menor poder. En cuanto a las edades, llama la atención que el suicidio que aparece como cuarta causa de muerte de los 15 a los 24 años (400 hombres en México, en 1986), cuatro veces más que el suicidio femenino en el mismo grupo.

Ya hemos visto el aspecto de la sexualidad y el SIDA, pero falta ver cómo afecta al hombre mismo. Baste decir que el grupo donde se encuentran las tasas más altas es el de hombres de 25 a 34 años. Para 1992 ya figura como cuarta causa de muerte para este grupo. De nueva cuenta, puede argumentarse que las tradicionales

⁴ Hernández Bringas, *op. cit.*, pp. 56-63.

expectativas sociales sobre el comportamiento de los hombres actúan, entre otros, como un factor determinante en el riesgo de tomar una “aventura erótica” sin ningún tipo de protección, como el uso del condón, por lo que muchos varones mueren como hombres. En suma, es revelador observar que las tres primeras causas de muerte masculina de los 15 a los 64 años eran, hasta 1986, las siguientes:

- a) Accidentes (25 600 muertes)⁵ (principalmente automotores)
- b) Homicidio (10 600 muertes)
- c) Cirrosis hepática (9 200 muertes)

Finalmente, quisiera agregar que, aparte de la estrecha relación que existe entre una serie de características atribuidas a lo masculino y ciertas enfermedades, resalta la casi total ausencia de medidas que favorezcan la salud a partir de los hombres, sobre todo porque es notorio que la mayoría de los hombres no estamos acostumbrados a reconocer nuestra dificultad para pedir ayuda, la negación de que estemos enfermos y la falta de incorporación de medidas de autocuidado tanto médicas como las que tienen que ver con el estilo de vida. Un ejemplo concreto es el aumento de las muertes por cáncer de próstata, que en muchos casos es el principal cáncer mortal en hombres después de los 65 años y que, está demostrado, los hombres no se atienden a tiempo por el prejuicio que significa someterse al examen de detección. En este sentido, tanto médicos como pacientes en tanto hombres se enfrentan a sus propios mitos y tabúes en relación con ver o mostrar zonas del cuerpo estigmatizadas por el machismo.

Una vez ubicada la problemática, cabe mencionar que las constantes transformaciones socioeconómicas y políticas que ha venido experimentando la sociedad tanto en el ámbito nacional como internacional, donde se está rompiendo cada vez más con los tradicionales roles y estereotipos asignados para mujeres y hombres, donde la frontera entre lo público y lo privado se diluye día con día y donde una serie de personas, mujeres y hombres se muestran ya preocupadas y preocupados por modificar sus actitudes frente a ellas o ellos mismos y hacia las otras personas.

Ello seguramente nos conducirá a encontrar soluciones más objetivas para los problemas que aquí se han analizado y a descubrir otros factores que continúen reproduciendo las desigualdades aun existentes, tanto dentro del campo masculino como del femenino, porque no podemos negar que las desigualdades se dan entre los géneros pero también al interior de éstos. Por lo cual, considero que hacen falta más investigaciones sobre el particular, en las que podamos profundizar en todo lo referido a la masculinidad, sus limitaciones y repercusiones en la problemática femenina. De esta manera, avanzaremos más rápidamente hacia la construcción de una nueva cultura nacional, caracterizada por relaciones más equitativas y placenteras entre mujeres y hombres, niñas y niños.

“A la salud de ellos, por la salud física y mental de ellas”.

⁵ Tanto Hernández Bringas como García de Oliveira muestran que es bajo el porcentaje de accidentes mortales producidos, con respecto a otras formas de muerte violenta, no llegando a ocupar ni el dos por ciento de las mismas. Por supuesto, tenemos aquí también un relativo subregistro, además de una proporción no especificada de los accidentes automotores que ocurren al ir o regresar del centro de trabajo o al estar trabajando.

Bibliografía

- Borja, Guillermo, *La locura lo cura: Un manifiesto terapéutico*, Ediciones la Llave, Vitoria, España, 1995.
- Bonino Méndez, Luis, “Mortalidad en la adolescencia y estereotipos masculinos”, *Mimeo, Trabajo presentado en las Terceras Jornadas de Atención Primaria de la Salud*, Buenos Aires, Argentina, marzo de 1989.
- De Barbieri, Teresita, “Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica”, en *Fin de siglo: género y cambio civilizatorio*, Ediciones de las Mujeres, núm. 17, Isis Internacional, Santiago, Chile, 1992.
- De Keijzer, Benno, “La salud y la muerte de los hombres”, *Mimeo*, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, 1994.
- De Keijzer, Benno, Ernma Reyes y Gerardo Ayala, “Salud mental y participación social”, ponencia presentada en el Foro: “Participación comunitaria en salud; experiencias y tareas para el futuro”, Hermosillo, Sonora, febrero, 1995.
- Garduño, Ángeles, “Determinación genérica de la mortalidad masculina”, ponencia presentada en el *Congreso de Investigación del INSP*, *Mimeo*, Cuernavaca, enero, 1994.
- Goldner, Virginia, y colaboradoras, “Love and violence: gender paradoxes in volatile attac”, en *Family Process*, vol 29, núm. 4, pp. 333-364, diciembre, 1990.
- González, Soledad, “Del matrimonio eterno a las mujeres que no aguantan: cambios recientes en familias rurales”, en Teresa Doring (comp.) *La pareja o hasta que la muerte nos separe*, UAM, en prensa, México, 1993.
- Heise, Lori, *Violencia contra la mujer: la carga oculta sobre la salud*, OPS, Washington, noviembre, 1994.
- Hernández Bringas, Héctor, *Las muertes violentas en México*, CRIM-UNAM, Cuernavaca, 1989.
- Kimmel, Michael, “La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes”, en *Fin de siglo: género y cambio civilizatorio*, Ediciones de las Mujeres, núm. 17, -Isis Internacional, Santiago, Chile, 1992.
- Leñero Otero, Luis, “Los varones- ante la planificación familiar”, en *Maternidad sin Riesgos en México*, editada por Ma. del Carmen Elu y Ana Langer, IMES, AC, México, 1994.
- Menéndez,- Eduardo, y Rene di Pardo, *Alcoholismo 1, Características y funciones del proceso de alcoholización*, Cuaderno 56, Casa Chata, México, 1981.

Miller, Michael Vincent, *Terrorismo íntimo. El deterioro de la vida erótica*, Ediciones Destino, Oráculo Manual, Barcelona, 1996.

Organización Panamericana de la Salud, *Las condiciones de salud de las Américas*, 1991.

Saez Buenaventura, Carmen, “Violencia y proceso de socialización genérica; enajenación y transgresión, dos alternativas extremas para las mujeres”, en *Violencia y sociedad patriarcal*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1990.

Secretaría de Salud, *Mortalidad 1992*, México, 1994.

Lectura 8. La pornografía y su incidencia en las relaciones coitales, a partir del imaginario masculino. Algunas propuestas de investigación

Héctor Frías Barrón¹

Por principio de cuentas, aclaro que ésta no es una investigación exhaustiva ni un estudio acabado sobre el tema de la pornografía. Se trata, en todo caso, de un esbozo de lo que a juicio personal y de las opiniones recogidas en algunas entrevistas en torno a diversos temas relacionados con la masculinidad que realicé durante el año 2003 con hombres de diferentes edades que, en mayor o menor medida, hablaron de su relación con el consumo de algún tipo de pornografía.

El conjunto de reflexiones que aparecen en este trabajo parten de una inquietud personal en el sentido de poder determinar si de alguna manera la pornografía difundida básicamente a través de revistas, libros, películas e Internet y dirigidas principalmente a los hombres, influye o no en el ámbito de las relaciones sexuales y, más aún, en el intercambio de valores éticos, morales y culturales entre hombres y mujeres.

Así las cosas, una primera línea de investigación estaría encaminada a determinar si la pornografía puede considerarse una de las herramientas, no la única por supuesto, ni la mejor, mediante la cual algunos hombres, sobre todo los adolescentes y jóvenes, creen adquirir conocimientos que les sirvan para sus relaciones de alcoba.

En este sentido, puede hablarse de entrada de los falsos estereotipos sociales y culturales de la masculinidad, a partir de los cuales, desde pequeños, a los hombres (niños) se nos han asignados papeles que habremos de cumplir en pos de ejercer “debidamente” nuestra masculinidad. Algunos estudiosos de los temas de género mencionan con cierta razón que: “históricamente, la mujer ha jugado un papel específico en el que sus roles se restringían únicamente al hogar, la reproducción y los hijos, mientras su sexualidad sólo estaba ligada a eso, a reproducirse y, en todo caso, a complacer al hombre, sin que aparentemente ella obtuviera ningún placer en eso”.²

Por cuanto hace a los hombres, uno de los muchos estereotipos que erróneamente nos ha sido impuesto y que tiene que ver íntimamente con el “deber ser” de la identidad masculina tradicional y machista, es el de ser activo, tener iniciativa, ser fuerte, agresivo y viril, sobre todo viril en cualquier momento, además de emocionalmente equilibrado, calculador y exitoso.

De aquí que de los hombres siempre se espera que sepamos todo (o por lo menos bastante) sobre sexo y placer, esto es, debemos saber acercarnos a una mujer, seducirla, enseñarle cómo desempeñarse en la relación sexual y gozar de la misma plenamente. Desde esta pseudocalidad de experto en sexo, el hombre es el único responsable de ocuparse simultáneamente de su propio placer sexual, como también del placer de la compañera de cama. Es él quien tiene que enseñarle a ella la mejor manera de gozar y en qué momento hacerlo y, en caso supuesto de que ella no quedase extasiada de placer, la responsabilidad será del hombre que no supo conducirla a tal punto.

¹ Psicoterapeuta corporal, exasesor de la Comisión de Equidad y Género de la H. Cámara de Diputados, Email: hectorfrías1@hotmail.com.

² Hiriart, Vivianne, “Las exigencias sexuales de la masculinidad”, en Crónica, diario, México, 2005, p. 4B.

Aunado al conocer todo sobre el sexo, se espera de los hombres un comportamiento eficiente, digno al de cualquier cuerpo de bomberos que está siempre listo para la acción y dispuesto a apagar todos los fuegos que surjan a la redonda. Desde la infancia, tanto madres como padres toman estas afirmaciones como verdades dadas de una vez y para siempre y asumen que sus hijos (hombres) no tienen dudas en relación con el sexo (ello sin referirnos al erotismo y al amor), por lo que tampoco necesitan explicaciones y, si de casualidad hubiera por ahí algo que no sabe el muchacho, lo aprenderá sobre la marcha o con amigos. De no ser así, es decir, si no llegas a saber todo del sexo, como hombre, puedes ser objeto de burla, críticas y descalificaciones, en una palabra, estas expuesto a que se cuestione tu masculinidad.

Durante la adolescencia, precisamente, argumenta Vivianne Hiriart: “el grupo de amigos tiene un rol muy importante. A través de éste, los jóvenes varones tienden a comparar su desarrollo físico y, por ejemplo, el tamaño del pene y los testículos se vuelven objeto de competencia y sinónimo de virilidad”.³ En esta etapa es cuando algunos hombres comienzan a buscar la información que consideran de utilidad para saber eso que se supone deben saber sobre el sexo. La pornografía, entonces, es vista por muchos hombres como una vía de acceso a dicha información.

Habría que aclarar, sin embargo, que aunque básicamente me estoy refiriendo en este punto a las imágenes de desnudos y escenas que presentan detalladamente una relación sexual (genitalizada) entre dos o más participantes, la pornografía también puede verse reflejada de otras formas, incluso consideradas más sutiles, como el caso de los anuncios publicitarios en los que se encuentran mensajes pornográficos, es decir, mensajes producidos “por la imaginación masculina, desde la que se expresa la satisfacción alucinante, no real, de deseos, aspiraciones y exigencias, propias del sexo masculino”;⁴ como podría ser cierto anuncio que invita a utilizar un desodorante para hombres, cuyo efecto hace que hasta en el elevador, las mujeres se olviden de todo y quieran con él debido a su olor. También están en este supuesto los anuncios donde los hombres están en posesión de los mejores y esculturales cuerpos femeninos.

En este mismo tenor podemos hablar de publicaciones al estilo de *El libro vaquero*, *El libro semanal* y otras que están dirigidas a un sector específico de la población y en las que los mensajes pornográficos son considerados por los mismos hombres como “pornografía barata”, no sólo refiriéndose al costo de la publicación misma, sino al de los materiales, las imágenes y, sobre todo, como una manera de dirigirse “despectivamente” al público masculino que las consume. Aunque, por otra parte, están también las revistas masculinas “de corte erótico intelectual tipo *Playboy* y algunas otras de espectáculos, con fotografías de las estrellas femeninas del cine y la televisión, impresas lujosamente en un bonito papel de calidad, con novedosos diseños y contenido variado que comprende tanto aspectos relacionados con el arte, la cultura, la política y el buen humor y que atienden necesidades de los estratos más sofisticados de la sociedad masculina”.⁵

Pero retomando el tema central de este ensayo, de resultar cierto que la pornografía es una fuente importante que provee de información a los varones sobre conocimientos y técnicas relacionadas con el sexo y, más aun, que para muchos hombres este tipo de revistas es visto como una especie de “manual” o “folletín prác-

³ _____, “Los hombres deberían saber todo sobre sexo ¿será?”, *Crónica Diario*, México, 205, p. 4B.

⁴ Alberoni, Francesco, *El Erotismo*, GEDISA, Barcelona, 1993, p. 13.

⁵ Consolación Salas, *Las Revistas Masculinas Mexicanas: Notas al Seminario de Estudios de la Masculinidad*, México, p. 3.

tico de aprendizaje sexual y de comportamiento masculino”,⁶ cabría la posibilidad de plantearse en consecuencia, algunas líneas de investigación que respondieran a los siguientes cuestionamientos:

a) ¿Cómo se establece una relación sexual entre uno o más hombres y una o más mujeres a través de las imágenes pornográficas masculinas?

Nadie mejor que Alberoni para responder a esta pregunta cuando dice que: “la pornografía es una sucesión de actos sexuales, sin que haya una historia. Los protagonistas masculinos no deben hacer nada. Pasean por la calle y una mujer predispuesta los arrastra a la cama. En la oficina, una secretaria se desnuda sin decir palabra y comienza a hacerle una *fellatio*. Los héroes pornográficos están dispensados milagrosamente de tener que conquistar, de perderse en preludios amorosos: basta con una mirada y las mujeres se desnudan y están disponibles; no hay necesidad alguna de hacer presentaciones, de intercambiar saludos, ningún preámbulo. Las mujeres desean al hombre aún antes de que éste piense en tomar la iniciativa”.⁷

Es curioso observar cómo la imaginación masculina presentada a través de las revistas, películas, relatos e imágenes pornográficas más comunes, por una parte, da por sentado el hecho de que los hombres sólo tienen que “estar ahí” en el momento y el sitio indicados en el que las mujeres aparecerán para que ellos mitiguen los deseos sexuales de ellas. Por otra parte, en las frágiles y casi inexistentes historias pornográficas, aunque si bien es cierto que en algunas ocasiones tienden a desaparecer las diferencias sociales al presentar escenas donde el chofer sostiene una relación sexual con su patrona, o el mecánico con la dueña del auto que le dejaron para reparar o el empleado de la tienda superlujosa con la cliente llena de dinero, joyas y toda glamorosa, también se representan otros papeles donde las mujeres son inocentes colegialas, meseras, escultoras, cantantes-modelos, enfermeras y demás. Igualmente cierto es que a la hora de la verdad, es siempre el hombre (o los hombres) quienes dominan la escena erótica, quienes deciden el rumbo que toma la relación y quienes, utilizando el pene como elemento de poder y dominio, harán de la mujer su esclava en el “amor” y la pondrán al servicio del placer masculino.

b) ¿Cuáles son los valores que se manejan para los hombres, cuáles para las mujeres; cómo se perciben los hombres y cómo se percibe a las mujeres en la pornografía?

En este punto entraríamos en otro cuestionamiento relacionado con lo que se puede hacer a partir de la manera en que se manejan los valores en la pornografía masculina, en donde se imagina a las mujeres como seres poseídos por el sexo y por el constante y permanente deseo sexual. Las figuras femeninas aparecen en toda ocasión, empujadas por un impulso irresistible a arrojarse sobre los genitales masculinos, esto es, tal como en las fantasías de los hombres está la de genitalizar básicamente la relación sexual, la pornografía supone que las mujeres están dotadas por los mismos impulsos y apetitos que los hombres, de ahí que en lenguaje pornográfico las mujeres expresen similares deseos y fantasías a los de los hombres.

Desde el punto de vista masculino (machista) derivado de la pornografía y sus “enseñanzas”, las mujeres son depravadas, perversas, putas, insaciables, siempre dispuestas, vulnerables en tanto objetos disponibles para

⁶ *Op. cit.* P. 12.

⁷ Alberoni. *Op. cit.* Pp. 13 y 14.

cualquier hombre, presas fáciles, cachondas, ninfómanas, ardientes (aunque su ardor sea sólo y simultáneamente saciado mediante la eyaculación masculina con la que concluyen las pornohistorias, en las que poco o nada importa si llega a haber orgasmos femeninos), reducidas a partes sexuales hechas para el uso de los hombres.

Los hombres, por su parte, en este tipo de historias son vistos como héroes, como seres eróticos listos en todo momento para enfrentar lo que venga (un hombre nunca puede ser selectivo y decir que no), personas cuya sexualidad es meramente instintiva, incontrolable, agresiva, dominante (obviamente en relación con las mujeres), su deseo sexual se encuentra perfectamente separado del afecto y de las emociones. Ello, posiblemente tiene que ver con el hecho de que en nuestra sociedad patriarcal “se invierte una extraordinaria cantidad de energía psicológica y cultural en el pedacito de carne sensible que cuelga entre las piernas de los hombres...”⁸ mientras pocas veces se piensa en otras partes del cuerpo, ya no digamos el corazón, que también intervienen en el acto sexual.

Huelga decir, en consecuencia, que más allá de los genitales, el resto del cuerpo quedó ya fuera de la relación sexual, las emociones y los sentimientos están cancelados de la pornografía. Nunca se ve a los hombres necesitados de un abrazo, de muestras de afecto, de besos tiernos. Nunca pidiendo apapacho, apoyo, contención o simple contacto.

Obviamente, el elemento predominante que permea las imágenes pornográficas es el de la dominación y aparente supremacía masculina sobre el sexo femenino. Los hombres son los maestros, los amos, los señores del sexo, mientras las mujeres son las esclavas que merecen solamente ser castigadas, dominadas, humilladas verbal y físicamente. Incluso, las propias actitudes que representan las mujeres que aparecen en las historias porno es la de “*hagan de mi cuerpo lo que quieran*”.

c) ¿Qué sentimientos se manejan por parte de los hombres y de las mujeres; cuál es el lenguaje establecido para unos y otras?

No obstante que a simple vista la pornografía no se ocupa en tratar “a flor de piel” los sentimientos y las emociones, algunos autores sostienen que “uno de los aspectos de la cosificación masculina de la mujer es la fascinación, por lo que se ha perdido en el propio proceso de desarrollo masculino; es decir, la pasividad y la receptividad y todas las características asociadas con ellas, como la ternura, la sensación de ser amado, adorado y así sucesivamente. La pornografía representa el anhelo de y la fascinación por estas cualidades perdidas. Esto se aplica tanto a las imágenes pornográficas representadas como a la observación de las mismas.

El placer sexual de mirar es una de las actividades sexuales pasiva-receptivas más elementales. Ello se debe a que en las sociedades como la nuestra, de dominación masculina, es precisamente el hombre quien sufre la represión excedente de los deseos pasivos, en otras palabras, el hombre tiene que hacer, hacer, hacer y no se le permite recibir, contemplar y mirar. Esta represión, sin embargo, no elimina los deseos pasivos, sino que los obliga a manifestarse de manera encubierta, distorsionada y derivativa.

⁸ Gad Horowitz y M. Kaufman, “Sexualidad masculina: hacia una teoría de la liberación”.

d) ¿Qué se intercambia, existe o no la negociación en la relación coital que se presenta en una historia porno?

En términos generales, puede decirse que no existe ninguna negociación en torno a la relación sexual que se presenta en una escena o imagen pornográfica. Los hombres que aparecen en ellas no tienen que esforzarse para convencer, seducir o proponer cualquier cosa... Las mujeres, según se las presenta, se encuentran ante todo deseosas de liberarse de toda la represión sexual con la que fueron educadas y, por lo tanto, están dispuestas a acceder a todos los caprichos y deseos de sus verdugos. No se da ni remotamente la posibilidad de que las mujeres digan “no” a alguna propuesta de acción sexual por parte de los hombres, no importa si las propuestas incluyen varias relaciones a la vez con distintos hombres y con distintas partes del cuerpo. No importa si se es penetrada por diversas vías al mismo tiempo por dos o más hombres.

Evidentemente, las caricias previas al acto sexual, así como toda señal de preámbulo erotizante brillan por su ausencia, sobre todo aquellos toques que no se circunscriben a los genitales y los senos femeninos. Es obvio que tampoco nunca será importante dar lugar a algún tipo de intercambio verbal en el que hayan expresiones de ternura, amor o cariño. Para las mujeres, quedan solamente las expresiones obscenas, los insultos y las humillaciones.

e) ¿Sería posible decir que a través de la pornografía se incita a los hombres a cometer actos tales como violaciones masivas por el tipo de mensajes que en ella se manejan?

Autores como J. Stoltenberg sostienen que precisamente el movimiento feminista en contra de la pornografía ha manejado, como uno de sus argumentos de peso, que la pornografía fomenta la violencia contra las mujeres. Ciertamente –por todo lo que se ha venido diciendo hasta este momento–, las imágenes pornográficas representan serias afrentas a la dignidad de la mujer. En no pocas ocasiones las mujeres que aparecen en esas escenas, son obligadas de alguna manera a tener una relación sexual con uno o varios hombres simultáneamente (aunque se trate luego de justificar que en el fondo ellas lo hacen porque lo desean por sobre todas las cosas).

En este mismo sentido, podríamos mencionar a la pornografía infantil, cuyas investigaciones más significativas comenzaron a mediados de los años 80 y que a la fecha es uno de los problemas de mayor relevancia en el mundo. Informes realizados a finales de 1987, determinaron que Europa es una de las fuentes principales de películas y revistas con pornografía. Esta problemática es considerada como una de las más graves transgresiones a los derechos de la infancia y la adolescencia, pues una persona usa el cuerpo de un niño/a o adolescente para sacar provecho de carácter sexual y/o económico, basándose en una relación de poder, considerándose explotador tanto aquel que intermedia u ofrece la posibilidad de la relación a un tercero, como al que mantiene la misma con el niño o niña o adolescente, no importando si es frecuente, ocasional o permanente”. Se trata de actos que colocan a los niños y niñas en una situación de completa indefensión y violencia.

Entre los factores que desencadenan el problema se encuentran las relaciones sociales de poder sexual (desde lo adulto y, habitualmente, lo masculino) que definen la dominación de niños, niñas y adolescentes como

eje de la explotación; la distorsión de valores provocados por los medios de comunicación que convierten a estos grupos en objetos de consumo; los déficit de orientación en el ámbito educacional y familiar; las expectativas consumistas inculcadas por el modelo de sociedad; los problemas que comprometen el ámbito familiar, como la violencia intrafamiliar, el incesto y el maltrato; los factores de exclusión social y fenómenos crecientes de migración, así como las nuevas formas mercantiles de actividades vinculadas al comercio y el turismo, incluidos avances tecnológicos que sirven de soporte a nuevas empresas de explotación, por ejemplo, las de pornografía.

Desde esta perspectiva, como se ha dicho en un inicio, la pornografía podría ser considerada como una de las herramientas que muchos hombres, particularmente los jóvenes, utilizan para adquirir conocimientos e información sobre sexo, por lo que resulta preocupante que tampoco se aborden temas del ámbito de la salud sexual, como puede ser la existencia de algunas enfermedades de transmisión sexual tales como el VIH/SIDA, así como propiciar algunas disfunciones sexuales como la eyaculación precoz, al alentar con los mensajes pornográficos la idea de que lo que cuenta en la relación sexual es el placer genital de la eyaculación como fin en sí mismo.

Generalmente, en las escenas pseudoeróticas que se muestran a través de la pornografía se involucra a dos, tres e incluso hasta cuatro hombres, penetrando a una sola mujer sin la utilización de ningún tipo de protección como el condón. Asimismo, se intercambian fluidos corporales tanto femeninos como masculinos, ya sea por vía oral, anal o genital.

f) ¿Por qué existe cada vez más pornografía?

En nuestra sociedad consumista, una sociedad capitalista donde los valores principales son la producción y adquisición de bienes de consumo, los objetos de deseo se convierten en productos. Donde quiera que pueda, el capitalismo producirá objetos para el consumo sexual. En países como Estados Unidos, por ejemplo, se generan en esta industria alrededor de 10 millones de dólares al año.⁹ Con ello se cosifica a los sujetos de la sexualidad a fin de vender otros productos. Puede decirse entonces que la pornografía es una mercancía y, como tal, muestra elementos salientes de mistificación y dominación. La pornografía es una forma de representación sexual que, por su naturaleza misma y como resultado de la fijación y el fetichismo que la rodean, representa formas distorsionadas y mistificadas de los objetos que describe. Pero también relata con exactitud la dominación real que ejercen los hombres sobre las mujeres.

Aunado a lo anterior, la actual proliferación de la pornografía obedece a diversos factores económicos y sociales. Los deseos que se expresan al mirar la pornografía son insaciables, no sólo porque el deseo sexual en sí es insaciable, sino porque la pornografía no permite una expresión integrada de deseos sexuales pasivos y activos. La pornografía se consume más porque cuenta con un mercado insaciable. Mientras mayor cantidad de pornografía se consume, más se estimulan los impulsos pasivos y receptivos, más se intensifica el consumo y más insaciables se vuelven los deseos. Mirar pornografía es una actividad que a la larga resulta insatisfactoria; que lleva a una mayor frustración y a una mayor tensión entre actividad y pasividad. Todo esto aumenta la tendencia de la pornografía a representar sadismo, por ejemplo.

⁹ Stoltenberg, John. *Refusing to be a man*, Meridian Books, New York, 1990, p. 119.

Conclusiones

La pornografía entendida como la difusión de mensajes producidos por la imaginación masculina, expresa la satisfacción alucinante, no real, de deseos, aspiraciones y exigencias, propias del sexo masculino, que no necesariamente coinciden con lo que muchas mujeres y también algunos hombres esperan de sus relaciones coitales.

Para muchos hombres, particularmente muchos jóvenes, la pornografía es una de las herramientas mediante las cuales se puede adquirir conocimiento e información, aunque distorsionada, en torno a la sexualidad, tema en el que socialmente se espera que ellos sean expertos.

La existencia de falsos estereotipos lleva a que tanto las mujeres como los hombres seamos socializados de maneras distintas, provocando que en asuntos tales como el sexo, se asignen distintos papeles para mujeres y hombres; esto es, la actividad, la toma de iniciativa y la sexualidad incontenible para los segundos; y la pasividad, la receptividad y la buena disposición para las primeras.

Si bien es cierto que el consumo de pornografía no origina problemas de la degradación de la mujer ni de la represión excedente de una amplia gama de deseos, actividades y anhelos sexuales, también es cierto que lo representa constantemente y, en cierto sentido, contribuye a perpetuarlo.

Asimismo, aunque no sea un factor determinante, se puede considerar que el consumo de pornografía incitará a algunos varones insatisfechos sexualmente por las fantasías eróticas que recibe en esos mensajes, a la comisión de actos de agresión, como abuso sexual en contra de las mujeres y quizá también de menores de edad.

Dado que aquellos varones que adquirieron sus primeras nociones en torno a la sexualidad a través de la pornografía, cuentan con un imaginario masculino basado en experiencias eróticas distintas a la realidad, en el momento de la convivencia con una pareja estos hombres tenderán a reproducir los mensajes recibidos y enfrentarán algunas dificultades en sus relaciones de pareja.

Así las cosas, estos hombres observan que las mujeres pueden rehusarse a sostener una relación sexual con todo derecho si no es su deseo; que la relación sexual no sólo se reduce al contacto genital; que es importante que en una relación sexual exista un intercambio de caricias y otras muestras de afecto, ternura y amor; que el lenguaje “erótico” no necesariamente consiste en repetir las palabras que presentan las viñetas o que dicen los personajes de las historias porno, sino que dentro de lo erótico caen las palabras dulces, tiernas y románticas.

Se puede decir que la pornografía, aun aceptándola como herramienta de instrucción sexual para muchos hombres, deja mucho que desear por cuanto hace a temas centrales como la salud reproductiva y sexual, toda vez que no se tocan en ella ni la utilización de métodos anticonceptivos, ni el uso del condón, ni la eyaculación no precoz, ni mucho menos la prevención de enfermedades de transmisión sexual como el VIH-SIDA.

Frente a este panorama, no queda más que proponer que:

En la lucha contra la pornografía, el asunto fundamental se centra en poder lograr por lo menos que se modifique la representación y el espectáculo sexista, los cuales codifican, simbolizan y hacen tangibles los problemas derivados de la supuesta supremacía masculina y contribuyen a propagar ideas tales como “lo que importa es la satisfacción del deseo del hombre, es decir, el fin último del sexo es la eyaculación”.

Es necesario fomentar una educación sexual antisexista y a favor de la práctica sana de la sexualidad, es decir, el sexo seguro y humanizado, en el que intervienen el placer (de hombres y mujeres), las emociones y los sentimientos de los participantes en una relación sexual.

Sumarse a una oposición activa a la pornografía no significa pugnar porque ésta desaparezca, quizá habrá que reconocer que la pornografía existe como una válvula de escape a la represión sexual de nuestra sociedad, pero lo que hay que impulsar es que el tipo de mensajes que se difunden a través de la pornografía cambien y sean menos distorsionantes de la realidad. Por ejemplo, que se deje claro que hay un acuerdo, incluso un intercambio monetario, para que se establezca una relación sexual; que los participantes de las imágenes pornográficas utilicen condones (se puede fomentar el uso del condón tanto masculino como femenino), así mismo, se debe difundir el uso de espermicidas y otras medidas de contracepción y de prevención de enfermedades de transmisión sexual como el VIH-SIDA o menos graves pero igualmente riesgosas como la vaginitis, producida por la falta de higiene y la penetración vía anal, seguida de penetración vaginal o viceversa.

Bibliografía y hemerografía

Hiriart, Vivianne, “Las exigencias sexuales de la masculinidad”, *Crónica Diario*, México, 200597, p. 4B.

_____, “Los hombres deberían saber todo sobre sexo ¿será?”, *Crónica Diario*, México, 220597, p. 4B.

Stoltenberg, John, *Refusing to be a man. Essays on sex and justice*, Meridian Books, New York, 1990.

Salas, Consolación, *Las Revistas Masculinas Mexicanas: Notas al Seminario de Estudios de la Masculinidad*, México.

Jiménez Guzmán, Lucero, y Olivia Tena Guerrero, “Notas sobre negociación coital”, documento presentado en la mesa de trabajo sobre ética y derechos en el ámbito de la sexualidad, la reproducción y la negociación de la crianza, El Colegio de México, 10 y 11 de junio de 1997.

Kimmel, S. Michael, *Men confort Pornography*, Meridian Books, New York, 1991.

Alberoni, Francesco, *El erotismo*, GEDISA, Barcelona, 1993.

Horowitz, Gad y M. Kaufman, “Sexualidad masculina: hacia una teoría de liberación”.

Lectura 9. "Reflexiones en torno a la paternidad responsable y la crianza de los hijos"*

Ma. Alejandra Salgueiro Velásquez** y Héctor Frías Barrón***

*Sua barriga me deu a mãe
O pai me deu seu braço forte
Os seios fartos me deu a mãe
O alimento, a luz, o norte...*

*Sua barriga te deu a mãe
Eu, pai, te dou meu amor e sorte
Os seios fartos te deu a mãe
O alimento a luz, o norte.*

Comunhão

Milton Nascimento- Fernando Prat

Han pasado millones de años ya desde aquel momento en que los hombres primitivos y las mujeres primitivas, a través de la domesticación de animales, comenzaron a darse cuenta de que sólo contando, por lo menos con un macho y una hembra de cada especie, éstas podían reproducirse. Así se inició, de acuerdo con lo que dice la antropología, la noción de que también en la especie humana el varón participa en su reproducción.

Este simple ejemplo nos ayuda a tener más o menos una idea de cuándo y cómo llegaron nuestros antepasados a comprender que los varones también participan en la reproducción. No obstante, el mismo ejemplo no ha sido suficiente para ubicarnos en el surgimiento del concepto de paternidad. Incluso puede decirse que apenas hoy están dándose los debates en torno a esto último.

La mayor parte de estos debates se ven permeados por una postura epistemológica desde el enfoque de género, cuya característica principal es que se centra en el sujeto, que se estructura a través de las diferentes instituciones como la Iglesia, la familia, el Estado, la escuela, la sociedad civil, etcétera; de ahí que una misma persona reciba influencias y se relacione bajo diferentes normatividades institucionales, que la estructuran de una manera particular y única. Esto rompe con las concepciones binarias sobre la realidad y el comportamiento humano, y da pauta a categorías multicausales y biosocioculturales (Beauvoir, 1977; Lewontin, Rose y Kamin, 1991; Lagarde 1993).

* Trabajo preparado para la Mesa de Discusión sobre Ética y Derechos en el Ambito de la Sexualidad y la Reproducción, el 10-11 de junio de 1997, en El Colegio de México, Programa de Salud Reproductiva y Sociedad.

** Psicóloga y profesora-investigadora de la UNAM-campus Iztacala. Estudiante del doctorado en Sociología, FCPyS-UNAM.

*** Licenciado y estudiante de maestría en Relaciones Internacionales, FCPyS-UNAM. Asesor en el área de Relaciones Exteriores en la Cámara de Diputados.

Abordar la paternidad desde la propuesta de la teoría de género como mencionan Castro y Brofman, implica construir una nueva estructura social, donde se hagan manifiestas aquellas formas de conocimiento que antes permanecían ocultas como condición de la dominación de género en una sociedad patriarcal. Podemos decir que la paternidad ha sido conceptualizada bajo un esquema de cientificismo patriarcal, donde el orden dominante establece los parámetros del ser varón enmarcados dentro de lo que social, cultural y, nosotros diríamos, incluso “erróneamente”, se considera como masculino: la fuerza física, la autoridad, la ausencia de sentimientos y afectos, aun cuando esto no necesariamente corresponde a la percepción y subjetividad y práctica de algunos hombres en particular. Así, podría considerarse la identidad genérica masculina no sólo en términos de la pertenencia a un determinado sexo, sino al cumplimiento no con los parámetros asignados.

Hoy, no únicamente en el trabajo terapéutico, talleres y seminarios sobre masculinidad, se pone en tela de juicio el comportamiento de algunos hombres, sino también en las actividades cotidianas como son la crianza infantil que incluye una amplia gama de interacciones como el cuidado básico de hijos, la participación en el ámbito escolar, las tareas, necesidades de los mismos y, por qué no, hasta el darse un tiempo para manifestar como cualquier ser humano sus afectos y necesidades personales, eventos y vivencias que no habían sido nombrados por considerarse femeninos. Es necesario, entonces, redefinir el lenguaje, a fin de establecer el uso de un lenguaje libre de género mediante el cual sea posible concebir y conceptualizar el mundo y las relaciones entre seres humanos de una manera diferente.

Así las cosas, los procesos de maternidad y paternidad podrían analizarse con categorías distintas que nos permitan pensar y replantear las relaciones entre quienes participan en éstos, es decir, mujeres y hombres, sin restringirlas única y exclusivamente al ámbito de la fecundidad. Una posibilidad analítica podría partir también desde la salud y los derechos reproductivos, donde la salud y las relaciones entre los individuos pueden ser vistas en términos biológicos, psicológicos, sociales e incluso laborales. Al estudiar estos aspectos a partir de las relaciones entre los personajes que participan en la reproducción biológica, y atendiendo a los grupos y al contexto social en el que se dan, se confiere a la maternidad/paternidad un sentido y significado particular, ya que en un medio donde hay desigualdad de oportunidades de participación y toma de decisiones, las opciones de vida son distintas para hombres y mujeres.

Quisiéramos aquí referirnos a algunos dilemas relativos al proceso de paternidad/maternidad y de la crianza de los hijos, y que tienen que ver con lo que hasta ahora siempre se ha asumido de manera equívoca, que son las mujeres las que se reproducen biológicamente y los hombres socialmente. Desde esta perspectiva, en una sociedad patriarcal se da por hecho que la maternidad, el cuidado y la crianza de los hijos corresponde a un ámbito privado y propio de las mujeres, justificado incluso por discursos en torno a comportamientos y conductas instintivas y por tanto naturales: que las mujeres, atendiendo al llamado “instinto maternal”, son las que deben dedicarse al cuidado, protección, crianza y educación y desarrollo de los hijos. Con este esquema de naturalidad, se da por hecho que los hombres quedan exentos de cualquier participación en dichos procesos. Es, sin embargo, a partir de los discursos feministas y de la teoría de género que se desmonta el concepto de la supuesta naturalidad del comportamiento, dando la pauta para reflexionar y replantear la visión en torno a la paternidad-maternidad como eventos construidos y significados de las vivencias particulares de los individuos.

Autores como David Blankenhorn (1995) aseguran que “la paternidad es una invención cultural en mayor medida que la maternidad, ya que la contribución biológica del varón se reduce al momento de la concepción”. Lo anterior responde, quizá, a que es mucho más fácil, por lo menos desde el punto de vista biológico, ubicar en qué momento “se inicia la maternidad”. Aunque existen, más allá de este aspecto, algunos elementos que nos hacen pensar que hay distintos criterios sobre cuándo se comienza a ser madre; un ejemplo de esto lo encontramos frecuentemente en aquellos libros dirigidos sobre todo a mujeres, en los que se explica, paso a paso, el proceso del embarazo y se dan consejos relacionados con los cuidados nutricionales, médicos e incluso estéticos, para la mujer embarazada y su bebé. Regularmente estos libros hablan de la futura madre, dando la impresión de que la mujer sólo ha de convertirse en madre hasta después del parto. Nosotros consideramos que el proceso se inicia desde la generación de deseos y expectativas en torno a la decisión de concebir un hijo.

Por lo que se refiere al inicio del ejercicio de la paternidad, la situación se torna menos clara, ya que en el caso de los varones no existe, de manera determinante y notoria, una forma biológica de experimentar las transformaciones hacia el estado de la paternidad. Por otra parte, no se pueden dejar de lado ciertos factores sociales, laborales, psicológicos y de otro tipo, que no faciliten su ejercicio.

No obstante lo anterior, consideramos que, actualmente, algunos hombres han comenzado a trabajar en la difícil tarea de replantearse la posibilidad de involucrarse también, desde el afecto y las emociones, en el proceso de gestación y nacimiento de sus hijos. La mayor parte de estos hombres parten de su propia experiencia como hijos para diseñar lo que quieren y lo que no quieren “reproducir” en su experiencia como padres y de ahí que, como veremos más adelante, se deba hablar de diversas formas de ejercer la paternidad o, parafraseando a Benno de Keijzer, de diferentes paternidades. En consecuencia podemos decir, aunque no necesariamente siempre suceda así, que la paternidad es vista por algunos hombres como un proceso o como un proyecto donde se puede incursionar en una relación donde se dé retroalimentación de información afectiva, de conocimientos y experiencias de vida con los hijos y no como una posición de responsabilidad.

Empero, en la medida en que la maternidad se siga visualizando como algo natural, biológico, universal y propio de las mujeres, porque tradicionalmente se ha pensado que esto es lo que le otorga un valor como persona, no se podría avanzar en el análisis, pues estaríamos confrontándonos con entidades estáticas, inamovibles y ya dadas. Por tanto, se hace necesario que replanteemos dimensiones de organización genérica, de identidades masculina y femenina, de los papeles de género y de los que la normatividad institucional les ha asignado. Ello, sobre todo, en una era donde la mujer participa cada vez más y de manera activa, en diversas áreas de la vida social, económica, intelectual y política.

Al aceptar la cualidad reproductiva de los hombres, éstos estarían en posibilidad de asumir una participación más directa en el proceso de los cuidados y la crianza de los hijos, lo que permitiría el establecimiento de relaciones más tempranas del varón con la pareja y con los hijos, que incluirían obviamente el acompañamiento del embarazo de la primera, así como la acumulación de experiencias de convivencia con los segundos, y que hablaran de los beneficios de aprender a crecer junto con éstos en una cotidiana relación afectiva. A partir de este tipo de experiencias, los varones serían más conscientes de su corresponsabilidad reproduc-

tiva, dando a la paternidad la misma importancia que se da a la maternidad y, por consiguiente, a la responsabilidad y derechos de participar en la guarda-crianza de sus hijos.

Nosotros estimamos que, gracias a estas vivencias, actualmente los varones comienzan a desarrollar habilidades de relación que antes ni siquiera habían imaginado, ya que pertenecían a un campo poco explorado por ellos, del cual siempre formaron parte, pero sin ser conscientes.

El proceso de normatividad en la negociación de la crianza

Legendariamente, mujeres y varones por igual hemos sido socializados a partir de imposición de modelos configurados para unas y otros; de ahí que de las niñas y mujeres se esperen actitudes de dependencia, pasividad y sumisión, mientras para los niños y hombres quedó la actividad, el control de la emotividad y de la capacidad de proteger. Asimismo, se asignaron a las mujeres las tareas invisibles socialmente, esto es, las labores domésticas y la crianza de los hijos; para los hombres están aquellas actividades del ámbito público como el trabajo y la generación de bienes materiales. A ellas se les ha definido como intuitivas, amables y cariñosas, y a ellos como fuertes, agresivos y valientes.

Esta mentalidad colectiva ha actuado por años tanto a nivel social como a nivel psicológico, dando por resultado la reproducción de creencias tan interiorizadas de las que ni siquiera es fácil darse cuenta (Flecha, 1996). La construcción de los espacios reproductivos y la crianza de los hijos no han escapado de la influencia de estas creencias, ya que también en estos campos existe cierto tipo de normas que socialmente se dicen propias de la mujer o del hombre, y que nos llevan a confrontarnos con la creencia de que “el deber ser” está definido por “otros”, esto es, las instituciones normadoras de los espacios en las relaciones sociales.

Ciertamente, son las instituciones a través de diferentes mecanismos, las que establecen criterios de normatividad, vigilancia y reproducción de la misma, a veces de una manera explícita, pero otras con procesos implícitos en las conductas cotidianas que prevalecen en los ámbitos sociales de referencia. En el caso de la reproducción y la negociación de la crianza, desempeñan papeles importantes, entre otros, la familia, las instituciones de salud, las diferentes religiones y el sistema escolar, a través del tipo de mensajes, valores y estereotipos que transmiten para el hombre y para la mujer, y al valor que le asignan al ámbito reproductivo (Figueroa, 1995).

Por ello, la discusión sobre la normatividad es difícil si se piensa en términos de un relativismo absoluto, en donde se conciba a las instituciones como entes abstractos, donde las normas se consideren estáticas, inmutables, dadas de una vez y para siempre; donde los individuos son simplemente receptores y se les anula su papel como actores. Marta Lamas (1993) considera que habría dos formas distintas al definir las normas: la deontológica, bajo un presupuesto ético del “deber”, donde lo que importa es el cumplimiento o incumplimiento de la regla; y la teleológica, donde se consideran las aspiraciones de las personas y los objetivos hacia los cuales debería tender la conducta humana, donde se evalúa en función del contexto, de los fines y los medios.

Es necesario, sin embargo, tomar conciencia, asumir y desempeñar un papel más participativo en cuanto actores sociales capaces de cuestionar, tomar distancia e influir y modificar las normas. Nosotras las mujeres y nosotros los varones podemos impulsar que se nos reconozca la autoridad moral que como individuos tenemos. Ciertamente, esto no es fácil, sobre todo en contextos institucionales poco democráticos, en los cuales sólo se puede concebir la autoridad de manera lineal, unidireccional y generalmente vertical.

El concepto de derechos humanos identificado como un sinónimo de “necesidades esenciales del ser humano”, las cuales son el conjunto de características y de mínimos que deben cumplirse y que requiere dicho ser para desarrollar sus propias capacidades, nos da la pauta para contemplar a los seres humanos no únicamente en su ser biológico, sino psicológico y social, con posibilidad de toma de conciencia, una conciencia que se estructura y se construye a través de experiencia, ideas y creencias. Ortega y Gasset (1968) considera que las ideas son aquellos comportamientos productos de elaboraciones racionales, y las creencias son propuestas que se aceptan independientemente de su racionalidad, que se dan por hecho, no se cuestionan y muchas veces se aceptan por costumbre. Ello no implica, por supuesto, que sean irracionales, sino que no requieren la razón para ser aceptadas. Éstas influyen en la conformación de identidades de la persona y de los papeles que asumen.

Hasta hace poco tiempo relativamente, la familia había sido considerada como un ámbito de reproducción de relaciones sociales, cuya autoridad se centraba en los adultos, generalmente en el padre, quien a su vez establecía las normas a seguir en los espacios de vida. De esta manera, la familia urbana clase media moderna se distribuía los papeles de manera marcada. La madre era la responsable del cuidado y la crianza de los hijos; el padre proveía los bienes materiales y la protección a la familia; los hijos acataban la normatividad vertical del padre, sin posibilidad alguna de negociación, de decisión y mucho menos de autoridad. Lo anterior no significa necesariamente que en la actualidad la situación sea distinta, todavía son muchas las mujeres que juegan un doble papel: el tener que cuidar tanto del hogar y de los hijos y el trabajar para sostener a su familia, aunque en algunos ámbitos se han empezado a establecer juegos de papeles diferentes a los tradicionales.

Tratando de hacer un análisis del contexto familiar, podemos decir que la familia no es un ente abstracto; como institución forma parte de un proceso que, con el tiempo, ha venido experimentando una serie de cambios a partir de las múltiples influencias sociales y culturales (Flandrin, 1979; Elias, 194), donde desde una visión determinista y biologicista se han generado discursos y conformaciones simbólicas del ser mujer o del ser hombre, llegando a atribuirse a representantes de uno y otro género determinaciones de espacio y poder. Marcela Lagarde (1993) plantea que algunas mujeres se autoconstruyen y se autosignifican simbólicamente para vivir sus vidas en espacios privados, como son la casa, la conyugalidad y la crianza, en tanto que a la mayoría de hombres se les asigna el espacio público. No es de extrañar que, en una sociedad patriarcal y bajo una concepción biologicista, se puedan seguir manejando discursos en los que se considere que las mujeres se reproducen biológicamente, en tanto que los hombres se reproducen socialmente, discursos que han venido siendo desmontados desde la teoría de género.

Actualmente, se puede hablar de cambios en las relaciones entre los géneros y en el interior de los mismos, cambios que han producido efectos en las estructuras familiares. Al respecto, Schmukler (1996) refiere co-

mo modelo de autoridad familiar “un sistema simbólico presente en las relaciones de parentesco en las que las jerarquías se ordenan en función de la capacidad individual de manejo de recursos materiales, de provisión de bienes, de formación y de conocimientos provenientes del mundo público”. En este sentido, la legitimidad de la jerarquía superior estaba asociada históricamente con el padre, en la medida que era el que tenía la facilidad de entrada y salida al mundo público, de manejar los instrumentos de dominio del mismo y generar recursos que le permitían ser el principal proveedor del hogar. Las actividades en el interior del hogar, asociadas con dicho mundo, son también las más prestigiosas, por lo que las tareas emocionales, de cuidado y crianza de los menores, se “invisibilizan” y desvalorizan en la medida en que no son reconocidas en el mundo del intercambio material.

Hoy, somos partícipes de algunas transformaciones que han hecho visibles las implicaciones de lo que sucedía en el ámbito privado de la familia y no fue sino a partir de que las mujeres comenzamos a involucrarnos en tareas productivas y remuneradas que fue posible revalorizar nuestra autoestima y replantear una subjetividad menos subordinada a la autoridad masculina, generando cambios en nuestra identidad y llevándonos a negociar, en igualdad de condiciones con nuestros compañeros, para tratar de modificar la complementariedad típica de la división sexual del trabajo. En la medida que las mujeres nos vamos reconociendo con autoridad legítima, nos es posible cuestionar los lugares de autoridad jerarquizados, y colocarnos en un nivel con posibilidad real de negociar decisiones con los hombres en una sociedad patriarcal que, trabajando conjuntamente mujeres y hombres, podemos ir transformando en una sociedad cada vez más democrática.

Es necesario entender que, en la medida en que hombres y mujeres insistamos en la importancia que reviste llevar a cabo un mayor cuestionamiento sobre los procesos de vida que fomenten transformaciones en los sistemas de autoridad familiar, vamos a poder profundizar también en el replanteamiento de la supuesta “naturalidad” de la autoridad, la rigidez y el peso de la carga de la responsabilidad paterna de velar, a ultranza y por sí solo, por su familia. Asimismo, podremos abrir espacios para una mayor cooperación y participación de pareja en las tareas domésticas, particularmente, en el caso que nos ocupa, la responsabilidad del padre en torno a la crianza, la educación y el desarrollo de los hijos.

Siguiendo con este tenor, consideramos que es posible que el cambio en las estructuras familiares haya favorecido el que los hombres empiecen a participar en la crianza infantil; sin embargo, no sabemos si ello respondió sólo al empoderamiento que las mujeres empezaron a asumir, o bien porque fueron delegando cada vez más responsabilidades domésticas o del cuidado de los hijos a los hombres, o tal vez porque cuando se habla de cambios de identidad en la mujer también se ejerce una influencia en los hombres. Lo relevante aquí no es saber si fue primero la gallina o el huevo, sino el hecho de reconocer que parte de estos cambios en la identidad de los hombres tendrían que ver con el hecho de que ellos mismos van descubriendo la posibilidad de vivir y “vivirse” de una manera diferente, es decir, relacionándose con una pareja en términos más igualitarios, compartiendo decisiones de vida, una vida que pertenece al mundo de los dos, donde exista la posibilidad de comunicar, expresar y negociar el tipo de pareja y familia que se desea construir, y cuando fuere ese el caso, la vivencia de los hijos, desde la decisión de tenerlos, las expectativas en torno a su llegada, la interacción que establecerán con ellos, así como el acompañamiento a lo largo de sus vidas, incluyendo, por supuesto, el respeto a sus necesidades, demandas y decisiones.

Bajo estas consideraciones, se podría pensar en un reordenamiento y reestructuración del poder y de la autoridad familiar, con una tendencia democrática, donde todos y cada uno de los integrantes (hombres y mujeres adultos, adolescentes y niños) puedan ser concebidos como detentores de autoridad, en tanto sujetos con derechos y responsabilidades en su entorno de vida. Esto llevaría a una reconceptualización de las relaciones familiares esposo-esposa, madre-hijo, padre-hijo, ya que se cuidaría y consideraría “el pensar y el sentir de cada una de las personas” que integran el núcleo familiar.

Consideramos que el no reconocimiento y valorización de las actividades en torno a la crianza de los hijos, si bien ha estado arraigado bajo una concepción histórica, biologicista y patriarcal, también es cierto que se ha subestimado la participación del padre en dicho proceso, debido a la sobreespecialización de lo que se considera propiamente de los ámbitos masculino y femenino, cuyo fundamento, insistimos, se basa en una creencia de “naturalidad instintiva”, de acuerdo con la cual “sólo las mujeres saben cómo se debe criar y cuidar a los hijos”, creencia que incluso ha sido avalada en gran parte por la psicología del desarrollo, donde se asume que es la madre quien tiene la capacidad para criar adecuadamente a los menores. Sin embargo, Badinter (1981) desmitifica la figura materna y por tanto el “instinto maternal”, abriendo la posibilidad de construir un modelo de guarda-crianza y educación de los infantes, en el que intervenga no únicamente la madre, sino también el padre, en calidad de coprotagonista del mismo proceso. Podríamos plantearnos igualmente si no se ha mitificado la figura paterna, a través de discursos y creencias de que “no es capaz” de poder cuidar y criar a un hijo adecuadamente, aunque cabría cuestionarse ¿quién o quiénes dictaminan si la forma como lo hace es la más adecuada o no?

Una de las posibles respuestas al cuestionamiento anterior es que, en muchos casos, son las propias mujeres, llevadas de manera inconsciente por las creencias e ideas con las que fueron educadas en sus familias de origen, quienes no permiten que los hombres se den la oportunidad de constatar que las habilidades se desarrollan mediante la práctica y que nadie, ni hombres ni mujeres, nacen sabiendo hacer lo que se dice propio de ellos y ellas.

Si partimos del supuesto de que los seres humanos nos construimos y aprendemos a ser mujeres o a ser hombres, igualmente podríamos plantear que así como una mujer puede aprender a ser lo que en su cultura se concibe como madre, un hombre también puede aprender a ser padre, y puede llegar a aprender incluso a ser un padre autoritario, desligado emocionalmente y poco involucrado con sus hijos, o bien puede optar por ser un padre participativo, cariñoso, afectivo y con posibilidad de disfrutar la crianza y el desarrollo de los hijos que decida tener. Esta visión nos llevaría a cuestionar y replantear dichos campos de especialización, tanto para la mujer como para el hombre.

Paternalidad y proceso de crianza de los hijos

La llegada de un hijo altera por completo la vida de una persona, ya que los tiempos, espacios y la vida en general no son lo mismo antes y después, no sólo del nacimiento, sino desde la expectativa de tener un hijo. Esto cambia y modifica la constitución misma y los niveles de subjetividad en las personas, sean mujeres u hombres de manera diferencial, ya que una mujer o un hombre se confronta con el hecho de aprender a vi-

vir con una nueva y desconocida persona que es el hijo, y no es sino en la interacción cotidiana, momento a momento, donde se van descubriendo tanto la madre con su hijo, como el padre con su hijo y, como toda relación novedosa, requiere de tiempo, constancia y tolerancia para conocer las necesidades, deseos y expectativas de ese ser que llega a alterar nuestras vidas. Sin embargo, no sabemos en qué grado afecta o modifica las vivencias de los hombres la expectativa y llegada de un hijo, donde de hecho los confronta no sólo con su historia personal de vida, sino con toda la historia socialmente construida en torno al ser hombre, y ser padre, ya que no ha habido investigación suficiente.

Es necesario, entonces, analizar y tratar de entender el comportamiento paterno en el ámbito reproductivo, incluyendo la crianza de los hijos, no únicamente como un evento biológico, sino como un proceso complejo de dimensiones biológicas, sociales, psicológicas y culturales relacionadas entre sí. Figueroa (1984) considera que en un sentido amplio e integral, este comportamiento paterno comprende todas las conductas y hechos relacionados al cortejo, al apareamiento sexual, la unión en pareja, las expectativas e ideales en cuanto a la familia y a los hijos, la planeación del número y el espaciamiento de los hijos, el uso o no de algún método de control de la natalidad, la actitud y la relación con la pareja durante el embarazo, el nacimiento de los hijos y el apoyo económico, educativo y emocional hacia ellos. Luego debe ser visto como un proceso de reproducción biológico-social-cultural en pareja y no de hombres y mujeres por separado, como tradicionalmente se ha visto, donde la mujer se reproduce biológicamente en tanto que el hombre se reproduce socialmente.

El planteamiento anterior, desde un enfoque de género, nos obliga a renombrar las relaciones familiares en el entorno de la reproducción y la crianza. Nos enfrentamos a la necesidad de analizar e investigar “la vivencia y significado de la paternidad”, entendido como un proceso de construcción de los varones, ya que algunos han sido dejados –o colocados ellos mismos– de lado, o no tomados en cuenta en el proceso de embarazo, parto, puerperio y crianza, por considerarse “erróneamente” eventos de carácter biológico, natural y propiamente universales de la mujer. Hoy, hombres y mujeres encontramos formas de vida distintas, en las que los varones empezamos a participar en dichos espacios y, por qué no, a disfrutarlos, pues el proceso de paternidad lo comenzamos a vivir estrechamente ligado al de maternidad.

Empero, estimamos que es fundamental para que se dé el cambio en la conducta de los varones frente a la paternidad, dejar de ver ésta como una relación de autoridad, y que comience a ser vista como un espacio en el que los varones podemos también involucrarnos desde el inicio del proceso, es decir, desde el momento de decidir, conjuntamente con la compañera, si en pareja se opta por el embarazo o no, con el propósito de establecer lazos afectivos, de respeto y de enseñanza mutua entre él y sus hijos.

Retomamos aquí el planteamiento que hacen Sonia Correa y Rosalind Petchesky (1994) respecto a las bases éticas sobre los derechos reproductivos y sexuales, no únicamente para las mujeres, sino también para los hombres, en cuanto a los cuatro componentes: integridad corporal, el ejercer como persona, la igualdad y el respeto a la diversidad, ya que las nuevas concepciones sobre masculinidad con perspectiva de género han abierto espacios para considerar una resignificación del varón, con sensibilidad, con posibilidades de disfrutar plenamente su paternidad, posibilidad que comprende desde la toma de decisiones respecto al ser padre, así como la facultad de que, a partir del afecto y el amor, se entreguen a las vivencias del embarazo, al esta-

blecimiento del contacto emocional con los hijos a través de la crianza y su proceso de crecimiento, donde tanto adultos como infantes se perciben mutuamente como seres íntegros.

La investigación psicológica indica que la relación armoniosa padres-hijos influye, de manera decisiva, en la inserción de estos últimos en el mundo social. Mucho de lo que ocurre en esta relación transforma a un organismo biológico a la categoría de ser humano, para lo cual es indispensable iniciar y confrontar a los adultos, dentro de una nueva clase de experiencias y responsabilidades. A través de esta faceta del proceso de socialización, padres e hijos adquieren el conocimiento, actitudes, habilidades, valores y expectativas que los llevarán a integrarse dentro de nuevas relaciones sociales.

El papel del padre en la crianza

Aun cuando la investigación sobre desarrollo infantil tradicionalmente haya centrado su atención sobre la figura materna como la responsable del mismo, también es cierto que existe evidencia psicológica que nos dice que no es la madre la única responsable del desarrollo del infante. Farran (1982) indica que la creencia de que la madre es el primer agente de socialización es inapropiada, ya que la socialización y las responsabilidades de guarda-crianza del niño son compartidas generalmente entre los adultos o bien hermanos mayores. Bronfenbrenner (1979), Belsky (1981), Paterson & Rollins (1988), Rogoff (1993) argumentan que el niño, desde que nace, es un ser social que se va integrando y desarrollando a partir de la relación con los otros, llámese padre, madre, abuelos, tíos, hermanos, etcétera; se puede decir que, si bien la madre juega un papel importante en el desarrollo del infante, también lo hace el padre, por lo que es pertinente darle el papel que realmente le corresponde en el proceso de crianza y de desarrollo de los menores y del suyo propio como persona.

Algunas de las investigaciones realizadas durante las décadas de los setenta y ochenta¹ han sugerido y demostrado que los padres varones son tan activos e involucrados en el cuidado del niño, y tan buenos para la paternidad como las madres. Son afectivos, responsables, cuidadosos y activos como ellas, aun y cuando el tiempo real que permanecen con sus infantes sea mínimo. Belsky y Cols. (1984) enfatizan que los padres pueden ser tan sensibles con sus hijos como las madres cuando sus pequeños se encuentran entre los 12 y los 18 meses.

Particularmente Bronstein (1984) y Parke (1986,1996), consideran que en los últimos diez años se han dado diversos cambios en los papeles y estructura familiar, por lo que los investigadores se han enfocado más en el papel del padre en la familia, en la cantidad y tipo de involucramiento o compromiso para con sus hijos. La idea que tenemos hoy sobre el papel del padre tiene muy poco que ver con la que teníamos hace diez o quince años. Ahora sabemos que a algunos padres les cabe un lugar muy especial en la evolución psicológica de sus hijos desde el momento de la gestación y nacimiento. La investigación ha mostrado que el padre es potencialmente capaz de manifestar sensibilidad, responsabilidad y vínculos afectivos ante los hijos, y que no se encuentran diferencias significativas entre la forma de relación entre la madre y el padre para con sus hijos.

Específicamente, como hemos mencionado, el ser padre está conformado y significado por una serie de mitos en torno a la figura misma, a las funciones y papeles que representa.

¹ Lamb, 1977; Clarke-Stewart, 1978; Belsky, et al., 1984; Bronstein, 1984; Clevenger y Sockdale, 1984; Crawley y Sherrod, 1984; Easterbrooks y Goldberg, 1984; Power, 1985; Rehgold, 1982; Russel y Rusell, 1987; Sprunger, Boyce y Gaines, 1985; Yablonsky, 1993.

Durante gran parte del presente siglo, y todo el anterior, nuestra cultura se había ajustado a este punto de vista. Por tradición y creencias nunca se ha considerado al padre comprometido en la guarda-crianza del menor, sino paseando nerviosamente por la sala de espera durante el parto, no cambiando pañales o preparando biberones, sino manteniéndose a prudente distancia de los niños y dejando la responsabilidad de la crianza casi por completo a su compañera. Confinados a su papel de ganar el sustento de la familia, estos míticos padres proporcionaban un modelo distante pero firme a sus hijos y de apoyo moral y material a sus compañeras.

Sin embargo, este estereotipo de padre podríamos hipotetizar que ya no es vigente en la actualidad, por lo menos en un gran número de casos. No existe hoy en día un tipo único de padre. Quizá algunos siguen apartados de la crianza de los hijos, otros participan activamente en la misma y otros, incluso, son quienes cuidan directamente a los niños.

Consideramos que los diversos cambios tecnológicos, económicos e ideológicos, que han tenido y tienen lugar en nuestra sociedad, están dando una nueva interpretación de lo que es ser padre. Esta nueva dimensión de la paternidad está estrechamente relacionada con la inserción de las mujeres en la vida productiva, ya sea por motivos de realización profesional o bien por necesidad económica. Existen en la actualidad muchas más mujeres que trabajan jornadas completas fuera del hogar. En consecuencia, algunos padres van asumiendo más responsabilidad en los cuidados y la crianza de sus hijos pequeños. Luego, no es accidental que, precisamente cuando el padre se ha introducido en una brecha abierta por las circunstancias sociales, nuevas formas de paternidad hayan comenzado a sustituir el viejo estereotipo.

Con base en lo anterior y desde la perspectiva de Benno de Keijzer (en este mismo libro), nos vemos obligadas y obligados a pensar y a reflexionar sobre las formas de relación en el interior de la familia, así como a confrontar la naturalización que históricamente se ha hecho de las relaciones y papeles de género que se nos presentan como naturales e inmutables. En este sentido, no podemos seguir hablando de la paternidad en singular, sino de las “paternidades” en plural, porque hay diversas formas de ejercerlas. En suma, la paternidad está envuelta en algo más amplio que es la construcción de la masculinidad, como resultado de complejos y diversos procesos de socialización.

Efectivamente, son aún muy pocos los hombres que se han percatado de los beneficios que trae consigo el aprovechar la igualdad entre los sexos, y de que al aumentar los derechos de las mujeres también pueden aumentar los derechos de los varones. Los hombres y mujeres que estamos comenzando a cuestionar la masculinidad y en consecuencia su actitud frente a la paternidad, observamos que existen muchos hombres que no están conformes con la manera en que sus padres se relacionaron con ellos cuando eran niños, por lo que están empeñados en modificar el papel del padre en el interior de la familia. Aunque muchos de ellos han reportado algunas barreras encontradas en esa tarea:

1. Verse a sí mismos como los proveedores de la familia;
2. Su incapacidad emocional para tratar con los niños;
3. El monopolio que ejercen sus esposas o compañeras en relación con el cuidado de los hijos, así como las exigencias de éstas de perfeccionismo y especialización en las tareas domésticas;

4. El tiempo que les quitan sus otras ocupaciones: trabajar en otras áreas, tiempo extra, largas jornadas de trabajo, etcétera.

No obstante lo anterior, es importante insistir en que la recuperación, tanto de la paternidad como de la masculinidad, se fundamentan en algunas cuestiones pendientes como pueden ser: el superar –en la teoría, pero sobre todo en la práctica– los diversos discursos socialmente establecidos que configuraban un estatuto menor de la paternidad frente a la maternidad, toda vez que con esta concepción se limita al padre a su función económica, y se desdibuja su irremplazable papel como educador y guía de los hijos. Como dice Evelyne Sullerot, “los padres no lograrán nuevos derechos más que asumiendo voluntariamente nuevas cargas”.

Las disposiciones legales en materia laboral y de seguridad social y familiar no son iguales para mujeres y hombres

Estas consideraciones nos permiten reflexionar sobre algunos discursos en torno a la maternidad/paternidad, donde hoy se reconoce que los hijos no son sólo responsabilidad de la madre, y que la paternidad ha comenzado a tomar su lugar junto a la maternidad. En México, dichos discursos han sido avalados por la demografía, la medicina, el derecho laboral y las instituciones de seguridad social y familiar.

Así, por ejemplo, los indicadores utilizados para interpretar sociodemográficamente el comportamiento reproductivo de la población y el tipo de políticas definidas para tales propósitos, se han centrado en la mujer, pues el análisis demográfico tiene dentro de sus dinámicos fundamentales la mortalidad, la migración y la fecundidad. Figueroa (1994) comenta que es de llamar la atención que, en lo que respecta a la fecundidad, es un indicador calculado en función de la mujer, lo que no sucede con la mortalidad y la migración. La tasa global, la tasa general y las tasas específicas de fecundidad, así como el promedio de hijos nacidos vivos, difícilmente pueden imaginarse calculados para el varón y no únicamente por las dificultades prácticas de identificar el número de hijos de los mismos, sino por los pocos esfuerzos teóricos para reconceptualizar la reproducción y la fecundidad de una población, sin limitarlas a lo que ocurre con la población femenina, pues es imposible que se lleven a cabo sin considerar a la población masculina.

Coincidimos en que, si bien se centra el análisis en la mujer, se debe empezar a pensar que son las parejas quienes se reproducen, por lo que es importante incluir el papel de los varones en el proceso reproductivo y la crianza de los hijos. Sin embargo, es necesario investigar en torno a la actitud de los propios varones y mujeres respecto a la forma y grado de participación en el proceso reproductivo, pues no se sabe cómo es que un hombre decide o si realmente decide tener hijos y en qué condiciones se lleva a cabo tal proceso de decisión y de qué manera participa. Por lo tanto, al hablar de condiciones de posibilidad para las decisiones reproductivas, es necesario tomar en consideración el conjunto de relaciones sociales, institucionales, familiares y de pareja que pueden facilitar o dificultar dicho proceso.

Un elemento importante a destacar en el entorno reproductivo y la guarda-crianza de los hijos, es que si bien sabemos teóricamente que algunos padres se involucran con éstos y éstas, siendo considerados como competentes y afectuosos, no sabemos realmente cuáles son sus expectativas sobre un hijo, cómo es que pensa-

ron relacionarse con ese nuevo ser, ya sea por primera vez o dependiendo del número de hijos que se tengan; qué tipo de expectativas depositan en sus hijos y si dichas expectativas son personales o compartidas con la pareja, es decir, si se construye la idea de paternidad o maternidad en el nivel individual o de manera compartida con la pareja.

Entrar en el terreno de la reproducción desde los varones es difícil, si tomamos en cuenta que una gran mayoría de ellos ni siquiera se lo han cuestionado, pareciera ser que la reproducción para los hombres, en muchos ámbitos sociales, continúa siendo “biológica” y “cosa de mujeres”, llegando a cuestionarles a las compañeras el “por qué no les dan un hijo varón si ya llevan tres niñas”, lo cual refleja que, desde el particular punto de vista de algunos hombres, son sólo las mujeres las que se reproducen e incluso de quienes depende el sexo de los hijos. Nada es más falso que eso, lo cual sugiere que algunos hombres viven sin información alguna en torno al proceso de reproducción, y asumen actitudes con base en creencias muchas veces erróneas. Estas consideraciones nos llevan a pensar que el proceso de decisión, en el ámbito reproductivo, el espaciamiento y las expectativas en torno a la crianza de los hijos, no han sido vistas como un proceso que debe ser analizado y reflexionado por los individuos, y mucho menos discutido con la pareja en la mayoría de nuestra población.

Sin embargo, queremos destacar que también existen otros hombres que se han cuestionado y replanteado su papel como compañeros, donde han ejercitado mínimamente la toma de decisiones de manera democrática con otra persona, y han pensado incorporar en su existencia la decisión de tener hijos, y las expectativas en torno a su proceso de crianza y desarrollo. Se puede decir, por tanto, que el proceso mediante el cual individuos concretos manifiestan cierto tipo de comportamiento reproductivo, puede estar relacionado con las condiciones de su vida cotidiana en sus diversos componentes económicos, sociales, culturales, psicológicos y biológicos, que le confieren especificidad y particularidad a dicho comportamiento como género.

Aquí surge otra interrogante respecto a la forma como se perciben los hombres en el proceso de decisión de ser padres y la participación en la crianza de sus hijos y hasta qué punto esto tendría que ver con los valores y normas influidas por la familia de origen, los medios de comunicación y los discursos en torno al ser varón que se traducen en creencias, ideales y preferencias que toman cuerpo en opiniones actitudes y conductas, que muchas veces son confrontadas con sus propias vivencias, deseos y necesidades ante nuevas realidades, que constantemente entran en contradicción.

En suma, creemos que sería necesario investigar cómo es que los hombres van asumiendo los discursos y vivencias de la paternidad fuera del carácter de naturalidad; cómo se sienten cuando tienen la posibilidad de ser visualizados como copartícipes en el proceso reproductivo que no se circunscribe a la idea de tener descendencia, sino cómo involucrarse en el proceso de crianza y desarrollo de manera permanente a través de los diferentes momentos del ciclo vital.

Debido al tipo de construcción que caracteriza las identidades tradicionales de hombre-mujer, poco se ha investigado sobre la soledad en la paternidad, como refiere Figueroa (1994), y sobre la marginación del varón por cuanto toca a la interacción con sus hijos, así como su relación de pareja, precisamente por “tener que cumplir con sus responsabilidades y disfrutar de sus privilegios”; no se ha investigado o cuestionado

cómo se sienten con las responsabilidades que socialmente se les asignan y cómo las viven cuando no pueden ser resueltas en su totalidad, por ejemplo, en cumplimiento económico, fortaleza, virilidad, negación en trono a la afectividad y demostración de emociones y sentimientos. También resultaría interesante abundar en el análisis para determinar si con estos elementos se puede hablar de privilegios para los hombres, o desde dónde se podría hablar de los mismos, ya que en cada uno de los elementos mencionados, igualmente se aludiría a privilegios que histórica y socialmente les han sido negados, por ejemplo: el no tener tiempo para estar y convivir con sus hijos al nacer, o cuando éstos se enferman.

En este sentido valdría la pena mencionar que el pasado 28 de abril, ante el pleno de la Cámara de Diputados, fue presentada una iniciativa de ley que pretende elevar a rango constitucional el derecho de los varones a gozar de un permiso especial hasta por diez días (similar a lo que en otros países se conoce como licencia por paternidad), relacionado con el parto de su compañera, con el fin de compartir con ella la experiencia de la llegada de un nuevo ser y de atender las necesidades de éste.

La existencia de una disposición legal que permita a los varones estar presentes en las primeras horas de vida de sus hijos, no significa que en la práctica esto no esté ya sucediendo, como tampoco puede ser garantía de que la mayor parte de los varones optará por dedicar diez días al cuidado de la compañera, del recién nacido o la recién nacida y, cuando sea el caso, de los otros hijos. Empero, la relevancia de esta ley estriba en el reconocimiento “oficial” de que los varones también tienen derecho a disfrutar del nacimiento de sus hijos, pues parecería ser que, hasta ahora, sólo se les reconocía la obligación de trabajar y ser proveedores de la familia.

Consideramos que la propuesta para implantar en nuestro país una licencia por paternidad es apenas un pequeño paso a favor de la paternidad responsable, pero podría también ser vista como un gran avance en materia de legislación laboral en el caso de los varones.

Estamos ciertos de que aún falta mucho por hacer en este campo para equiparar la ley en cuanto a protección de la paternidad al nivel de la maternidad; falta, por ejemplo, introducir en la Ley Federal del Trabajo una licencia por cuidados paternos, que permita a las parejas decidir quién de los dos se hace cargo de los menores de edad en caso de una enfermedad como viruela, sarampión, etcétera, o bien cuando se trate de alguna dolencia crónica o una intervención quirúrgica que requiera mucho tiempo para su convalecencia.

En este sentido, creemos que todavía el concepto de naturalidad, al que hemos venido haciendo referencia, permea las cuestiones del cuidado, la crianza y la educación de los hijos, toda vez que en la mayoría de los casos sigue siendo la madre la que tiene que hacerse cargo del cuidado de los infantes y renunciar incluso a su empleo, cuando esta situación se prolonga por más tiempo. Una licencia por cuidados paternos posibilitaría que el padre y la madre se turnaran de tiempo en tiempo para acompañar el proceso de recuperación de la salud de su hijo.

Por otra parte, pensamos que también hace falta impulsar medidas que concedan el derecho a los varones de acceder al servicio de guardería para sus hijos en los casos de instituciones o empresas en que este servicio existe, pero de nueva cuenta se considera que, como el cuidado de los hijos corresponde a las mujeres, son ellas, de manera exclusiva, quienes tienen derecho a dicho servicio.

Finalmente, como podemos observar, estas propuestas podrían ser integradas a proyectos de mediano y –seguramente– largo plazos, para realizar por parte de instituciones gubernamentales, pero por ahora lo importante es rescatar la puesta en marcha de acciones como la licencia por paternidad que, de aprobarse, comenzaría a reconocer que la presencia o la ausencia del padre en el momento inmediato posterior al nacimiento influye, de manera absoluta, en el desarrollo del individuo y en la integración del núcleo familiar; por lo tanto, es necesario fomentar en los varones el interés de que incursionemos en un campo en el que tenemos un papel coprotagonico al lado de las mujeres, pero que hasta ahora ha sido poco explorado, como es el del cuidado y la crianza de nuestros hijos.

Sería importante profundizar, a través de la investigación, cómo es que los hombres comienzan a replantearse y construir sus vínculos afectivos en relación con la pareja y con los hijos en su proceso de desarrollo, más allá de los estereotipos que las normas sociales les han definido. Con ello, se podría tal vez coadyuvar a que cada vez sea mayor el número de hombres que tomen un papel más activo en el cuidado y la crianza de sus hijos.

Conclusiones

Como parte de esta sociedad contemporánea en continua transformación, hombres y mujeres por igual hemos tenido que hacer frente a diversos cambios en el ámbito de las denominadas relaciones intragénero. Particularmente, estos cambios se han presentado en las organizaciones sociales primarias como la familia, la escuela y el trabajo.

Creemos que gran parte de las transformaciones de las que hemos hablado tienen su origen en el incremento de la participación activa de las mujeres en múltiples aspectos de la actividad social, económica y política.

Así las cosas, los papeles que tradicionalmente desempeñaban tanto los hombres como las mujeres en el interior de la familia y el hogar, en relación con el cuidado y la crianza de los hijos, han experimentado también grandes modificaciones.

Una de las implicaciones a las que hemos hecho alusión en este artículo se refiere a las acciones emprendidas por algunos varones que actualmente han comenzado a asumir su paternidad de manera más responsable, es decir, a compartir con su compañera la corresponsabilidad de cuidar del hogar y de los hijos. Esto no significa en la práctica que el papel protagónico en el escenario de la crianza y cuidado de los hijos lo sigan desempeñando las mujeres en su calidad de madres y bajo los supuestos de naturalidad e instinto maternal, que erróneamente asignaron papeles diferenciados y excluyentes para hombres y mujeres.

En la medida en que los hombres opten por ejercer una paternidad que rompa con el tradicional e histórico papel de padre responsable en lo material, pero distante, poco afectivo, insensible a las necesidades y deseos de la compañera y de los hijos, no dispuesto a respetar las decisiones del resto de los integrantes de la familia, la relación padre/hijo(s) o padre/hija(s) se tornará más estrecha, afectiva e intensa. Por ello, consideramos necesario y de gran relevancia el que se impulsen, desde el espacio gubernamental y no sólo desde ahí, algunas políticas de seguridad social, laboral y familiar, como la licencia por paternidad y otras a las que se

ha hecho referencia, donde se reconoce que la presencia o la ausencia del padre influye de manera absoluta en el desarrollo del individuo y en la integración del núcleo familiar, y apuntan hacia el fortalecimiento del interés de los varones por incursionar en campos en los que, a pesar de tener un papel coprotagonico, han sido poco explorados por ellos, como es el caso del cuidado y la crianza de los hijos.

Bibliografía

- Badinter, E., 1981, *Existe el amor maternal*, Paidós-Pomaire, Barcelona.
- Beauvoir, S., 1977, *El segundo sexo. La experiencia vivida*, t. I y II, Ediciones Siglo XX, Buenos Aires, Argentina.
- Belsky, J., 1981, "Early Human Experience: A Family perspective", en *Developmental Psychology*, vol. 17, núm. 1, pp. 3-23.
- _____, Gilstrap, B. y M. Rovine, 1984, "The Pennsylvania Infant and Family Development Projects", en *Child Development*, 55, pp. 692-705.
- Blankernhorn, David, 1995, *Fatherless American*, Basic Books, Nueva York.
- Bronfenbrenner, U., 1979, "Estructuras interpersonales como contextos de desarrollo humano", en *The Ecology of Human Development. Experiments by nature and design*, Harvard University Press, Cambridge.
- Bronstein, P., 1984, "Differences in Mother's and Father's Behaviors Toward Children: A Cross-Cultural Comparison", en *Developmental Psychology*, vol. 20, núm. 6, pp. 955-1003.
- Castro, R. y M. Bronfman, *Teoría feminista y sociología médica: Bases para una discusión*, en prensa.
- Clarke-Stewart, J.A., 1978, "And Daddy Makes Three: The Father's Impact on Mother and Young Child", en *Child Development*, 49, pp. 466-478.
- Clevenger, M. y Stockdale, 1984, "Mothers', Fathers', and preschool Children's Interactive Behaviors in a Play Setting", en *The Journal of Genetic Psychology*, núm. 144, pp. 219-232.
- Correa, S. y R. Petchensky, 1994, "Reproductive and Sexual Rights: A Feminist Perspective", en G. Sen, A. Germain y L. Chen (eds.), *Population Policies Reconsidered* (Health, empowerment and rights), Harvard University Press, pp. 107-123.

- Crawley, S.B. y K.B. Sherrod, 1984, "Parent-Infant Paly during the First Year of Life", en *Infant Behavior and Development*, 7, pp. 65-75.
- De Keijzer, B., "Para negociar se necesitan dos. Procesos de interacción en la pareja con énfasis en la crianza: una aproximación crítica desde lo masculino", en este mismo libro.
- Easterbrooks, M.A. y W.A. Goldberg, 1984, "Toddler-Development in the Family: Impact of Father Involvement and Parenting Characteristics", en *Child Development*, núm. 55, pp. 740-752.
- Elias, N., 1994, *El proceso de la civilización, investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, FCE, México.
- Farran, D.C., 1982, "Mother-Child Interaction, Language Development , and the School performance of Poverty Children", en *The Language of Children Reared in Poverty implications for Evaluation and Intervention*, editado por L. Feagans y D.C. Farran, Academic Press, cap. 2, pp. 19-48.
- Figuroa, J.G. y Liendro, E., 1994, *Apuntes sobre la presencia del varón en la toma de decisiones reproductivas*, Seminario sobre Masculinidad del PUEG.
- _____, 1995, *Aproximación al estudio de los derechos reproductivos. Reflexiones. Sexualidad, salud y reproducción*, Programa Salud Reproductiva y Sociedad, El Colegio de México.
- _____, 1995, "Apuntes sobre algunas posibilidades de autodeterminación reproductiva en América Latina", en *Perfiles Latinoamericanos*, año 4, núm. 6, Facultad Latinoamericana de ciencias Sociales, México, pp. 121-147.
- Flandrin, J.L., 1979, *Orígenes de la familia moderna. La familia, el parentesco y la sexualidad en la sociedad tradicional*, Crítica-Grijalbo, Barcelona.
- Flecha, G.C., 1996, "Sexo y género en las relaciones sociales", en *Crítica*, febrero, pp. 22-24.
- Lagarde, M., 1993, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, UNAM, Colección de Posgrado, México.
- Lamas, M., 1986, "La antropología feminista y la categoría género", en *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, México.
- _____, 1993, "La bioética, proceso social y cambio de valores", en G. Carreaga P., J.G. Figuroa y M.C. Mejía (comps.), *Ética y salud reproductiva*, M.A. Porrúa-UNAM, México.
- Lamb, M.E., 1977, "The development of mother-infant and father infant attachments in the second year of life", en *Developmental Psychology*, vol. 13, núm. 6, pp. 637-648.

- Lewontin, R.C., S., Rose y L.J. Kamin, 1991, *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*, Grijalbo, México.
- Ortega y Gasset, J., 1968, *Ideas y creencias*, Buenos Aires.
- Parke, R.D., 1986, *El papel del padre*, Morata, Madrid, Serie Bruner.
- , 1996, *Fatherhood*, Harvard University Press.
- Peterson, G.W. y C.C. Rollins, 1988, “Parent-Child Socialization”, en *Handbook of Marriage and the Family*, editado por Marvin B. Sussman y Suzanne K. Steinmetz, Plenum Press, Nueva York y Londres, cap. 18, pp. 471-507.
- Philip, H.C., 1987, “The changing role of Swedish fathers”, en M.E. Lamb, *The Fathers Role: cross-cultural perspectives*, Londres, pp. 115-138.
- Pimentel, A., 1986, “Los hombres bajo sospecha”, en *Miscelánea-istmo*, México, pp. 32-36.
- Power, T.G., 1985, “Mother and Father Infant Play: Developmental Analysis”, en *Child Development*, 56, pp. 1514-1524.
- Rheingold, H.L., 1982, “Little Children’s Participation in the Work of Adults, a Nascent Prosocial Behavior”, en *Child Development*, núm. 53, pp. 114-125.
- Rogoff, B., 1993, *Aprendices del pensamiento. El desarrollo cognitivo en el contexto social*, Paidós, España.
- Russel, g. y A. Russel, 1987, “Mother-Child and Father-Child Relationships in Middle Childhood”, en *Child Development*, 58, pp. 1573-1585.
- Schmukler, B., 1996, *La socialización de los niños y las relaciones de género en la familia*, en prensa.
- Sprunger, L.W., W.T., Boyce y J.A, Gaines, 1985, “Family-Infant Congruence: Routines and Rhythmicity in Family Adaptations to A Young Infant”, en *Child Development*, núm. 56, pp. 564-572.
- Shalb, D.W., 1987, “The Modern Japanese Father: Role and problems in a Changing Society”, en M.E. Lamb, *The Father Role: Cross-cultural Perspective*, Londres, pp. 247-269.
- Yablonsky, L., 1993, *Padre e hijo. La más desafiante de las relaciones familiares*, Manual Moderno, México.

Lectura 10. Entrevista a Michael Kimmel

Realizada por Haide Oestreich

Meentzen, Ángela, y Enrique Gomáriz, 2003, *Democracia de género: una propuesta inclusiva*, Fundación Heinrich Böll, República del Salvador, pp. 122-124.

Michael S. Kimmel pregunta a sus congéneres: ¿quieren ser forzados a caminar hacia delante, o prefieren reflexionar sobre las desventajas que podría tener el cambio?

Heide Oestreich: Sr. Kimmel, normalmente son las mujeres quienes quieren *gender mainstreaming* (perspectiva de género), para hacer más visibles a las mujeres. En cambio, usted dice que los hombres son el género invisible. ¿Una broma?

Michael Kimmel: Para nada, por supuesto que los hombres son visibles en todas partes, pero su condición de género no lo es. Para la mayoría de los hombres es como para los blancos y los heterosexuales: ellos se sienten simplemente así, normales. Cuando usted se mira en el espejo, ¿qué ve?

HO: Una mujer.

MK: Sí, pero usted no ve a una mujer blanca. El privilegio de ser blanca es invisible para usted. Es igual para los hombres. Yo simplemente tengo privilegios porque soy hombre.

HO: ¿Pero, por qué los privilegiados deberían estar interesados en razonar sobre sus privilegios? Simplemente los gozan.

MK: O no los gozan. Tenemos un modelo de masculinidad que es más bien incómodo. No tenemos buenas relaciones con nuestros hijos, con nuestras mujeres. Podríamos beneficiarnos con la equidad de género.

HO: Tal vez así piensa usted, pero la mayoría de los otros hombres piensan que tendrían mucho que perder.

MK: Pero aquí está la novedad: tanto si quieren escuchar como si no, el orden cambiará, la ley cambia. La democracia exige que también las mujeres estén representadas. Que el acoso sexual es ilegal, que la violación o la violencia en el matrimonio son un crimen y no un privilegio. Yo digo: "OK, la gente, el mundo, cambian.

¿Ustedes quieren ser empujados y vapuleados hacia el futuro, o quieren reflexionar en qué se pueden beneficiar?

HO: ¿Cómo es que usted tiene una opinión tan favorable de las leyes? En los Estados Unidos la sociedad se ha opuesto a la acción afirmativa, la preferencia de mujeres y negros en el mundo laboral, de tal manera que algunos estados la han anulado nuevamente.

MK: Las actitudes sociales con frecuencia son atrasadas en relación con el desarrollo legal. Hay retrocesos, hay subversión, por supuesto. Yo confío en las leyes porque son el inicio. La ley puede proteger a una mujer que antes no estaba protegida, quizá no más, pero tampoco menos.

HO: ¿Entonces usted intenta convencer a los hombres de la conveniencia de anular sus privilegios?

MK: No solamente, también hay áreas como la paternidad, en las que podrían beneficiarse. La manera como los hombres son hombres les impide ser buenos padres. Es triste.

HO: ¿No existen otros poderes que estabilizan este orden de género? Parece muy funcional para nuestro sistema económico exprimir al máximo a una mitad de la población, mientras que la otra mitad la reproduce gratuitamente.

MK: Eso es justamente lo interesante. Pensábamos que este mundo dividido era perfecto para el capitalismo: uno recibe dos trabajadores por el precio de uno.

Solamente había un problema: no funcionó. ¿Por qué? Porque las mujeres no querían quedarse en casa. El mayor cambio del siglo XX fue que las mujeres ingresaron al mundo laboral más allá de las fábricas. Ahora el capitalismo tiene que tomar en cuenta esta situación. Sin embargo, aún falta que los hombres descubran el trabajo doméstico.

HO: ¿No será que la situación actual es aún más funcional que la anterior? ¿Tres trabajadores por el precio de uno y medio, tomando en cuenta que a las mujeres se les paga menos?

MK: Igualmente, podrían decir que habría que enviar a los hombres a casa, para aprovechar mejor la fuerza de trabajo de las mujeres y no sólo dos terceras partes.

Eso cambiará, nosotros en Estados Unidos deberíamos llegar a tener horas de trabajo como ustedes en Europa. Pero 50 horas de trabajo semanales y una semana de descanso al año es la realidad americana actualmente.

HO: ¿Significa eso que también hay una imagen de masculinidad en los Estados Unidos diferente a la de Europa?

MK: Sí, el americano funciona hoy según el modelo del hombre hecho a sí mismo: tú puedes llegar a ser cualquier cosa, sólo depende de ti. Tu origen u otra característica no tienen nada que ver. Pero hoy la consecuencia de eso no es una mirada optimista para ver como subir, sino el miedo permanente de caer al abismo. Por eso, los hombres norteamericanos se esfuerzan tan exageradamente en probar su masculinidad. El resultado es más acoso sexual, más violaciones, más francotiradores poseídos de locura homicida. Más allá de eso, los hombres tienen los mismos problemas que en todas partes en el capitalismo: lo que Max Weber llama “la moldura durísima de la obediencia a los mandatos”. El capitalismo fuerza a los hombres a una competencia cada vez mayor.

HO: ¿No es probable entonces que también las mujeres terminen así: en la misma moldura?

MK: Yo creo en el concepto de la reforma no reformista, como lo llamó el sociólogo del trabajo André Gorz: cuando uno implementa ciertas reformas, se pueden iniciar revoluciones. Cuando mujeres y hombres reorganicen el trabajo doméstico, el sistema se tendrá que adaptar.

HO: ¿Quién o qué mantiene entonces a los hombres en este modelo?

MK: Los hombres dicen que tienen que probarse ante las mujeres. Eso no es cierto. Son los padres, los colegas de trabajo, los amigos, son este grupo homosocial la principal referencia.

HO: ¿Y las mujeres son inocentes?

MK: Por supuesto que están igualmente enredadas. La novedad no es que los hombres están confundidos y que las mujeres no lo están. La novedad es que ambos están confundidos. Pero las mujeres son lo suficientemente inteligentes como para preguntarse si no sería mejor que ambos cambiaran algo en conjunto. Los hombres todavía piensan que ellos tienen que resolver todo solos....

Carpeta

del o la participante



Diapositivas

**Taller básico
de capacitación
y sensibilización en género
y masculinidad**

Proyecto IIGC/14
2005

Presentación

- ¿Para qué hablar de masculinidad?
- Para revisar el conjunto de ideas, creencias, representaciones y atribuciones socioculturales que pretenden definir lo que un hombre debe ser y hacer.
- Para reflexionar sobre las limitaciones del modelo hegemónico de masculinidad: imposibilidad de expresar emociones (tristeza, ternura, dolor, miedo y ansiedad).
- Para buscar otras formas de masculinidad. No confundir el ser hombre. Analizar cómo encontrar mejores espacios de comunicación, entendimiento y apoyo entre mujeres y hombres.



Objetivos

- Sensibilizar y conformar un espacio de análisis y reflexión para revisar la forma en que fue construida la identidad masculina.
- Buscar nuevas formas de expresión de la masculinidad alejadas de prácticas violentas, excluyentes o discriminatorias.
- Contribuir a solucionar los problemas de falta de equidad e igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres.

Temario

- Conceptos básicos de género: sexo, género, rol y estereotipo.
- Masculinidad y género: construcción de la identidad masculina, estereotipos, poder, control y subordinación como parte de los roles mujeres/hombres.
- Salud sexual y salud reproductiva en relación con la masculinidad: ejercicio responsable de la sexualidad, hacerse responsable de las enfermedades que nos pueden aquejar y en la reproducción/gestación).

Temario

- Compartir responsabilidades familiares: trabajo doméstico, cuidado, crianza y educación de hijos/as.
- Paternidad afectiva vs. otros tipos de paternidad (es ausente, violenta, etc.).
- Violencia y masculinidad

Género Conceptos básicos

Sexo

Diferencias biológicas entre la mujer y el hombre, determinadas genéticamente, tratándose de características naturales e inmodificables.

Género

Concepto que se refiere a los valores, atributos, roles y representaciones que la sociedad asigna a hombres y mujeres.

Ejemplos

Sexo	Género
*Sólo los hombres tienen la capacidad de producir espermatozoides.	*Los hombres deben proveer el gasto familiar.
*Sólo las mujeres tienen ovarios.	*Las mujeres son las responsables de las tareas domésticas.

Ejemplos

Masculino	Femenino
Fuerte, trabajador, responsable, inteligente, guía, violento, audaz, proveedor.	Amorosa, débil, sentimental, abnegada, maternal, tierna, bella, dócil.



Rol de género

Tareas o actividades que se espera que desempeñe una persona según el sexo al que pertenece.

Hombre

Político, mecánico, jefe.

Mujer

Ama de casa, maestra, enfermera.

Los roles de género

Pueden agruparse en:

Rol productivo: actividades que generan ingresos económicos. Las que producen bienes o servicios para la venta o el autoconsumo.

Rol reproductivo está relacionado con la reproducción biológica y las actividades necesarias para garantizar el bienestar y la sobrevivencia de la familia.

Rol de gestión comunitaria: actividades que se realizan para aportar al desarrollo o la organización pública de la comunidad a la que pertenecen.

Estereotipos de género

Concepciones preconcebidas sobre cómo es y cómo debe comportarse el hombre y la mujer

- Los hombres deben tener la iniciativa para conquistar a una mujer.
- Las mujeres deben tener un rol pasivo en las relaciones con los hombres.
- Los hombres son más racionales.
- Las mujeres son más sensibles.



Antecedentes	Consecuencias
<ul style="list-style-type: none"> • División sexual del trabajo • Ámbito público y ámbito privado • Valor del trabajo • Relaciones de poder 	 <ul style="list-style-type: none"> • Discriminación • Subordinación • Violencia • Inequidad

Perspectiva de género

Herramienta que se utiliza para investigar, comprender y abordar problemas que están determinados económica, política y culturalmente, y que tienen que ver con la manera cómo las mujeres y los hombres interactúan en esos territorios.



Tomado del artículo de la autora, «Una perspectiva de género», en: *Revista de la Asociación Uruguaya de Sociología*, 2007.

Masculinidad

La masculinidad no es una cualidad esencial y estática, sino una manifestación histórica, una construcción social y una creación cultural que cambia de acuerdo con el espacio, tiempo y una sociedad determinada. Por ejemplo, en Inglaterra, el uso del paraguas hace parte de la identidad masculina, pues es un accesorio más del atuendo de los ingleses cuyo clima es constantemente lluvioso. En Uruguay, por el contrario, aunque llueve la mayor parte del año, está mal visto que un hombre lleve paraguas, pues es muestra de vulnerabilidad y femineidad usar esa prenda.





Perspectiva de género y masculinidad

- **Perspectiva de género:** Concepto relativo a los mecanismos para identificar, cuestionar y valorar la discriminación, desigualdad y exclusión de las mujeres que pretenden justificarse con base en las diferencias biológicas. fuente: Ley del Instituto Nacional de las Mujeres, 2006.
- **Masculinidad:** Categoría sociocultural que pretende definir lo que debe ser y hacer un hombre. (masculinidad-machista).
- **Movimiento social de toma de conciencia por parte de algunos hombres, sobre las limitaciones que la sociedad sexista y machista impone. (Masculinidades).**

Masculinidad y sexualidad

Desde la masculinidad machista se cuenta superioridad de lo masculino sobre lo femenino es difícil pensar en el concepto de sexo seguro porque:



Para los hombres el sexo es apasionado, explosivo, impulsivo, espontáneo, meritorio que lo seguro es suave, tibio, acalorado, predecible, etc.

La desigualdad de género implica una desvalorización del papel masculino en el proceso de gestación y reproducción de la especie.

En una sociedad machista, las mujeres casi no hablan de sexo con los hombres ya que "está" mal visto y la frecuencia y el tipo de sexo es determinada por los hombres.

Sexualidad machista

- Argumentación masculinista del incontenible impulso y deseo instintivo masculino.
- La erotología o selenografía, es decir, la creencia de que la práctica sexual y lo relacionado con el sexo es malo, sucio, etc.
- Desigualdad de género-heterofobia (supuesta superioridad heterosexual como regla natural y normal): la creencia de que el VIH/SIDA es asunto de homosexuales (autoconocimiento ideológico).
- Relativo silencio y la falta de información entre quienes tienen prácticas heterosexuales porque creen que el sexo seguro sólo va dirigido a las comunidades lésbicas-gay.



Responsabilidades ¿compartidas?

- Uno de cada tres mexicanos desconoce cuántas horas tiene Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática y Consejo Nacional de Población.
- Uno de cada cinco padres nunca se preocupa por sus hijas/os.
- Una tercera parte de los padres casados nunca cocina y 60 por ciento no lava ni plancha.
- En México, solo 25 por ciento del total de hombres de 12 o más años dedica horas fuera de la semana al trabajo doméstico en su propia casa.
- En promedio, un papá dedica a su bebé diez minutos al día durante los primeros meses.
- 40 por ciento de 300 padres entrevistados mencionó que dedica de 2 a 4 horas semanales a la convivencia con sus hijos/as; 38.5 por ciento entre 4 y 7 hrs, y sólo 4.8 por ciento señaló que convive con sus hijos/as el fin de semana.

SCORIANCI

Propuestas

- Incrementar la presencia femenina en el mercado laboral, modificar horarios escolares, modificar estereotipos.
- Sensibilizar a los hombres para que junto con las mujeres compartan responsabilidades laborales, familiares y sociales.

Paternidades

- **Tradicional.** Provocador, dispensador de dinero y autoritarismo, no establece otras vínculos relacionales.
- **Ausente.** No está físicamente. Hay un padre pero no se involucra en el cuidado y crianza, ni en el diseño de relaciones cálidas con su familia.
- **Violento.** Golpea, insulta, lastima (física, emocional o psicológica) a su hijo/a. Mueve la disciplina ya sea con sus acciones o con sus palabras (no reconoce, insulta, desahenta a sus hijos/as).
- **Aléctica.** Se involucra física, emocional y psicológicamente desde el momento de la gestación. Acompaña, guía, cuida y crea, educa y asume la responsabilidad (corresponsabilidad del desarrollo integral de sus hijos/as). En este proceso, con responsabilidad pero con posibilidad del debate.

Masculinidad y violencia

Violencia. Conducta de individuos que amenazan o infligen daño físico a otros intencionalmente. Usado para la corporación y control de la conducta dentro del E.E.

Violencia. Todo ataque a la integridad física y psíquica del individuo, acompañado por un sentimiento de odio psicológico o moral. Fuente de *Representación del Dicho Social* (1988).

Violencia. Toda aquella acción u omisión que atenta contra la integridad física, psicológica o sexual y moral de cualquiera de los integrantes de una familia. (Violencia familiar) Criterio de Inocencia a través de Violencia Inocente (2005). Perspectiva de género del *Dicho Social* (2006).

La violencia implica siempre el uso (y abuso) de la fuerza para producir odio, puede hablarse de violencia política, económica o social en un sentido amplio. En todos los casos el uso de la fuerza remite al **uso del poder**.



Masculinidad y violencia

La forma en que se atienden los problemas de las mujeres y los hombres no son equitativas y uno de los problemas de esto es pensar que son iguales.

Por ejemplo, parte de la violencia masculina es cometida hacia otros hombres, por lo cual muchos hombres y mujeres se resisten a aceptar críticas a la masculinidad tradicional machista, argumentando además que las mujeres son igualmente violentas. Pero hay que hablar de la diferencia de la violencia.




Masculinidad y violencia



- ◆ Las diferencias físicas entre hombres y mujeres hacen que la violencia sea distinta.
- ◆ Los hombres pelean y matan más que las mujeres.
- ◆ Los hombres recurren a la violencia cuando su poder se ve amenazado o en peligro.
- ◆ Normalmente cuando una mujer mata a un hombre es cuando éste ha abusado de ella sistemáticamente.
- ◆ Las mujeres no necesariamente recurren al daño físico, ni al abuso sexual ni a la violación cuando ejercen violencia hacia los hombres.
- ◆ Los daños de la violencia masculina suelen ser mayores y consistentemente sus ataques son repetitivos.

Masculinidad y violencia

- Una mujer maltratada físicamente, psicológica y golpeada por un hombre físicamente más fuerte, más corpulento y más ágil, surge como víctimas físicas y psicológicas durante que un hombre golpeado jalado de los cabellos y acorralado por una mujer.
- La situación económica de los hombres y su no vinculación en el estudio y crianza de los hijos, les permite más fácilmente abandonar una relación violenta.



Tipos de violencia

- Física.** Se refiere a las acciones violentas que perjudican la integridad corporal, que van desde una bofetada hasta lesiones que causan la muerte de la víctima.
- Psicológica.** Alude a todo lo no permitido legalmente, como insultos y humillaciones, hasta el acoso, menfite o negligencia de los sentimientos de la pareja, dañando la estabilidad emocional de quien la recibe.
- Sexual.** Incluye hurto, acoso, negligencia e bien inflige dolor a la víctima durante el acto sexual.
- Económica o económica.** Puede tratarse de apropiación económica del patrimonio del cóny, control de ingresos, apoderarse de bienes inmuebles o muebles y después.





Algunas cifras sobre violencia

- El 4 por ciento de las mujeres ha sufrido violencia alguna vez, 34,3% violencia de su pareja y 21,5% violencia al pretérito en la actualidad.
- En función del tipo de violencia, 42,2% fueron psicológicas, 21,4% sexuales y 18,5% físicas por sus parejas o familiares. Las víctimas de los agresores presentan mayor dificultad para involucrarse en la vida social y económica y la violencia se reduce por la atención por parte de los servicios de salud física y mental.
- En el IVE, de los 3.166 casos de violencia contemplados por el IVE, 88,9% de los agresores fueron hombres y 14,1% mujeres.
- En 79% de los casos, hubo violencia de tipo físico, 23% física y sexual y 10% psicológica.
- 18% de los agresores fueron hombres que consumen alcohol de forma habitual, 50% son consumidores de drogas y 30% son no consumidores.
- Los malos tratos efectuados por agresores divididos entre 18 y 29 años de edad denotan los siguientes tipos: maltrato físico-psicológico 10,2%, maltrato psicológico 14,8%, maltrato sexual 1,8% y maltrato físico-psicológico y sexual 11,7%.

Fuente: Encuesta Nacional sobre Violencia contra las Mujeres, ENVMU, 2005. Encuesta Nacional sobre la Situación de los Jóvenes en las Mujeres, ENMORU, 2001.

Obstáculos para detener la violencia masculina

- Atribuirle el ya no "ser hombre"
- Temor a compartir el poder con la pareja y descalificarla a ella y a los/as hijos/as
- Dificultad para pedir ayuda a otras personas para cambiar actitudes.
- Dificultad de expresar sus sentimientos ante otras personas.
- Dificultad para aceptar algún tratamiento psicológico, como una forma de cambio.
- Deserción del proceso terapéutico, sobre todo cuando hubo una reconciliación con la pareja.



Source: Escudé de José María Escudé Escudé, p. 94. No se permite su reproducción por parte de INMUJERES.

Bibliografía sugerida

- Escudé, J. M., *Masculinidades*, PUEBLO NUEVO, Valencia, 2002, 232 pp.
- Chafetz, Judith S., *El sexo social del hombre. Un análisis de la violencia masculina*, Ministerio, Barcelona, 2002, 277 pp.
- Hirschfeld, Inger, *Identidad de género*, G. Harlan Press, New York, 1984, 232 pp.
- López, Carlos, *¿Por qué los hombres son brutos? Identidades masculinas y cambio social*, Fondo Comenius, Barcelona, 2007, 224 pp.
- Pedraza, Antonio, *El mito de Masculinidad*, Boreo, S de RL, Ed. de Jarama, 1990, 140 pp.
- Scully, Victor L., *Becoming Sexual Politics. Men, Masculinity and politics*, Routledge, London and New York, 2002, 217 pp.
- Scully, Victor L., *De las raíces masculinas: Individualidad y teoría social*, PUEBLO NUEVO, Valencia, 2000, 214 pp.
- Stollerberg, John, *Men and the Masculine. A Book for men of conviction*, A Flame Press, USA, 1992, 277 pp.
- Tolan, María, *La estabilidad de género. El futuro de la masculinidad masculina*, CIBATE, Barcelona, 2003, 309 pp.
- Álvarez Escudé, José María, *Violencia masculina: Causas, diagnóstico, consecuencias y estrategias*, Plaza y Valdés, Valencia, 2003, 123 pp.



Anexo 1

Cuestionario para la técnica 3: Sí o no, para mí*...

Autor: Óscar Chávez Lanz

Un hombre se ve ridículo cargando a su hija por la calle.
Un hombre debe ser violento para ser reconocido.
Todas las mujeres quieren tener hijos.
Si les platico lo que siento, se pueden burlar de mí.
Si un niño juega con las niñas se vuelve afeminado.
Si le digo lo que siento me va a regañar.
Los niños son malos.
Los niños no lloran.
Los niños no deben besar a su papá, ni a su abuelo, ni a sus hermanos.
Los niños deben practicar deportes rudos y las niñas no.
Los niños deben jugar con niños y las niñas con niñas.
Las niñas no deben jugar con los niños, por que se vuelven putas.
Los niños no deben jugar con las niñas, por que se vuelven putos.
Los hombres de verdad se emborrachan.
Las niñas quieren ser princesas.
Las niñas no entienden, los niños son distraídos.
Las mujeres lloran de todo.
Las mujeres siempre quieren tener relaciones sexuales, pero no lo dicen.
Las mujeres deben hacerse cargo de los hijos e hijas.
La violencia produce respeto.
Hijo mío: si alguien te pega, ¡rómpele el hocico!
Hay que educar diferente a las hijas que a los hijos.
Ella es gruñona porque no coge.
Ellos siempre son más fuertes.
Ellos sí pueden tener varias parejas sexuales.
Ellas se deben de cuidar de no embarazarse.
El llanto es muestra de debilidad.
La violencia es muestra de fuerza.
Decir mentiras es necesario para tener pareja.
Aunque me duela, me aguanto.
A todas las mujeres les gusta ser tiernas.
A los niños les gusta estar sucios.
A las hijas hay que cuidarlas más que a los hijos.

* Los comentarios y el lenguaje vertido es responsabilidad del autor.

Anexo 2

Jacinto Aguayo

Autor: Óscar Chávez Lanz

Algo nervioso, está sentado en la sala de espera. Se pregunta si los otros hombres que esperan vienen al mismo asunto que él. Teme que el empleo se lo den a otro por ser más joven y guapo.

Ésta sensación se acentúa cuando una mujer, autoritaria (seguramente la jefa de personal), sale de la oficina con el pretexto de pedirle un cafecito a su secretario y aprovecha para pasar su mirada con descaro y rapidez a los solicitantes (como un poderoso óvulo eligiendo a su víctima, entre un montón de débiles espermatozoides..., piensa Jacinto).

Algunos, disimuladamente, se sacuden el pelo. Echan atrás los hombros o se acomodan en la silla para resaltar sus traseros, le coquetean. Jacinto siente que ahí el único decente es él y se imagina a todos esos otros hombres dejándose toquetear o aún algo más, para obtener el trabajo. Pero el no es de esos. A él sí le enseñaron a darse a respetar.

La licenciada detiene por un instante (que parece eterno) su mirada en la bragueta de Jacinto. El rubor casi llega a su rostro pero logra controlarlo, sin embargo está a punto de retirarse. Le desagradan mucho esas actitudes de las mujeres, bueno, de algunas mujeres...

Inevitablemente evoca la sensación que tuvo apenas hace unos 40 minutos en el metro.

Una mujer le acercó tanto el pubis al hombro derecho (masturbándose evidentemente) que sentía el calor de esos genitales, pero sobre todo, una sensación de suciedad. La mujer estaba limpia, incluso olía a loción, él también estaba recién bañado, la suciedad estaba en otro nivel: en la cabeza de esa mujer que aprovechaba la multitud para abusar y (tal vez) también en él, por no reaccionar con energía. Ni siquiera volteó a verla pero no pudo soportar más y salió del tren solo para tomar el siguiente, el andén estaba lleno de mujeres más o menos agresivas, más o menos dispuestas a tocarlo sin permiso, no alcanzaría a llegar a los primeros vagones, exclusivos para hombres y personas con discapacidad. Una mujerona le abrió paso y así pudo entrar al vagón.

Temió llegar tarde a la cita, pero eso no ocurrió, llegó puntual. Hasta le dio tiempo de pasar al baño a revisar su aspecto, que debía ser no muy coqueto pues quería ser respetado como hombre, pero sabía muy bien que conseguir el trabajo dependía en gran parte de que se le asomaran algunos vellitos del pecho entre el botón y el ojal de la camisa y de que sus nalgas se vieran redondas (se había puesto aquel calzoncillo bóxer que abultaba un poco para verse mejor). Sacó un frasquito de perfume y, con cuidado de no exagerar, puso 2 gotas en su nuca.

En la sala de espera cumplió el ritual de avisar al recepcionista, entregar la solicitud llena y decirle su nombre de soltero. Después se sentó. Percibió envidia en algunas miradas, lo cual confirmó que el bóxer funcionaba. Los otros hombres tenían un aspecto muy similar: entre la coquetería y la seriedad.

Todos sabían (pues así lo decía el anuncio del periódico) que la capacidad para desempeñar el trabajo era algo secundario. Todos, por lo mismo, estaban casi seguros de que el candidato de la camisa roja les ganaría el puesto, pero aún así esperaron.

*** Los comentarios y el lenguaje vertido es responsabilidad del autor.*

Cuando llegó su turno el recepcionista lo llamó:

–Señorito Jacinto Aguado...

–Aguayo, dijo él.

–¡Es igual!, dijo el recepcionista, que parecía estar haciéndoles el favor de llamarlos y todavía se atrevía ese insolente, nalgón, a corregirle...

Jacinto volvió a desear irse pero necesitaba el trabajo y soportó.

El recepcionista lo condujo por un pasillo feo a una salita estrecha, a una silla incómoda, a esperar al psicólogo.

Su esposa ya no le enviaba el cheque mensual, aunque nunca le había dado todo su sueldo, desde que él se negó a tener relaciones sexuales...así, ¡nomás faltaba...!

En realidad no estaba seguro de que él la estuviera rechazando, "¿yo me he negado o ella ya no me quiere, no le gusto?" ...

A él si le gustaba estar con su esposa, a pesar de maltratos e infidelidades...

Tantas veces quiso abandonarla..., irse a casa de su papá que, al menos por ser hombre lo entendería...

Pero no, su papá no lo aceptaría, ¡claro que no!, era de otra época: Para su papá el tener problemas con su esposa representaba un fracaso: un fracaso de Jacinto y también un fracaso de él que no lo supo educar...

El papá de Jacinto nunca trabajó y soportó años de malos tratos, ¡pero eso era antes! Un hombre de esta época ya no debía aguantar esas cosas. Por eso estaba ahí, soportando otras...

Quien había pospuesto la separación en realidad era... la niña, su hija...

El sabía que la niña necesitaba una figura materna para su sano desarrollo psicosexual:

En la escuela de su hija le habían dicho varias veces que era mejor hacer todo lo posible para conservar a su esposa (aprender a guisar como el papá de ella, hacer las camas como él, en fin...). Ahora le preocupaba sólo la niña. Desde el maestro hasta el director del kinder le decían que si su esposa lo abandonaba, la niña iba a ser lesbiana, ratera o drogadicta y eso si le rompería el corazón...

Pero para eso están los papás, para sufrir en silencio, en su casa, mientras las mamás se la pasan lindamente, en la calle...

Jacinto sabía que él, y nadie más, era culpable de que su esposa lo abandonara, desde que se casaron ya no se cuidaba, estaba medio panzón, sus uñas quebradas de tanto lavar ropa y hacer quehacer, "es natural que una mujer quiera algo mejorcito, pero ¿por qué los maltratos?..."

Él estaba dispuesto a no preguntarle cuando llegara tarde, a soportar incluso ausencias ocasionales, pero el maltrato no. El maltrato lo veía la niña. Y eso no, eso sí que no, esa niña iba a ser una buena persona aunque él tuviera que huir con ella y mantenerla..., lavando ropa ajena o trabajando en una casa...

Lo peor empezó cuando ella empezó a tomar entre semana. Jacinto vivía asustado; ¡Manejaba tan borracha!, y además era muy peleonera...

Ahh... (recordó Jacinto) al principio eso le gustaba. Le parecía valiente, como de película. "Es bueno tener una mujer así en la casa", pensaba. Con tantas mujeres maloras que rondan por el barrio era muy necesario, a veces, echar unos balazos o pelearse a golpes...

Pero en lugar de defenderlo se volvió igual que ellas. Ni un mes tenía de que se cambiaron cuando ya la invitaban al fútbol, o que unas chelas..., o que ir a la casa unos señores que vivían solos..., chismes..., puros chismes...)

El psicólogo lo saco de sus cavilaciones.

–Por favor llenas este cuestionario, y cuando acabes tocas esa campanita, no te apresures mucho, pero te estoy tomando el tiempo. Cuando acabes eso te paso con la licenciada...

Jacinto sintió que la palabra li-cen-cia-da fue pronunciada muy lentamente y que con cada sílaba el psicólogo revisaba críticamente su aspecto.

La licenciada por fin, recibió a Jacinto.

–¿Señor o señorito?

Le preguntó mientras clavaba la mirada en un dedo de la mano izquierda de Jacinto. ¡La licenciada observaba insistentemente el anillo de casado!, pensó en quitárselo en ese momento pero hubiera sido como aceptar la insinuación de la licenciada. Jacinto casi se ruboriza otra vez. Sintió como si la licenciada lo revisara para saber si era virgen y que posibilidades tendría con él. Jacinto se sintió como un perrito o un ajolote, en la vitrina de una tienda de animales.

–Estoy separado, ¿sabe?... dijo

–Muy bien, muy bien... Te queda muy bien ese pantaloncito.

La licenciada se acariciaba la vulva mientras le decía eso del pantaloncito y Jacinto pensó en el bóxer.

–¿Quieres un refresquito Joaquín?

–Jacinto, dijo él.

–Ah, perdóname. Es que con tantos que pasan por aquí... (y se volvió a acariciar)

–¿Quieres? (insistió)

–No, gracias.

–Ay, ¡Qué calladito...! Aquí la chamba requiere que platicues, siquiera conmigo y con la jefa.

“Así que esta licenciadita, ni jefa era”, pensó.

–No, no soy tan callado, es que no sé que decir.

“Ahh, tontito”, pensó la Licenciada, “en tres días me lo cojo, mmm”.

–Pues bueno..., no digas nada.

”¡Ya la regué!...” pensó Jacinto

–Bueno, gracias, con permiso...

–No espérate, apenas te voy a entrevistar.

La licenciada se sentó en el escritorio subiendo una pierna, demasiado cerca de Jacinto, que seriamente pensaba en salir corriendo.

–Entonces ¿eres casado o no?

–Sí. ... bueno, en realidad, ya no... por eso necesito el trabajo, es que mi hija está chica y...

–Ah, ¡Tienes hija!, interrumpió la licenciada.

–Una sola, yo quería más, pero mi esposa...

–Mira, ya anoté tus datos, interrumpió otra vez, aunque en la compañía preferimos hombres solteros, sin problemas, me caíste bien y quiero ayudarte... ¿Puedo invitarte un café, o salir un día de estos no?

Jacinto no respondió. Solo trató de no ser grosero al despedirse, pero salió de ahí con la certeza de que no conseguiría empleo, a menos que...

¿Quién soy y qué hago?

Autor: Óscar Chávez Lanz

Formulario correspondiente a la técnica 6.

Responda el siguiente formulario desde su propia realidad cotidiana. Trate de ser lo más honesto u honesta posible. No todas las preguntas se aplican a su caso. Tiempo: 20 minutos.

¿Quién soy? Hombre (h) Mujer (m)	¿Qué hago?	X	¿Cuántas veces a la semana hago esta actividad	¿Cuánto tiempo (horas/semana) dedico a esta actividad?	Veo esta actividad como: a).responsabilidad b). una “ayuda”
1	Conduzco coche				
2	Uso pantalones				
3	Cambio pañales				
4	Escribo a máquina				
5	Fumo puro				
6	Preparo el desayuno para mí				
7	Preparo el desayuno para otras personas de mi familia				
8	Trabajo ocho horas diarias				
9	Traigo el dinero a la casa				
10	Soy el jefe de la familia				
11	Hago la despensa de la casa				
12	No trabajo, me dedico al hogar				
13	Llevo la ropa a la tintorería				
14	Plancho mi ropa				
15	Plancho la ropa del resto de mi familia				
16	Contesto los teléfonos de la oficina				
17	Sirvo el café en la oficina.				
18	Manejo la computadora en casa				
19	Manejo la computadora en la oficina				
20	Duermo a las y los niños				
21	Pago las cuentas de los restaurantes a otras personas de mi familia				
22	Voy a la estética para arreglarme el cabello				

Anexo 3

¿Quién soy? Hombre (h) Mujer (m)	¿Qué hago?	X	¿Cuántas veces a la semana hago esta actividad	¿Cuánto tiempo (horas/semana) dedico a esta actividad?	Veo esta actividad como: a).responsabilidad b). una “ayuda”
23	Me encargo de comprar los condones				
24	Reviso cotidianamente los alimentos que hay en el refrigerador				
25	Reviso que las tareas de mis hijas ehijos estén hechas				
26	Reparo las llantas cuando se ponchan				
27	Llevo el coche al mecánico, verificación, etc.				
28	Consumo pornografía				
29	Tiendo/quito la ropa del tendedero				
30	Superviso a la persona que hace la limpieza en casa				
31	Me doy manicure				
32	Baño a las y los niños				
33	Hago los pagos de la casa en el banco				
34	Asisto a las reuniones de ejecutivos				
35	Veó el fútbol.				
36	Doblo y guardo la ropa				
37	Hago informes y documentos				
38	Saco fotocopias				
39	Analizo información				
40	Ordeno los armarios				
41	Asisto a las juntas escolares				
42	Llevo a mis hijas e hijos os al médico.				
43	Reparo las averías de casa				
44	Tomo la iniciativa en la relación sexual				
45	Cargo cosas pesadas				
46	Me encargo de dar las medicinas a otras personas de mi familia				
47	Me responsabilizo de que mi pareja y yo no nos embaracemos				

¿Quién soy? Hombre (h) Mujer (m)	¿Qué hago?	X	¿Cuántas veces a la semana hago esta actividad	¿Cuánto tiempo (horas/semana) dedico a esta actividad?	Veo esta actividad como: a).responsabilidad b). una “ayuda”
23	Me encargo de comprar los condones				
24	Reviso cotidianamente los alimentos que hay en el refrigerador				
25	Reviso que las tareas de mis hijas ehijos estén hechas				
26	Reparo las llantas cuando se ponchan				
27	Llevo el coche al mecánico, verificación, etc.				
28	Consumo pornografía				
29	Tiendo/quito la ropa del tendedero				
30	Superviso a la persona que hace la limpieza en casa				
31	Me doy manicure				
32	Baño a las y los niños				
33	Hago los pagos de la casa en el banco				
34	Asisto a las reuniones de ejecutivos				
35	Veo el fútbol.				
36	Doblo y guardo la ropa				
37	Hago informes y documentos				
38	Saco fotocopias				
39	Analizo información				
40	Ordeno los armarios				
41	Asisto a las juntas escolares				
42	Llevo a mis hijas e hijos os al médico.				
43	Reparo las averías de casa				
44	Tomo la iniciativa en la relación sexual				
45	Cargo cosas pesadas				
46	Me encargo de dar las medicinas a otras personas de mi familia				
47	Me responsabilizo de que mi pareja y yo no nos embaracemos				

¿Quién soy? Hombre (h) Mujer (m)	¿Qué hago?	X	¿Cuántas veces a la semana hago esta actividad	¿Cuánto tiempo (horas/semana) dedico a esta actividad?	Veo esta actividad como: a).responsabilidad b). una “ayuda”
67	Cuido el estado de alimentos del refrigerador .				
68	Gano más que mi pareja				
69	Voy a terapia o acepto que necesito terapia, o a veces me gustaría recibir apoyo terapéutico				
70	Salgo de viaje de trabajo/negocios confiando en que mi pareja se encargará de las y los hijos.				
71	Cuando mi pareja me pide quedarme con las y los hijos porque él o ella tiene un compromiso, me gusta apoyarle				
72	Soy la parte más tolerante de la pareja				
73	Sé cuanto pesan mis hijos, cuánto pesaron y midieron al nacer y su tipo de sangre				

Lectura 1. El síndrome de “no hago nada”, un mal que alcanza no sólo a las mujeres.

Autor: Héctor Frías.¹

Constantemente escucho el debate de la desvalorización del trabajo doméstico, aquel que no tiene horario, que nadie ve, que nadie reconoce —ni siquiera quien lo realiza—, y que en un 90 por ciento según reza un cartel del INMUJERES, siempre está cargo de una sola persona en la familia y, principal o exclusivamente la mujer, la ama de casa o la profesionista-ama de casa.

Pero curiosamente ahora que los papeles socioculturales están cambiando —más por necesidad que por voluntad en muchos casos— y que cada vez es mayor el número de mujeres que salen al espacio público a trabajar (en un empleo poco o mal, pero finalmente remunerado) y algunos hombres se quedan en casa —quizá como resultado del creciente desempleo— a realizar el trabajo doméstico, he escuchado también algunos relatos como el que describo a continuación.

Pepe es un paciente de 35 años que asiste a psicoterapia desde hace dos años. En una de sus sesiones se propuso trabajar sobre ciertos obstáculos que veía para terminar su tesis de licenciatura pospuesta una y otra vez durante un buen tiempo.

Al comenzar a describir su problema Pepe mencionó que no veía en sí cuál o cuáles podrían ser esos obstáculos, pero lo que sí sabía, era que en cuanto se sentaba frente a la computadora con la “firme” intención de avanzar en su tesis, su respiración se tornaba superficial, su mente empezaba a divagar por aquí y por allá y, finalmente acababa jugando solitario o metiéndose a Internet, cual barco a la deriva navegando sin rumbo fijo.

Para no hacer el cuento largo, Pepe acababa por apagar la máquina, sintiéndose frustrado y sumamente culpable de “no haber hecho nada” e inmediatamente después se ponía a limpiar su casa esmeradamente. Esta escena se repetía con frecuencia en el caso de Pepe y es importante mencionarlo porque su afán de limpiar la casa, desde la sensación de Pepe, tenía que ver con la cuestión de que su pareja (María Luisa), de un tiempo a la fecha, era la que aportaba la mayor parte del dinero para pagar no sólo la renta, sino también la comida, el gas, teléfono, entre otras cosas, y para él resulta fundamental que cuando ella regresara a casa, luego de una agotadora jornada de trabajo, encontrara por lo menos la casa limpia, es decir, la cama tendida, el piso barrido y trapeado, los trastes lavados, los cestos de basura sin basura, las toallas, la ropa interior y todo lo que ella no pudo ordenar por las prisas de irse a su trabajo y no llegar tarde.

Mientras Pepe, sentado en el sillón del consultorio, narraba todo esto, sus manos poco a poco fueron colocándose debajo de sus glúteos y sus brazos detrás de su espalda, como en una actitud de esconderse. Cuando se dio cuenta de ello mencionó que en sus manos experimentaba una sensación de “culpa”, al imaginar que

¹ Psicoterapeuta Corporal, ex asesor de la Comisión de Equidad y Género de la Cámara de Diputados. Facilitador del Taller de Sensibilización en Masculinidades y Acciones Afirmativas del Proyecto Generosidad del Banco Mundial y el INMUJERES.

su pareja pudiera llegar a la casa y pudiera ver que él “no había hecho nada” en todo el día. Y nótese que “nada” se refiere no a los nulos avances de la tesis, sino a la posible omisión de alguna tarea doméstica, a pesar de haber preparado el desayuno para él y para ella, haberla llevado al trabajo, regresado a casa, haber preparado la comida, lavado trastes y todo lo que ya se mencionó.

Simplemente Pepe se sentía en falta frente a Ma. Luisa porque mientras ella había hecho seguramente cosas muy interesantes, valiosas y útiles, que por otra parte generaban dinero, él no había hecho absolutamente nada. Para compensar esta falta, en cuanto la pareja de Pepe llegó a casa y dejó su portafolios sobre la silla de costumbre, él, apresuradamente le preguntó: ¿quieres comer?... Pero dándose cuenta de que su pregunta, más que tener la intención de que ella saciará su apetito, llevaba el interés de evitar que ella tuviera tiempo de supervisar los rincones de la casa y pudiera encontrar algo que no estuviera en su lugar y en orden, como Dios manda.

Al finalizar su relato, Pepe respiró profundamente y recordó que esa sensación de tener que estar haciendo algo —sobre todo, algo relacionado con la limpieza—, no era nueva, venía de atrás, de cuando su abuela le reñía al verlo jugar en lugar de estar ordenando, sacudiendo o ayudando a mantener la casa bajo los estrictos estándares de limpieza familiares. Reflexionó en silencio todavía por unos momentos y pudo percatarse que finalmente Ma. Luisa no era la que le exigía mantener el departamento “rechinando de limpio” y que tampoco era ella la responsable de que él no avanzara en la elaboración de la tesis (y que tampoco lo era su abuela, quien además había muerto ya hacía varios años), sino que era su misma voz interna quien le decía “no estás haciendo nada que valga la pena”.

En suma, el trabajo doméstico y el síndrome del no hago nada no es un asunto exclusivo de mujeres. Es necesario, por otra parte, dar una nueva dimensión a este conjunto de actividades realizadas en casa. Ayudar a mujeres y hombres a valorar y visibilizar sus saberes y sus haberes. Una buena medida sería anotar en una libreta las actividades realizadas, el tiempo dedicado a la misma y el impacto favorable para la familia. Por ejemplo, preparar la comida, dos horas y media, comida caliente, sana y económica.

Distribución porcentual de los entrevistados, según su percepción de los roles de género en la unidad doméstica, de acuerdo con características seleccionadas, 1996*

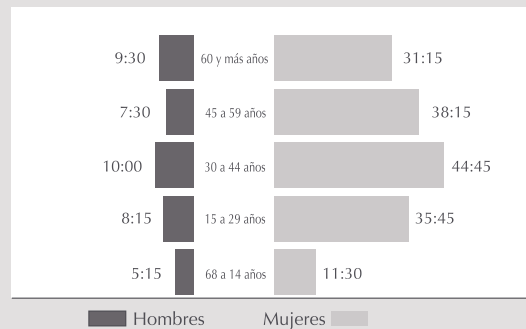
Características	Percepción de los roles de género			Total
	Tradicional	En transición	Avanzada	
Sexo				
Mujer	8.9	50.2	40.9	100.0
Hombre	6.4	57.4	36.2	100.0
Estado civil				
Unido(a)	8.6	55.6	35.8	100.0
Soltero(a)	6.4	50.0	43.6	100.0
Grupo de edad				
15-19	9.0	50.7	40.3	100.0
20-24	4.2	53.9	41.9	100.0
25-29	8.1	55.5	36.4	100.0
30-34	7.1	60.2	32.7	100.0
35-39	4.8	58.7	36.5	100.0
40-44	11.7	49.8	38.5	100.0
45-49	11.7	48.1	40.2	100.0
50 o más	13.9	47.8	38.3	100.0
Escolaridad				
Sin escolaridad	21.6	57.0	21.4	100.0
Primaria incompleta	12.9	57.8	29.3	100.0
Primaria completa	10.6	56.2	33.2	100.0
Secundaria o más	2.3	49.4	48.3	100.0
Total	7.8	53.5	38.7	100.00

*/Hombres y mujeres solteras de 15 a 24 años de edad y mujeres unidas en edad fértil y sus parejas, en los estados de: Chiapas, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, México, Michoacán, Oaxaca, Puebla y Veracruz.

Fuente: CONAPO, Encuesta de Comunicación en Planificación Familiar, 1996.

Promedio de horas a la semana dedicadas al trabajo doméstico y al cuidado de los niños por edad

(hrs.: min.)



Fuente: INEGI, Encuesta Nacional sobre Trabajo, Aportaciones y Uso del Tiempo, 1996

Si se considera como pareja tradicional (cuando sólo el hombre trabaja fuera del hogar) y como pareja moderna (cuando ambos trabajan fuera del hogar), en ambos casos la tasa de participación en el cuidado de los niños es menor entre los esposos en relación con las esposas. La tasa de participación de las mujeres de parejas modernas disminuye al tener ellas otro tipo de actividad fuera del hogar, sin embargo, la participación de ellos no difiere de manera notable si sus esposas trabajan o no lo hacen.

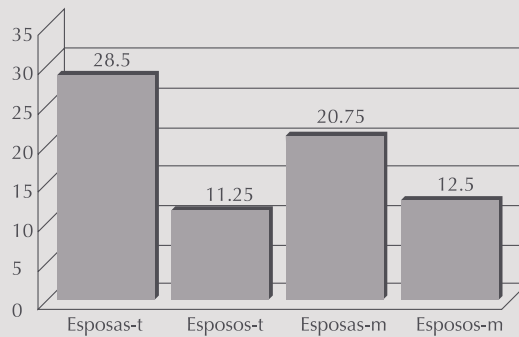
Tasa de participación en el cuidado de los niños en parejas tradicionales o modernas por sexo, 1996

Tipo de parejas	Esposas	Esposos
Parejas tradicionales	62.9	27.7
Parejas modernas	55.0	26.9

Fuente: INEGI, Encuesta Nacional sobre Trabajo, Aportaciones y Uso del Tiempo, 1996

Con relación al promedio de horas dedicado al cuidado de los niños, llama la atención que en el caso de los varones esta cifra no varía de manera importante entre las parejas tradicionales y las modernas. En cuanto a las mujeres, las que pertenecen a parejas modernas muestran una reducción en el tiempo dedicado a los niños, en comparación con las mujeres de parejas tradicionales.

Horas promedio dedicadas al cuidado de los niños en parejas modernas y tradicionales por sexo, 1996



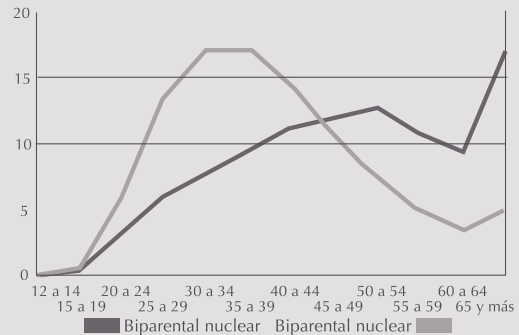
Fuente: INEGI, Encuesta Nacional sobre Trabajo, Aportaciones y Uso del Tiempo, 1996

Los padres en cifras

Existen 14.8 millones de padres en México. De ellos, 95 por ciento tiene una pareja y el resto, que equivale a 78 mil 300 varones, debe cuidar a sus hijos, sin la presencia de la madre en el hogar.

Si consideramos la edad de los padres, sólo uno de cada 200 es adolescente (menor de 20 años). Los padres de hogares nucleares se concentran entre los 20 y 40 años de edad. Y por el contrario, cuando se trata de hogares extensos, la edad de los padres se incrementa, concentrándose en edades arriba de los 50, probablemente porque acogen en su hogar a familias formadas por sus hijos.

Jefes de hogar de 12 años y más con al menos un hijo vivo por grupos de edad según tipo de hogar, 2000



Un componente importante de la participación de los padres en el cuidado de sus hijos es el sustento económico, por lo que se supone que a mejores condiciones laborales, mejores condiciones de vida tendrán sus familias. La paternidad es uno de los factores del desarrollo humano cuya deficiencia supone una serie de costos sociales derivados del incumplimiento de las funciones socialmente atribuidas al “rol de padre”. La CEPAL considera que la falta de un padre, o la existencia de aquel que no asume sus responsabilidades, tanto de manutención como de cuidados en el desarrollo de sus hijos, está ligada al abandono escolar, medido tanto en índices de deserción escolar como en bajo rendimiento o en inasistencia durante primaria y secundaria, lo que provoca una baja formación de capital humano.

Instituto Nacional de las Mujeres
INMUJERES

Patricia Espinosa Torres
Presidenta
presidencia@inmujeres.gob.mx

Secretaría Ejecutiva
secretariaejecutiva@inmujeres.gob.mx

Dirección General de Administración y Finanzas
administracion@inmujeres.gob.mx

Dirección General de Planeación
planeacion@inmujeres.gob.mx

Dirección General de Promoción y Enlace
promocionyenlace@inmujeres.gob.mx

Dirección General de Evaluación y Desarrollo Estadístico
evaluacion@inmujeres.gob.mx

Dirección General Adjunta de Asuntos Internacionales
internacional@inmujeres.gob.mx

La Metodología de capacitación en género y masculinidades
se imprimió en el mes de diciembre de 2005 en Talleres Gráficos de México
Av. Canal del Norte 80, Col. Felipe Pescador,
delegación Cuauhtémoc, C.P. 06280, México, D.F.
Tels.: 57 04 74 00, 57 89 90 11 y 57 89 91 10
ventas@tgm.com.mx

La edición consta de mil ejemplares